

*Sociedad Española de Acústica*

# Paisajes Sonoros del Maestro Roncador

Francesc Daumal i Domènech



TEMAS DE ACÚSTICA  
Sociedad Española de Acústica



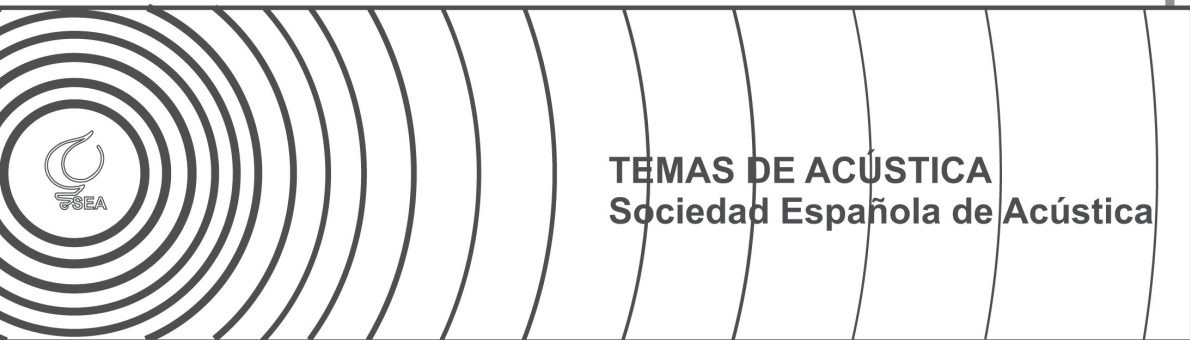




*Sociedad Española de Acústica*

**Paisajes Sonoros del  
Maestro Roncador**

Francesc Daumal i Domènech



**TEMAS DE ACÚSTICA**  
Sociedad Española de Acústica

Paisajes sonoros del Maestro Roncador

© Sociedad Española de Acústica.

© Francesc Daumal i Domènech

ISBN: 978-84-87985-32-4

Depósito Legal: M-1 1988-2020 Paisajes Sonoros del Maestro Roncador

**Colección: Temas de Acústica-Volumen n.º 6**

Edita: Sociedad Española de Acústica

Web: [www.sea-acustica.es](http://www.sea-acustica.es)

e-mail: [secretaria@sea-acustica.es](mailto:secretaria@sea-acustica.es)

Editora: Ana Delgado Portela

Diseño de la portada: Teófilo Zamarreño García

Edición: Febrero 2020

Impresión: DiScript Preimpresión, S. L.

[www.discript.net](http://www.discript.net)

# Presentación

## Año Internacional del Sonido 2020

El **International Year of Sound -IYS2020-** promovido por la International Commission for Acoustics —ICA— como aportación a la Carta del Sonido de la UNESCO, Resolución 39C/49/59 del 25 de septiembre de 2017, sobre la «Importancia del sonido en el mundo actual: Promoción de las buenas prácticas», es una iniciativa global destinada a resaltar cómo el ambiente sonoro es un componente clave en el equilibrio de todos los seres humanos, en su relación con los demás y con el mundo, en sus aspectos económicos, ambientales, sociales, médicos, industriales y culturales.

Sus objetivos consisten en mejorar la comprensión pública de la amplia aplicación del sonido en nuestra vida diaria, fomentar los vínculos entre sonido, música y cultura, identificar y conservar paisajes sonoros como parte del patrimonio cultural, resaltar la importancia del uso y los beneficios del sonido y controlar los ruidos no deseados, colaborar en la mejora de la integración de las personas en la sociedad con discapacidad auditiva o del habla, promover la importancia de proteger la audición, especialmente en el lugar de trabajo y en las actividades recreativas, usar el sonido como base para crear interés y entusiasmo por la Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas, aumentar la educación mundial con actividades dirigidas a la ciencia y la tecnología para los jóvenes, mejorar la cooperación internacional entre las sociedades académicas, las instituciones educativas y la industria, promover el importante papel que desempeña el sonido en la medicina y la mejora que aporta a la salud de la comunidad, aumentar el conocimiento de las aplicaciones y el impacto del sonido bajo el agua, y mantener estos objetivos y logros en el futuro más allá del Año Internacional del Sonido.

En España estas actividades del IYS2020 están coordinadas por la **Sociedad Española de Acústica —SEA—**, miembro de ICA, contando con el patrocinio de prestigiosas Instituciones. Entre las actividades programadas del IYS2020 la SEA quiere contribuir desde su fondo Editorial «Temas de Acústica» con un nuevo volumen **«Paisajes Sonoros del maestro Roncador»** de nuestro querido colega **Francesc Daumal i Domènech** al que agradecemos su importante aportación.

En este libro se narra como el **Relator** al que el Maestro Roncador dio clase en su juventud, cuando asistió como alumno al CACTAS, propuso a Yala, la nieta del Maestro, editar sus escritos inéditos, como continuación del libro **Maestro Roncador**, editado por la SEA en 2014, dentro de la colección «Temas de Acústica».

En el libro se desgranar, a través de siete capítulos, subdivididos en varios apartados, los episodios más importantes de la vida del Maestro que muestra a sus alumnos, en sus perturbadoras e inquietantes clases, las experiencias sonoras de la forma más práctica y atractiva que puede ofrecerse.

Además, se describen episodios de la vida personal de la madurez y vejez del Maestro, desconocidos para el lector y que descubren de manera inequívoca la personalidad del mismo.

Por último, se recogen también pensamientos, notas breves y frases atribuidas al Maestro, referentes a varios temas, incluidas las relativas al «Día Internacional de Concienciación sobre el Ruido» y hasta algunas citas que podrían servir para su epitafio.

Esperemos que disfruten con la lectura, al igual que lo hemos hecho nosotros.

Ana Delgado Portela  
Antonio Pérez-Lopez





## Introducción

*En este Año Internacional del Sonido 2020, lo más importante que deseo, es que todos podamos expresar nuestras opiniones con respeto, sin gritarnos. Saber hablar y saber escuchar. Saber escribir y saber leer parece básico, pero sin saber debatir y callar no se sostienen. Esas son cuestiones que todavía hoy no enseñamos suficientemente a nuestros niños, y hemos de ser consecuentes que todo lo empiezan a entender en esa joven edad.*

*El debate, ya desde antes de los filósofos griegos, es lo que ha hecho enriquecer nuestra cultura y progresar.*

*Estamos impresionados por cómo evoluciona nuestro planeta, y todos los esfuerzos deberían ir en ese sentido. Todavía no sabemos erradicar las guerras, y lo mismo nos ocurre en el aspecto climático, tan vital para todos, porque nos gritamos. No nos queremos escuchar. Tras el escaso éxito de la Cumbre del Clima de Madrid (COP25) los del CONAMA (Comisión Nacional para el Medio Ambiente) se preguntaron ¿Cómo puede la sociedad civil movilizar su inteligencia colectiva para acelerar la buena acción climática?*

*Yo lo tengo muy claro: a debatir más y mejor. A enseñarlo a los niños, y a debatirlo con toda la familia. Esa es la única solución.*

*En el fondo, creo que de eso trata el año internacional del sonido. De sabernos escuchar.*

*El año pasado, la Sociedad Española de Acústica cumplió 50 años. Su símbolo, una caracola diseñada por Miguel Fisac, arquitecto como yo, representa el saber escuchar. Porque los sonidos que recoge la caracola, que resuenan en ella y que finalmente llegan al tímpano de quienes la ponen junto a su oído, muestran un palpitar especial del mundo en el que vivimos.*

*Ese es el espíritu de la SEA. Desde siempre ha participado en todos los ámbitos posibles de nuestra sociedad, buscando erradicar los ruidos para que todos los seres vivos nos podamos comunicar mejor. Ellos idearon el cuento de Silín y Ruidón, que todavía hoy es muy popular en los infantes, y que ha recorrido el mundo entero enseñando a los niños a respetar el sonido. Y cada año fomentan múltiples actos participativos en numerosas escuelas, así como diversos concursos en el entorno del "Día Internacional de Concienciación sobre el Ruido". Gracias Andrés, Antonio, Salvador, Ana, Antonio, Pilín, Haarald, etc. por mostrarnos el camino.*

*Yo les estoy triplemente agradecido. Lógicamente, por editar este libro que en su día pactamos solo para su edición digital —seguramente este año internacional sonoro lo ha propiciado más que por mis méritos—. En segundo lugar por esa filosofía que tienen todos los miembros de la SEA, y especialmente su equipo directivo, en participar en todo lo sonoro, incluso conviniendo el matrimonio con nuestros vecinos de la Sociedad Portuguesa de Acústica para organizar otros actos, entre ellos el XI Congreso Ibérico de Acústica conjuntamente con el 51º Congreso Español de Acústica —TECNIACÚSTICA 2020—. Y por último, por esa amistad que siempre me han manifestado, especialmente en los instantes más duros con que a veces nos sorprende la vida.*

*Seguramente la SEA, al editar este libro, pretenda también que logremos este objetivo: que nos sepamos escuchar!*

*Ahora os dejo con el relator, que ha conseguido suplantarme para presentar al Maestro Roncador, personaje central de esta obra. Yo querría haber enseñado la acústica como el Maestro, pero me conformo con que mis alumnos hayan apreciado la arquitectura acústica y tengan un buen recuerdo de mi paso por la docencia. Espero os guste tanto leerlo, como a mí me gustó escribirlo pensando en vosotros.*

*Francesc Daumal i Domènech, autor.*

Perdona, pero eso de no gritar no estaba presente en la voz del Maestro Roncador, quién de común, hablaba con un volumen de voz muy alto. Si era difícil no oírle, peor era no escucharlo roncar. Incluso ganó un premio Guinness por ello. Por eso, ya desde joven, alguno lo bautizó con el nombre de Maestro Roncador. A él no le importó en absoluto.

Alguien dijo que ser Maestro es una de las profesiones más importantes que existen. Antes no daba crédito a esta afirmación, pero ahora la suscribo totalmente. Es más, creo que fue el Maestro Roncador quien cambió mi actitud burlesca y desafiante del primer curso en que coincidimos en el CACTAS (Centro de Altos Conocimientos Técnico-Artísticos en Sonido). Yo siempre era el protagonista, y le tuve envidia, porque él llegó para quitarme el liderazgo. Pero gracias a él he llegado a ser el director del Centro.

No es preciso haber leído el libro Maestro Roncador<sup>1</sup> para entender estos relatos. Es preferible, sí, pero no imprescindible, puesto que ahora aparecen nuevos episodios que se desarrollan con bastante independencia. Para aquellos episodios existentes en el primer libro, realizo una breve introducción que permite seguirlos perfectamente. Eso pienso yo.

Como veréis más adelante, la estructura del libro gira respecto a su vida social y acústica.

Para los que han leído el primer libro, habrán observado que existe un gran hueco hasta el momento en que ingresa en el CACTAS. Pues bien, esta época pretendía ser el eje central de este segundo libro, aunque MR escondió también otros relatos de las épocas pretéritas y posteriores a ese intervalo.

Amigos lectores, no sabéis la suerte que tenéis de encontrarme en este libro. Seguramente por mi carácter burlesco no me habéis leído más que en algunos recónditos lugares. Debo deciros, que en mi opinión, la mejor herencia que ha tenido Yala de su abuelo el Maestro Roncador, no han sido sus inventos patentados, ni sus obras artísticas, sino el encargo que fuera yo quien escribiera sus memorias.

Según las cláusulas del contrato, he de hablar más de él que de mí, pero creo que se equivocó al no darme mayor protagonismo.

Otra cosa importante, el Maestro Roncador solo me ha dejado que le llamáramos así, con sus siglas MR ocultando su verdadero nombre y apellido.

---

<sup>1</sup> Nota de la Editorial: El libro Maestro Roncador fue publicado por la Sociedad Española de Acústica –SEA– en el año 2014, dentro de la colección “Temas de Acústica”. Se encuentra disponible en la web de la SEA, en el enlace siguiente: [http://www.sea-acustica.es/fileadmin/publicaciones/libro\\_maestro\\_roncador.pdf](http://www.sea-acustica.es/fileadmin/publicaciones/libro_maestro_roncador.pdf)

Yo realicé pesquisas dentro, detrás y debajo de su piano, en una caja fuerte bancaria de Suiza, en el doble fondo de su maletín de los sonidos, etc., encontrando material que incluso estoy seguro que él desconocía tener.

Por ello, los escritos que siguen, muestran ese carácter tan peculiar del Maestro Roncador, sus lecciones acústicas, conferencias y nuevas aventuras que ha vivido.

Ahora el Maestro ya no está con nosotros, pero por suerte en el último instante me concedió carta blanca para escribir absolutamente todo lo que encontrara.

Espero que os diviertan.

# Índice

<b>Presentación</b> .....	5
<b>Introducción</b> .....	7
<b>Índice</b> .....	11
<b>Capítulo 1. Joven</b> .....	15
1.1. La foto o la montaña.....	17
1.2. El músico .....	21
1.3. Las tres cartas .....	26
1.4. La voz del teatro.....	29
1.5. El sobre rojo.....	33
1.6. WCS.....	37
1.7. Detrás de la pantalla.....	42
1.8. Las sirenas de Ulises .....	46
1.9. El estudio de grabación .....	49
1.10. La sonrisa de Anthony.....	52
1.11. El mar de fondo .....	56
<b>Capítulo 2. Universitario</b> .....	59
2.1. El hombre del fondo .....	60
2.2. El timbre .....	66
2.3. El rendimiento acústico .....	69
<b>Capítulo 3. Profesional</b> .....	73
3.1. La diva.....	74
3.2. Na.....	77
3.3. La voluntad.....	80
3.4. Los golpes de la obra.....	83
3.5. El niño ciego .....	85
3.6. La campanada de la envidia.....	92
3.7. La plazoleta .....	95
3.8. Sin dibujos acústicos .....	98
3.9. La editora.....	101
3.10. La maqueta sonora .....	105

<b>Capítulo 4. Cactas.</b>	109
4.1. La mentira	111
4.2. La historia de la acústica.	114
4.3. La aparición del maletín.	118
4.4. El examen.	124
4.5. La Mascletà.	128
4.6. Decibelio de huevos	130
4.7. ¿Qué apostamos?	134
4.8. El debate	141
4.9. Los pájaros	146
4.10. La voz	154
4.11. La reflexión	159
4.12. Sonido eterno	163
4.13. Sonidos de verano	167
4.14. El hombre de la bata blanca.	171
4.15. La oreja de Tutankamon	174
4.16. Evaluación continuada. La ética.	179
4.17. Nadia	184
<b>Capítulo 5. El último curso.</b>	189
5.1. El aula del piano.	190
5.2. Sora	192
5.3. Su primera clase en el CACTAS con el Maestro Roncador...	196
5.4. La nieve silenciosa	199
<b>Capítulo 6. Conferenciante.</b>	201
6.1. La escucha de David.	202
6.2. Ecoico	206
6.3. El diapasón del neceser sonoro	209
6.4. El fonendo del neceser sonoro.	213
6.5. Anticonferencia.	215
6.6. MR en Málaga.	219
6.7. La entrevista	222
6.8. El paseo acústico.	227
6.9. Conferencia inaugural	229
6.10. Cacustitécnia.	237
<b>Capítulo 7. Final.</b>	241
7.1. El cuento.	242
7.2. Memorias 007.	245

7.3. Notas breves del maestro roncador.....	250
7.4. Carta a Semont.....	254
7.5. La UCI .....	257
7.6. Frases de MR para efemérides varias .....	260
7.7. El abuelo.....	262
7.8. El tanatorio.....	266
<b>Contraportada .....</b>	<b>267</b>







## Capítulo 1. Joven

Como os he comentado en la introducción, al fin puedo editar estos relatos que MR tenía escondidos.

Debo deciros que sus familiares, incluyendo alguno de sus nietos, casi me ponen una demanda por el contenido. Por suerte les mostré a tiempo el documento en el que el Maestro me legaba toda la documentación relativa a su vida incluyendo cartas y diarios personales que pudiera encontrar.

Ya sé que algunos relatos que he redactado no reflejan de forma verídica esos años de su formación sonora, pero me parecía que el verdadero valor lo formaban los episodios relativos a la música y a su primer amor.

Debo decir que su nieta Yala me ha escrito personalmente desde México, para agradecer mi valentía al mostrar al mundo este contenido.

Aquí encontraréis esos primeros momentos en los que descubre las bases de la acústica, la música y la comprensión del mundo sonoro gracias a las enseñanzas de sus padres, a sus incursiones musicales desmelenadas y sus vivencias juveniles.

De acuerdo, en algún caso he realizado una interpretación sesgada de los hechos, pero es que MR mantenía un gran secretismo amoroso en esta parte de su vida. Fijaos que en el primer libro no editó nada respecto a sus romances hasta llegar a la Universidad.

¿Por qué? ¿Qué escondía?

Creo que escondía la importancia de la fuerza del amor, esa locura que le llegó a desconcentrar en gran medida. No podía hacer música si ella estaba presente.

Pero en sus años de adolescente, tenía derecho a ello, a que una sirena le volviera loco, y no sabía que Ulises se colocó cera en los oídos para no caer en la locura de sus sirenas. Pero MR nunca se hubiera colocado cera. No eran precisamente los cantos de ella los que le volvían loco, sino su presencia.

Y permitidme una conclusión final:

Gracias a que precisamente fui yo quien encontró estos documentos ocultos en el piano de su casa, conoceremos algo referente a esa juventud alocada que MR tuvo la suerte de vivir.

Ya me podéis estar más que agradecidos!

Vuestro burlón Relator.

## 1.1. La foto o la montaña

Y el muchacho pensó

«Es una lástima que los miembros del grupo se hayan molestado por el hecho de que me comprara una cámara fotográfica en vez de unas cuerdas de recambio para el bajo. Debo confesar que desde hacía mucho tiempo soñaba con esa cámara y cuando reuní el dinero, no me apetecía el juego de cuerdas».

Dejó de dar vueltas en ese tema, cogió la cámara y se fue a realizar unas fotografías. Había un paisaje que quería fotografiar desde siempre. Era un lugar de la carretera después de un recodo, donde de repente aparecía una fortificación hispana encima de una colina. El montículo estaba rodeado en la parte baja de una arboleda de chopos que perdía la hoja en invierno y que se extendía hasta la carretera. Detrás de esa fortaleza, al fondo, aparecía una de las montañas más importantes de aquella región.

«Tres planos de distancias; corta, media y larga», pensó MR.

Pero ese día descubrió que la montaña del fondo no tenía el color característico de la vegetación que había en ella, sino que aparecía totalmente gris. Le extrañó la situación, porque hacía mucho sol, y el aire parecía que estuviera limpio. Pensó que debía preguntar a su padre esa circunstancia, quien seguramente le sabría dar una respuesta.

—¿Por qué en ciertos días las montañas que están lejos las veo grises y las que están cerca las veo verdes, con el color real de su vegetación? ¿Y qué parecido existe de ese efecto con lo que le ocurra al sonido?

El padre del muchacho se lo quedó mirando unos instantes y le contestó.

—A media distancia la montaña es verde y en cambio, si la montaña está lejos, en función de cómo esté de puro o húmedo el aire la ves difuminada o gris. Lo mismo ocurre con el sonido. En el aire existen muchas partículas de polvo y otros gases, y obviamente aunque el aire es elástico, lo es más para unas frecuencias que para otras y también influye el contenido de humedad. El sonido próximo lo oyes casi como se produce, es decir, con todo el espectro de frecuencias sin aumentar unas ni otras, salvo que tengamos algo en el terreno que lo apantalle, absorba, refleje o difunda. En cambio, si el sonido se produce muy lejos, las frecuencias

más agudas quedan absorbidas por el aire, y por lo tanto las oímos menos que si el sonido está próximo. Por esta razón, los truenos, que están a gran distancia de nosotros, los oímos graves; aunque si estuviéramos al lado de donde se producen, los oíríamos con un chasquido enormemente agudo. ¿Lo has entendido, hijo?

El chico contempló a su padre y a pesar de entender la mitad pensó que realmente tenía una gran sabiduría.

—Papá, en el instituto me han dicho que Napoleón disparaba cañonazos y los científicos que le acompañaban calculaban la velocidad del sonido. Conocían exactamente la distancia y controlaban el tiempo desde que veían el humo hasta que llegaba el sonido, ¿es verdad esto?

El padre sabía que su hijo tenía un gran interés por los temas sonoros, y que le preocupaba todo lo relacionado con la comunicación auditiva, por lo tanto pensó que debería mostrarse más interesado y receptivo respecto a estos temas.

Como mecánico de la marina y ahora de automóviles, sabía la importancia que tienen los sonidos que se emiten en un vehículo para determinar exactamente la patología o el buen funcionamiento de los motores y de los componentes mecánicos. Por ello, pensó que debía encontrar un método más científico para enseñarle.

El sábado, el muchacho estaba practicando alguna canción con su madre al piano. Le mostraba la posición de las notas en algunos acordes.

Luego su padre le llevó a la librería ubicada en el Centro Comercial de la población para obsequiarle con uno de los libros relativos a la acústica. Liace, la encargada de libros científicos, música y cultura, que tenía la edad del muchacho, era una de las fans del grupo musical, pero ninguno de ellos lo sabía. Al reconocerlo, rebuscó con mucho esmero entre las estanterías altas y encontró lo que buscaba. Al llegar al mostrador le obsequió con una sonrisa inteligente y un guiño de sus enormes y expresivos ojos color miel. Su padre no se hallaba cerca en ese instante.

—Tengo éste. Creo que te gustará —le dijo con su voz aterciopelada, mirándole fascinada. Le guiñó un ojo.

El libro era el de “Collected Papers on Acoustics”<sup>2</sup> de Wallance Clement Sabine. Lo cogió y sus dedos se tocaron unos instantes. Ella saltó como si le hubiera caído un rayo.

—Perdona pero al parecer almaceno electricidad, y al rozarnos ...

El padre había llegado al mostrador y al oír esas palabras le dijo:

—Es electricidad estática. Lo que debes hacer es dar la mano con firmeza, sin miedo. —Y dicho lo cual cogió la mano de la chica y la depositó firmemente en la mano de su hijo. Ella se ruborizó, pero comprobó que nada sucedía respecto a su electricidad.

El muchacho, con ese libro en la mano y la cara sonriendo por el guiño, regresó a su casa y se puso a estudiarlo.

Obviamente entendió muy poco de lo que ahí se establecía, puesto que estaba hecho por un físico eminente y las experiencias de campo que se explicaban no eran fácilmente comprensibles para cualquier persona. Pero algo iba captando de esa forma que tienen algunas frecuencias en ser amplificadas, absorbidas o reducidas de nivel. Empezó a aprender que la acústica no sólo eran conceptos y ecuaciones, sino que se podía rápidamente relacionar con la comunicación hablada, y en su caso, lo que le interesaba era la comunicación musical.

Poco a poco se fue interesando en entender algunas cosas hasta llegar casi a un fanatismo. ¿Por qué sonaba tan mal su bajo en algunas salas? En cambio, los restantes instrumentistas no tenían esos problemas que él sí presentaba a bajas frecuencias.

—¿Me harás alguna foto? —Preguntó Sarima directamente, mirándole a los ojos.

— Sí, si tú quieres.

—Es que me gustaría estar guapa, para que Antony pueda tener un buen recuerdo mío.

---

<sup>2</sup> Nota del Relator: Por si no lo sabéis, Wallance Clement Sabine es mundialmente conocido por su fórmula sobre el tiempo de reverberación, es decir, sobre la duración del sonido que, después de cesar la fuente que lo produce, todavía perdura en un espacio hasta que se extingue. Lo encontró de forma experimental, ya que luego se demostró matemáticamente, pero para mí se ha convertido en el inicio de la ciencia acústica del siglo xx.

El muchacho la miró y pensó que algo estaba sucediendo entre esa chica maravillosa, que además de esa voz divina para los coros del grupo, tenía una personalidad estupenda; mientras que Antony siempre parecía que fuera el serio de la película.

Pensó en los dos y en que quizás a él también, dentro de poco, le llegaría el turno de tomarlo en consideración. Unos grandes ojos aparecieron en su memoria.

## 1.2. El músico

Dedicado a Lluís, Joso, Victor y Xavier

Y el joven dijo:

—Me parece que esta noche haremos nuestra mejor actuación.

Los restantes miembros del grupo, lo miraron sonriendo. Incluso Anthony se había dado cuenta cuando hicieron la prueba de voz; los camareros cesaron de colocar las sillas y mesas y dejaron de hacer ruido para escucharles. Al parecer nadie se atrevió a moverse. Incluso a alguno se le cayó la bandeja metálica en cierto instante, tan absorto estaba en los increíbles coros roscantes que Sarima y Rianu realizaban, y la cogió al vuelo, lanzándose al suelo para que no sonara.

Hasta el mismo técnico, que había escuchado multitud de grupos y bandas musicales, aplaudió al finalizar el ensayo.

Mientras, como el escenario de esta sala "Peters Club" era muy bajo, en un descuido MR le dio un golpe con la parte aguda del afinador de su bajo *Fender* en la cabeza del transportista.

—Uy —respondió éste poniéndose las manos en la cabeza—. no es necesario que me hagas abrir más los oídos —continuó bromeando, pero dolorido.

Toda la sala era realmente baja, casi con unos 4 metros cúbicos por ocupante cuando se llenaba. Pero hoy sabían que se superaría el aforo permitido y se prepararon para subir los volúmenes de los amplificadores cuando fuera necesario. Por suerte el nivel de las voces no era problema, porque se amplificaba con el equipo situado en la cabina del disc-jockey, y los altavoces inundaban todo el local.

La sala se encontraba en una población de la costa oeste, con edificios bastante altos, y su entrada daba a una calle principal, y la de músicos a un oscuro callejón lateral. Era espaciosa y permitía el baile cuando el aforo no se agotaba del todo. Estaba decorada como inspirada en el arquitecto Sullivan, y su sonoridad era muy buena así como el equipo electroacústico *Altec The Voice of the Theatre* instalado. El grupo estaba realmente contento de que su manager hubiera logrado una actuación en ella, porque se consideraba una de las primeras salas del circuito profesional.

—Nos estamos yendo —oyó que Vierxa le decía canturreando después de haber dejado las baquetas en una funda de flechas Sioux verdadera que le regalaron unas admiradoras.

El joven se quedó rezagado disculpándose con el transportista. Mr. Ziru llevaba un colegio y este grupo, y siempre estaba colocando y sacando los asientos de su chata furgoneta. Algunos del grupo pensaban que el neumático colocado delante los protegería si un día tenían un accidente, porque conocían las audacias de este conductor. Una vez les llevó de noche por una carretera de montaña persiguiendo con las luces largas un conejo hasta que lo cazó con su WW. Realmente nadie pudo olvidarlo jamás, cazaron el conejo, sí, pero en aquellos instantes padecieron por sus vidas e instrumentos musicales. Llegaron a un pacto; ellos le pagarían los conejos, renos, jabalíes, etc. que él se encontrara en la carretera, siempre y cuando los dejara en paz. Desde entonces se reprodujeron esos animales sin límite.

Pero volvamos al asunto.

Los músicos abandonaron el escenario y fueron a comer a una hamburguesería bastante famosa que se encontraba en una calle cercana. Viky, la empleada, les atendió el pedido y se extrañó de las palabras de Vierxa.

—La mía que sea muy quemada.

El resto del grupo no se sorprendió, porque sabían que Vierxa las prefería así, sin nada de color rojo. Quizás era su reacción al recuerdo de la úlcera de estómago que le detectaron hacía unos años.

Cuando los músicos volvieron de la cena y del paseo por la población, se encontraron una gran cola de público en la puerta principal de acceso. Por ello prefirieron entrar por el lateral situado en la estrecha callejuela, en la que encontraron un vagabundo dormitando.

Llamaron a la puerta y les abrieron, y la luz interior iluminó el rostro del vagabundo. A su lado tenía un estuche de guitarra. Anthony se quedó fuera mirándolo mientras los demás entraron.

—¿Me das fuego? —Antony hizo la pregunta sin desviar la mirada del estuche. El vagabundo era bastante joven, aunque aparentaba ya más de veinte años, y como se había levantado al aparecer la luz en la puerta, revolvió un bolsillo de su pantalón tejano y le pasó un *Zippo* de gasolina. Al accionarlo se produjo el famoso “cling”. A su lado, junto el estuche se encontraba un sombrero de vaquero. Parecía auténtico.



Aparte del sonido del encendedor, la acción se desarrollaba en silencio. Anthony estaba intrigado.

—¿Es tuyo este sombrero? Si me lo dejas para la actuación te invito a entrar al "*Peters Club*".

El sombrero apareció de repente sobre la cabeza de Antony, quién sin mediar otra palabra dejó pasar al desconocido músico dentro de la sala. Este sólo llevaba su funda.

«¡Igual lleva ropa y comida dentro de ella», pensó Antony con su rostro serio mientras el invitado desaparecía entre los asistentes.

Realmente el público los recibió con vítores y aplausos, y desde el primer instante, la música y las voces, con los magníficos coros de Sarima y Rianu, los envolvieron a todos con esa magia que sólo se manifiesta en determinadas ocasiones.

Instantes después, el grupo se encontraba en el inicio de una canción, y de repente a Antony se le rompió la cuerda segunda de la guitarra, con tan mala suerte que el latigazo le produjo un corte en la muñeca de la mano derecha. Sin pérdida de tiempo ni dando aviso, desenchufó su guitarra y se refugió detrás del escenario, donde se encontraban Sarima y Rianu, preparadas para hacer los coros, ocultas por el telón de fondo. Sarima se dio cuenta solo con verle, y sin pensarlo dos veces, rompió trozos de sus enaguas con los que realizó un fuerte vendaje provisional después de limpiar la herida con su siempre limpio pañuelo. Rianu estaba sorprendida de esa rapidez, y a su señal, Sarima y ella, empezaron a cantar ocultas por la cortina. Mientras, en el escenario se percibieron de la ausencia del guitarra rítmico, pero desconocían lo ocurrido.

Anthony se acercó a Sarima, se quitó el sombrero y le dio un beso en la mejilla mientras esta cantaba. Ella no podía separarse del micrófono, y él se aprovechó unos instantes. Luego desapareció en el escenario para conectarse otra vez el jack en la guitarra y continuar los acordes como pudo.

Sabía que de no haberse cortado la mano con la cuerda, quizás habría tenido tiempo de cambiar la cuerda, so pena de colocarla precipitadamente y que no lograra afinarla bien.

Ciertamente le llegaba una estrofa en la que debía realizar algunos dobles del solista, y sin la cuerda que le faltaba eso sería casi imposible. Se colocó muy cerca de él, y con una señal de la cabeza le hizo comprender lo sucedido. El momento se acercaba.

Es curioso cómo cuando el azar interviene quitándonos algo, aparece la suerte que lo restituye todo.

Así fue, porque un joven del público que había observado el percance, le ofreció desde la primera fila una guitarra *Gibson 335* con la que pudo sacar unas notas que superaban las del ensayo.

«El único problema», había pensado Anthony para sí al colgarse la guitarra, «es que no esté afinada como nosotros». En este aspecto Anthony era muy meticuloso, y siempre llevaba varios diapasones afinados en La 440 Hz. Pero, ¿y el otro músico?, se preguntó.

Pero la suerte le sonrió, porque estaba perfectamente afinada, y el doble del solo le salió impecable. En ese instante se enamoró de esta guitarra. Todavía desconocía lo que estaba por llegar.

Al terminar la canción, tras unos enormes aplausos del público, Anthony se refirió al desconocido con estas palabras.

—Quiero agradecer a un músico que hoy se encuentra en la sala, el gesto que ha tenido al prestarme la guitarra. Si alguien lo ha observado, se me rompió una cuerda de la mía, con la mala suerte que me ha herido en la mano y por ello no pude cambiarla, pero este músico estaba atento y me dejó esta magnífica guitarra que tengo entre las manos. Por este motivo le voy a dedicar la próxima canción que lleva por título “Rayos y truenos”, y que es la última que acabamos de grabar. Me preocuparé de que en el disco salga este agradecimiento.

La actuación la centraron en este músico vagabundo que entró con él. Incluso cantó con ellos algún tema.

Entre el público, una chica de grandes ojos, menuda y con el pelo corto, buscaba lugar donde poder ver mejor la actuación del bajista.

En esos instantes casi nadie conocía a aquel joven vagabundo, que en años posteriores llegó a ser un primer figura de la música western.

—¿Cómo supiste que me ocurría algo? —le preguntó después Anthony a Rotvic, así se llamaba el muchacho.

—Verás, cuando un guitarrista desaparece detrás del escenario y aparece con la mano vendada y sin una cuerda en su guitarra, lo normal es pensar que lo va a pasar muy mal si no tiene una guitarra de recambio. Por esta razón, y en agradecimiento al homenaje que me realizaste, te la

quiero regalar. Utilízala como tu primera o segunda guitarra, lo que prefieras, pero prométeme que jamás te desprenderás de ella.

Cuando muchos años más tarde Anthony se enteró del fallecimiento de aquel famoso músico, asistió al entierro con esa guitarra para acompañarle en los últimos instantes.

La placa que alguien colocó en la tumba es realmente muy emotiva:

*Aquí reposan los restos de Rotvic. Cuando consiguió su primera Gibson, la regaló a un músico necesitado, que al enterarse de su defunción vino desde el confín del mundo a cantarle su última canción.*

### 1.3. Las tres cartas

Y el joven pensó:

«Algo me está cayendo encima».

En sueños parecía que le caían lágrimas del cielo. No pudo esperar más, la sensación era tan verdadera que quiso despertarse.

«Esto no es real, porque...».

No pudo acabar la frase. Cayó al suelo produciendo un golpe seco al impactar con el pavimento.

Las gotas le martilleaban el rostro.

Sonidos graves, con algo de medios.

Los sonidos agudos no existían, amortiguados por las intensas vibraciones de las gruesas gotas de la lluvia.

«No estoy aquí», pensó con la conciencia aterciopelada debido a esas duras sensaciones sonoras.

«Algo me está cayendo encima».

Abrió los ojos y observó la imagen del televisor abierto. La imagen reproducía esa frase una y otra vez.

*No estoy aquí, no estoy aquí, no estoy aquí...*

¿Pero qué es lo que he tomado?

El joven no entendía nada. Todo era psicodélico. Pensaba en los Beatles y en lo que representaban esos años sesenta.

«Algo me está cayendo encima».

«Esa música que nos une y nos destruye». Todos los recuerdos aparecían de golpe, con sus amigos; dos teclistas de Hamond, un guitarrista de Gibson, y un baterista de Ludwig y Rogers. El baterista preferido. Su amigo.

«Debo dejar de pensar en ello. No estoy aquí, no estoy aquí, no estoy aquí, no estoy aquí».

El despertador sonó fuerte, impasible al paso del tiempo.

El Maestro se levantó bruscamente de la cama. Estos recuerdos le obsesionaban de nuevo. Y constituían el eje central de sus sueños.

«Todo lo que he disfrutado con la música, me lo ha amargado la pérdida de estos amigos. Vierxa, Sojo, Louis, Rotvic, y casi casi Kylu. No se llevaron a Kylu, pero lo cierto es que la vida del músico es de noche, y en ella se atropella la vida».

Tuve suerte que Tsemon me apartara de ese camino.

### **Carta 1**

*Querido MR,*

*No voy a presentarme. Estaré siempre escondida detrás de las siglas WCS de la misma forma que las "coristas" de tu grupo actúan siempre escondidas detrás de un telón en el escenario.*

*Sepas que te he visto actuar en directo en un par de ocasiones. La primera vez no me gustaste mucho puesto que dedicabas tu atención a las chicas que se encontraban en las primeras filas, y yo estaba bastante alejada. Pero me encantaron vuestras canciones, y especialmente me gustaron tus segundas voces.*

*En la segunda actuación a la que asistí me situé más cerca, aunque solo conseguí la esquina. No me miraste ni una vez. Pero me es igual. Esta vez estuve bastante cerca de ti para observarte mejor, y al finalizar la actuación pude recoger la púa que lanzaste al público imitando a tus compañeros.*

*Un beso*

*WCS*

### **Carta 2**

*Mi amor,*

*Tu última actuación en el café concierto fue realmente apoteósica. Eres mi universo y aunque no me conozcas más que por mis escritos, no te soy desconocida. Vivo y respiro cerca de ti, y siempre paso cerca del garaje donde ensayas para escucharte de lejos.*

*Espero que un día abras la puerta y me veas.*

*Yo siempre te tengo en mi mente.*

*Un beso*

*WCS*

**Carta 3**

*Amado MR,*

*Ya no puedo más.*

*Estoy pendiente de cómo respiras, de tus suspiros, de donde compras las cuerdas del bajo, de tus notas en el instituto, de todo lo que haces.*

*Te quiero.*

WCS

## 1.4. La voz del teatro

Y el joven preguntó:

—¿Tienes el último disco de *Los Searchers*?

Liace se encontraba de espaldas en el mostrador de la tienda de discos. Estaba muy ocupada porque la habían obligado no sólo a atender sus libros, sino también los discos, y no daba abasto. Quería contestarle que se lo buscara él, cuando, reflexionando sobre esa voz grave y llamativa, se dio cuenta de quién se trataba.

“Por favor, no me mires hoy. Con el ajetreo que tengo aquí y la mudanza en casa, casi no me he arreglado”, pensó.

Él la reconoció. Incluso sin maquillar era muy guapa, y esos grandes ojos de color miel eran impresionantemente bellos.

—Perdona, no sabía que también llevabas la sección de música.

Esta vez ella no le miró cuando contestó:

—Usualmente no lo hago, pero estos días tengo que hacerlo porque el encargado está en la trastienda por un esguince en el pie.

Eludía mirarlo, pero la tentación era muy fuerte.

—Espero que no sea grave. —Continuó el joven viendo que ella desviaba la mirada.

—*Los Searchers*... —susurró ella sin responderle—, no son muy conocidos, ¿verdad?

Se acercó hasta donde se encontraba MR. Esta vez sí que lo miró, alzando la cabeza para alcanzar su estatura. No sabía cómo decirle que desconocía ese grupo. No quería que se creyera que no sabía nada de música rock.

“No conozco a *Los Searchers*, pero lo voy a preguntar inmediatamente”, pensó.

Desapareció hacia la trastienda, donde se encontraba el encargado de música con un pie vendado. Éste tenía en la mano izquierda un single y en la derecha el adaptador del eje para 45 rpm. Colocó el adaptador en el giradiscos, centró con suavidad el disco y cambió la velocidad de 33 1/3 a 45 rpm. Con mucho cuidado, limpió la aguja y pinchó con la cápsula *Shure*

V15 del giradiscos *Lenco*. Abriendo el interruptor del micro *Shure* “piña” sonó su voz amplificada en el Centro Comercial:

—Y ahora la siguiente canción es *Don't throw your love away* por *Los Searchers*.

Apagó el interruptor del *Shure* y subió el volumen del canal de pick-up del preamplificador. En el pequeño altavoz de esta sección interior de reproducción de cintas magnetofónicas y discos, empezó a sonar la canción.

Liace casi le dio un beso. Le había solucionado el problema sin mediar palabra. El encargado se quedó con una pregunta sin respuesta.

Ella salió fuera y se dirigió hacia el mostrador. Pero él no estaba. Desesperada, empezó a buscarlo con la mirada. Lo encontró sentado en el suelo, debajo de uno de los grandes altavoces “*The voice of the theatre*” situados a ambos lados de un pequeño escenario interior, escuchando y anotando algo en una libreta que llevaba encima.

Cada conjunto de esos famosos A7 – 8 fabricados por *Altec Lansing*<sup>3</sup> constaban de dos cajas de altavoces superpuestas; una muy grande y pesada formada por un altavoz de medios y graves de 12 pulgadas montado en un cuerpo construido en madera terciada de trece capas de abedul *Betula Pendula* báltico, que también albergaba el divisor, y situado sobre el mismo se encontraba el altavoz de agudos con un difusor en bocina exponencial de aluminio.

En total, cada grupo estaba formado por unas dos vías capaces de 97 decibelios de Nivel de Presión Sonora para 1W a 1m.

Cuando ella llegó, él la asió firmemente para no electrocutarse, y acercó hacia sí, y sin mediar palabra le dio un beso. Sin soltarla le susurró a su oído:

—Eres un cielo, no solo has encontrado la canción, sino que me la reproduces para que pueda estudiar el bajo.

Ella se fundía después del beso, y casi no escuchó lo que siguió debido al alto volumen de la música, aunque es cierto que él le habló con un volumen realmente elevado.

---

<sup>3</sup> Nota del Relator: en este caso, el Maestro Roncador fue muy explícito. En el contrato ordenó que constara exactamente la definición de la Voz del Teatro y otras definiciones tal como las había escrito. Yo creo que algunos lectores no habrán entendido nada, pero órdenes son órdenes.



—Te llamas Liace, ¿verdad? Te voy a regalar esta entrada para mi próximo concierto.

Ella ya había sido recompensada con ese primer beso.

Esa noche no pudo dormir en absoluto, y decidió escribirle otra carta. Poco sabía sobre la trascendencia que tendría ese escrito.

*Amado bajista,*

*Es de madrugada y sigo intentando dormir... aún siento el roce de tus labios en los míos. Siento haber estado hoy distante en la tienda, me pongo muy nerviosa cuando viene algún conocido a verme... y más si es alguien especial como tú. Pero no por ello dejes de venir, me haría ilusión compartir contigo más libros y música. Tengo mucha ilusión por verte tocar otra vez en directo, así que no dudes que aprovecharé bien la entrada que me regalaste.*

*Un beso,*

*WCS*

*P.S. Al final de la actuación, te estaré esperando detrás de la mesa de mezclas situada en el centro del estacionamiento.*

Esa semana se hizo muy larga. Parecía que el sábado no llegaba nunca.

Y ella dijo:

—Perdone, señor...

El padre del joven se dio la vuelta. No estaba acostumbrado a que le llamaran la atención en los centros comerciales, y la voz de esa chica parecía indicar que se iba sin pagar. Todos a su alrededor le miraron con desconfianza. Bastante enfadado regresó hacia el mostrador donde ella se encontraba.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas la atención?

—Usted es el padre del bajista del mejor grupo musical de esta población —aseveró ella— y yo no he encontrado ninguna forma de poder contactar con él. Por favor se lo pido, ¿le puede dar esta carta?

El mecánico pensó que era otra fan interesada por el grupo en general, y como ya la conocía porque era asiduo a la sección de libros del Centro Comercial, le dijo que sí.

Al llegar a casa dejó la carta en un cajón que decía "grupo", donde se juntó con las otras de diferentes fans, que esperaban ser abiertas.

## 1.5. El sobre rojo

*Nota de prensa:*

*Con motivo de la celebración del décimo aniversario del Centro Comercial "Los Dados", el próximo sábado día 4 de abril del 1964 a las 20 h, se celebrará un concierto de rock en nuestro establecimiento, al que estáis todos invitados.*

*Los artistas, por orden de intervención, se relacionan en la lista siguiente:*

*Los Sheatlands.*

*Los Lutheirs*

*Rayos y truenos*

*Los Ruidos*

*Los Clowns.*

Rianu la estaba esperando junto al acceso. Todavía faltaba una hora para el concierto.

—¿Eres Liace?

Rianu fue directa al grano sin esperar respuesta. La conocía del Centro Comercial, y no podía ser otra persona.

—¿Crees que puedes escribir cartas a nuestro bajista sin que los miembros del grupo lo sepamos? Existe un club de fans que controla todo el proceso para que no exista ninguna aprovechada como tú.

Liace estaba realmente sorprendida. Desconocía cómo su carta había llegado a manos de los coros del grupo, aunque se daba cuenta de que éstas querían proteger a todos sus miembros, y en especial a su ídolo. ¿Debía decirle claramente cuáles eran sus intenciones? Con ello se delataría aún más.

—¡Tu carta es patética!

—No es cierto, lo que ocurre es que tienes envidia de que se interese por mí y no por ti.

Y ante el silencio enojado de Rianu, continuó.

—Aunque a ti te conozca desde hace más tiempo, ¿sabrías decirme algún momento en el que se haya manifestado por ti?

Rianu pensó que era la ocasión de utilizar a los vigilantes de seguridad. Estos acudieron con celeridad y Liace fue expulsada del recinto en breves instantes, a pesar de exhibir la entrada que le había regalado el bajista.

—Y no te atrevas a volver por aquí —le dijo susurrándole al oído uno de los de seguridad, pero guiñándole el ojo.

Ella era más valiente que eso, y no desperdició la ocasión. Conocía mucha gente del Centro Comercial por su estancia en la sección de libros y discos, y le debían muchos favores. Hizo algunas llamadas. El concierto comenzó sin ella, pero se interrumpió por la lluvia.

Media hora después la lluvia cesó con la misma rapidez con la que apareció. Al cabo de unos instantes, el presentador volvió al escenario y citó al siguiente grupo:

—Y ahora en escena, después de la lluvia, vienen "*los rayos y truenos*".

El cielo se había nublado nuevamente de forma casi instantánea. Todos los músicos miraron de proteger sus equipos. El público estaba impaciente, porque volvían a caer algunas gotas de lluvia justo antes de la actuación de su grupo preferido.

Liace se acercó al escenario aprovechando la confusión que la repentina lluvia había ocasionado. Con su capacidad de camuflaje fue capaz de pasar desapercibida por los guardias de seguridad y llegó al área de camerinos sin ser vista. Observó unos instantes el panorama y finalmente se decidió por uno de ellos. Se equivocó, pero estaba vacío y nadie dio la alarma.

Optó por el siguiente. Sus cortos cabellos empezaban a estar empapados, pero ella casi no se daba cuenta de ello. Pero no entró, algo hizo que mirara ahora la desierta pista.

Al fin lo vio. Se estaba resguardando bajo el toldo de la mesa de mezclas situada en medio del estacionamiento, conversando con los técnicos.

Liace atravesó el espacio que les separaba. Llegó chorreando, y aunque era verano el bajista al reconocerla la protegió rápidamente con su chaqueta.

—Cuidado no me electrocutes —le dijo alegremente por verla, y le secó sus cortos cabellos con una camiseta del grupo. Ella se la quedó.

—¿Se puede saber qué persigues con tanta desesperación?

—A ti —le contestó sonriendo—, Rianu ha descubierto mi carta y me ha expulsado. Me he colado nuevamente para decírtelo. Entre sus manos daba vueltas a la camiseta.

Los técnicos les mostraron que el cielo estaba empezando a despejarse.

—Sígueme —dijo él cogiéndola de la mano. Sin soltarla se acercaron a la puerta del Centro Comercial donde una multitud de jóvenes esperaban guarecidos de la lluvia bajo un cobertizo.

—Explícame eso de la carta —el tono era imperativo, pero no le había soltado la mano.

—Verás, yo te he escrito una carta muy íntima. Se la entregué personalmente a tu padre para que te la diera a ti, pero por lo que veo no te ha llegado.

Él pensó en la caja donde cada día aparecían montones de cartas para el grupo.

—¿Tienes alguna copia? —creyendo que este asunto se estaba poniendo feo y que nunca sabría la verdad.

—No, pero tengo el borrador —y se lo dio en un sobre rojo igual al que le entregó a su padre.

—El muchacho se quedó helado cuando acabó de leer el escrito. Mientras, ella maquinaba la forma de hacerle llegar otras cartas, pero vio la reacción de MR. Su cara se había endurecido. ¿Era por ella o por no llegarle la carta sin pasar esa inquisición?

—Si quiero escribirte sin que pase por este gran filtro de tus coros y fans, ¿qué debo hacer?

El bajista vio que esta vez Liace le observaba muy detenidamente. Incluso después de la lluvia, estaba espectacular. Sus grandes ojos color miel sobresalían respecto este fondo difuso en el que el rímel se acuarelabo, difuminado por la lluvia. Su cuerpo era menudo pero muy musculado.

«¿Qué me pasa?», se preguntó viendo que ella no le quitaba ojo.

Ella le puso la mano derecha en la mejilla y le preguntó:

«¿Por qué me besaste?»

Esa pregunta resonó en su mente. Al final contestó:

—Iba detrás de *Los Searchers* y tú apareciste con esta amabilidad que te caracteriza. Encontraste la canción que buscaba y la hiciste sonar. Pero yo... Creo que me enamoré de ti mucho antes de ese instante, justo cuando me mostraste el libro de Sabine.

Ella se fundía escuchándolo.

Su mano permaneció en la cara de él.

## 1.6. WCS

Se habían encontrado.

Finalmente, tanto Liace como Rianu estaban cara a cara.

Esa actuación representaba mucho para el grupo musical. Era una oportunidad de oro para poder triunfar, y los sentimientos de unos y otros podían trascender en el rendimiento sonoro de los participantes.

Anthony y Vierxa estaban presentes mirando de lejos esta conversación en la que se estaban encarando Liace y Rianu junto a MR.

Sarima estaba a pocos metros, pero no participaba de la acción. En estos instantes estaba realizando ejercicios de calentamiento de la voz que le había enseñado la madre de MR, y eso llevaba su tiempo. Además, pensaba que era absolutamente imprescindible estar atenta a lo que ocurría al otro lado del escenario.

Rianu estaba sometiendo a prueba a Liace. Quería saber hasta qué punto apostaba por el bajista. No es que ella tuviera realmente una predisposición por este muchacho, pero era un partido dentro de todo, y una oportunidad a considerar en un futuro no excesivamente lejano.

Mientras, Liace, que había experimentado sus sentimientos ya oportunamente en el Centro Comercial y se lo había expresado así, de una forma casi directa al bajista, estaba pensando si ése era el momento oportuno para aprovechar la oportunidad y someterlo a prueba.

Pero eso requería astucia.

Rianu no se lo dejaba fácil, preguntándole aspectos sobre antiguos episodios amorosos que podían ser inoportunos si llegaban a conocimiento de MR.

No era la primera vez que ella se interesaba por alguien, por descontado, pero no habían supuesto ninguna importancia en su vida. Los muchachos con los que había salido habían sido parte de su proceso de formación amorosa, pero ella no consideraba que eso fuera trascendental.

Realmente ahora estaba solo por MR.

—Perdona, —le dijo a Rianu—, ¿quizás tú tienes algún interés por él?

La mirada de ambas sobre MR sorprendió a este último. Rianu estaba nerviosa. La acción daba la vuelta. No era la primera vez que se lo

preguntaba. Sabía que Sarima había estado interesada en él. Lo habían hablado, pero hacía poco ella le mostró su atención con Anthony, y Rianu le expuso lo de Vierxa.

—No, —le contestó después de unos instantes—, no estoy interesada en él, pero quiero que sepas una cosa: pobre de ti que le hagas sufrir, porque has de saber que antes que nada es mi amigo.

MR estaba tenso ante este encuentro, sin encontrar argumentos para intervenir. Prefirió callar mientras afinaba el bajo.

Liace se quedó sorprendida de esa respuesta.

Eran unos momentos inevitablemente trascendentales para todos los miembros del grupo. Esas edades de 'teenager' no son fáciles de superar sin relaciones de pareja y de grupo, y a todos les llegaba el momento de tomar decisiones que podían ser importantes.

No todo eran canciones, letras y música. Había sentimientos, y esos instantes no se traducen más que en emociones.

—Y sepas que quien me interesa es Vierxa.

¡Qué fantásticos momentos estaban todos ellos viviendo!

Liace la miró, y quizás también la admiró, porque ella había expresado algo que supuestamente llevaba oculto en su interior desde hacía tiempo.

—No te preocupes —le contestó—, yo haré que Vierxa sepa que tú piensas en él.

—Pobre de ti que te adelantes a mi acción. Soy yo quien tiene que decirle alguna cosa y no alguien como tú.

Rianu era muy rigurosa en algunos aspectos, y no podía permitir que otros realizaran las acciones que ella debía hacer.

—Y tú tampoco dirás nada —le soltó a MR mirándolo fijamente al pasar por su lado. Éste asintió en silencio.

Al cabo de unos momentos, el estacionamiento estaba rebosando de gente. Habían superado el límite de aforo. El público se había resguardado de la lluvia, pero volvió para poder escuchar a sus ídolos locales.

—Este grupo tiene algo —decían algunos del público—, nos encanta la música que realiza.



Liace no sabía dónde debía situarse en estos momentos. Si continuaba en el escenario, los restantes miembros del grupo y especialmente las coristas escondidas tras la cortina del fondo, se le echarían encima.

¿Y si se situaba entre el público? ¿Y si se colocaba en primera fila? ¿Y si se ponía justamente delante del bajista? ¿Qué ocurriría?

Pensó en ello durante breves instantes y finalmente tomó la decisión.

Y allí estaba, después de esfuerzos inhumanos, sonrisas y pisotones, justo cuando ellos salieron al escenario. Liace estaba en primera fila.

Los músicos no son ciegos. Saben que el público forma parte de su protagonismo, de la acción y reacción entre emisor y oyente, y que la música se conforma no solo con unas notas que se interpretan, salen por los altavoces después de ser filtradas, ecualizadas, llenadas de ecos, resonancias, distorsiones, fasing, etc.

No solo era lo que producían los equipos. Sobre todo era lo que el público estaba sintiendo cuando le llegaba esa música interpretada por ellos.

El muchacho la vio. Ella estaba justo delante de él, en primera fila, disfrutando del momento, mirándole descaradamente.

Él no estaba tranquilo, algo estaba sucediendo, alguna nota se le podía pasar por alto. Su pensamiento no estaba al cien por cien para la música. ¿Qué le estaba sucediendo?

Esa chica pequeña, menuda, pero con esos grandes ojos de color miel que se comían el mundo, que le decían que algo estaba llegando.

¿Qué podía él pensar?

Solo en que ella estaba allí. A su mente, en ese instante, le vino a la memoria el último día en la tienda, cuando le preguntó por un disco y ella le contestó con evasivas. Entendió entonces que quizás su conocimiento no era absoluto.

“¿Pero eso qué importa?”

Ella sabía mucho más de literatura, y le había recomendado buenos libros. Entre ellos destacó el de Wallace Clement Sabine.

WCS, esas siglas... ¡claro! Esas cartas que había recibido de forma anónima eran de ella. Ahora lo sabía, y justo en esos instantes tenía que estar totalmente atento al escenario y a esta música que interpretaba. Y

tenía que hacer coros, y las notas que debía realizar con el bajo *Fender Jazz Bass* no eran fáciles en esos acordes de aumentada.

“Por favor, no me mires así”, pensó él. Ella estaba delante. Le contemplaba. Le estaba admirando. Él se daba cuenta, y ya no podía estar tranquilo y concentrado en la música.

Pero algo le tenía que decir. Una mirada, un signo, una pose. Algo tenía que hacer.

Era tan difícil superar esa emoción que sentía.

«"WCS, eres tú».

Y en ese momento la miró. Ella se dio cuenta que esa mirada directa, llena de amor, era distinta a la que les había dedicado a los restantes asistentes.

Él le confirmaba que sabía que ella le estaba dirigiendo esas notas tan íntimas.

Pero ella no bajó la mirada. La mantuvo, y en ese intercambio de colores miel y pardo, saltó una chispa entre ellos, y ambos sonrieron dilatamente.

Nada es fácil cuando un músico está encima del escenario y tiene a un público al cual se debe. Porque el público debe quedar satisfecho de la música y el espectáculo, y ese bajista que estaba preocupado por muchas cuestiones normales y lógicas de su juventud, de la relación con la familia y de sus estudios, ahora descubría que una fuerza mayor tomaba protagonismo.

MR falló algunas notas.

Las coristas Sarima y Rianu, escondidas detrás de la cortina negra miraban por algunos agujeros lo que sucedía en el escenario y el público. La vieron en primera fila. Esos son los sentimientos que ocurren en la juventud.

Rianu y Sarima cantaban con unos micrófonos direccionales *Turner*, mientras en el escenario dominaban los *Shure* dinámicos.

Sarima miró la cara de Rianu. La había visto discutir con esa chica, pero ahora vio que no estaba para MR. Contemplaba unas baquetas, una batería *Ludwig* que ya formaba parte de su vida.

Ninguna de ellas estaba pendiente de MR, sólo Liace, situada delante del público, contemplándole y sonriendo descaradamente, cantando las voces que él hacía.

Ahora Liace ya no le escribe notas ni cartas de sobre rojo. Ya no son necesarias.

Él se dio cuenta de lo que les ocurría a ambos, y unos días después del concierto tomó la iniciativa. Se presentó en el Centro Comercial.

Fue a la sección de libros exclusivos de cultura donde ella era la experta, y sin ningún reparo le preguntó si tenía algún otro libro de Wallace Clement Sabine.

Ella constató que él lo sabía. Se lo pensó durante el concierto, pero la pregunta lo corroboraba. Bajó la mirada pero él alargó la mano. Le levantó la barbilla, e hizo que ella abriera esos magníficos ojos de color miel, y sin que mediara ninguna palabra, se acercó a sus labios y la besó.

Cuando ese día llegó a su casa, el músico pensó lo siguiente:

«¿Cómo puede ser que la mejor música que pueda interpretar sea el sonido de esos besos que hoy he dado?»

Y con ese pensamiento, esa noche pudo dormir sin roncar absolutamente nada.

En la casa, sus padres estaban sorprendidos de que no hubiera ningún sonido. Incluso los vecinos salieron a la calle por si había sucedido algún fenómeno de aducción con extraterrestres.

Nadie sabe que esta ocasión es la única en la que MR estuvo toda la noche sin roncar. Tal fue la reacción de ese amor que se estaba iniciando.

## 1.7. Detrás de la pantalla

### Toma 1

“Aquí tienes una invitación para asistir al pase de la película *El Tercer Hombre* que se va a realizar el próximo sábado en el estacionamiento del Centro Comercial”.

MR había abierto el sobre rojo conociendo la procedencia y encontró esta nota firmada por WCS y una entrada para esa sesión extraordinaria de cine al aire libre.

No lo pensó dos veces.

El sábado, mucho antes de la hora señalada, se acercó al Centro Comercial y buscó una buena localidad con su Volkswagen descapotable. Era de los primeros.

Se había instalado una gran pantalla en el estacionamiento, justo delante del Centro Comercial, y el recinto detrás de la misma estaba acordonado.

Como le sobraba tiempo antes del pase de la película, y Liace todavía no se había presentado, decidió dar una vuelta para ver a los operarios instalando el sistema de amplificación. Estos acababan de colocar un gran altavoz central detrás de la pantalla, y en los laterales dos componentes de altavoces parecidos a los de la sección de música del Centro Comercial donde escuchó a los Searchers.

Se trataba también de un grupo de *Altec Lansing* modelo “La Voz del Teatro” pero de tamaño muy considerable. Vio el altavoz de graves. Estaba dentro de una gran caja con la bocina exponencial del baffle bass – reflex para que el sonido procedente de la emisión hacia atrás del altavoz saliera hacia delante, por una rendija, en consonancia de fase.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Nota del Relator: Me estoy empezando a cansar de hacer tantas notas. Espero autorización para intervenir dentro del texto, o dejaré esta colaboración. A lo que iba: si colocamos un altavoz dentro de una caja, formamos lo que se denomina un baffle. Si no tiene ningún agujero más que el del altavoz, se llama baffle infinito y entonces el sonido solamente sale hacia delante procedente del mismo. Si tiene otro agujero se bautiza como bass–reflex y sirve para que el sonido que el altavoz emite hacia la parte posterior salga hacia adelante por este agujero. Normalmente se calcula para que la distancia entre el altavoz, pared posterior de la caja y el hueco, sea tal que el sonido procedente del agujero (dado que éste, por la ley de Huygens, regenera nuevamente el sonido como si fuera otra fuente) se encuentre en coincidencia de fase con la radiación directa del altavoz, a fin de aumentar la presión procedente del mismo.

Vale, vale, quizás os lo explique mejor en otro momento!

La pantalla de cine tenía pequeños agujeros como un helioscreen para no obstaculizar la salida del sonido hacia el público.

De esta forma, el sonido y el aire pasaban por los agujeros y además evitaba el efecto vela que se produce cuando el viento encuentra un obstáculo que le impide circular.

Esto último se lo había explicado su padre cuando fueron a navegar a vela. Le contó que en el mar, con un pequeño viento lateral recibido con una superficie vélica, cuando se observa que la vela se hincha y no flamea, significa que el barco está navegando.

## **Toma 2**

—Escucha la voz del viento —le dijo su padre—, cuando oigas que la vela se llena y todo se tensa comprobarás que el barco produce un sonido característico, como aflutado. Si la vela no se hincha, se destensa y entonces flamea como una bandera, dando golpes como latigazos sobre los cabos que la intentan tensar. Eso significa que no navegas, o que navegas mal.

—Perdone, pero ¿me está atendiendo?

MR se dio cuenta que un guarda de seguridad se estaba dirigiendo a él.

—Si no tiene un pase especial, no puede permanecer dentro de esta zona restringida. Por favor diríjase a la asignada para el público. —Con la mano le indicó el camino a seguir.

## **Toma 3**

El muchacho volvió hacia su vehículo escuchando las pruebas de sonido. Sonaron tres notas de un acorde musical.

En ese instante, recordó lo que su madre le había comentado sobre el acorde quinta aumentada.

—Es un acorde especial puesto que sus tres notas tienen entre sí una particularidad que lo hace único. Empieces por la nota que quieras, y lo hagas en el tono que quieras, al dividir las frecuencias de las notas que lo forman por la más baja de las tres, siempre se obtiene la misma proporción. —Su madre no era matemática ni física, pero había sido una gran concertista de piano, y había dejado el aspecto profesional de lado para poder estar con su familia.

—Lo más fácil es que lo veas. Si dibujamos el círculo de las doce notas de una octava, y miramos el acorde de do aumentada, o C+, se forma obviamente con la tónica C, con la tercera mayor, es decir E que está dos tonos más arriba, y la quinta aumentada, G sostenido, que está cuatro tonos más arriba de la anterior. —Su madre le dibujó el acorde, que apareció como un triángulo equilátero—. Fíjate, lo veremos comparando los resultados de dividir los valores de las frecuencias de estas tres notas, —y su madre escribió que el Do era  $C = 261,63$  Hz, el Mi era  $E = 329,63$  Hz, y el Sol sostenido era  $G \text{ sost} = 415,30$  Hz, y que al dividir los dos últimos por el primero resultaba  $x = 329,63/261,63 = 1,26$ ,  $y = 415,30/261,63 = 1,59$ .

—Y si ahora busco la siguiente formación para interpretarlo, tengo  $E = 329,63$  Hz,  $\text{Sol sost} = 415,30$  Hz y  $C = 523,25$ , y dividiendo por el menor resulta nuevamente  $x = 415,30/329,63 = 1,26$ ,  $y = 523,25/329,63 = 1,59$ .

—De acuerdo, dijo el joven, este es el acorde C+, pero eso no implica nada.

—Si —dijo su padre añadiéndose a la explicación—, a todos los acordes de este tipo les ocurre lo mismo. Pregúntame sobre uno cualquiera.

—Pues el Fa quinta aumentada.

—De acuerdo, como ves está formado por el Fa o  $F = 349,23$  Hz, el La o  $A = 440$  Hz, que es el La de afinación internacionalmente reconocido, y el Do sost o  $\text{Csost} = 554,36$  Hz, con lo que se obtiene otra vez  $x = 440/349,23 = 1,26$ ,  $y = 554,36/349,23 = 1,59$ .

El muchacho empezaba a verlo claro. Además, tenía un diapasón afinado en el La<sub>3</sub>.

—Todo esto resulta porque la frecuencia de cada nota se obtiene multiplicando la de la anterior por la raíz doceava de dos —dijo su padre—. Es sencillamente un tema matemático, fíjate que entre cada nota del acorde existen tres semitonos, o sea que el acorde se forma con el 1, 5 y 9 de los doce semitonos posibles.

—Es como diabólico —dijo MR.

—No —dijo la madre—, el acorde diabólico se refiere a la cuarta aumentada, no a este que hablamos. Pero para explicarlo se precisa más tiempo.

#### Toma 4

MR estaba colocando la capota de su vehículo.

—Me ha encantado la película —comentó Liace—, especialmente las escenas de la persecución por las alcantarillas de Viena, con los ecos y resonancias de ese laberinto subterráneo, que eran altamente impactantes. Me ha sonado muy intencionado, efectista, para resaltar ese momento álgido de la persecución, pero a su vez también acústicamente muy realista. ¿No piensas igual?<sup>5</sup>

MR no había pensado más que en ella durante esas escenas. Casi no podía opinar. No sabía lo que le ocurría, pero cuando la tenía a su lado era como si el mundo exterior dejara de existir.

—Será mejor que no me entretengas, nos estamos quedando los últimos.

Todos los vehículos habían desaparecido. El vigilante estaba dirigiéndose hacia ellos. Antes que llegara, MR entró y arrancó el coche.

---

<sup>5</sup> Nota del Relator: Rasmusen escribió un excelente capítulo en su libro *Experiencias de la arquitectura*, dedicado a esta persecución sonora bajo Viena. Recomiendo al lector releer esta magnífica obra.

## 1.8. Las sirenas de Ulises

—¿Por qué conduces tan rápido?

Él estaba sumido en sus pensamientos mirando la carretera.

Su padre le había dejado ese Wolkswagen descapotable que había arreglado recientemente.

MR quería que ella escuchara el ambiente sonoro que él había percibido hacía poco. Tenía prisa por mostrarle esos sonidos devueltos por la parte baja de los puentes, esos lamentos cuando circulaba cerca de unos taludes, o esos siseos al pasar próximo a unos muros laterales discontinuos. Intermitentes sonidos producidos por la dejadez del ser humano, inconsciente de la respuesta, lenguaje y comunicación sonora que en ellos se producía.

—Quiero que escuches lo que yo he aprendido del mundo sonoro que nos rodea, y especialmente ...

—Pero, ¿por qué conduces tan rápido? —continuó Liace con impaciencia.

—Porque no tengo palabras para expresar lo que me está sucediendo en estos momentos. Creo que los sonidos que puedo escuchar son como mis voces que te expresan mis emociones y mis sentimientos.

—Perdona, —le dijo ella—, pero yo prefiero tus palabras a tus silencios. Y si crees que me estás educando con los sonidos que produce tu vehículo y rebotan en las paredes y techos, sepas que todo eso me lo puedes explicar con ecuaciones, pero no con sentimientos, y yo quiero escuchar los sentimientos de tus palabras.

Uf, el muchacho se estaba fundiendo, esos comentarios eran demasiado para él. Nunca antes nadie se había atrevido a hablarle en ese tono. Es más, seguramente no estaba preparado para ello. Su madre le había advertido de que las chicas saben tocar la fibra del sentimiento humano, y que los hombres pueden quedar locos con solo cuatro palabras que ellas pronuncien adecuadamente.

Recordaba que su madre le dijo:

«Cuidado con las sirenas. Con sus sonidos saben llevar la mente del hombre a unos caminos que no te puedes ni imaginar. No sabes de lo que son capaces cuando están locas de amor. Ulises lo pudo soportar



porqué era un héroe, pero nadie más lo hubiera soportado. Todos se volvían locos al escuchar esos cantos, locos de amor o de sufrimiento por no entenderlos.»

Y MR pensó:

«Y ahora cómo te digo que he cogido el coche descapotable para enseñarte a escuchar esos sonidos que a mí me vuelven loco, que tanto me comunican, y que con eso creía que ya era suficiente. Pensaba que eso era lo más romántico que te podía ofrecer».

El silencio se estaba haciendo opresivo, y la variación de sonidos que el vehículo producía parecía realmente intrascendente en ese instante.

«Es cierto, sólo me comunican a mí. Los demás, el resto, son mortales, que precisan otras comunicaciones. Otra forma de decir te quiero».

Realmente el muchacho estaba empezando, descubriendo esa relación y ella tampoco tenía gran experiencia al respecto.

El vehículo hablaba con lamentos, con crujidos, con voz poderosa. Todo eso, para ella no representaba nada, pero sólo viéndole a él cómo disfrutaba escuchándolo, era suficiente.

«De acuerdo, él no sabe conversar», pensó ella.

«De acuerdo, no sé qué palabras debo utilizar», pensó él.

Pero los ojos son expresivos. Y al mirar esos ojos color de miel él se dio cuenta que algo realmente importante estaba pasando.

Y sonrió. Y esa sonrisa fue lo que ella captó. Esa sonrisa era más importante que todas las palabras que pudiera pronunciar. Porque significaba mucho más de lo que él...

¡Pero que cursi! Como Relator me niego a continuar por ese camino. Venga ya, ¡que la besel!

La sirena de un coche patrulla les sobresaltó.

Liace miró hacia atrás y vio los destellos azules de las luces que llevaba sobre el techo un vehículo policial. No hizo ninguna señal de adelantarlos. Sencillamente se había colocado detrás, y el elevado nivel de la sirena les impedía continuar.

MR accionó el intermitente de la derecha y relentizó la velocidad hasta detenerse en el arcén. El coche patrulla hizo lo mismo detrás de ellos.

Un agente se quedó al volante mientras el otro bajó y se dirigió hacia MR.

—¿Por qué conduce tan rápido? —Le preguntó.

Más tarde, y a pie, Liace dijo.

—Hemos llegado. Espera un segundo, en algún lugar concreto de este callejón he oído alguna cosa.

El muchacho estaba pensando que Liace le estaba tomando el pelo. De todas formas, anduvo unos pasos hacía el callejón y se puso a escuchar. Obviamente no oyó nada.

—¿Te estás burlando de mí?

—No —le dijo ella—. Lo que tienes que hacer es escuchar muy atentamente. La mínima vibración del aire te informará del efecto.

No se produjo ningún sonido.

—Pues no oigo nada.

—Aparta. —Ella entró en el callejón y él percibió que el calzado de medio tacón que ella llevaba puesto, producía un sonido especial.

Era como un tono puro, afinado, y parecía que la fuente sonora no era el zapato sino el espacio o las paredes del callejón.

—Que interesante. Ahora noto lo que me estabas indicando. Parece un sonido que produce realmente el callejón y no tu calzado. ¿Desde cuándo sabes que este lugar suena así?

—Hace poco descubrí un muchacho interesado por la acústica, y desde entonces mis oídos intentan escuchar cosas y lugares. En definitiva preciso estar atenta para mantenerte informado.

Él se dio cuenta que, a pesar de sus expresiones anteriores, ella le estaba indicando su interés por lo sonoro que a él tanto le apasionaba.

## 1.9. El estudio de grabación

—¿No sabes lo que ocurre?

Liace iba muy deprisa sin prestar atención a los restantes asistentes.

—La televisión está aquí, corre, corre, que saldremos en antena.

Ella ralentizó el paso. No le interesaba para nada salir en antena. Nada de eso le interesaba. Después de su fracaso en la entrada social al grupo de su bajista preferido, ya nada le importaba.

El muchacho no le había dado negativas, pero tampoco la había defendido a capa y espada como ella esperaba.

«¿Por qué son tan difíciles los hombres? Cuando no piensan en el baloncesto se dedican a sus canciones como es mi caso».

Entró en el estudio acompañando al muchacho. Llevaba el bajo *Fender* en la mano.

El ensayo en el estudio de grabación no salió satisfactorio. Todos los músicos estaban preocupados porque MR había incurrido en muchos errores ese día. Precisamente el día en que venía la TV y ella aparecía en el estudio invitada por él.

—Muchachos, hay como una presencia eléctrica en el estudio que hace interferencia con los instrumentos. Intentad colocar las puestas a tierra de vuestros amplificadores, a ver si eliminamos esos "fritos" que captan los micrófonos. Y para el bajista, si ese sonido no mejora tendrás que grabar con ese viejo bajo *Burns* —dijo además el ingeniero de mesa.

El fuerte sonido parecía haber atravesado el triple acristalamiento que separaba la cabina de la sala.

—Luego me dices porqué las paredes del estudio no son paralelas.  
—Le comentó Anthony mostrando interés por la arquitectura y para bajar la tensión existente.

El ingeniero le respondió que era por razones acústicas a fin de eliminar la presencia de las ondas estacionarias. Anthony se quedó igual, pero MR pensó que debería preguntarlo. Pero ahora no era el momento.

Empezaba el calvario de MR, y no solamente fue la afinación y ecualización del instrumento, sino que también se metieron con sus cuerdas entolchadas con las que pretendía emular el sonido del bajo de *Los Beatles*.

Los coros tampoco salían bien. La segunda voz de MR estaba en un tono que hoy le parecía excesivo. Después de muchos intentos desafortunados, el ingeniero le grabó la voz aparte, en el magnetófono de bobina abierta *AMPEG*, que puso a una velocidad menor. Al reproducirlo a la velocidad normal, oyó su voz perfectamente afinada en el tono de la canción, pero no era la suya. Sonaba más aguda, como si fuera un pitufo.

No, no era su día. Y todo esto sucedía delante de ella.

La despedida fue muy extraña. Solamente Vierxa les dedicó una sonrisa. Sarima y Rianu les despidieron con una mirada desafiante. Nada dijeron debido a que MR se encontraba muy cerca, pero Liace captó la electricidad en el aire.

—Será mejor que no vuelva, ¿verdad?

MR evitaba mirar esos hermosos ojos color miel. Se sentía culpable de lo que había sucedido. Sin pretenderlo, ella le reclamaba la atención de forma casi exclusiva, y entonces ya no podía pensar en nada más. Se olvidaba de las notas, de las letras, incluso su nombre aparecía borroso en su memoria. Nunca antes le había sucedido esto. Era maravilloso para su alma y a la vez horroroso para su vida presente dedicada al grupo. No sabía lo que tenía.

Al cabo de pocos días MR desapareció.

Nadie supo donde se encontraba. Ella tampoco pudo localizarlo. Sus padres evitaron toda mención. Incluso al grupo.

Él necesitaba reflexionar. Nunca antes había experimentado esa sensación. Tanto si se dirigía hacia la derecha como hacia la izquierda, su futuro se vería marcado y sin vuelta atrás.

«Cuando estoy contigo, lo oigo todo distinto. Recuerdo esa tarde, cerca del lago, tendidos en el césped, cuando apoyé mi cabeza sobre tu barriga. Escuché tu vida interior, esos sonidos acuáticos salpicados de pequeños estallidos y algo parecido al crujir de una puerta al abrirse. Tu me decías que no eran sonidos positivos, y yo te contesté que todos tus sonidos eran positivos, también los cracs de tus huesos o “sonidos sinoviales”. Porque cuando amas a alguien todos sus sonos son maravillosos.

Lo había hablado con su madre, pero la conversación fue muy breve.

—El primer amor es como un acorde musical. —Le dijo— Hace falta un mínimo de tres notas para formarlo, las dos imprescindibles marcan el tono. Esos sois vosotros dos, pero luego está la tercera nota, que da el carácter, es decir, si el acorde es mayor, menor, séptima, etc. Y eso depende de diferentes factores que a veces se escapan de nuestro intelecto. Por ejemplo, si forman el acorde mayor, la sensación es de alegría, y si es menor genera melancolía.

El muchacho entendía esa estética de los acordes, pero no sabía relacionarlo con su situación concreta. Su madre lo percibió por su expresión facial. Sabía que él lo podría entender si hacía una similitud con la música.

—Algunas terceras notas generan una gran tensión en el acorde, como la séptima. Pues algo parecido te ocurre cuando estás con Liace. En ese momento es como si interpretaras un acorde en el que la tercera nota te requiere la atención en exclusiva. Podríamos llamarlo acorde dominante. Es decir, que con ella a tu lado ya no puedes pensar más que en ella, y no puedes concentrarte en otra cosa que no sea ella. ¿Es así como te ocurre?

Si, eso era precisamente lo que le sucedía. Asintió en silencio.

—No te preocupes, hijo. Mañana mismo vamos a visitar un psiquiatra conocido mío. Le di clases de piano hace unos años. Seguro que nos podrá ayudar.

—Eso que tiene se llama la locura del enamorado o también el síndrome de Stendhal del amor.

El psiquiatra era menudo, y no paraba de estirarse los pelos de la ceja derecha. Tenía una voz de bajo que no correspondía con su estatura. Estaba sentado detrás de la mesa de su despacho.

No le miraba a él, sino que siempre se dirigía a su madre.

—¿Y tiene solución? —Preguntó ella.

—La buena noticia es que el muchacho se ha enamorado por primera vez, o sea que luego ya no se repetirá para otros romances. La mala noticia es que no hay ningún medicamento.

Esta vez los miró a ambos antes de responder:

—La única solución consiste en dejarla! —Sentenció. Y se quedó mirándole fijamente, observando cómo se humedecían los ojos del muchacho.

## 1.10. La sonrisa de Anthony

Al día siguiente tenían hora en el estudio. Era pronto. Vierxa, Anthony, Sarima y Rianu todavía no habían llegado.

Mientras preparaban los equipos, MR le preguntó al ingeniero lo que eran las ondas estacionarias.

—Los locales tienen sus voces propias —le respondió el técnico—, que a veces solo se perciben si son excitadas por las mismas frecuencias con nuestras voces o músicas. Es como si se afinaran con ellas, y aparecen sobre todo cuando las paredes son paralelas y en algunos casos de focalizaciones. Por eso interesa que las paredes del estudio no sean paralelas o como nuestro estudio, que las tiene con ese plisado. Aquí se grabó *Good Vibrations* para los *Beach Boys*. Y le mostró una fotografía de ese instante.

A pesar de las críticas recibidas en la grabación anterior, ese primer contacto con un profesional experto en sonido, le estaba reportando muchos nuevos conocimientos.

—¿Coincide eso con la resonancia?

—En cierto modo sí. Podría decirse que las ondas estacionarias son algo parecido a la resonancia del espacio rectangular, siguiendo ciertas direcciones, como en un billar. Cuando le das a una bola siguiendo un eje, va a seguir chocando siempre en los mismos puntos de ese eje. Si no se amortiguara el golpe, ese fenómeno se repetiría infinitas veces.

El joven asentía con la cabeza.

—De todas formas, si yo te continúo explicando, igual sabrás más que yo y entonces te contratarán para sustituirme —le dijo medio en broma.

MR continuaba asintiendo, pero no lo había entendido del todo.

En ese instante entró Anthony con su guitarra. Saludó a ambos, y llamando aparte a MR le dijo con su acostumbrada seriedad:

—Espero que hoy no vendrá Liace, ¿verdad?

El asintió sin mediar palabra. Pensaba en la última conversación con ella, y ese punto final de esa relación.

—Hemos terminado. Yo ...

Anthony le puso la mano en el hombro.

—Te entiendo. Es muy duro.

Dejó pasar unos segundos mientras retiraba la mano.

—Hemos quedado luego Rianu y yo para salir juntos. —Le susurró alegrando el rostro— Espero que no me pase como a ti.

Luego se acercó al técnico que ahora estaba conectando unos micrófonos, y enarbolando una tímida sonrisa, les preguntó:

—Por cierto, vosotros dos que estáis locos por el sonido, ¿no sabréis decirme porqué a veces las formas cóncavas concentran o difunden el sonido, mientras que las convexas lo difunden siempre?

El joven se quedó pensando, pero el ingeniero respondió de inmediato:

—Si el foco de la forma cóncava coincide con la fuente sonora, el sonido de esta fuente se concentra en sí misma. Pero si la fuente se aleja del foco, colocándose después del mismo, el sonido focaliza primero en el foco, pero luego sale difuso del mismo. O sea que lo importante para la difusión consiste en que nadie se coloque cerca del foco.

Ahora Anthony sonrió. Cada día le gustaban más los espacios y las formas arquitectónicas del barroco. MR estaba asombrado por verlo sonreír.

—Mi amplificador no se toca!

El guitarrista, que pretendía conectar el Jack de su *Fender Stratocaster* al amplificador de Anthony, se quedó con el cable en la mano y se dio la vuelta.

—Perdona, pero en los “dobletes” nos dejamos los amplificadores entre los conjuntos que tocamos en ambos lugares.

—Pues yo no. Yo siempre me llevo mi amplificador *Fender Twin Rever* conmigo.

El guitarrista estaba sorprendido. Lo normal en los dobletes, era que cada conjunto montaba en un lugar diferente, y que la movilidad se producía solo por parte de los músicos, que con sus guitarras propias iban al segundo local. Pero los amplificadores de instrumentos, de voz, incluso el órgano y la batería no se movían. Y allí se quedaba el técnico del grupo que dejaba el equipo instalado, para supervisar que todo funcionara con normalidad para el siguiente grupo.

Iba a replicar cuando Anthony se acercó y se colocó a un palmo de distancia.

—Mi ampli dispone de una reverberación de resorte y dos altavoces *Jensen* de doce pulgadas, y no quiero que nadie lo estropee.

La tensión en el escenario iba subiendo.

Rianu se acercó a Anthony, y le susurró unas palabras directamente al oído.

—Mi madre está aquí

Ambos giraron la cabeza al oír la llegada de la madre de Rianu. Era una persona de mediana edad, que llevaba muletas. La del lado izquierdo producía el sonido de una ventosa cada vez que se separaba del liso pavimento del local. Se podía oír perfectamente el “plop-clic-plop-clic” que iban produciendo las dos muletas.

En el silencio del escenario, estos sonidos impactaron en todos los presentes.

Anthony se giró hacia el guitarrista que todavía tenía el Jack en su mano, y le preguntó:

—Supongo que donde voy me has dejado un amplificador con reverberación, ¿no es así? —El muchacho, impresionado por lo ocurrido, asintió en silencio.

El eco de los “plop-clic-plop-clic” le acompañó mientras Anthony bajaba del escenario seguido por Rianu y siguieron esos sonidos.

Fuera, empezaba a llover.

—Me has dejado preocupada —le dijo Rianu mientras entraban en la camioneta—. Pensaba que os ibais a pegar. ¿Tan importante es ese ampli?

—Es que el amplificador que me dejaron en el último doblete sonaba siempre distorsionado, incluso a bajo volumen. —Y añadió— Pero no se trata de eso. El tema de fondo es que no me gustan los dobletes, pero nuestro manager, en ocasiones como esta, nos obliga a ello.

Rianu lo pensó un momento, y con su habitual forma de dar la vuelta a las dificultades, le dijo:

—Míralo por el lado bueno, cada doblete es como si te dejaran otro amplificador para que veas en directo las posibilidades de otras marcas y modelos —Anthony sonrió. Esta vez le había convencido.



El lugar del doblete era una población que se encontraba alejada unos 20 minutos en vehículo. Cuando llegaron se encontraron un escenario muy amplio, con amplificadores y altavoces de voces *James B. Lansing*, incluso con altavoces chivatos de escena. Los amplificadores de guitarras eran los ingleses *Marshall*, y el de Anthony tenía un aparato de eco exterior.

Incluso había un órgano *Hamond* con altavoz *Leslie* de trompetas giratorias.

No podían hacer la prueba de sonido porque estaban en el entreacto de la actuación anterior, pero cuando se enchufaron las guitarras, comprobaron que la sonorización era excelente.

Anthony sonrió mientras buscaba con la mirada a Rianu, que se hallaba escondida tras las cortinas laterales. El *Marshall* de 100 watios tenía cabezal separado y un baffle con 4 altavoces *Celestion*, también de doce pulgadas. Superaba el volumen de su amplificador, y el eco italiano *Binson Echorec*, al cual estaba conectado, era realmente magnífico.

Cerca de él, oyó nuevamente un “plop-clic-plop-clic” que solo podía producir una persona en concreto.

Sonrió otra vez, mientras comenzaban la actuación para este nuevo público.

Ciertamente el doblete le permitía probar otros amplificadores en directo, y estos eran excelentes.

Curiosamente, no dejó de sonreír en toda la actuación.

## 1.11. El mar de fondo

Ella también marchó a meditar delante del mar.

Caminaba despacio en la línea virtual donde las olas rompían con la playa. Vista desde el cielo, esa línea era casi recta. Y ella andaba chapoteando sin darse cuenta que se acercaba a la casa de los padres de MR.

Y sin querer, se encontraron justamente en el lugar donde la madre pianista le había enseñado a su hijo las notas de los acordes.

Él pensaba precisamente en ese dibujo que su madre había realizado en la arena hacía tiempo. A sabiendas que no lo encontraría, lo buscó, pero el mar lo había borrado.

Todo el mundo giró desde entonces, y especialmente desde que conoció a Liace.

Había hablado con Vierxa. La conversación fue realmente sabrosa, porque le informó que estaba atrapado por Sarima, y también supo que Anthony y Rianu se miraban muy efusivamente.

«O sea, que no estoy solo ante estas sensaciones» —pensó finalmente—, «pero a ellos no les sucede lo que a mí».

Parecía que a ambos no les afectaba estar enamorados.

—Hola, —dijo él levantándose de esa pequeña duna en la que estaba sentado contemplando el mar.

Ella se giró, sorprendida del encuentro. No esperaba encontrarle.

—¿Por qué has desaparecido? —le preguntó Liace.

—Porque debo decidir mi camino, y necesito meditarlo sin nadie a mi alrededor —le dijo con voz muy suave.

Ella lo vio tranquilo.

—Siéntate, por favor —le dijo casi susurrando, indicándole con golpe-citos de la mano que lo hiciera a su lado—, tengo que explicarte algo muy importante.

Ella temblaba casi adivinando lo que él le iba a decir.

—He descubierto que cuando estoy a tu lado no puedo concentrarme en la música. Debía decidir cuál será mi futuro, contigo o sin ti. Y no me ha sido nada fácil llegar a solucionarlo.

Ahora ella sabía que cuanto le iba a explicar podía cambiar su vida. El no le había dicho nada desde la despedida después del estudio de grabación, y ahora se encontraba casi sin voz.

—Eres mi primer amor verdadero, y eso ha supuesto algo extraordinario en mi vida. Jamás había explicado tantas cosas íntimas a nadie. Es como si estuviera con alguien que ha formado parte de mí desde siempre.

El mar aprovechó para elevar los sonidos del romper de las olas justo en el instante en que el dijo:

—Y por eso yo ...

Liace no había entendido la continuación de esa frase. El la miraba fijamente, y ella no sabía si eso era bueno o malo.

—Perdona pero es que ...—empezó a decir ella.

—Déjame continuar, te lo ruego, la cortó él.

Amigos, debo informaros que aquí se acabaron los manuscritos leíbles de MR referentes a esta etapa de su juventud, que encontré en un compartimento secreto bajo el piano de su madre en la vieja casa. Ciertamente les seguían varia páginas, pero todas ellas se encontraban llenas de agujeros producidos por los *Lepisma saccharina*, también llamados pececitos de plata, y otras partes ilegibles a causa de la humedad. He pensado en reproducir los restos, pero era imposible entender nada. Al final me he decidido a escribir mi propia versión después de intentar sin éxito localizar a Liace. Claro, me diréis que lo que sigue a continuación proviene de mi imaginación y no de fuentes primarias o secundarias de conocimiento.

Y tenéis razón!

—Verás, cuando estoy contigo es como si formara un acorde dominante, donde no pueden entrar otras notas. —El pensaba en los acordes que le enseñaba su madre.

—No te entiendo.

—Que contigo tengo algo parecido al síndrome de Stendhal del primer amor! Al parecer cuando te veo, toda mi atención se polariza en ti, y no puedo concentrarme en otras cosas. Yo ...

Siguió un silencio roto solamente por el sonido del mar. Parecía que este último también callaba para poder escuchar las palabras que debían seguir del joven MR.

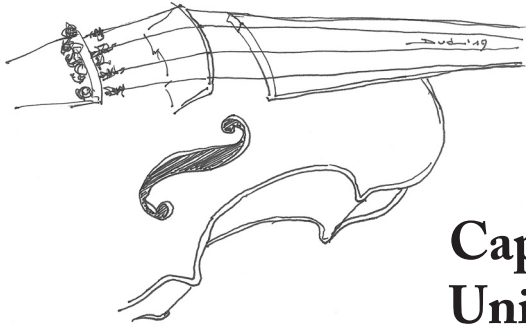
«Me va a dejar» pensó ella.

—Yo ...

Y el muchacho abrió su corazón y echó a llorar. Hacía mucho tiempo que no lloraba. Desde que se trasladaron de casa y vinieron a esta población, había encontrado una felicidad que era imposible de mantener.

La ciencia que estudiaba la mente había decidido su futuro.

Debía renunciar a ese primer amor!



## Capítulo 2. Universitario

Cuando el Maestro Roncador acude a la universidad, conoce a la que será su mujer, y todo el tema amoroso da vueltas sobre la forma de poder enseñarle la acústica, o dicho de otro modo; le enseña acústica para que ella se fije en él. Por suerte no pierde la cabeza como le sucedió con su primer amor.

Han pasado ya algunos años, y sus amigos del conjunto están cursando otras carreras en otros centros y universidades. Se reencontrará con ellos más adelante.

En la universidad conoce a su amigo Quelmi, quien también asiste a las clases de acústica del profesor apodado "el hueso". MR no se lo piensa dos veces cuando el hueso le ofrece una beca, y su amigo también acepta una de vibraciones.

Por cierto: Yala, la nieta del Maestro, me hizo firmar un contrato con una cláusula que me exigía enseñarle una maqueta del libro. No le gustó demasiado mi primera versión, porque dijo que voy de protagonista.

Lo siento por mis lectores porque debo dejar de lado muchos de mis comentarios irónicos y dejarlos con una versión de MR, a mi gusto, más monótona.

## 2.1. El hombre del fondo

Y el hombre gritó:

—Apartaos, que van a caer.

Todos los asistentes oyeron su grito, y en vez de reaccionar apartándose, unos se quedaron inmóviles, mientras otros empezaron a preguntar lo que sucedía. Un ídolo del rugby estaba firmando autógrafos congregando un gran número de fans. Otros venían atraídos por el poder de atracción de la propia gente.

Así es la raza humana, nunca obedece, siempre se queda dudando o preguntándose si debe acatar la orden. De todas formas, el hombre insistió.

—Apartaos os digo, que se caen.

Esta vez algunos miraron de alejarse, aunque otros seguían pensando que era broma, o que no había para tanto, o que realmente lo que pretendía la orden era que le dejaran solo con ese ídolo.

De repente se cayeron. Una tras otra.

El ruido fue mayor que el volumen de objetos que se desprendieron del camión. Ya se veía que iban a caer las cajas de cartón tal como se encontraban de desplomadas y sin atar entre ellas. Cayeron una docena hacia la acera del campus.

El hombre del fondo avanzó rápido para socorrer a los transeúntes accidentados, pero por suerte las cajas contenían objetos de poco peso.

De todos modos, una mano apareció entre las cajas. El hombre la asió y ayudó a levantar al muchacho a quién esta pertenecía.

—Muchas gracias —le dijo comprobando que no tenía nada lastimado—. Le oí decir algo, pero estaba absorto en mis pensamientos y no lo entendí.

Se fijó en su salvador, era uno de sus profesores preferidos de la universidad, el de acústica. Un hombre tan delgado que parecía un hueso.

El profesor también lo reconoció como alumno suyo, pero no quiso exteriorizarlo porque llevaba pocas clases impartidas y todavía no lo conocía bastante. A pesar de ello, ese alumno le caía bien. Sus respuestas eran reflexivas y acertadas.

—Me acostumbra a pasar a menudo. Doy clases en esta universidad, y aunque tengo más de cuarenta años, casi nunca logro que me escuchen.

El joven entendió que lo decía de modo irónico, y le devolvió una sonrisa.

Al poco llegó el conductor del camión. Al saber lo sucedido les dijo a ambos que si le ayudaban a subir las cajas les recompensaría. El profesor iba a declinar la oferta y hacerlo gratis, pero el joven necesitaba el dinero y dijo que sí, por lo que se pusieron a ello sin más comentarios. El conductor subió a la plataforma y empezó a colocar las cajas que ellos le pasaban desde abajo. El joven nueve y el profesor solo seis.

Acabado el trabajo, les entregó tres dólares al joven y dos al profesor, en función de las cajas que habían levantado. Y ahí empezó cierta discusión que fue seguida por algunos transeúntes.

—Hemos trabajado los dos y lo correcto es repartirnos a medias los beneficios. —Inició el joven.

—Perdona, pero a mí no me gusta hacer medias aritméticas. Si me das medio dolar supondría que ambos hemos levantado las mismas cajas, y no es cierto.

El joven se sorprendió ante la severa reacción del profesor, pero reaccionó rápidamente.

—De acuerdo. Yo he levantado más cajas pero he realizado poco esfuerzo porque tengo unos veinte años, y en cambio su esfuerzo ha sido mayor. Creo que lo justo es realizar una media ponderada, o sea que  $(44 \times 2) + (20 \times 3)$  son 148 y divididos por 64 ... —sacó la calculadora— resultan 2,31, por lo que le tengo que dar 31 centavos.

Hizo el ademán de dirigir la mano hacia el bolsillo para dárselos, pero el profesor se había esfumado por el mismo fondo por el que había venido. Ante esto, la gente congregada fue desapareciendo hasta dejar al alumno solo. Se quedó pensando y contemplando como se iban uno tras otro, incluido el camión. Se preguntaba que era lo que había hecho mal.

Una alumna que había presenciado la discusión, le escribió una nota al joven.

*Creo que te has equivocado con el profesor James Tesor. Le deberías haber ofrecido 45 centavos que son la diferencia respecto la media geométrica, puesto que ésta es  $(3 \times 2)^{1/2} = 2,45$*

No la firmó, pero la dejó en su casilla para que él la encontrara.

En la clase, el profesor hizo su aparición de forma más blanda.

—Hoy vamos a razonar sobre la absorción del aire. Como ya sabéis, la fórmula del tiempo de reverberación de Sabine nos relaciona mediante la constante 0,161 el Volumen del recinto y su absorción equivalente o Sabinios métricos. Pero para grandes recintos debemos también considerar la absorción que realiza el aire.

Tomó un poco de agua del vaso junto a la jarra que le había dejado el bedel.

—Esta vez toca como siempre la tercera fila. ¿Alguien me puede escribir la fórmula con esta absorción supletoria?

Nadie se atrevió a salir a la pizarra. En la segunda fila, Quelmi se estaba poniendo nervioso porque su compañero aún no había llegado, y el profesor era muy riguroso con la puntualidad.

En eso se abrió la puerta del aula y el alumno apareció sofocado y con un papel en la mano. Era la nota con el resultado del cálculo matemático

—Usted. Ya que llega tarde, pase a la pizarra.

El joven no supo escaparse de esta encerrona y fue hacia la pizarra, dejando el papel encima de la mesa del profesor. Cuando este, de forma furtiva vio su contenido, miró al resto de la clase.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó esta vez observando al alumno. Acto seguido leyó la nota en voz alta.

El muchacho se encogió de hombros.

Una alumna de la tercera fila se alzó, y todos vieron a la pelirroja levantarse ruborizada.

—Perdone pero les ví discutiendo en la calle y pensé que lo más justo es que se repartan los beneficios mediante la media geométrica.

La clase no entendía nada. Al parecer era un tema exclusivo de los tres que se encontraban levantados.

Al profesor no le importaba para nada cobrar por la media geométrica, aritmética o ponderada. Ya había decidido entregar sus dos dólares al joven, pero ese interés por parte de ambos alumnos era preocupante. Aunque mirado desde otro lado, igual era un síntoma de algo que acostumbra a pasar entre los jóvenes sin que estos lo adviertan.



Vio que el alumno la estaba mirando embelesado. De todos modos le estaban alejando del tema principal de discusión.

—Pues ya que quiere ayudar a su compañero, a ver si entre los dos son capaces de escribirme la fórmula del tiempo de reverberación para grandes recintos, es decir; que también tenga en cuenta la absorción del aire.

El joven, para no comprometer a su compañera, escribió rápidamente en la pizarra la fórmula de Sabine añadiendo al denominador el término  $4mV$ .

$$T = 0,161 V/(A + 4mV)$$

—Correcto, exclamó el profesor. Veo que ha estudiado por su cuenta. A ver si su ... compañera sabe lo que significa ese término  $m$ . La miró y le ofreció la tiza.

La alumna salió a la pizarra, pasó cerca del profesor para recoger la tiza, y al llegar a la tarima escuchó un susurro que le decía:

—... para agudos.

No entendió el inicio de la frase, pero comprendió su significado al recordar que el muchacho le había comentado a Quelmi que casi siempre encontraba mucha reverberación en las frecuencias graves en las que tocaba el bajo.

«¿Porqué me ayuda?», pensó para sí maldiciendo la hora en que había escogido esta asignatura como optativa. Le costaba mucho entender estos conceptos físicos. A ella le gustaba la dirección de empresas, pero le recomendaron esta optativa para cubrir su curriculum.

Múltiples pensamientos cruzaban su mente mientras alcanzaba la pizarra, donde escribió:

*m max si f aguda*

—Vaya, parece que el soplo de su ... compañero ha surtido efecto. O qué se piensan, ¿qué no sé escuchar los susurros?. —Miró a ambos sucesivamente y continuó— Sepan que aunque es cierto que la absorción del aire es más alta cuanto más agudo es el sonido, también es cierto que al susurrar se emite un volumen mayor en las consonantes silábicas como la ese. Por eso en los exámenes acostumbro a localizar perfectamente los que susurran una pregunta o una respuesta, puesto que el susurro siempre contiene consonantes silábicas, y estas presentan muchos agudos que son extremadamente direccionales.

Y continuó insistiendo:

—Ese, ese, sss, sss, agudoss. ¿o se piensan que soy sordo?. De todos modos no van desencaminados, puesto que la máxima absorción, aunque es muy baja en valor, (del orden de  $m = 0,03$ ), sólo ocurre para unos 4.000 o 6.000 Herzios —tomó otro sorbo de agua y continuó—, pero solamente si la humedad relativa es muy baja.

Descansó un momento para volver a tomar agua. Eso de la humedad tan baja, psicológicamente le estaba dando mucha sed.

El alumno aprovechó para preguntar:

—Si la evaporación del agua provoca un aumento de humedad, y si la reflexión del agua es muy elevada, ¿significa que los sonidos agudos pueden llegar más lejos?, ¿por eso el Hollywood Bowl tiene una superficie de agua entre el escenario y el público?, pero entonces el sonido del rayo en una tormenta ¿no debería ser más agudo a como lo percibimos?

El profesor no quería estar sometido a este bombardeo de preguntas por parte del alumno.

—Perdone pero aquí las preguntas las hago yo, y todavía me falta que me digan porqué la máxima absorción del aire existe cuando la humedad relativa de éste es muy baja, y la temperatura es alta.

Quelmi también quería participar.

—Existe una relación entre la velocidad del aire, con la temperatura y la humedad, —se atrevió a decir—, quizás influye en su elasticidad.

El profesor le permitió la palabra.

—Yo diría que para bajos contenidos de humedad, el aire se vuelve más elástico y ello comporta una mayor absorción sonora, pero no sé explicar porqué esta absorción tiende a cero a medida que las frecuencias son más graves.

El profesor estaba encantado de que ya fueran tres los alumnos protagonistas del debate.

—En efecto, cuanto más seco y más frío está el aire, más absorbente es. ¿Conocéis la fórmula de Laplace de la velocidad del sonido?

En ese momento se oyó un gran alboroto en el pasillo. Era un vocerío lleno de gritos fanáticos, y provocó que se levantaran los alumnos de los

asientos cercanos a la puerta para ver lo que ocurría. Luego se levantaron los restantes y todos se lanzaron hacia el pasillo al saber que el ídolo del rugby se despedía de su visita a las instalaciones de la universidad. Había sido un excelente alumno becado y era idolatrado por todos.

En el aula se quedaron totalmente solos los cuatro personajes. Se miraban entre sí en silencio, roto por el griterío que iba alejándose hacia el hall de acceso de la universidad.

Obviamente la clase había terminado.

Fuera, la muchedumbre seguía a su ídolo, congregándose cerca de un camión aparcado delante. Desde el aula, se observaba perfectamente que la carga estaba nuevamente desplazada hacia la gente.

El profesor dejó los dos dólares encima del papel de su mesa, y corrió otra vez hacia la salida de emergencia del fondo.

## 2.2. El timbre

Y el Profesor dijo:

—Defíneme el timbre de un *Stradivarius*.

Años más tarde, el Maestro me confesó que admiraba esta forma de iniciar las clases que tenía su profesor de acústica. Iba directo al grano.

La clase se quedó helada. La muchacha interpelada de la tercera fila, se sentó de golpe en su asiento. Esta acción demostraba su desconocimiento del tema, y le suponía el suspenso en ese parcial. El siguiente alumno también estaba desconcertado. No sabía de qué iba el tema.

«*Stradivarius, Stradivarius*», pensaba para sí, «debe ser un nuevo grupo musical que quizás sólo haya grabado o editado una única canción».

El turno le llegó a ella. Las dos primeras filas estaban observando el espectáculo de forma muy descarada, pero al llegar a la preguntada, todo el mundo concentró su mirada en el alumno sentado en la segunda fila.

Se había hecho notorio que este becario le daba clases particulares, y el profesor que le concedió la beca, era precisamente el que realizaba la pregunta. Por ello, el interés era más que evidente.

Él estaba tenso, pero ella parecía relajada. En realidad sabía poco de la cuestión, pero hacía tiempo que recibía lecciones del joven Maestro, y pensó que quizás supiera desenvolverse si actuaba con astucia decantándose por la Historia y no por la Acústica.

—Perdone, —dijo ella dirigiéndose al Profesor con actitud de acatamiento de una pena judicial—, ¿se refiere a los luthiers que fabricaban instrumentos de cuerda en Cremona, Italia, durante los siglos del barroco?

El Profesor, que estaba distraído, al oír esta pregunta se dio cuenta de quién era la preguntada. Observó que toda la clase estaba pendiente de los tres y comprendió que debía actuar con cuidado.

«Esa joven no es tonta. Me ha respondido con otra pregunta, y ahora todos están a la espera de mi respuesta».

—En efecto —le contestó—, pero no son sólo del barroco puesto que existen estudios que demuestran que ya fabricaban sus violines, violas y chelos antes del año 1667.

La alumna percibió que el Profesor no le daría más pistas, pero ella ya le había anunciado que tenía conocimientos del significado del apellido *Stradivari*.

—Creo que todos coincidirán conmigo que estos instrumentos son excepcionales —continuó ella—, muchos músicos pagarían verdaderas fortunas por poseer uno de ellos, y la razón no es sentimental, ni sujeta a una moda. Al parecer su sonoridad es única.

El Profesor estaba al descubierto. Podía continuar preguntando respecto al timbre, pero ella había especificado sonoridad, y era un término equivalente. En el fondo, entendía que ella quizás estaba saliéndose por la tangente, pero también que a su vez se arriesgaba a que le realizara una futura pregunta. Finalmente consideró que era preferible dejar el “status quo” y hacerle la pregunta directamente a su becario.

—Veamos, dígame usted sin “arabescos laterales”, exactamente lo que significa el timbre de un Stradivarius.

Con la pregunta tan directa y la alusión al giro que había realizado la alumna, le daba a entender que no admitiría ningún otro subterfugio que le sirviera para eludir lo que pedía. La respuesta del alumno, que se hizo esperar casi un minuto, sorprendió a toda la clase.

—No lo sé.

El Profesor James Tesor no daba crédito a lo que había oído. Éste alumno siempre tenía una respuesta a toda pregunta. De tan sorprendido que estaba, se quedó sin saber que decir.

La alumna también le miraba sin dar crédito a esa respuesta. No le veía la cara, porque él se sentaba en la fila anterior, por lo que no podía ver la sonrisa en los ojos que ahora mostraba el joven:

«Claro que lo sé, pero ahora no me conviene añadir más a lo que han dicho», pensó con la mente fija en ella. Y en ese instante se giró para observar a la pelirroja.

Ella reconoció su mirada, y con un gesto de la cabeza le indicó que prefería que no intercediera.

Había comprendido que él se sacrificaba por ella.

—¿Puedo añadir algo más? —preguntó de repente la muchacha dirigiéndose al Profesor. Al ver que éste continuaba sin saber qué decir, continuó— Yo estoy segura que el timbre del Stradivarius se distingue del timbre de otro violín cualquiera, por la existencia de frecuencias que se generan y resuenan de una forma que las hace únicas, creando una riqueza de ataque y armónicos singular, seguramente por la elección y el tratamiento realizado en las maderas utilizadas en las cajas y el alma, éste último verdadero puente de paso de las vibraciones de la caja superior a la inferior y posiblemente también por los barnices empleados.

El joven sonrió con descaro, y se volvió al Profesor. Éste contempló la clase que empezó a aplaudir, y comprendió el silencio de su alumno becado.

—Usted lo sabía perfectamente —dijo al fin dirigiéndose a él—. ¿No es cierto?

Los dos jóvenes no contestaron.

Finalmente, la joven añadió:

—Mi abuelo tenía un violín que le dejó su padre en herencia. Al parecer, construyeron la tapa posterior con unas incrustaciones de nácar muy decorativas. Al llevarlo a restaurar, el luthier nos dijo que esas piezas eran seguramente el capricho de alguien enamorado de la decoración, pero que musicalmente le quitaban sonoridad. Me dijo textualmente: *el timbre queda huérfano*.

El Profesor continuaba perplejo, contemplando a su becario y su enamorada. El primero seguía con esa sonrisa de satisfacción, pensando para sí:

«El alma del violín es esa pieza oculta que parece que sólo sirve para descargar la presión que las cuerdas ejercen sobre el puente y repartirla entre la tapa superior y posterior, En realidad es el verdadero conector para que la parte más frágil y visible, herida por los orificios en “f” necesarios para que salga el sonido de la caja resonante, pueda vibrar conjuntamente con la parte oculta. Ambas, las dos, al igual que nuestros corazones, vibran al mismo tiempo».

Ese día, el Profesor se retiró de la clase antes de que sonara el timbre que anunciaba la hora.

### 2.3. El rendimiento acústico

Y el Profesor dijo:

—Por favor, que pase a la pizarra el alumno de la tercera fila que está más próximo a la ventana.

El alumno en cuestión se levantó y fue hacia la pizarra donde el Profesor de Acústica le preguntó lo siguiente:

—¿Usted sabe cuál es el rendimiento acústico de un restaurante re-verberante cuando le incrementamos la absorción?

El alumno no sabía qué responder, pero para no dejar en blanco su intervención dijo lo siguiente:

—La reverberación es directamente proporcional al volumen de la sala e inversamente proporcional a la absorción, por lo tanto cuanto mayor sea la absorción del recinto, más baja será la reverberación.

El Profesor sabía que esta no era la respuesta y que el camino para llegar a la misma tampoco iba realmente por ahí. Era una fácil salida por la tangente, y por eso le dijo:

Puede sentarse, tiene usted un cero por no responder lo que se le pregunta. El alumno se retiró a su asiento con el rostro visiblemente enrojecido.

—A ver, otro alumno de la tercera fila. —Prosiguió el profesor— La del lado, pero esta vez salga a la pizarra.

En este caso la alumna en concreto, que era la compañera de la chica pelirroja, se levantó y fue a la pizarra. El profesor le dijo:

—¿Puede usted responder la pregunta anterior?

La alumna contestó:

—Creo que sí. El rendimiento entre el momento en que no hay absorción en el restaurante respecto al que he aumentado esta absorción, seguramente se deduce de que en el primer caso tendré una constante de sala  $R = S \alpha / (1 - \alpha)$ , con un valor muy bajo y en el segundo caso lo tendré con un valor muy alto, es decir, que el radio crítico  $r_c$  se verá ampliado en el momento que obtenga el máximo de absorción.

El Profesor se quedó un momento meditando y respondió:

—De acuerdo, pero todavía usted no me ha dicho cuál es el rendimiento si paso de una absorción a otra.

La alumna no sabía que contestar.

—Bien no le voy a poner a usted un cero, aunque no me ha contestado la pregunta, pero vaya a sentarse y que pase su compañera.

La chica pelirroja se levantó. A todo esto, el ruido que producían los asientos de los pupitres era realmente notable y de ello era conocedor el Profesor de Acústica.

La joven salió a la pizarra y dijo:

—La mejora en la absorción, si lo expresamos en decibelios será obviamente proporcional a la disminución del nivel de ruido en campo reverberante. Y como esta intensidad actualmente se considera constante e igual a cuatro veces la potencia acústica dividida por la constante del local (R), si deseo obtener la diferencia entre el nivel inicial y el final, no será nada más que una resta de logaritmos, lo cual es igual al logaritmo de la división.

Y escribió:

$$L_i - L_f = 10 \log \frac{4W_a}{R_i l_0} - 10 \log \frac{4W_a}{R_f l_0} = 10 \log \frac{R_f}{R_i}$$

—Como los coeficientes son iguales y las potencias acústicas también, se anulan entre sí, al igual que las intensidades de referencia. Con lo cual detrás del 10 logaritmo queda finalmente la constante del local final  $R_f$  dividida por la constante del local inicial  $R_i$ . Este resultado es la diferencia de nivel de este proceso, y por lo tanto, el rendimiento de haber aumentado la absorción en este recinto.

Cuando ella acabó, se impuso un silencio absoluto en el aula, roto solamente por el sonido del ventilador ubicado en el techo y algún fluorescente cuyo cebador realizaba desesperados intentos por activarse. Todos querían aplaudir, pero esperaban conocer la reacción del profesor.

El Profesor estaba impresionado. Ella había explicado aquel proceso solamente anotándolo en la pizarra. Ahora, se preguntaba si esta alumna no se estaba basando en la memoria, o en su joven Maestro. En ese momento miró a su becario sentado en la segunda fila, y vio que sonreía orgulloso mirando a la chica de una forma casi descarada. Sin mayor redundancia le preguntó:

—¿Puede usted poner un ejemplo?



Ella se quedó un instante meditando y le respondió:

—Si los coeficientes de absorción promedio de todos los cerramientos del restaurante tenían inicialmente un valor de 0,15 y mediante el tratamiento de paredes, suelos y techos se lograra llegar a una absorción cercana al 85%, querría decir que se habría pasado de una constante de local R inicial igual a  $(0,15 S) / (1-0,15)$ , es decir 0,17 S, a otra final de valor  $(0,85 S) / (1-0,85)$ , es decir 5,67 S. Aproximadamente, el valor resultante del rendimiento se podría resumir en 10 logaritmo de 0,85 dividido por 0,15. Como esta división es 5,67, y su logaritmo decimal es 0,75, multiplicado por 10 significa un rendimiento de 7,5 decibelios. Es decir que el nivel de ruido del recinto, sólo por el hecho de haberlo revestido con este material absorbente habrá disminuido casi unos 8 decibelios aproximadamente.<sup>6</sup>

La chica estaba radiante, el alumno becario sonreía de oreja a oreja y el Profesor no tuvo más remedio que mandarla sentar diciéndole.

—Enhorabuena, tiene usted un 10, la máxima calificación posible.

Más tarde, el Profesor se encontró a su alumno en un reservado situado en el altillo de la biblioteca, donde éste se hallaba investigando unas ecuaciones que él le había mandado constatar de algunos artículos de revistas de acústica reconocidas, y le preguntó:

—Ese tema del rendimiento de la absorción que tan bien resolvió tu novia...

El muchacho le cortó:

—Perdone, pero todavía no es mi novia.

—Bien, pues tu compañera ..., la que le das lecciones ..., ya sabes a quien me refiero. —El joven asintió con la cabeza.

—Me gustaría que me dijeras si esa lección se la has impartido tu o si la ha aprendido ella sola, por sí misma.

El joven obviamente no podía mentirle, y le dijo:

—Yo la he ayudado en aquellos aspectos que ella no dominaba.

---

<sup>6</sup> Nota del relator: de hecho en teoría resultaría para este caso concreto:  
 $10 \log [(0,85 S/1 - 0,85)/(0,15 S/1 - 0,15)] = 10 \log (0,85/0,15)^2 = 20 \log 5,67 \approx 15 \text{ dB}$ .  
Pero ya sabemos que la aproximación  $10 \log \alpha_2 / \alpha_1$  es algo más cercana a la realidad.

Y el Profesor manifestó:

—Es decir, que podríamos decir que se lo has enseñado tú.

El muchacho recordó las tardes bajo el árbol del estanque del campus, contemplando los reflejos de los rojos cabellos de su amiga encendidos por los rayos del sol, y las lecciones prácticas que le impartía desinteresadamente. Al cabo de unos instantes, respondió afirmativamente con la cabeza.

El Profesor le matizó:

—Pues enhorabuena también, porque veo que lo ha aprendido de una forma completa. Mientras los restantes alumnos vacilaban y no sabían lo que debían contestar, tu compañera lo ha manifestado con decisión y ha sabido incluso superar el ejercicio práctico con el ejemplo que le he preguntado —Y finalizó—. Creo que en el futuro podrás llegar a ser un buen maestro.

El joven miró al Profesor mientras este se alejaba encorvado y con el pelo canoso. Giró la mirada y la dirigió lejos, hacia la mesa de la biblioteca donde se encontraba su compañera con otros alumnos. En ese preciso instante se cruzaron sus miradas, y él enarboló una sonrisa de satisfacción por su misión realizada enseñando todo lo que estaba al alcance de esos conocimientos de acústica, a la persona a quién amaba en secreto, y pensó la siguiente conclusión:

«Si algún profesor se enorgullece de cómo enseñamos a los demás, no creas que con eso ya está todo dicho, al revés, debes mantener siempre muy alto ese nivel de la enseñanza porque es muy fácil que, en un desliz cualquiera, cometámos un error matemático o gramatical o de memoria, ya que no cabe duda que somos humanos. Pero si nos equivocamos con nuestra persona amada, ese error puede tener graves consecuencias».

Se olvidó unos instantes de anotar aquello que estaba investigando, hasta que oyó detrás de él unos crujidos de seda y una voz muy conocida que le preguntaba:

—No le habrás dicho que soy tu novia, ¿verdad?, porque todavía no me lo has pedido oficialmente.

Y sin esperar la respuesta, esa maravillosa chica pelirroja se alejó de él, dejándole con la boca abierta.



## Capítulo 3. Profesional

Llegamos ya a esta etapa oscura que MR impidió incluir para la edición de su primer libro. Pero como os he contado, después de muchas discusiones y astucias, logré el permiso definitivo de su nieta.

Considero que si bien es cierto que en algún relato el aspecto sonoro puede quedar de lado, sobresale un nuevo aspecto más humano de MR que le permite superar el momento.

Aquí veréis que MR aparece en distintos papeles, ya que finalmente aprobó su tesis doctoral, se asoció con su amigo de estudios, desempeñó labores de Secretario de la Sociedad de Acústica, escribió narrativa y también realizó obra pictórica y escultórica sonora.

Supe por terceros que MR quemó unos documentos relativos a sus investigaciones para la empresa K&B. Quizás también en ese acto destruyó otros documentos que había escrito respecto a su vida.

Yo pensé que ahora destacaría su relación sentimental, porqué después de K&B, el alejamiento de su verdadero amor con la pelirroja de la Universidad le dejó libre para intentar otros flirteos, como es el caso de su becaria, de su editora, de su marchante de arte, etc. ¿Quizás fue esto lo que quería ocultar? ¿O lo era alguna de sus debilidades sonoras?

En todo caso, según he podido averiguar, no, no era para tanto.

### 3.1. La diva

Y el Secretario dijo:

—Perdone, pero eso que acaba de hacer es intolerable.

El camerino era bastante amplio para ser el de un teatro de población pequeña. De todas formas, los nervios afloraban en el ambiente, y los restantes asistentes susurraron entre sí.

La Diva le miró directamente a los ojos, y vio que lo decía en serio. Dejó de hacer estiramientos con los brazos, y los bajó hasta señalarle.

—¿Pretende enseñarme a cantar?

El futuro Maestro se sorprendió por la pregunta.

—¿Qué tiene que ver eso con la desagradable ventosidad con que nos ha obsequiado?

Todos los presentes callaron. La Diva ni se inmutó. Continuaba señalándolo con el dedo. Levantó la otra mano y volvió a repetir lo que había hecho anteriormente. Un sonido seco y sin amortiguamiento interrumpió el silencio.

—¡Y esta vez con dedicatoria!

—Pero esto es intolerable. ¿No les parece? —Añadió él dirigiéndose a los restantes presentes.

En total eran cinco personas dentro del camerino. El Secretario había contratado a esta Diva para el concierto fin de fiesta de la cena del encuentro anual de los Acústicos, y ella le estaba recibiendo con pedos.

—¿Y usted es el Secretario de la Sociedad de Acústica? —Empezó ella a atacar—. ¿No sabe que antes de cantar debo sacar todo el aire que tenga dentro de mi sistema digestivo? ¿No se lo han enseñado sus profesores de acústica? ¡No pretenderá que lo haga al salir al escenario!!

Ahora el Secretario estaba desconcertado. Se puso blanco de vergüenza por tolerar ese bochornoso interrogatorio.

—Todo es culpa de ese alimento local que hacen ustedes. Les llaman lentejas estofadas, pero al parecer estaban poco “asustadas” —y ella continuó añadiendo—. Cuando no se interrumpe la ebullición, se producen muchos oligosacáridos resistentes al ácido gástrico. ¿No lo sabía usted?

El Secretario, primero pensó que iba de discurso gastronómico, pero luego recordó que algo así le había sucedido a él precisamente en un viaje a México, al encontrarse con su amigo Tofaus. Comieron frijoles.

—Quiere usted que me quede sin voz dentro de unos instantes, ¿mientras esté cantando?

La pregunta le retumbaba en el cerebro. El sonido había sido emitido en un tono muy agudo, de aquellos que calan hondo en nuestra psique.

Ahora, todos los asistentes miraban al Secretario:

«He pasado mucho tiempo discutiendo con el encargado del Teatro sobre cómo colocar ese dichoso plano reflejante oculto por las bambalinas, para que le devuelva la voz a la Diva. Vale, eso estaba en el contrato, pero lo que no sabía es que antes de actuar ha de hacer pedos y eructos para eliminar todo el aire de su estómago. Cielos, nunca he preguntado sobre esto, y parece totalmente lógico para lograr hacer trabajar bien el diafragma» —Pensó el Secretario.

Recordaba lo que había aprendido de ese gran músculo interior que tenemos colocado entre el tórax y el abdomen, en la base de los pulmones.

Las lecciones que recibió de canto cuando entró en la coral de la Universidad fueron fantásticas. Allí descubrió que todo lo que sabía desde su grupo de rock de la adolescencia no le había servido de nada.<sup>7</sup>

Volvió de sus pensamientos acordándose de la ruidosa respiración nerviosa y pequeña de los perros, contrastándola con la lenta, profunda y silenciosa del yoga.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tiene el diafragma mal colocado? —justo al acabar la pregunta se dio cuenta de su error. Igual ella utilizaba un “diafragma”, y el significado de la pregunta podía derivarse hacia otra localización—. Perdona, quería decir...

---

<sup>7</sup> Nota del Relator: No he querido intercalar mi observación para no interrumpir el texto. El Maestro tuvo que aprender a respirar de nuevo, inspirando el aire de forma que se llenaran al máximo los pulmones y bronquios, para luego expulsarlo todo lentamente. Estaba acostumbrado a la respiración torácica, que es la que utilizamos llenando el pecho de aire, y no sabía que todavía podía llenar más utilizando el vientre y los costados. Es muy importante hacer servir este fantástico músculo o resorte natural que tenemos en el abdomen y que se denomina diafragma, porque al inspirar se contrae y aplana, mientras que al expulsar el aire recupera su forma abovedada de inicio.

—Es usted un impertinente. Lo que yo hago es una cosa imprescindible para mi cuerpo y mi profesión. Sepa usted que eliminar el aire interior es indispensable para poder respirar con fluidez durante toda la representación. Pero su comentario comporta mala intención y poca educación.

El Secretario se dio cuenta que su opinión había ofendido a la Diva. No tenía más remedio que sincerarse y pedir perdón.

—Lo siento. Sinceramente lo siento. No he estado a la altura. Usted sabe mejor que yo lo que requiere su cuerpo para ese gran esfuerzo que ahora debe realizar. Le he amargado su interpretación antes de realizarla, y no lo deseaba. Por contra, yo creía que el ofendido era yo, y en cambio se ha dado la vuelta por completo a la situación. Creo que es mejor que la deje realizando sus ejercicios corporales, respiratorios y de calentamiento de la voz. De todas formas, antes de irme me gustaría hacer una última reflexión, y espero que esta vez no sea contraproducente. Recuerdo una cita que creo que debe enmendarse.

*No es mejor inspirar mucho aire, lo importante es que éste llegue hasta lo más hondo de los pulmones. Ahora creo que esta cita debería convertirse en: No es mejor inspirar mucho aire, lo importante es tener preparado el cuerpo para que éste llegue hasta lo más hondo de los pulmones, y luego lo podamos extraer sin ninguna dificultad ni disfunción.* —Exclamó el Secretario desapareciendo por la puerta del camerino

La Diva lo miró marchar. Lo pensó unos segundos, y asintió. Acto seguido fue hacia la puerta, la abrió, y le llamó con su potente voz de soprano. Él se quedó helado en medio del solitario pasillo, pero dio media vuelta.

Cuando llegó, ella lo perdonó abrazándolo, y ante su asombro le cogió del brazo y salió con él a escena para ser recibida con el caluroso aplauso de todos los acústicos.

—Apreciados acústicos del Encuentro Anual. Os quiero presentar a alguien que no solo sabe cantar como los ángeles, sino que también sabe hacer de ángel de la guarda, enseñando el camino correcto en muchos aspectos de la vida. Hoy he recibido de ella una lección humana que jamás olvidaré. Os presento a Tsemon Horse.

Tras la presentación, el Secretario bajó a la platea y se sentó en su butaca. A su lado había el asiento vacío de su compañera. Ella le había dicho que era imposible vivir con sus ronquidos.

### 3.2. Na

Y el Escritor dijo:

—Si sigues así me marchó.

Na lo miró sorprendida por su reacción. No estaba acostumbrada a que nadie la dejara plantada. A pesar de ello, su paciencia era siempre espectacular.

—¿No ves que con este argumento no vas a convencer a nadie? Le replicó inspirando aire de forma ostentosa. Parecía indicarle que la estaba sacando de sus casillas después de esta larga discusión sobre los contenidos de su primer libro.

El despacho de la editora se hallaba situado en un lugar muy céntrico de Nueva York, en la planta 17 de un edificio racionalista, desde donde se divisaba en primer plano Central Park.

—Hoy he escuchado a un saxofonista que se encontraba en la boca del Greyshtot Arch, que como sabes es uno de los pasos cubiertos de este parque. —El Escritor lo señaló con un ademán de la cabeza—. Y me ha encantado descubrirlo al ir acercándome, pasar por su lado, alejarme al introducirme en el paso subterráneo y finalmente salir después de él para venir hacia tu despacho. Es parecido a si hubiese asistido en cuatro o cinco interpretaciones distintas, una lejana y dinámica en acercamiento, con la ciudad de fondo que parecía que iba silenciándose. Otra al cruzarme con él, donde ambos estábamos en un mismo escenario, como si interpretáramos juntos. Luego empezó la riqueza de coloraciones cuando entré en el túnel, donde el sonido del saxo se impregnaba de resonancias propias, y el filtrado tras la salida del mismo, con esos sonos parecidos a ecos lejanos. Y a modo de colofón, finalmente el efecto pantalla del terraplenado al girar a la izquierda mucho antes de llegar a este edificio. Fin de la interpretación.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Nota del Relator: Cuando Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux realizaron el proyecto para el *Central Park* de Nueva York, idearon unos caminos a nivel y unos pasos superiores para rodadura, lo que provocó en 1890 la aparición de esos arcos o puentes como el que aquí se menciona. Cada uno de estos pasos adquiere un nombre distinto como el *Eaglevale Arch*, *Dalehead Arch*, *Greyshtot Arch*, *Inscope Arch* y *Trefoil Arch*.

De nada.

Ella no sabía a qué se refería, pero vislumbró una chispa de vida en sus ojos. Lo notaba emocionado por este relato.

—Dime una cosa.

—¿Sí?

Na sabía tratar muy bien a todos sus escritores y pensó que éste, aunque le había parecido inicialmente grosero, no sería una excepción. Debía tranquilizarlo, darle una salida.

—¿Y si tu argumento fuera precisamente ese que me acabas de contar?

El Escritor estaba desconcertado. Llevaba escritas más de doscientas hojas relatando distintos efectos sonoros teóricos. En las otras editoriales que había visitado le habían dicho que no se lo admitían alegando riesgo y saturación de mercado.

Y ahora esta editora le confesaba abiertamente que no valían nada.

Su mente daba vueltas a esa palabra, relacionándola con Na, nombre de esta editora, cuando ella le interrumpió cogiéndole la mano.

Él se estremeció por ese contacto. Volvió a la realidad.

—Si me escribes como si fueras un artista o un músico, que va recorriendo la ciudad encontrando los distintos escenarios sonoros como los que me has descrito, creo que podremos alcanzar un gran éxito.

El Escritor miró a Na. Ella no le había soltado la mano, y él tampoco había hecho nada para cambiar el calor que este contacto le transmitía.

«Sí, quizás me he equivocado» —pensó él mientras buscaba con la mirada en el fondo de esos maravillosos ojos pardos que le observaban. Por primera vez la vio como mujer, pero esencialmente como la editora recomendada por su mejor amigo, y ese reflejo en sus ojos le indicaba que era preciso variar el camino.

—¿Y estas doscientas páginas? —dijo señalando con su mirada el grueso borrador que había dejado en el centro de la mesa.

Ella no contestó, simplemente desvió la mirada.

Abatido por la pérdida de tiempo que le suponía todo lo que había escrito, soltó la mano y se levantó. Aunque, en ese preciso instante supo lo que debía hacer. Había encontrado el título.



—Se llamará *los latidos de mi ciudad*. —dijo poniendo el énfasis en latidos.

Na lo miró atentamente. Había algo que le decía que este autor llegaría lejos. Su instinto de editora así se lo indicaba, pero, ¿había algo más? Se acercó a la gran ventana y contempló el parque.

«Debo ir a escucharlo, aunque ya no encuentre al músico».

—¿Qué te parece si vamos a tomar un Manhattan al Rokefeler? Ya es media mañana y los que sirven en el bar junto al lago del acceso son excelentes.

El hombre la miraba con una interrogación.

—Te invito yo. —Concluyó ella.

De esta forma ella pudo descubrir lo que le había explicado sobre el saxofonista. Todavía estaba en ese lugar, interpretando un jazz exquisito. Al pasar por su lado, el autor le dejó unas monedas que precisamente había preparado. Realmente el músico era excelente, y mientras andaban, MR le fue explicando y enseñando la variación del paisaje sonoro de ese recorrido por el parque.

«Si sabes escribir esas emociones tal como las vives y cuentas, lograrás una gran obra», pensó ella mientras se alejaban del músico y se adentraban por el parque, «hay algo en ti que consigue emocionarme».

### 3.3. La voluntad

Y el Escritor chilló:

—No hay derecho, llevamos más de media hora soportando esta música infame.

Los dos pseudomúsicos se miraron entre sí. El más viejo no conseguía sacar más que lamentos de su violín, y la mujer ni siquiera llevaba el ritmo con su pandereta. Algunos clientes que compartían mesa cerca del Escritor, asentían dándole la razón.

El camarero, pequeño y diligente, acudió de inmediato ante esos gritos en la plazoleta.

—¿Qué pasa?

—Hemos venido a esta terraza a tomar el sol y descansar unos instantes, y estos "aficionados" nos están dando la lata con sus quejidos —añadió su compañera—. Esto no es música ni nada parecido, y si no se van ellos nos iremos nosotros.

Na estaba realmente enfadada.

—¡Pero escuche, nosotros tenemos que ganarnos el sustento! —dijo el violinista.

Otros ocupantes de la terraza no compartían completamente la opinión de ambos. Algunos, incluso pensaban que era algo folclórico y típico de ese lugar, y los menos, con el oído musical poco desarrollado, creían que la música que producían incluso era correcta.

—Su opinión es subjetiva —le espetó a Na un individuo de facciones parecidas a las del presidente APL, aunque con una potente voz de bajo.

—¿Es usted músico profesional? —le preguntó Na observando que el hombre se había levantado de su asiento produciendo un descarado ruido metálico al arrastrar la silla hacia atrás en el pavimento de adoquines de cemento.

Antes que pudiera decir algo, el violinista, intranquilo por si aparecía la policía alertada por el sector no amistoso, intervino diciendo:

—No saben ustedes cómo nos tratan en nuestro oficio. Resulta que no podemos actuar en escenarios porque no nos dan el título, y sin el carné podríamos ir incluso a la cárcel.

—¿Es usted músico profesional? —le preguntó ahora el Maestro, dirigiéndose al músico.

Éste respondió con el silencio.

Mientras, la mujer iba pasando por las mesas con la pandereta horizontal para recoger el dinero.

Algunos del público le dieron limosna, pero otros les increparon por ello.

La mujer se movía intranquila entre los clientes de la terraza, mientras la pandereta iba sonando a intervalos recogiendo monedas y movida por esa mano que parecía tener Párkinson.

El violinista insistió en dar pena con sus desgracias, exponiendo que habían pedido asilo político porque les perseguían en su país de origen a causa de sus ideas políticas.

Finalmente, a base de tanta insistencia, todos los clientes incluido el escritor y la editora, estaban de su lado, y entonces, justo en ese instante en el que parecía que todos iban a abrazarse, apareció la policía.

La velocidad con la que desaparecieron los músicos fue extraordinaria. Nadie supo por dónde huyeron, y al poco toda la terraza se quedó con un silencio obsesivo. Todos se miraban entre sí preguntándose cuál había sido su papel en esa escena tan efímera.

El camarero, rompió el hielo apareciendo con unas jarras de cerveza y silbando una vieja canción muy conocida que al instante fue seguida con silbidos y susurros por los restantes asistentes.

Es curioso como entre todos se fue generando una música participativa haciendo sonreír todos los rostros. Los transeúntes se preguntaban lo que sucedía, al igual que la policía, que, al ver la indiferencia de los de la terraza por su venida, finalmente desaparecieron.

Creo que todos recordaran para siempre esos instantes en el que la música fue decreciendo hasta llegar al murmullo y dejar paso al sonido de la ciudad que invadió la placita.

Na mantuvo unas palabras con su compañero.

El Escritor, había sacado una libreta de apuntes para dibujar, y realizaba varios esbozos.

El estuche del violín continuaba en el suelo delante del conjunto de mesas.

El Escritor arrancó el dibujo de su cuaderno, se levantó, anduvo hasta el estuche y lo abrió. Todos observaban la acción. Na se levantó y depositó unas monedas dentro. Los restantes ocupantes de la terraza les interrogaban con la mirada. El Artista y a su vez Escritor, enseñó su dibujo y les dijo:

—Si alguien se lo quiere quedar, que deje su importe en el estuche —dijo con su potente voz dejando el dibujo en el estuche. Y dirigiéndose al camarero continuó—. Y usted se encargará de guardar la recaudación para los músicos, —esta vez no dijo pseudomúsicos—, ¿verdad?

El hombre asintió.

Aquel cliente descarado que antes se había levantado, volvió a hacerlo y les preguntó por el importe del dibujo. Mientras se alejaban el Artista y la Editora, recibió por respuesta:

—¡La voluntad!

### 3.4. Los golpes de la obra

—Y el Secretario dijo:

—¡No pretenderás que me pase una semana escuchando esa obra!

El Presidente APL, con su gran conocimiento de causa, le dijo:

—Querido amigo, piensa en la cantidad de sonidos que podrás aprender “in situ”. Van a formarte para toda la vida.

Lo dijo con un convencimiento que provocó el silencio del Secretario.

El Secretario no entendía el alcance de esta afirmación, pero por su amistad con el presidente y su gran predisposición por entender todo lo relativo a la comunicación sonora, era probable que algo fructificara.

Nadie sabía cuánto de cierto iba a ser el proceso.

La obra consistía en una rehabilitación de unos bloques de viviendas en un barrio obrero. No parecía interesante de entrada, pero al poco tiempo descubrió que disponía de unos operarios excepcionales, y que además sus jefes estaban a la misma altura.

«Encontrarme en medio del mejor sándwich tecnológico del mundo, es lo mejor que me ha ocurrido».

En la obra, iban sucediéndose los sonidos, puesto que las máquinas producían todo tipo de ruidos sin cesar, y las voces y silbidos de los operarios se añadían formando un verdadero coro. A los pocos días, pretendió entender ese caos de mensajes y símbolos.

El Secretario había visto que esto de golpear en obra también se realizaba con la tobera de salida del hormigón del camión cuba. En este caso, el operario tenía además una manguera, y, a golpe de maceta en la tobera, y con la presión del agua en la misma, iba retirando los restos del hormigón.

—¿Por qué se golpea la cuba que ya ha soltado todo el hormigón?

—Preguntó directamente al Jefe de Obra.

—Verás, cuando la cuba ha vertido el hormigón que le ha depositado la hormigonera, si no se la golpea, no se desprende el que por tensión superficial queda adherido a sus paredes. Si no se limpia inmediatamente el hormigón, cuando fragua se solidifica haciendo una costra, y el hormigón endurecido cada día puede llegar a bloquear el paso.

Pensando en ello, continuó. «Ciertamente, este es uno de los sonidos más característicos de una obra».

Recordó lo que le explicaron cuando estuvo un día charlando con un ferroviario.

*Parece como los impactos que daban los responsables de los trenes, golpeando las ruedas de los mismos en las estaciones, para ver si su sonido era cristalino o muerto. En este último caso, significaba que la rueda estaba agrietada.*

También estuvo escuchando los golpes de maceta y mayo sobre los conectores de la grúa (pluma). Los operarios sabían por el sonido cuando el conector alcanzaba el otro extremo de cada unión. Era un compromiso entre cada pieza y las siguientes. Ellos llevaban años montando grúas y haciendo estas conexiones, y por ello sus sonidos les eran más que conocidos.

El encargado hizo dar algún golpe más en aquel sector donde no escuchó el sonido que esperaba. Estaba acostumbrado.

«Nuestra civilización está perdiendo muchos conocimientos sonoros», pensó el Secretario, imponiéndose que esto no debería suceder.

«He de escribir un libro titulado: Los golpes de la vida»

Esta idea era sólo un apunte, pero lo anotó en un papel, que depositó en un bolsillo de su chaqueta lleno de ideas semejantes, y ese gesto dejó descansar su mente.

«Hoy ha sido un día muy duro».

Al salir de la obra, pasó por el colegio donde pretendía realizar su encuesta acústica. Le informaron que formulara la petición por escrito, adjuntando su currículum.

«Otra vez, ¿siempre debo demostrar lo que soy?» Pensó enfadándose.

Hoy no era su día, pero de todas formas había logrado solucionar algún asunto, y es más, había aprendido lo que significaban los golpes en la obra. Al menos algunos de ellos.

Un operario que le conocía le dio un pedazo de acero corrugado de 20 mm de diámetro y una longitud aproximada de 1 metro y le mostró la forma de sujetarlo, por los riñones, para que emitiera un buen sonido acampanado.

Al día siguiente fue a desayunar morcilla con los operarios y escuchó sus comentarios de fútbol.

### 3.5. El niño ciego

Y el niño dijo:

—¿Me dejas el silbato?

El Secretario se lo miraba pensando que no se lo podía negar. Después de la demostración, pensó que era lo que se merecía, y le contestó:

—Puedes quedártelo.

Con la mano izquierda, le ofreció aquel silbato de barro, ahora casi vacío del agua que había contenido.

Todo había empezado al presentarse en la Escuela para pasar una encuesta acústica.

—No veo cómo convencer a nuestros profesores de la necesidad de variar su ya apretado programa y dedicar varias sesiones a su tema del sonido en la educación de mis alumnos.

—Verá, yo tengo un gran interés en que los niños se preocupen por el sonido, y una de las mejores formas de lograrlo es que les pueda entrevistar y preguntar con este modelo de encuesta. Sepa usted que en la Sociedad de Acústica hace tiempo que pensamos que una pequeña inversión en la preocupación sonora de los jóvenes, puede repercutir en un gran logro para nuestra sociedad futura. La semilla del sonido es expansiva, y especialmente con los niños, que van a ser los garantes de nuestro entorno y paisaje sonoro del futuro.

La Directora parecía inmune a esa explicación, preocupada por la inminente jubilación de su secretaria, y de varios buenos profesores. Guardó en un archivador situado encima de su escritorio la carta de presentación de la Sociedad de Acústica, por la que le informaba de las intenciones de su Secretario.

—Déme cinco minutos, por favor.

Él no dijo nada. Ahora comprendía que seguramente no lograría su objetivo, pero aun así prefería esperar y ver la trayectoria que tomaba ese asunto.

En verdad, la Directora salió para realizar varias gestiones.

Su despacho era correcto, decorado con cortinas de tonos cálidos y muy opacas, lo que producía una luz y vistas exteriores excesivamente atenuadas.

«No resuena casi nada», —pensó él viendo la cantidad de estantes con retratos, libros, diplomas, cortinas y alfombras que lo llenaba casi todo por completo—. «Parece mi despacho, repleto de libros con absorción anecoica».

La Directora volvió al cabo de un tiempo que a él le pareció infinito, y le dijo:

—Lo siento, pero no podrá realizar su encuesta porque hoy no tenemos a nadie para suplir una de las clases. Fíjese que incluso yo debo hacerlo.

—¿Y si soy yo el que la suple? Piense que tengo título superior, y creo que sabré desenvolverme con estos niños.

—¿Ha estudiado usted pedagogía o magisterio? ¿Sabe usted tratar con los adolescentes?

El Secretario no entendía el significado de la pregunta, y su cara delataba este interrogante.

—¿Tiene usted hijos? —fue la pregunta que le llegó al corazón.

—No, no tengo. —Él desconocía que ya tenía una hija de unos 11 años.

En ese instante sonó el interfono. Ambos se observaron unos segundos, ella descolgó, escuchó, y sin mediar palabra colgó.

La Directora nuevamente le rogó que la excusara otros minutos.

Entonces un ángel apareció en escena. Se trataba de un muchacho de unos 12 años, con las facultades visuales muy alteradas. Entró en el despacho sin avisar diciendo:

—Si no me ves, es que soy extraterrestre.

El Secretario estaba sorprendido, contemplando la escena como si ocurriera en otro lugar. Totalmente desconcertado, no dijo ni una palabra.

—¿Hola? —el saludo parecía que no tenía destinatario. Esta vez el Secretario tampoco contestó.

Al cabo de un rato.

—He dicho ¡Hola!, —repitió el niño.

Comprendió que el niño se había percatado de su existencia, aunque juraría que no había emitido ningún sonido durante todo ese tiempo.



—Hola. —Dijo finalmente.

El pequeño sonrió. Se acercó a él tanteando los sofás y se sentó a su lado. Con esos pequeños dedos le recorrió sus facciones hasta llegar a abarcar toda su cara.

—¿Eres guapo?, —le preguntó.

El Secretario estaba confundido. Otra vez callaba.

—¡Que si te crees guapo! —repitió.

—Sí —dijo el Secretario con voz alterada y con cierto convencimiento de que mentía. —¿Por qué lo preguntas?

El muchacho sonreía y en vez de responder continuó con el tercer grado.

—¿Qué sabes hacer?

La pregunta era extraña, pero ahora el muchacho le exploraba las manos. Consideró que seguramente correspondía al comportamiento de ese niño.

—Me dedico a aprender para enseñar sonidos —dijo con su potente voz pero esta vez afectada y recuperándose al poder llegar a un terreno que le parecía más firme.

Se daba cuenta de que el joven estaba pendiente de todas sus respuestas, y eso le ponía nervioso. Nunca antes había estado interrogado por alguien que respondía exclusivamente ante los estímulos sonoros.

El niño, al parecer más contento, le juntó las manos y preguntó:

—¿Enseñas sonidos con estas manos? Son un poco huesudas, ¿no te parece? ¿Y qué sonidos sabes hacer con ellas?

Sorprendido por ese lenguaje, el Secretario se quedó sin habla. Notó que el muchacho esperaba impaciente, porque iba balanceándose de un lado al otro.

—¿Quieres que haga como si tocara una caracola para simular un jaguar? —se atrevió a decir.

Continuó con las dos manos juntas, colocando los pulgares plegados delante de los labios, y sopló. De ellas salió un sonido como de ocarina. Levantó los dedos exteriores y el sonido se volvió más agudo. Mientras, el

muchacho reseguía con sus dedos las manos del Secretario, palpando lo que hacía.

—Eso también lo sé hacer yo —dijo, y le demostró que lo dominaba perfectamente—. Sabes, he estado en México, —continuó el muchacho con sentimiento de culpa—, pero ese sonido ya es de dominio mundial.

El Secretario se quedó asombrado por ese conocimiento, y calló.

Luego lo pensó y finalmente chasqueó los dedos.

—Eso también lo sé hacer yo. —Y le hizo otra demostración utilizando varios dedos de las dos manos. Incluso se estiró los hueso de las manos obteniendo varios chasquidos.

El silencio se impuso durante unos minutos. El secretario estaba desorientado. Ese chico lo sabía todo.

—¿Oyes la música? —Le preguntó finalmente el muchacho.

—Sí —dijo él—, pero es tan floja que casi no me había fijado en ella. Ahora que lo dices la oigo mejor. —Se trataba de la radio de la secretaria de la Directora, que llegaba muy tenue al despacho.

Esperó unos instantes y aprovechó para buscar un silbato de barro que recordaba tenía en un bolsillo.

—Tengo un silbato —dijo finalmente—, y no es un silbato cualquiera, ya que necesita agua para que suene.

—¿Me lo dejas ver?

Era curiosa la pregunta, puesto que tenía la visión disminuida.

«Es una frase hecha. Los ciegos también la utilizan» —pensó el secretario.

Le pasó el silbato que le había regalado un amigo suyo en una isla del Mediterráneo, justo cuando hizo una exposición de arte sonoro. Sin mediar dilación, el muchacho se lo colocó en los labios y sopló. No se produjo ningún sonido.

—Es que además del aire, necesita el agua para sonar.

El chico se quedó pensando un instante y contestó.

—Te la traigo en un instante. No te muevas —dijo dejando el silbato en la mesita y yéndose a tientas.

«Realmente es especial», pensó el Secretario al ver como, tanteando, el joven encontró la puerta y desapareció por ella. Volvió casi al instante con un vaso de plástico lleno del agua de la fuente que al parecer debía de tener la secretaria de la Directora.

El agua estaba fría, pero daba lo mismo. El problema fue llenar el silbato. No era tan fácil. Y parte del agua se derramó por el suelo. Al oírlo, el joven sacó una de las servilletas de papel que al parecer siempre llevaba en su bolsillo trasero, y palpando la zona mojada la secó casi al completo.

—Me llamo Cram. Ya sabía que se te caería el agua al suelo.

Parecía que reprobaba su torpeza. «Vidente y torpe», pensó mientras dejaba el vaso todavía muy lleno en la mesita y empezaba a soplar por el silbato.

Un sonido de gorgoteo de pajarillos resonó ante el silencio del muchacho. Y ocurrió el milagro, el chico permaneció totalmente quieto, sin moverse en absoluto, atento al más mínimo cambio en la sonoridad, fuerza y timbre de aquel pajarillo misterioso que le escupía algunas pequeñas partículas de agua a la cara.

—¿Puedes repetirlo? —le preguntó el muchacho con un énfasis en la voz que denotaba la ansiedad por recuperar esos sonidos efímeros que le recordaban algo de su infancia.

El secretario estaba tan concentrado soplando y experimentando, que no oyó entrar a la Directora.

La Directora se quedó maravillada. Su alumno más impulsivo y nervioso estaba completamente absorto por ese gorgoteo. Y no era más que un silbato de agua que emulaba el sonido de algún pajarillo.

—¿Te gustaría hacerlo sonar? —preguntó el Secretario tanteándole la mano.

El chico cogió y probó el silbato.

—¿Le pones más agua? —dijo el niño y se sacó otro pañuelo de papel del bolsillo posterior, preparado para repetir la operación de secado del suelo, y añadió—. Es que casi la has vaciado y ahora ya no suena igual que al inicio.

El Secretario, extrañado de este conocimiento, repitió la operación de llenado, enseñando al joven a hacerlo. Mientras, ambos eran observados por la Directora, gratamente sorprendida por la reacción del joven.

El muchacho, después de llenarlo con mayor o menor éxito, cogió el silbato y sopló, primero suavemente, luego más fuerte, y finalmente fortísimo, mientras con la otra mano tanteaba la cantidad de agua que salía del silbato.

Repitió el llenado varias veces hasta vaciar el vaso. La Directora, impasible e inmóvil, callaba, observaba y casi no respiraba. Lo peor, pensó, era que su suelo se estaba poniendo perdido de tanta agua.

Fue increíble la cantidad de sonidos y gorgoritos distintos que llegó a dominar aquel niño en los pocos minutos que duraron los experimentos. Incluso la secretaria, que nunca permitía todas las excentricidades del chico, asomó la cabeza por la puerta para atender lo que sucedía.

La verdad es que el silbato en cuestión no era de los que se encuentran normalmente en las tiendas de souvenirs. Se lo había regalado uno de los organizadores del ciclo de conferencias “Símbolos en el Paisaje Sonoro de Mallorca”. Era un gran médico, y músico y a su vez coleccionista de silbatos. El Secretario había discutido apasionadamente con él sobre el poder y alcance del silbato *Acme Thunderer* que utilizaba la policía de varios países del mundo. En este momento se acordó que con un ejemplar de ese silbato completó la Maleta de Salvamento que le regaló su padre. Ahora esa maleta la tenía su excompañera y exbecaria de la empresa K&B. Eso pensaba él, aunque ya no era cierto.

Pero volvamos al momento con el joven porque algo cambió.

—No tengo más pañuelos —dijo el muchacho rebuscando en el bolsillo posterior de sus pantalones, añadiendo—. Creo que saldremos de aquí nadando.

La sensibilidad de ese chico rompió la barrera que la administración imponía, y la Directora claudicó ante lo que veía y oía. Avanzó hasta donde ellos se encontraban, le sonrió al Secretario, e interrumpiendo la escena le dijo:

—Puede realizar las entrevistas. Prepare sus encuestas. Me ha convencido.

Él se quedó mudo del asombro, pero tuvo que reaccionar rápidamente porque el ciego continuó:

—Ya te acompaño yo a las clases —dijo, cogiéndose del brazo del Secretario y estirándolo hacía la Puerta—. Si me dejas las encuestas las repartiré yo. La confianza era evidente.

Los pies de ambos chapoteaban cuando abandonaron el despacho.

Mientras salían, el Secretario pensó:

«Puede más el sonido preciso de un infante que mil cartas de recomendación».

### 3.6. La campanada de la envidia

Y el Maestro dijo:

—Dos *Guinness*, por favor.

El barman le miró intensamente. Al cabo de un instante interrumpió su conversación con los feligreses de la taberna irlandesa, y le preguntó:

—¿Grandes o pequeñas?

El Maestro dudó un instante y dijo:

—Que sean grandes.

El barman colocó un vaso de pinta bajo el dispensador de presión y bajó la palanca. Al cabo de un instante puso el vaso a un lado reposando y colocó el segundo. Volvió para rellenarlos y los dejó reposar otra vez hablando y sirviendo al repartidor de whisky irlandés.

Luego, volvió a rellenar los vasos, esta vez hasta el borde, y le sirvió las bebidas indicando con la mano el anuncio.

*La consumición ha de ser abonada al ser servida. Gracias, la Dirección.*

El Maestro vio la campana que colgaba detrás del barman, y le preguntó si la tocaría para él.

La pregunta no sorprendió al barman.

—Sí, claro, siempre que deje propina.

El Maestro le preguntó por el importe, y dejó una moneda para el bote. El barman fue a la caja, dejó las monedas dentro, depositó la del bote en un recipiente separado y le dio un golpe a la campana.

Nadie del pub se inmutó, pero el Maestro había conseguido que alguien doblara esta campana para él.

Lejos, al otro lado del pub, entremezclado por las voces irlandesas, se oían los impactos de los barriles metálicos de las cervezas que un operario acopiaba.

Otro feligrés cercano al Maestro pidió un gin-tonic, y al parecer dejó mejor propina, porque el barman golpeó dos veces en la campana.

El Maestro, que en aquel momento estaba brindando con Linpi, se mosqueó. Que alguien le pasara por delante en el tema sonoro, le resultaba muy molesto.

Linpi había trabajado en el área de Medio Ambiente del ayuntamiento de una gran ciudad española, y le explicaba lo que le había pasado en cierta ocasión.

—Verás, colocamos varios micrófonos en lugares estratégicos de la capital, y nos enviaban su información “on time” al centro de recogida de datos del medio ambiente del ayuntamiento. Pero un día, en cierto instante de la noche, me llamaron porque uno de los sensores se disparaba alcanzando 90 decibelios, cuando el máximo que había registrado hasta ese día eran 75. Me desplazé con el servicio de inspección, y al llegar al lugar obtuvimos la respuesta. Un grupo de jóvenes competía gritando hasta desgañitarse delante del micrófono, mientras observaban como subían los decibelios del gran termómetro luminoso que instalamos en el centro de la rotonda para concienciar a los automovilistas. Entre los jóvenes se trataba de ver quien conseguía el mayor nivel con sus gritos. El hecho, me hizo pensar que cuando a un adolescente le dejamos algo que pueda utilizar como juguete, sin duda alguna lo hará.

El Maestro se levantó, fue a la barra, pidió otras dos *Guinness*, y esta vez dejó el doble de propina.

Pero el barman de O'Connell's solamente dio un único golpe de badojo con la campana.

El maestro, ostensiblemente enfadado, empezó a vociferar, y llegado el clímax pidió el libro de reclamaciones. Linpi intentó infructuosamente hacerle desistir.

Meses después, le llegó un escrito del síndico de agravios en el que le comunicaba que los golpes de campanas no estaban regulados por ninguna legislación vigente, y que a su libre albedrío el barman podía hacer más o menos ostentación sonora de las propinas.

El Maestro se puso en contacto con varios abogados para realizar un Reglamento de las propinas sonoras, e incluyó este tema entre otros casos, como el de las limosnas sonoras en las catedrales, tal como se hacía en el pasado y otras prácticas sonoras parecidas.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Como Relator, debo advertiros que a veces me toca hacer una labor intermedia entre la enciclopedia y vosotros. “Antiguamente, los señores ostentosos de su riqueza, al dar limosna dejaban caer las monedas más valiosas al suelo para que todos oyeran cómo de generosa era su limosna.”

Es preciso recordar que según S. Mateo 6:2, respecto la forma de dar limosna, se cita que: *por eso, cuando des limosna, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres.*

Pero, a pesar de todo, los feligreses del pub O Connell's, a partir de aquel día empezaron a pagar con tarjeta.



### 3.7. La plazoleta

Y el Escritor abrió su libreta. Con su lápiz Noris HB de la casa Staedler escribió:

*Estoy sentado a la sombra de un sauce de pimiento en la plazoleta de una pequeña población mediterránea. Son las tres y media de un sábado soleado de mediados de mayo, y no circula casi ningún vehículo en este sector pacificado a 30 km/h por su ayuntamiento.*

*Sólo de vez en cuando pasa un vehículo del que se oye más el contacto de sus neumáticos con el pavimento adoquinado que el motor. Lo mismo ocurre con las bicicletas que, en este caso, al pasar alguna hace “cantar” un panot de la acera de la calle lateral. Antes de ver la bicicleta, ya la oigo, porque en esta calle los panots solo “cantan” al ser pisados por ellas y los patines.*

*Ahora gira el aire, y los plásticos salvafrutas que han dejado olvidados fuera de sus cajas los del establecimiento de Frutas y Verduras de la esquina Este, van volando rozando el pavimento, desplazándose como si fueran reptiles rectangulares, negros y azules. Es curioso, porque aparece el camión de Medio Ambiente del Consistorio, y al parecer solamente le interesa la caja con restos de fruta y verduras que ha dejado este establecimiento cerca de los contenedores de basuras. Sin bolsa de plástico, obviamente. También vacía las papeleras, pero desaparece rápidamente junto al camión del establecimiento, que, este sí, recoge las cajas vacías de frutas y verduras. Todos dejan la plaza con esos reptiles de plástico que, poco a poco, al ser pisados por las ruedas de los vehículos y los peatones, se van convirtiendo en unas improvisadas y aplanadas alfombras sonoras, puesto que siempre quedan huecos por chafar. Un niño aparece y chuta una de ellas, pero descubre con sus revoloteos que no se comporta como una pelota, y después de varios intentos la abandona a su suerte.*

*Ahora un joven baja por la pequeña pendiente de la calle Norte – Sur, sobre un patín de cuatro ruedas, y muestra la diferencia sonora existente entre esos pequeños adoquines de esquina achaflanada, dispuestos en el sector central de la plazoleta, respecto a las losas de hormigón casi sin junta, rectangulares y de mayor dimensión que el perímetro donde está mi asiento.*

*Cuando desaparece, observo la figura encorvada de un repartidor del supermercado próximo que empuja a contrapendiente dos grandes y*

*herméticas cajas de plástico azul colocadas una sobre otra en una base de madera con cuatro ruedas. Me enseña todas las particularidades sonoras de los pavimentos antes mencionados, y también de otros elementos, como una reja y varios registros de instalaciones de servicios urbanos dispuestas a nuestros pies.*

*Voy a dejar de escribir lo que he percibido durante esta media hora, cuando a mi derecha oigo un motor eléctrico que acciona la persiana metálica del estacionamiento de la esquina de la plazoleta.*

*Al poco se oye una motocicleta que sale del interior de la rampa del edificio y desaparece tras cruzar casi en diagonal toda la plaza. El conductor me ha parecido que pedía perdón por romperme el silencio.*

*Pero no me quedo nunca solo, porque cierro los ojos y aunque me invade el fondo característico de ese instante inundado por el silencio urbano, a lo lejos oigo alguna cotorra, y otra, y otra, que al parecer se van acercando. Levanto la cabeza hacia el cielo y voy oyendo como se imponen sus voces disminuyendo la distancia con la plazoleta, hasta que finalmente, en dos grupos, uno de unas diez y otro de unas tres, cruzan sobre mí dirigiéndose hacia el sur, sin parar de comunicarse en su chillón y característico idioma.*

*Estoy tentado de levantarme porque ya son las cuatro y cuarto cuando llega una madre y se sienta con su pequeña hija en el suelo. Va llamando a las palomas, “piu piu piu piu piu piu”, mientras les echa comida. Es curioso cómo van apareciendo poco a poco esas aves atraídas por el reclamo o por las migajas de comida.*

—¿Le molesto si me siento aquí?

El Escritor cerró la libreta, y le dijo que podía sentarse. Era una mujer algo más joven que él, pero tenía arrugas en los ojos y eso la hacía parecer mayor. De todas formas, su voz era muy agradable, y su cuerpo, enfundado en unos bombachos con playeras y una blusa de seda, era muy agraciado. Él no sabía si dar conversación o acabar con esos apuntes. Se decidió por esto último.

*Debo terminar de escribir, pero ha llegado una señora con esas playeras que van golpeando sus talones a cada paso que da. Me recuerda que estamos próximos al verano. Finalmente, la señora se levanta de mi banco en el que se había sentado unos instantes, recoge una de las alfombras de*

*plástico que continúan arrastrándose con el aire, y la deja dentro del contenedor de basuras de la esquina.*

*Cuando cierro la libreta aparece una niña con unos patines de línea casi silenciosos que, supongo, deben de llevar ruedas de silicona.*

El Escritor se iba a levantar. Empezaba a cansarse de ir escribiendo esos aspectos minúsculos del paisaje sonoro, pero que para él le suponían todo un mundo. Se encontraba totalmente solo, en todos los aspectos afectivos porque con su joven compañera tampoco eran todo flores desde que ella empezó a convivir con él y sus ronquidos. Hacía algunas semanas que ella se había ido a casa de sus padres a intentar recuperarse. Él acabó la escritura:

*Estos paisajes sonoros de hoy, recogidos en las horas de siesta de los habitantes de este lugar, me recordarán siempre los momentos de tranquilidad de toda la ciudad, rotos obviamente por muchos ruidos intencionados. Pero incluso el "chumba chumba" de los altavoces a toda potencia de un vehículo conducido por un joven que pasó con las ventanillas bajadas, y los procedentes de timbres de porteros electrónicos, golpes de las puertas metálicas de las viviendas de la plazoleta, y otros muchos, forman parte de la vida de este barrio.*

Cerró la libreta y abrió el cuaderno de dibujos. Hizo un resumen de los sucesos vividos mientras pensaba en ella. En su mente también aparecía Na. Terminó el dibujo de la plazoleta en planta, con los recorridos de las cotorras a trazos.

«Debo ver a mi Editora», pensó, «quizás estos dibujos sirvan para ilustrar mi siguiente obra».

Poco se imaginaba lo que iba a encontrar.

### 3.8. Sin dibujos acústicos

Y la Editora dijo:

—La onomatopeya de esos pájaros no es correcta.

El Escritor estaba consternado puesto que nunca anteriormente le habían corregido nada relacionado con los sonidos. Estaba absolutamente convencido de sus conocimientos acústicos, y no toleraba que le insinuaran errores o le dijeran nada contradictorio. A pesar de ello, atendió la sugerencia puesto que se lo decía su editora y el libro estaba ya en fase de revisión de galeradas. Ante su silencio, la Editora pensó que vacilaba, pero al poco oyó su respuesta.

—Yo creo que es correcta, aunque supongo que tu experiencia lingüística y literaria es superior a la mía.

Los ojos pardos lo contemplaban con admiración. Había conseguido una obra excelente, que sintetizaba los lazos afectivos de los neoyorquinos con los diferentes escenarios sonoros de esa gran ciudad. Ella lo admiraba, especialmente por haber logrado finalizarlo después de haberle machacado tanto sus primeros escritos. ¿O acaso había algo más?

Era casi tan alta como él. Hacía mucho ejercicio y se mantenía en forma, cosa que la incipiente barriga del Escritor delataba que no realizaba.

Nadie lograba recordar su nombre verdadero. El uso de pseudónimos en la literatura era tan habitual que en la editorial todos lo conocían como MR, pero ninguno sabía lo que significaban realmente dichas siglas. Uno había dicho que sonaba bien, como ronroneando, y que solamente le faltaba añadir la B, ya que las consonantes, cuando se vibran en la boca, aparecen con gran energía.

La secretaria de la Editora, que era íntima amiga de la ex compañera de MR, le había contado a Na un secreto. Le dijo que él la admiraba mucho y que, a fin de conocer su carácter, había adquirido todos los libros que ella había editado.

«¿Te lo pregunto?» —Le miró fijamente a los ojos

Él desvió la mirada. «No me mires así» —pensó.

—Las onomatopeyas las define la Academia, no yo.

—Pues quizás deberás ver la especie de ave que hace así su graznido. Creo que Hitckoch en *Los pájaros* no lo tuvo tan difícil.

«No te rindes fácilmente», pensó ella.

Zzz, zzz, zzz...

El teléfono que llevaba en el bolsillo vibró avisándola de una llamada. Na contestó.

—¿Que, qué? No, no podemos admitir este presupuesto.

Se oyó el ronroneo de la conversación al otro lado de la línea

—¿Y qué solución propones?

Más conversación al otro lado de la línea.

—¿Y si eliminamos los dibujos? —Al pronunciar esa pregunta se quedó mirándole fijamente.

MR se estremeció. Había dedicado mucho esfuerzo a esa fase, ya que cada capítulo iba acompañado de muchas escenas representadas en apuntes a lápiz, acuarela o tinta china. Su cara palideció.

Luego, meditando, pensó que podía organizar una exposición con ese material en la galería de arte de un conocido.

«El arte no se pierde», pensó recordando unas palabras que recibió de un gran pintor, «el arte puede estar escondido en un desván, o guardado en un almacén, pero algún día aparece».

Ella terminó la conversación con la imprenta, y no encontraba las palabras adecuadas para comunicarle la noticia. El se adelantó.

—Si no te parece mal, voy a organizar una exposición de los dibujos en la galería situada frente a la librería de tu empresa. Lo podemos programar para hacer coincidir el vernissage con el día de la presentación del libro.

Ella lo admiraba más por esos ánimos. Pensó en ese título tan sugerente del libro: *Los latidos de mi ciudad*.

—Voy a consultar nuevamente esa onomatopeya —dijo Na—, quizás alguien tenga una opinión opuesta a la mía y más parecida a la tuya.

Ahora era él el agradecido, porque realmente era muy difícil doblegar sus decisiones. Se levantó de la silla, y se acercó a ella, ahora levantada, colocada de espaldas a su escritorio contemplando *Central Park*.

—¿Qué nos pasa? —preguntó Na.

Fuera, empezaba a lloviznar.

Nota del relator: Sobre el final he encontrado varias versiones. La primera es que cada uno abandonó el edificio siguiendo distintas direcciones, pero existe otra según la cual desaparecen confusamente unidos. Que cada lector elija la que más le apetezca.

### 3.9. La editora

Y el Escritor dijo:

—Traigo otro libro para editar.

Se quedó mirando a la nueva secretaria de su editora que le había abierto la puerta sin levantarse de su asiento.

Ella tecleaba desesperadamente en su ordenador y no alzó la mirada ni para saludarle. Ante el silencio a su aseveración, insistió.

—¿Está Na? —dijo con voz más alta, dejando un paquete sobre la mesita del sector de espera.

—¿La señora Na? —le preguntó ella sin mirarle, continuando con su estrépito.

Al escritor no le gustaba nada que le respondieran con otra pregunta, por lo que asintió con la cabeza con la esperanza que ella hubiera vislumbrado su gesto. Eso parecía, porque sin mirarle, marcó con un dedo en su interfono, y al cabo de unos instantes se encendió una luz verde.

—Ya puede pasar —le informó sin levantar la mirada y cogiendo el auricular del interfono.

«Ahora sí», pensó él. Cogió el abultado paquete que había dejado encima de la mesita, y se dirigió hacia la puerta interior con paso decidido. Hoy llevaba unos botines con suela y tacones de cuero, y estaba convencido de que su paso sonaba autoritario.

—¡Un momento!

Se giró antes de coger la empuñadura de la enorme puerta, cortado por este brusco aviso, y vio que ella le miraba fijamente.

—¿Es usted el autor del libro *Los latidos de mi ciudad*?

Él asintió con la cabeza y, atónito, fue testigo de lo que sucedió a continuación, ya que ella se levantó, fue directa a él, se puso de puntillas, le besó sonoramente en la mejilla y le susurró en el oído:

—Me encanta su libro. Me he enamorado de la ciudad que describe con tanta pasión sonora, de sus personajes,... y del autor, y yo...

En este preciso instante se abrió ruidosamente la enorme puerta de madera del despacho de la Editora y entre los sonidos de sus goznes,

apareció la Sra. Na, que fijó una helada mirada en su nueva secretaria al descubrir lo que hacía. Sin mediar ni una palabra, pero cambiando su severidad por una amplia sonrisa, invitó al Escritor a entrar y cerró la puerta, que nuevamente exclamó su quejido.

—No sabes cuánto lamento el comportamiento de Naiva.

—Un poco impulsiva sí que es. No estarás celosa, ¿verdad?

—Sabes que te conozco suficientemente, y también que el éxito de *Los latidos de mi ciudad* se deben en parte a que yo te descubrí.

Es totalmente cierto. Quizás —dijo él sentándose en esos silloncillos de diseño de Le Corbusier LC2 de cuero blanco y estructura tubular cromada en acero—, si no hubiera sido por tu interés, nunca habría escrito ese libro.

Ella le miró, preguntándose por qué su intuición la había llevado a interrogarlo al salir de una conferencia que realizó como Secretario de la Sociedad de Acústica. En sí, la conferencia no era excesivamente interesante, aunque trataba de los símbolos sonoros que existen en nuestras ciudades, pero lo que le atrajo la atención fue la pasión con que lo contaba. En aquel momento, pensó que si ese hombre pudiera escribir aquello con esa misma fuerza, seguramente se llenaría un hueco en la interpretación del paisaje sonoro de los lugares donde vivimos y trabajamos.

Y no le defraudó. La obra había sido un rotundo éxito, y al parecer ya tenía continuación.

—Dime, ¿entonces ya has escrito la segunda parte?

Mientras pronunciaba estas palabras, le puso la mano en el antebrazo, y se miraron directamente a los ojos. Ella era de mediana edad, algo menor a él, y cuando la conoció, hacía ahora un par de años, le gustó el tono de su voz. Seguramente eso fue lo que le convenció para escribir esa novela entre tanto trabajo administrativo que realizaba en ese momento para la Sociedad de Acústica. Menos mal que en algunos instantes podía relajarse con sus esculturas acústicas.

«Si no estuviera prometida», pensó él desviando finalmente la mirada de esos grandes ojos pardos que le llegaban al alma, y observando las últimas adquisiciones de cuadros que ella había realizado.

Estuvieron unos instantes hablando de arte, para volver al nuevo libro que había escrito. El paquete había sido enviado urgentemente al Presidente de la Editorial. Nuevamente, ella le preguntó lo que él ya sabía.



—¿Y tú cómo estás?

Él se lo pensó unos instantes, y respondió.

—Estoy solo —dijo mirándola, y dejando que el silencio invadiera ese despacho.

—Ahora no puedes dejarme así. Debes terminar esa explicación— continuó Na mirándolo fijamente.

—No, esta vez no voy a complacerte. Ya has logrado que te explique la trama del nuevo libro, y he visto que a escondidas te has leído estas páginas que has cogido de mi chaqueta. Así que no voy a complacerte más.

—A menos que... —dijo ella con una voz y un final de frase insinuante.

Realmente esos grandes ojos pardos podían más que su voluntad. Pero esta vez no existían razones distintas a las comerciales, y el espectáculo visual del Central Park era lo único que a él le interesaba. ¿O no era así?

Justo entonces sonó el teléfono.

El Escritor fijó su mirada en el parque visto desde esta altura de 17 plantas. Pero su oído estaba atento a la conversación que ella mantenía.

—De acuerdo, si..., está bien. ¿y esas figuras? —Al formular esta pregunta, Na se dio cuenta que él la estaba escuchando. Le miró directamente manteniendo la vista en él.

—Pero es que son muy importantes. Incluso diría que son vitales. Mira, tengo aquí al autor. Si quieres le digo que se ponga, pero no le gustarán tus argumentos.

Ahora él estaba tenso y se fue acercando hasta situarse entre ella y la ventana. Aprovechó el contraluz para ocultar la seriedad de su rostro. Ella lo observaba atentamente. Al otro lado del teléfono el Presidente de la Editora le indicaba las razones económicas que impedían editar esos dibujos conjuntamente con el nuevo libro.

—Si, si..., pero como te he dicho, esas grabaciones sonoras y los dibujos que los acompañan son básicos para entender esta nueva obra, porque representan los escenarios que se describen... Además, yo creo que el éxito de su primer libro nos debería ahora darle algo más de confianza.

Al otro lado se produjeron otras justificaciones, esta vez muy vinculadas con el puesto que ella tenía, y el recuerdo de algunos fracasos

anteriores. Solamente cabía la posibilidad de que el Escritor cofinanciara una edición “de lujo”.

Cuando finalmente colgó el teléfono, el chasquido de bakelita que se produjo, en medio del silencio del despacho, ofendió los oídos del Escritor.

Ella se levantó de su silla con bastante ímpetu, lo que provocó que ésta se desplazara hacía donde él estaba.

—¡No aceptan tu maqueta! —Vamos a trabajar una en la editorial porque la tuya es excesivamente cara.

El escritor, sumamente enfadado, abandonó el despacho con su paso fuerte y claro.

### 3.10. La maqueta sonora

Y el escritor dijo:

—Perdona, pero no puedo admitir la edición de este libro en este formato. Creo que desmerece mi obra. —El Maestro Roncador miraba fijamente a los ojos de su editora Na.

Hoy Na estaba muy cansada. Había pasado un día muy ajetreado, y no deseaba aguantar las tonterías de ese escritor caprichoso. Pero lo que él le había propuesto, en el fondo le gustaba, porque mostraba mucha sensibilidad acústica.

Ella, que era una enamorada de esa sensibilidad, miró al Escritor.

Ambos sabían que MR se aprovechaba de esta circunstancia. El escritor se levantó bruscamente, y cogiendo de su maletín el ejemplar de *Los latidos de mi ciudad*, le firmó un autógrafo sin pensar que su editora se merecía un mayor respeto. Pero así era MR.

*A mi editora, para que su oído pueda ponerse, cada día, a la altura de su alma.*

El Escritor vio como ella dejaba de mirarle, y sin leer la dedicatoria, guardó el libro en su bolso, y de nuevo depositó la atención en esa otra maqueta sonora que él había trabajado.

—Así, si se levanta la tapa ya empieza a sonar el libro. Además, en cada página, se oye la voz de los personajes como si fuera una obra de teatro escuchada por la radio, acompañados por los sonidos reales del fondo del paisaje sonoro que he ido acumulando durante tantos años —le dijo él en un tono de gran entusiasmo.

Su cara mostraba una felicidad increíble. El estaba muy seguro del éxito que supondría esta maqueta sonora, pero la editora no las tenía todas. Al final le justificó el cambio.

—El precio será muy elevado, dijo Na esta vez sin mirarlo a los ojos. Tanto que no lo comprará nadie si los costes indirectos se acumulan a los de producción que ya hemos evaluado en 80 \$.

—¿Tanto? —preguntó el Escritor mirándola sorprendido—. No puede ser —continuó de forma tajante y con voz bastante elevada.

Ella se encontraba incómoda. No había quedado con él en este bar para recibir una bronca. Hoy era el aniversario de la editorial, y este autor interrumpía la celebración.

—Por favor, no hagas que pierda la ilusión de este aniversario. Te he concedido este instante extra arañándolo de los que debo dedicar a toda la editorial.

El Escritor contempló las dos maquetas de su libro, la de ella, convencional, igual a la de la anterior edición que él le acababa de dedicar. La de él, innovadora, incorporando sonidos que se reproducían con alta calidad. No comprendía esos costes tan elevados de su propuesta, pero admitir una edición sin sonidos era como volver al pasado. Ya había sacrificado también los dibujos.

—No sabes lo que esta edición representa para mí. —Continúo esta vez esgrimiendo una voz menos suave.

Na, vio como le cogía la mano y mientras se la estrechaba, oyó y notó la vibración del golpe de los nudillos con la mesa que realizó con la otra mano. El impacto la sorprendió. Ahora él estaba muy serio.

—Si es necesario voy a invertir mis ganancias presentes y futuras de la anterior edición de *Los latidos de mi ciudad* en este proyecto.

Su voz había vuelto a ser muy suave, pero segura, y Na supo en ese instante que la determinación del autor era superior a lo que representaba el éxito de su anterior obra.

El autor esperaba la respuesta final después de su confesión, dejó de golpear con los nudillos y empezó a tamborilear sobre la mesa con su lápiz Noris HB de la marca Staedler.

Na dejó de mirar hipnotizada el lápiz, y volvió a contemplar la maqueta del escritor. Era un cubo de unos veinte centímetros de lado, y además de páginas de papel contenía huecos con diversos pulsadores intercalados al inicio de cada capítulo. Un pequeño lector y unos pequeños altavoces estratégicamente dispuestos, reproducían la voz de los personajes y los paisajes sonoros grabados y editados provisionalmente por el propio Escritor. También tenía salidas para diferentes auriculares.

«Sí, realmente la idea es muy sugerente», —pensó Na, pero le dijo:

—Ese grueso no es nada práctico. Como mucho debería llegar a una pulgada.

—No —le contestó él levantándose de golpe—. No me gusta. Tendrás otra propuesta dentro de una semana.

Y se marchó sin despedirse, de forma casi descarada.

Antes de abandonar el restaurante, volvió atrás y ante el asombro de Na, que se había quedado sentada sin saber qué hacer, le dio la mano estrechándola efusivamente y se despidió con una gran sonrisa.

—Me has dado una gran sugerencia. Muchas gracias.

«Ese hombre es imposible», pero en su interior ella sabía que siempre la admiraba, y eso era lo que realmente le gustaba de este autor.

Al cabo de varios meses:

Y el Maestro dijo:

—Estoy realmente contento por esta edición tan cuidada. Esas figuras significan mucho para mí, y el detalle del color, que pocos descubren, es muy sutil. Te felicito por todo ello. Sabía que podía confiar en ti.

Na escuchó estos comentarios agradecida. El Maestro Roncador no sabía todo lo que ella había estado aguantando y resolviendo, porque MR no paraba de enviar corrección tras corrección, mientras el presidente de la Sociedad editora y los de la imprenta la presionaban con el presupuesto y los plazos de entrega. Le miró a los ojos y vio que él lo decía muy en serio.

Ella se ruborizó.

En ese momento mágico, el Maestro descubrió en sus propios ojos un aumento de la humedad lacrimal. Antes que ella lo percibiera, cogió un ejemplar de los primeros volúmenes editados, y con su antigua pluma Mont Blanc escribió:

*Para Na, mi editora preferida, para que tu cuerpo pueda situarse a la altura de tu alma.*

Las incipientes lágrimas de gratitud le impidieron continuar escribiendo. Se dio la vuelta y salió presuroso del despacho de la editora con el libro bajo el brazo.

Al salir al exterior se dio cuenta que no le había entregado el libro con la dedicatoria.

Pero Na sabría esperar.





## Capítulo 4. Cactas

Y al fin llegamos al cuerpo principal de sus manuscritos, su primera estancia en el Centro de Altos Conocimientos Técnicos y Artísticos sobre el Sonido.

Muchos de ellos aparecieron en una maleta depositada en la consigna del puerto de Nueva York, y por eso no se habían incluido en la edición del primer libro sobre el Maestro Roncador.

Por ello, aquí se incluyen nuevos episodios del Maestro Roncador con sus revoltosos alumnos del CACTAS. Aparecen otra vez los profesores amigos y enemigos, la Directora, yo, el alumno burlesco y mi hermanastra, la alumna aventajada.

Creo que se aclara bastante ese romance que mantuvo con la Directora, su verdadero amor de toda la vida. De todas formas a mí (por contrato) me hacen callar, o sea que no puedo añadir nada de mi cosecha que no sean las aclaraciones estrictamente necesarias, pero yo viví en directo muchas de las secuencias que siguen.

En este primer curso conocí al Maestro Roncador. Yo no le tenía mucho aprecio por diversas razones. En primer lugar yo era un alumno díscolo y rebelde, pero además mi padre se las había tenido con MR en la empresa en la que trabajaron juntos, y luego existía el lío familiar con mi madrastra, la entonces directora del CACTAS, que había sido la mujer de MR. Todo un panorama.

Debo anunciar que mis apariciones en el texto son muy sesgadas, y en mi opinión, incluso algunas de ellas tergiversadas. He intentado matizar

este aspecto, pero me amenazaron con aplicar la cláusula resolutoria de mi contrato. Solamente me han permitido ponerme en primera persona y matizar alguna nota de relator.

Algo es algo.



#### 4.1. La mentira

Y yo dije:

—¡Es mentira!

Todo empezó cuando a media clase el Maestro comentó:

—Imaginaros que vamos juntos en un avión y que nos lanzamos en caída libre. Unos se acercan a mí, y otros, al igual que los alumnos de la última fila de esta clase, se quedan muy lejos. Los de la última fila, siempre están tan lejos que no entienden nada de mi conversación.

Dejó pasar unos segundos, fijó la mirada en esta fila, y continuó con gran énfasis de su voz:

—Ni siguiera cuando yo les ofrezco sus paracaídas!

Ante estas palabras, toda la clase se quedó sorprendida y murmurando.

Yo, me puse muy serio y pregunté:

—¿Qué ha dicho?

—Que les ofrezco los paracaídas cuando estamos cayendo en picado y no me oyen. —Ahora se impuso el silencio, aprovechado por el Maestro para continuar:

—Los alumnos situados delante me escuchan con una intensidad igual a mi potencia acústica dividida por el área de la esfera en la que radió mi voz. Si yo radiara por igual en todas las direcciones del espacio, me comportaría como una esfera pulsante perfecta. Todos los que se encuentran a la misma distancia respecto a mí, me captan con idéntica intensidad. Por ello, los alumnos cercanos me oyen, entienden mi pregunta, asienten y logran ponerse el paracaídas. Solo éstos se salvan.

Al llegar a este punto de la explicación, se impuso ya un silencio sepulcral en el aula 202. Pero no tardó en oírse esa voz de la segunda fila. Dije:

—¡Es mentira!

Un murmullo de voces comenzó a percibirse procedente del fondo de la clase. Al poco rato el griterío era absoluto. El aula 202 explotaba. Empezaron también los pataleos.

En el pasillo aparecieron las cabezas de otros profesores procedentes de las restantes aulas.

La alumna aventajada quería corroborar la opinión del Maestro, y antes de que se prolongara la discusión, viendo cómo de rojo se estaba poniendo éste, intervino.

—¡Es verdad! A los alumnos que estén muy lejos les llegará una intensidad muy floja, y no entenderán el mensaje, ya que la intensidad es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia.

Yo la tenía a mi lado, y volví a repetir:

—¡Es mentira! —Y me levanté del asiento, que produjo un ruido estrepitoso—. No conocéis las posibilidades de los díscolos, los que suponéis más alejados. Somos capaces de ir a un supermercado acústico y comprar un gran plano reflejante. Como su coeficiente de absorción es prácticamente igual a cero, todo el sonido que le incida será reflejado.

El Maestro estaba estupefacto.

Esperé un momento para ver la reacción de este golpe de efecto, y continué:

—Pues bien, cuando el Maestro nos hable sacaremos ese plano para que nos refleje sus palabras, y como el camino recorrido es prácticamente idéntico al del rayo directo, al final nos llegará una intensidad casi el doble de la que deberíamos tener sin el plano.

Dejé pasar unos instantes para respirar y ver la reacción de mis compañeros. Ahora toda el aula 202 estaba anhelando mis comentarios. Incluso el Maestro, cuya cara, visiblemente enrojecida, esperaba mi conclusión. Mis amigos empezaron a aplaudir, pero yo, en plan chulesco, les hice señal para que cesaran, y concluí:

—Cómo supongo que ya sabéis, si recibo el doble de intensidad, significa que me llega un nivel sonoro 3 decibelios superior al que me correspondería.

Y dirigiéndome al Maestro añadí:

No me negará que lo más probable es que entonces le entienda perfectamente y le reclame mi paracaídas, ¿verdad?

Miré a mis compañeros recibiendo esta vez sí su aplauso, y volví a ocupar mi asiento generando otro atronador ruido con la silla del pupitre, que esta vez quedó enmascarado por los unánimes aplausos.

La alumna empezó una discusión en voz baja conmigo mientras el Maestro hablaba por teléfono.

—Quieres ser el protagonista, y eres tú el mentiroso, porque sabes muy bien que nadie vende esos paneles que dices, me dijo.

—Tú no sabes nada. —Sonreí envalentonado por mi grupo.

Mi hermanastra me miró reprobándome, pero todos nos quedamos sorprendidos de la reacción del Maestro.

Porque en medio del estruendo de estos aplausos, el Maestro se levantó, anduvo unos pasos por la tarima, descendió y lentamente se colocó justo delante de mí. Un sector de la clase continuaba aplaudiendo, pero otro mantenía silencio. El Maestro esperó a que, con su nueva presencia, cesaran los aplausos. Cuando al cabo de un tiempo lo conseguí, finalmente me dijo:

—Desde hoy volverás a sentarte en la última fila. Deja de estar al lado de esta alumna, y te prohíbo cambiarte de lugar hasta nueva orden.

En el aula volvió a iniciarse el barullo mientras yo volvía entre vítores y aplausos y algunos silbidos hacia la última fila a reunirme con mis compañeros. Pero antes de sentarme fui atajado por esta frase del Maestro que dijo en voz muy alta, y que nos dejó a todos helados:

—Has realizado una magnífica interpretación. Mañana haremos el ejercicio en directo. Me han confirmado que tenemos una avioneta preparada. Os espero a todos a las 7:30 a.m. en el aeródromo.

Y salió de la clase lentamente, sin hacer casi ningún ruido, ante nuestro sepulcral silencio.

## 4.2. La historia de la acústica

La Directora del CACTAS había sido mi madrastra durante el tiempo en que estuvo viviendo con mi padre. Los cuatro (incluyo a mi hermanastra), vivimos juntos casi cinco años hasta que se separaron.

Ahora volvía a encontrarlos a todos en el CACTAS, donde mi padre era un patrocinador.

Y el Maestro dijo:

—El nuevo ejercicio práctico para este parcial consiste en que vayáis a entrevistar a un acústico y le preguntéis sobre algún aspecto que aporte nuevos datos, aclaraciones o mejoras, relativos a su visión sobre un teorema, fórmula, o algo relativo a la historia de la acústica.

Se demostraba así el malestar del Maestro por la pérdida de su maleficio de sonidos. Contenía diferentes objetos que producían antiguos efectos sonoros utilizados en las emisoras de radio. Lo había adquirido en una subasta en Londres, y le tenía un cariño increíble. Quizás por eso su buen humor había cambiado radicalmente.

Los alumnos protestaron y especialmente un sector. Curiosamente el grupo dirigido por mi, esta vez nada dijimos, y era porque tenía como as en la manga el hecho de que mi padre era un alto ejecutivo de una de las empresas prestigiosas en instrumentación acústica, K&B que justamente era patrocinadora del CACTAS.

Por su parte, mi hermana, la alumna aventajada, pensó también en primer lugar en su familia, como los restantes alumnos. En su caso sabía que su madre había estudiado acústica en la universidad, pero no era esta la carrera universitaria que luego siguió. A pesar de ello, estaba convencida de que como Directora del Centro tendría conocimiento de acústicos famosos que la podrían ayudar en esta materia. Por lo tanto también se sentía tranquila.

Pero otro sector de la clase, que no tenía antecedentes familiares o amistades conocidas en este campo acústico, era el que precisamente intentaba protestar por las características de este trabajo encomendado por el Maestro Roncador. Era un sector minoritario.

A pesar de todo, finalmente algunos alumnos incluso de este sector, tuvieron suficiente éxito puesto que llamaron a la puerta de acústicos de

reconocido prestigio como Nihigi Uara y Ole Rabenek, que les ayudaron de forma desinteresada en esta labor.

Lo más interesante fue que uno descubrió el origen del término “acústica” que al parecer nació durante el período del barroco. Otros se interesaron por los físicos, matemáticos y filósofos que habían dado opiniones o demostrado teoremas sobre la relación de la tensión de una cuerda con sus frecuencias, los intervalos, la exacta velocidad del sonido, la forma de realizarse la difracción sonora de Huygens, la escala temperada, las proporciones con número de oro, etc. Otro llegó a Sabine, que era el referente en la entrada científica de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX con la acústica ya como ciencia aceptada por los restantes campos del conocimiento de la física.<sup>10</sup>

El Maestro consiguió finalmente que todos los alumnos entregaran sus trabajos respectivos y una vez analizados pasó a la explicación de algunos resultados, entre los que destacó los siguientes:

—Aquí tengo el ejercicio de este alumno —se refería a mí—, que como podéis ver se refiere a las nuevas fórmulas de Nihigi Uara para el cálculo de la reverberación en salas complejas. ¿Que más nos puede sintetizar?

—Que pueden tener espacios acoplados, lo cual generan reverberaciones no lineales.

—Muy bien. Veo que ha podido hacerle incluso una entrevista.

—Si, y además adjunto los datos de los parámetros objetivos y subjetivos de calidad acústica, de las numerosas salas de audiciones y teatros de ópera en los que ha intervenido este fantástico acústico.

<sup>10</sup> Nota del Relator: Cuando se escribió este episodio, Leo, aunque centenario, estaba entre nosotros. A veces he de dejar de lado la ironía. Ya se ha hablado de Wallace Clement Sabine en episodios anteriores, pero ahora es necesario aclarar que ese investigador estableció la famosa “fórmula de Sabine” según la cual el tiempo de reverberación TR es directamente proporcional al volumen del local e inversamente proporcional a la absorción de sus asistentes y acabados interiores. La fórmula es:  $TR = \frac{0,162 V}{A}$ , donde V es el volumen en m<sup>3</sup> y A la absorción en m<sup>2</sup> absorbentes o Sabinos métricos. A su vez  $A = \sum S_i \alpha_i$  que no es nada más que el producto de cada superficie de esos acabados multiplicada por su poder absorbente. Es decir, que un metro cuadrado de “ventana abierta”, es el máximo valor de absorción unitaria que puede actuar en el dominador, por cada metro cuadrado de superficie. Por lo tanto, si todo el perímetro está revestido de material altamente absorbente, en sala vacía queda  $TR = \frac{0,162 V}{S}$ . El problema es que Sabine no sirve en las denominadas salas sordas o *dead rooms*.

El Maestro me miró.

—Le pongo un diez.

Yo estaba muy contento del resultado. El Maestro desconocía que había sido mi padre quien se llevó gran parte del trabajo, pero era cierto que lo supe trabajar con eficiencia.

Los restantes alumnos también habían obtenido sus éxitos, y le llegó el turno a mi hermana, quien no quiso molestar a la que fue mi madrastra, es decir la Directora del CACTAS, y se dedicó ella sola a buscar referencias acústicas en la literatura. Como tenía entre manos el libro *Romeo y Julieta*, incluyó algunos versos que el Maestro nos leyó sin poner ningún énfasis.

—*JULIETA ¡Chss, Romeo, chss! ¡Ah, quién fuera cetrero por llamar a este halcón peregrino! Mas el cautivo habla bajo, no puede gritar; si no, yo haría estallar la cueva de Eco y dejaría su voz más ronca que la mía repitiendo el nombre de Romeo. ROMEO Mi alma me llama por mi nombre. ¡Qué dulces suenan las voces de amantes en la noche, igual que la música suave al oído! JULIETA ¡Romeo!*

—El cautivo habla bajo, no puede gritar —dijo mi hermana cortando al Maestro. Lo hizo enfatizando la palabras y siguiendo con su opinión—, es una verdad absoluta, solo se habla bajo por respeto o por intimidación.

Siguieron unos segundos de silencio.

—Usted habla fuerte cotidianamente. —Seguí yo, y sin darle tiempo para reaccionar continué— ¿Significa que no se encuentra nunca intimidado o que nos tiene poco respeto?

El Maestro me miró sorprendido. Era la primera vez que alguien le cuestionaba el porqué se dirigía a todos con su potente voz.

—Yo haría estallar la cueva de Eco y dejaría su voz más ronca que la mía repitiendo el nombre de Romeo —continuó impertérrita mi hermana, desconcentrando al Maestro e impidiéndole que me respondiera en ese instante. No obstante, me contestó:

—No me dirás que ahora vas a gritar más que yo! —soltó MR mirándome fijamente. ¿Se estaba refiriendo a los versos de Shakespeare o a mis comentarios anteriores? Cogió su lápiz Staedler y empezó a hacerlo girar entre sus dedos. Eso atrajo la atención de casi toda la classe. Yo sabía que lo hacía cuando alguien conseguía ser el foco de atención y no él. Así nos

desorientaba. Pero mi hermana también tenía sus métodos, y siguió con la literatura:

—Mi alma me llama por mi nombre. ¡Qué dulces suenan las voces de amantes en la noche, igual que la música suave al oído!

Terminó enfatizando la palabra oído, para luego sentenciar:

—De eso trata la acústica, de que los sonidos nos llenen de emociones.

Mientras, el Maestro y yo nos observábamos en silencio.

### 4.3. La aparición del maletín

En el primer libro consta que robaron el maletín de los sonidos y nada se supo. Creo que me merezco un poco de agradecimiento por darles una pista para recuperarlo, pero todavía espero sus disculpas por la desconfianza inmerecida que me demostraron.

Y el Maestro dijo:

—Me han informado que usted tiene la grabadora. Creo que debe prestármela, porque el Maletín de los Sonidos todavía no ha aparecido y quizás el ladrón haya dejado grabada alguna pista sonora.

La Directora le miró, y viéndole tan enfadado por la pérdida del Maletín, le contestó:

—Verá, es que... —aunque lo pensó mejor y le dijo— ahora tengo una reunión, pero podemos vernos más tarde donde quiera.

Ella intentó irse, pero él la cogió por el brazo derecho. Ella no se resistió. Él no apretaba, pero la tenía bien sujeta con su mano izquierda.

El Maestro pensó en un lugar a prueba de curiosos:

—Si me acompaña al río conozco un lugar perfecto bajo el puente viejo.

Ella conocía ese recodo del río y su paso bajo el arco de piedra. «Sí» —pensó— «es un lugar incluso romántico».

—De acuerdo —le dijo— ¿Quedamos dentro de dos horas? —Y aunque temblaba interiormente, con mucha ternura fue separando uno a uno los dedos que le asían el brazo.

Él, incapaz de decir nada en ese instante, asintió con la cabeza y regresó a su despacho.

Al llegar, vio que yo le estaba esperando en la puerta de su antedespacho

—¿Qué deseas? —me preguntó de forma seca, desconocedor de los motivos de esta visita pero imaginándose que era el culpable de la desaparición del Maletín de los Sonidos.

—Yo... quería hablar con usted sobre un asunto particular.



Mi tono era serio y sincero.

El Maestro, dudó sólo un instante y decidió atenderme.

Abrió la puerta y le dijo a su secretaria Tamar que no nos molestaran.

Ella me miró y, al reconocermme, frunció el ceño.

—Pasa, por favor —me dijo el Maestro invitándome a su despacho interior. Noté que la voz no reverberaba nada en absoluto debido a la gran absorción que existía en este despacho. Todo estaba colmado por numerosos libros, papeles y objetos de arte. Incluso la luz del sol luchaba por entrar al atravesar las cortinas.

«Con el poco tiempo que lleva aquí, y ya lo tiene totalmente lleno. Debe de vivir de sus papeles» —pensé.

Siéntate y dime.

El Maestro me ofreció una silla delante de su mesa en la que había un hueco entre libros y carpetas donde podíamos vernos las caras.

—Yo... necesitaba hablar con usted en relación al Maletín de los Sonidos —le dije con una voz que rayaba el susurro.

El Maestro creyó que me iba a confesar. Pero no hice nada de eso. Al contrario.

—Estoy seguro que toda la clase cree que he robado ese Maletín, y no es cierto. —Continué con ese volumen casi ínfimo—. Pero puedo ayudarle a recuperarlo. —Esta vez hablé en volumen normal, aunque al Maestro le pareció que había gritado por la rotundidad de la afirmación.

En el despacho se estableció ahora un silencio absoluto. En ese preciso instante las nubes dejaron pasar un rayo de sol que entró alegrando el gélido silencio que había seguido a esas palabras. El despacho se iluminó como en un claro oscuro del barroco. La luz del sol destacó un libro en particular; *Los latidos de mi ciudad*, que se encontraba en la parte superior de ese hueco de libros de la mesa del despacho. Me percaté de ello. Lo conocía. Lo había leído recientemente. Era un libro excelente sobre los sonidos de NY.

—¿Sospechas de alguien? —me preguntó el Maestro distraído por este suceso después de concederme unos instantes.

—No —le respondí—, pero he descubierto uno de sus objetos.

Al cabo de hora y media, el Maestro se encontraba tirando guijarros en el pequeño río. Se hallaba justo bajo el puente indicado. Cada rebote, hasta llegar al chapoteo final, era amplificado y correspondido por los múltiples ecos de ese lugar. El puente con su hueco abovedado de piedra, parecía una catedral resonante. Miró a su alrededor y descubrió algunos restos de petardos en el suelo. Eso le indicaba las cualidades acústicas que seguramente habían observado los muchachos al encender esos petardos. En ese instante pensó en el arquitecto Baltasar Neumann, que hizo disparar cañonazos para ver si la bóveda de 18,8 metros de largo de Würzburg resistía la presión del aire. Oyó que alguien se acercaba y reconoció a la Directora.<sup>11</sup>

—Perdóneme por llegar tarde —le dijo, fijándose en que él ya llevaba tiempo esperando por cómo se balanceaba de una pierna a otra.

Curiosamente, continuaban con el trato de usted a pesar de tantos años juntos en su juventud.

—Ningún problema —respondió el Maestro, que le trajo a colación mi comentario— Incluso ha encontrado la lámina metálica de simular rayos y truenos. Al parecer estaba en el suelo del estacionamiento y casi la iba a pisar, pero ha observado la etiqueta de la BBC y eso le ha hecho dudar.

—¿Y solamente ha encontrado esto?

—Me parece que ya es mucho, ¿no cree? —Él la contempló admirándola. A pesar de sus años, estaba imponentemente señorial, y no era debido al contraluz, y además su pelo continuaba tan rojo como el Alfaromeo rosso que soñaba en su juventud.

Ella también se lo quedó mirando, y viendo que él no reaccionaba, finalmente inclinó la cabeza en señal afirmativa.

¿Ha traído la grabadora? —Le preguntó el Maestro al ver que la Directora hurgaba en su bolso.

Fue una farsa —le respondió ésta mirándole dulcemente—. Mi hija se marcó un farol por si era alguien de la clase. No se ha grabado nada porque no estaba en marcha.

—Entonces, sólo nos queda rastrear los alrededores del estacionamiento.

---

<sup>11</sup> Nota del Relator: Es preciso indicar que, por suerte, la bóveda aguantó.

—Vamos hacia allá si le parece —dijo ella, que tropezó con una piedra y tuvo que asirse a su brazo. Continuaron de esta forma hasta superar la subida, donde ella le soltó. Ambos pensaron en todos los momentos que habían pasado juntos anteriormente.

Él estaba confundido con sus sentimientos.

Al llegar al estacionamiento buscaron sin observar nada, pero al girar hacía el acceso lateral, el Maestro encontró otro objeto. Era uno de los cocos, también con la etiqueta de la BBC. Realmente el ladrón no parecía interesado en el contenido. Quizás solamente era el hurto por el hurto.

Detrás del edificio, en una pendiente descendente, casi oculto por los árboles, encontraron el Maletín abierto con los restantes objetos dentro. El Maestro comprobó extrañado que no faltaba nada. La Directora se ofreció a limpiarlos aportando su pañuelo. Él aceptó. Ambos se quedaron así unos instantes en silencio, limpiando cada uno una pieza y cruzando unas intensas miradas. Finalmente, sin mediar palabra el Maestro le sonrió.

—Muchas gracias.

Ella asintió con la cabeza.

Más tarde...

El Maestro entró en la clase lentamente, haciendo rechinar la puerta de forma controlada. Hacía dos días que el Maestro no se presentaba en clase desde la desaparición de su Maletín.

Esta vez, todos los alumnos nos levantamos intentado amortiguar el ruido de los asientos y volvimos a sentarnos cuando él lo indicó. La clase 202 estaba llena de pequeños susurros y algunos alumnos sonreían al ver que había vuelto el Maestro, y que lo había hecho acompañado del Maletín de los Sonidos. Lo dejó encima de la mesa con gran ceremonia hasta que se impuso el silencio, al mirarnos uno a uno directamente.

—Usted —me dijo señalándome—, vuelva a sentarse al lado de su hermana.

Me levanté y obedecí casi en silencio. Mi hermanastra me dedicó una mirada de duda.

Acto seguido, el Maestro abrió el Maletín y repartió con gran delicadeza un objeto a cada uno de los alumnos.

—Hoy hablaremos de la simulación sonora. —Los alumnos no entendían nada—. Cada uno tenéis en las manos un objeto o mecanismo, trabajado o fabricado de tal forma que cuando lo hagáis sonar simulará un sonido existente en la naturaleza, la arquitectura, la ciudad o la realidad.

Algunos alumnos protestamos. El Maestro aprovechó para centrar su interés sobre mí.

—Atención. —Dijo en voz normal para imponer silencio.

Como los demás no callaron, espetó esta vez con su potente voz.

—¡Callad!

Seguramente fue el volumen lo que nos hizo obedecer. Yo iba a protestar porque me dejó casi sordo, pero el Maestro se colocó delante y continuó:

—La razón de que yo vuelva a estar en esta clase se debe a la intervención de un compañero vuestro.

Me miró a mí. En la clase volvieron a generarse ciertos murmullos. Yo permanecí callado.

—En efecto —añadió el Maestro—. Resulta que ese compañero me ha dado las pistas para encontrar mí Maletín. Como finalmente han aparecido todos los objetos, doy por terminado el tema, pero todavía desconozco quién ha sido el autor de este asunto. Además, quizás no ha sido muy listo, puesto que ha ido dejando pistas por doquier. O precisamente ha sido muy listo para que las fuéramos descubriendo. De todos modos, quiero agradecer públicamente a este alumno —esta vez lo dijo señalándome—, porque gracias a lo que me ha indicado hemos podido localizar todos y cada uno de los objetos que forman parte del Maletín de los Sonidos.

—Maestro, ¿entonces soy yo el motivo de esta alegría? —dije girándome hacia atrás para ver las caras de mis compañeros. Vi que no parecían muy contentos de mi acto—. Pues no se crea que esto pasará siempre. He intervenido por justicia, no por amistad—. Terminé de hablar y cogiendo los dos cocos que me puso el Maestro sobre el pupitre, reproduce el sonido de los cascos del caballo “Silver”, golpeándolos de muy fuerte a débil, alejándose y variando la sonoridad al realizarlo por el lado cóncavo abarcando unos volúmenes y tonos cambiantes, mientras canturreaba una vieja canción vaquera.

Todo esto lo hice escenificándolo y gesticulando grotescamente, como si fuera yo el que iba sobre el caballo.

Ahora en la clase se originó un gran alboroto. El Maestro entendió que debería continuar ganándose mi respeto y el del grupo que yo lideraba, y que el proceso sería largo. Pero hoy estaba realmente contento, y poco a poco logró que cada alumno simulara un sonido con el objeto del Maletín de los Sonidos que le había asignado.

—Por favor, ¿puedes ondular la hoja metálica?

El alumno fuertote lo hizo muy suavemente. El sonido que se produjo parecía un murmullo. La clase se lo estaba pasando bien.

—No, no —le corrigió el Maestro—, con mayor ímpetu.

Joseph Louis Tocue, así se llamaba el fuertote, ahora obligó a la chapa a emitir unos sonidos que a todos les parecieron los de los relámpagos y truenos.

—Perfecto —dijo el Maestro—. Ahora intenta provocar un rayo muy intenso y seco.

El alumno empezaba a disfrutar.

Al cabo de poco tiempo ya sabía reproducir todos los rayos y truenos imaginables. Se sentía protagonista, el dios Zeus.

No obstante, la mejor interpretación la ofreció mi hermanastra, la alumna aventajada, que hizo emitir un largo y angustiado quejido a la bisagra, mientras con voz rota emulaba a Igor invitando a entrar en el fúnebre lugar al *Jovencito Frankenstein*.

Toda la clase 202 incluido yo, nos reimos, mientras el Maestro hacía su conclusión:

—En la emisión radiofónica, donde no podemos ver el escenario ni la acción, el dentro o el fuera, si entro o salgo, si vengo o voy, si llueve o graniza, si truena o silba el viento, antes de la era digital, los sonidos de estas situaciones se realizaban mediante muchas simulaciones, como los sonidos que producen estos objetos y mecanismos de este Maletín que adquirí en una subasta. A menudo eran interpretados por los propios locutores.

Tomó un suspiro y concluyó:

—La escenificación sonora en la radio hace trabajar la imaginación del oyente al no ver el origen, y por ello cada cual crea su propio y particular paisaje sonoro.

#### 4.4. El examen

—El examen de hoy va a consistir en la inteligibilidad mediante un sistema electroacústico.

—Perdone Maestro —dije en tono burlesco—. En el programa de la asignatura, y en particular en la parte de electroacústica no existe, según mi humilde opinión, este apartado. —Había enfatizado convenientemente eso de la humilde opinión.

El Maestro empezaba a estar harto de mis impertinencias y no sabía si contestarme o no hacer ni caso.

Pero se decidió por lo primero.

—Perdona, pero convendrías conmigo que cuando la electroacústica se utiliza como refuerzo del sonido, lo que interesa es que en el lugar donde no se oiga la palabra hablada debido a las circunstancias que sean, el sistema electroacústico permita solucionar el problema. Y si lo que ocurre es que no se entiende el lenguaje de un orador, eso afecta la inteligibilidad de la palabra y, por lo tanto lo mejor es que el sistema electroacústico amplifique bien esa voz y la distribuya convenientemente para que el auditorio la pueda captar y entender. ¿Estamos de acuerdo?

A veces ocurre que no encuentro palabras para oponerme a alguna explicación del Maestro. Y por lo tanto no dije nada más.

Mientras, el Maestro estaba pensando el enunciado y dictó lo siguiente:

—Tenemos una estación de ferrocarril en la que el nivel de ruido interior debido a los trenes, las máquinas de aire acondicionado existente, la propia gente con sus comunicaciones habladas en grupos y cantos, es tan elevado, que el nivel de sonido emitido por los altavoces instalados en la estación no es suficiente para que se entienda el mensaje que se quiere comunicar.

Tomó un breve descanso y continuó.

—Sabiendo que la dinámica mínima entre la fuente sonora amplificada y el ruido de fondo existente en el lugar del receptor es de 10 decibelios, necesarios para entender el mensaje por encima del ruido residual, indicar cuál es el tratamiento que deberíamos dar a las paredes y techos

de esta estación si inicialmente el coeficiente de absorción medio de la misma era de...

El Maestro se lo pensó unos instantes y finalmente dijo:

—Del diez por ciento. Y por cierto ... pueden utilizar sus apuntes.

La clase, que había tomado nota, empezó a hojear los apuntes tomados durante el curso. Yo vi que no era un problema electroacústico, sino de la acústica del recinto.

Algunos, muy despistados no sabían en absoluto lo que debían hacer. Otros, los más listos, pensamos que la forma de solucionar el problema era mejorar el rendimiento acústico de la estación. Elevar el valor de la constante de local R, seguramente permitiría entender mejor el mensaje amplificado, ya que el receptor se situaría en un radio crítico más lejano.

La cuestión era operar con los valores para obtener exactamente esta mejoría de los diez decibelios necesarios entre emisor y fondo sonoro.<sup>12</sup>

Esos 10 dB también equivalen a que pueda disminuir el ruido de fondo existente mucho más que lo que en este momento tenga. Si el valor de la absorción existente es del diez por ciento, lo que desconocemos es dónde se sitúa el nivel de campo reverberado inicial. El nivel de campo reverberado final debería situarse a una distancia de 10 decibelios respecto el nivel que llega de la megafonía, pero la incógnita era el punto de partida.

Una solución consistía en suponer el caso peor, es decir que el nivel del campo reverberado fuera exactamente igual de alto que el nivel procedente del sistema de amplificación. Este era el caso extremo para el cual debería obtener la máxima ganancia.

Resumiendo, si para que exista inteligibilidad, el nivel del mensaje debe superar en 10 dB el nivel del campo reverberante, puedo asimilar este hecho a que este nivel de campo reverberante disminuya 10 dB, lo cual me facilita obtener una ecuación:

$$10 \log 4W/R_2 I_0 - 10 \log 4W/R_1 I_0 = 10$$

---

<sup>12</sup> Nota del Relator: La constante del local R es el resultado de multiplicar S (todas las superficies de revestimientos interiores del local) por  $\alpha$  (coeficiente de absorción medio de estas superficies), dividido por uno menos el coeficiente de absorción medio del recinto. Esta constante se relaciona íntimamente con el nivel del campo reverberado, que se supone constante para todo el recinto.

Simplifico dividiendo por 10, y como la resta de logaritmos no es nada más que el logaritmo del cociente, resulta:

$$\text{Log } 4WR_1I_0 / R_2I_04W = 1$$

Eliminando parámetros que aparecen simultáneamente en el numerador y el denominador obtengo:

$$\text{Log } R_1 / R_2 = 1$$

Solamente el logaritmo de 10 es igual a 1, y entonces:

$$R_1 / R_2 = 10$$

Sustituyendo  $R = S\alpha/(1-\alpha)$

$$S\alpha_1(1-\alpha_2)/(1-\alpha_1)S\alpha_2 = 10$$

Puedo también simplificar las superficies porque no han variado

$$\alpha_1(1-\alpha_2)/(1-\alpha_1)\alpha_2 = 10$$

Aproveché un instante en que el Maestro atendía una consulta, para mirar lo que hacía mi hermanastra. La alumna aventajada había llegado a mis conclusiones, pero se había equivocado con el coeficiente de absorción, porque sustituyó  $\alpha_1 = 0,1$ , y por ello:

$$0,1 - 0,1\alpha_2 = 10\alpha_2 - \alpha_2$$

Con lo cual;

$$9,1\alpha_2 = 0,1$$

$$\alpha_2 = 0,1/9,1 = 0,01 !!!$$

Al parecer no se daba cuenta que el resultado no podía ser inferior al 10%.

Yo, en cambio, hice  $\alpha_2 = 0,1$  y entonces

$$0,9\alpha_1 = 1 - \alpha_1$$

Es decir

$$\alpha_1 = 0,52$$

O sea que el recinto debería tener una absorción media del 52%

Repasé mis operaciones y miré hacia mi hermanastra, que ya había doblado la hoja del examen, y se encontraba serena, mirando mi resultado.



De golpe desdobló su examen y anotó más texto tapando con la mano para que no pudiera ver lo que escribía.

—De todos los que han llegado a algún resultado coherente, destacan dos alumnos, —y exhibió mi papel y el de la alumna aventajada. El Maestro iba comentando el examen.

—Este alumno —y aquí me miró directamente—, tiene un notable alto, porque ha concluido el valor teórico correcto del 52% de absorción necesario para escuchar la electroacústica con un nivel de 10 decibelios por encima del nivel de ruido de fondo.

Ahora miró a la alumna aventajada.

—Pero su hermana, a pesar de haberse equivocado inicialmente, lo ha dejado bordado. Tiene un excelente porque ha aplicado mi recomendación de que en la práctica, comparar las dos constantes de local  $R_2$  y  $R_1$  se puede asimilar a comparar los dos coeficientes de absorción correspondientes, o sea:

$$10 \log \alpha_2 / \alpha_1 = 10,$$

y simplificando

$$\log \alpha_2 / \alpha_1 = 1,$$

comporta que

$$\alpha_2 / \alpha_1 = 10$$

y siendo  $\alpha_1 = 0,1$  resulta  $\alpha_2 = 1$ , con lo que la absorción debería ser total.

—Recordad que os dije que una cosa es la teoría y otra la realidad. Pues bien, la alumna se ha decidido por un valor intermedio del 76 por ciento, que consideramos más apto que el valor de 52, que también ha calculado.

Nos miraba a ambos sonriendo, pero yo estaba confundido. Había hecho bien la prueba y solo tenía un notable.

—Con este último valor solamente se consigue la dinámica de 10 dB, pero yo dije la dinámica mínima, por lo que la absorción necesaria debe superar ese valor del 52 por ciento.

Se lo comenté a mi padre, que inmediatamente llamó a la Directora del CACTAS.

A pesar de ello, MR mantuvo las calificaciones.

## 4.5. La Mascletá

Y el Maestro dijo:

—Hoy vamos a asistir a un acto único que se celebra cada año para empezar las fiestas de esta ciudad, y que espero que sea inolvidable para todos vosotros.

Los alumnos del CACTAS que le acompañábamos, nos miramos desconcertados. El viaje hasta Valencia en España nos había resultado muy fatigoso.

Yo levanté la mano y dije en tono inquisidor:

—Maestro, ¿cuál es el verdadero motivo de este viaje? Espero que no sea el de poder encontrarte con tus amigos APL, Anthony, Richard, Tocue y Ciali. —Estoy seguro que había dado en plena línea de flotación, porque el Maestro me miró fijamente, e iba a contestarme cuando la alumna aventajada intervino.

—Creo que se trata de asistir a un evento sonoro muy importante, ¿no es cierto?

El Maestro, se tranquilizó y asintió con la cabeza.

Al cabo de unos instantes, todos subimos al autobús que nos llevó hasta la plaza del Ayuntamiento.

El lugar estaba abarrotado de gente, y no tuvimos más remedio que esperar sin ver casi nada de lo que se trataba. La Directora se reunió con nosotros y antes de que pudiera decir nada, empezaron a sonar los estallidos.

Era la Mascletá que, con sus estampidos provocaba ecos en las edificaciones próximas, llenándonos a todos con su olor a pólvora.

Chillando a todo volumen, protesté:

—¡Esto es inaguantable, nos han traído hasta aquí atravesando medio mundo solamente para escuchar estos ruidos espantosos!

Algunos asistentes me miraron sorprendidos por esos comentarios inadecuados, ya que al terminar, a pesar de que el estruendo fue mayúsculo, casi todo el público aplaudió a rabiar.

Mi hermanastra, que siempre le daba la razón al Maestro, esperó para ver lo que este respondía. La Directora le susurró unas palabras al oído.

El Maestro separó el grupo de la multitud, que continuaba aplaudiendo sin abandonar el lugar, y nos reunió en un aula de la universidad cercana, donde nos dispuso en un corro a su alrededor.

Y concluyó:

—Varios de vosotros pensáis que La Mascletá es solamente un ejercicio de pirotecnia con un volumen sonoro insoportable, cuando en realidad es un verdadero concierto musical. Como ya sabéis, en un concierto sinfónico el director debe soportar un alto volumen sonoro al llegar al fortísimo, de la misma forma que yo lo hacía delante del amplificador cuando de joven tocaba el bajo en mi grupo de rock. Algunos creían que hacíamos ruido debido al alto volumen que usábamos en nuestras actuaciones. Como debéis saber, el volumen por sí solo, no es el arte. El arte musical es saber componer e interpretar con cualquier sonido, volumen, timbre, etc. Por eso la Mascletá es arte, e intentar parametrizar el arte no es nada fácil ni creo que sirva para mucho. El día que tengamos las herramientas acústicas objetivas y subjetivas con equipos de medición y encuestas, necesarias para poder demostrar a la UNESCO que la Mascletá forma parte del Patrimonio Cultural Inmaterial Sonoro del mundo, ese día estaré totalmente satisfecho. Hasta entonces os recomiendo que lo escuchéis todo como arte, y especialmente si lleva implícito el sentimiento sonoro de un pueblo.

Fue girando sobre sí, mientras nos miraba a todos, uno a uno, deteniéndose finalmente en mí.

—Estoy convencido que encontraréis suficientes motivos para continuar disfrutando al comprender este maravilloso mundo sonoro donde nos ha tocado vivir.

Su mirada de tristeza me perseguirá toda mi vida. Por suerte cambié. Y ahora entiendo el dolor que debía sufrir por mi comportamiento día a día. Debió ser muy duro para él.

## 4.6. Decibelio de huevos<sup>13</sup>

Y el Maestro dijo:

—En una clase anterior intenté explicar el decibelio y fue imposible porque intervino el alumno burlesco. Veo que hoy está desaparecido.

En ese instante me di cuenta que estaba hablando de mí, pero no pude asistir ese día, o sea que debo callarme.

Rápidamente la alumna aventajada dijo:

—Perdón Maestro, es que hoy el alumno al que se refiere está enfermo. —Y señaló el asiento de su lado.

—Mejor, perdón —rectificó el Maestro—, de acuerdo, pues como decía, hoy toca hablar del decibelio. ¿Sabéis lo que en realidad es el decibelio?

Ese “mejor” del comentario de MR no me gustó nada en absoluto.

En la clase hubo cierto rumor, pero nadie se atrevió a dar una definición exacta. Lo intentó la alumna aventajada, pero tampoco dejó un buen resultado. Salió a la pizarra y dijo:

—Para la gente que no lo entienda, el decibelio es una relación entre dos magnitudes de la misma unidad, donde el denominador es la referencia escogida. Al sacar logaritmo de ese cociente da por resultado una unidad de otro orden. Como queda muy pequeña, se multiplica por diez. La fórmula para el caso de la intensidad sonora es:

Y escribió:

$$L = 10 \log \frac{I}{I_0}$$

Todos se quedaron igual, por lo que el Maestro tomó las riendas y cambió el método.

—Vale, vale, realmente esto no lo captará mucha gente. Quizás sea más fácil entenderlo comiendo huevos duros —continuó.

---

<sup>13</sup> Como Relator, debo deciros que este relato siempre me ha gustado. Por desgracia yo no estaba presente ese día, por lo que desconozco si es verídico lo que hizo el Maestro, porque a veces amplifica su presencia. Espero que también a vosotros os agrade, ¡pero cuidado con vuestro hígado!

En la clase empezó un rumor desde el fondo, y en las últimas filas parecía que se iba a iniciar un pataleo. Pero el Maestro, aclaró:

—Por ejemplo, supongamos que yo me como un huevo duro. Y además yo soy la referencia. Si divido los huevos que me como por los de referencia, resulta que uno dividido entre uno da igual a uno. El logaritmo decimal de uno, es exactamente cero. Ya lo puedo multiplicar por diez o por lo que sea que el resultado será siempre igual a cero. Es decir, que lo que me está indicando esta nueva unidad de cero decibelios, es que lo que estoy comparando es exactamente del mismo valor que la referencia. Recordad: mi nivel de huevos duros es de cero decibelios, pero en cambio me como un huevo duro.

El Maestro aprovechó para ver la reacción de los alumnos. Ahora todos ellos mantenían una actitud de atención absoluta.

«Quizás ya voy por buen camino» —pensó, «Debe de ser porque el alumno burlesco no se encuentra presente».

—Respecto a la alumna que está ahora en la segunda fila —inmediatamente la alumna aventajada se sonrojó—, si esta alumna se come dos huevos duros resultará que ella come el doble de huevos que yo. Bien, pues dos dividido por uno da exactamente dos.

Dejó pasar unos segundos y continuó.

—Por eso he buscado este denominador de un huevo, porque es muy fácil dividir lo que sea por la unidad. En este caso, el logaritmo de dos es 0,301030. Por lo tanto, multiplicado por diez, resulta que el nivel de huevos duros que se come esta alumna es de tres decibelios.

Ahora la clase empezó a murmurar, especialmente el sector situado cerca de la alumna, al verla tan sonrojada, casi tanto como sus cabellos.

—A mí me resulta cero decibelios porque soy la referencia, aunque me coma un huevo duro. Pero en cambio para quien se coma dos huevos, su nivel será de tres decibelios.

El nivel de murmullos ya se extendía a toda la clase. La alumna no sabía dónde esconderse.

—Pero si el alumno burlesco, que como no está presente hablaré poco de él, se comiera diez huevos —alguno del público hizo una risita nerviosa—, dividido entre uno son diez, y el logaritmo de diez es precisamente

igual a uno. Por lo tanto, si lo multiplico por diez, resultan diez decibelios. Así pues el burlesco tendrá diez decibelios de nivel.

La verdad es que a mí no me hacia maldita gracia, pero no estaba para defenderme. La clase continuaba riendo.

—Si el fuertote de la tercera fila se come cien huevos. —Ahora la risa fue unánime, y el alumno en cuestión, Joseph Louis Tocue, se levantó para mirar a sus compañeros y enseñar sus bíceps—. Como cien es lo mismo que diez elevado a dos, el dos pasa delante de la operación y vuelve a quedar diez logaritmo del cociente de diez dividido entre uno. Sale lo mismo que hemos dicho antes para los diez decibelios del alumno burlesco. —Matizó la voz, y ahora en susurros dijo—. Pero como el dos está delante del cociente, resultan finalmente 20 decibelios.

Tocue se sentó oyendo a sus compañeros llamarle el 100 huevos.

—O sea, que para cien huevos duros que es diez elevado a dos, el nivel es de 20 decibelios, y para mil huevos duros que se coma alguien, que es diez elevado a tres, resulta 30 decibelios. Y así sucesivamente. El que se coma un millón de huevos duros solo tendrá un nivel en decibelios respecto a mí de 60 decibelios. ¿Lo habéis entendido?

La clase parecía que esta vez asentía, aunque empezaban a atragantarse. Existía división de opiniones, porque unos reían y otros producían barullo.

—Fijaos que mientras avanzo comiendo una cantidad astronómica de huevos, solo subo unos cuantos decibelios. Es como una escalera en la que cada peldaño sube lo mismo, pero cada vez necesita un paso de gigante mayor. —La clase no sabía si patalear o aplaudir.

—Bien, pues ahora que alguien me diga a cuantos huevos duros equivale un nivel de 120 decibelios, que es el máximo que podríamos soportar si fueran los decibelios de nivel de presión o de intensidad sonora.

Ahora la clase se quedó en silencio, hasta que la alumna aventajada dijo:

—Pues serían diez elevado a doce huevos duros.

El Maestro le dio la enhorabuena y obviamente la invitó a comer con él esa cantidad de huevos, pero al ver su sofoco, dijo que lo repartirían en

un tiempo prudencial que podría ser durante toda la vida. La alumna se sonrojó todavía más.<sup>14</sup>

Pero como el Maestro Roncador quería dejar una conclusión final, dijo lo siguiente:

—Cuando lleguéis al límite del dolor del sonido que viene a ser un nivel de 120 decibelios, por favor no lo hagáis llenando una discoteca de los huevos duros que corresponderían a dicho nivel, porque diez elevado a doce significa un billón de huevos duros, y esto es tanto volumen sólido que no nos dejará suficiente espacio para bailar.

---

<sup>14</sup> Nota del Relator: Aquí acaba la historia de intentar comprender la cantidad de huevos duros que corresponde a un nivel en decibelios. Si el lector lo ha entendido, el Maestro Roncador se alegrará en gran medida. A mí me es igual si todos se atragantan.

#### 4.7. ¿Qué apostamos?<sup>15</sup>

—A que no tiene narices para cambiarnos los papeles. ¿Qué le parece si yo hago de Maestro y usted de alumno? Estoy seguro que no sabe hacer mi papel, y en cambio yo sí sé hacer el suyo. —Dije chulescamente.

El Maestro me miró, viéndome tan descarado y luego contempló a los alumnos presentes en el aula 202. Todos estaban impresionados por esa desfachatez, pero a su vez, pensaban que ninguno de los dos sabría hacer el papel del otro. Todos, salvo la alumna que se encontraba sentada junto a mi.

Viendo que la clase no le secundaba, el Maestro decidió:

—De acuerdo, voy a meditarlo. La próxima clase podemos definir las condiciones y a la siguiente hacer lo que tú dices, pero lo aceptaré si nos apostamos algo. Vete pensando lo que puedes ofrecerme. Ha de ser algo relativo al campo acústico.

Este día la clase prosiguió sin ninguna intervención burlesca por mi parte.

A la mañana siguiente, estando el Maestro en la biblioteca del CACTAS, se encontró con la Directora. Antes de verla, la había reconocido por los crec – crecs que producía su vestido de seda y los clack – clack de sus zapatos de medio tacón, que impactaban en el parquet de madera.

«Ella suena así», pensó el Maestro Roncador suspirando.

—Hola, me han dicho algo de una apuesta —le dijo la Directora obstaculizándole el paso y con una mirada de firmeza—. Ya sabe usted que en este Centro están prohibidas las apuestas públicas. —ella continuaba sin tutearle a pesar de haber sido su compañera desde la universidad hasta la ruptura cuando MR dejó la empresa K&B.

—No creo que nuestro tema incumpla ninguna normativa interna —le contestó él—. No se trata de apuesta dineraria sino que entra dentro del campo científico – técnico y artístico que es la característica de este lugar. No se preocupe —insistió el Maestro rompiendo lentamente el bloqueo a que ella le sometía y pasando a escasos milímetros de ella. Una vez al

---

<sup>15</sup> Nota del Relator: Existe confusión respecto esta apuesta. Me he decantado por escribir dos versiones para este corto. Una dura y otra inteligente. Yo realmente sé cuál de ellas se realizó, pero como encontramos dos versiones, debo escribir ambas, aunque el final quizás no os agrade.



otro lado del pasillo, con voz bastante alta le dijo— No vamos a romper la elevada ética de esta institución.

Estas últimas palabras fueron escuchadas por bastantes alumnos asistentes, que se desconcentraron y levantaron las cabezas para pasar a los cuchicheos posteriores.

Pero la noticia ya se estaba extendiendo por el Campus.

El Maestro daba vueltas a su cabeza intentando encontrar la idea acústica, y como no se le ocurría nada, decidió finalmente que fuera el maletín de sonidos; su maletín. Pensó que el burlesco lo necesitaba, y si lo ganaba lo tendría bien merecido.

«Puedo hacer que intente reproducir todos los sonidos posibles con los aparatos e instrumentos que contiene. Buena idea, porque seguramente solo hará unos pocos». Se dijo.

Iba andando por el Campus pensativo y con la cara sonriente. Eso era, había encontrado la solución. Era una muy buena apuesta. A ver con qué la podía igualar el alumno.

Tan distraído estaba, que casi chocó con el Profesor de Laboratorio. No había oído la tos seca que siempre precedía ese individuo.

—A ver si vigilas, ¿o es que a media mañana ya vas tan bebido que no ves nada?

Realmente, la impertinencia de este profesor era constante. Seguro que alguna cosa le corroía por dentro. Pero el Maestro, que ya estaba harto de este personaje, podía perder fácilmente los estribos. Algo que no podía soportar por más tiempo hacía que hoy hablara su corazón y no su mente.

## VERSIÓN 1

Se paró, le llamó la atención y cuando el otro, que pasaba de largo, se giró, el Maestro le dio un puñetazo en el mentón.

El profesor, que era bastante enclenque, cayó al suelo. Por suerte no se golpeó en la cabeza, pero el espectáculo fue observado por muchos alumnos que en aquel momento se encontraban tomando el sol en los bancos o en el césped.

Rápidamente, todo sucedió como en una película, el Profesor de Laboratorio se levantó casi al instante e intentó dar un golpe de karate con

el pie pero el Maestro estaba preparado y le propició una presa echándolo nuevamente al suelo. La cara del Profesor mordió el césped y el fango que había en aquel sector. La lucha fue interrumpida por los alumnos, que finalmente lograron separarlos y tranquilizarlos hasta que llegaron los guardias de seguridad.

Al cabo de unas horas, ambos eran citados en el despacho de la Directora.

—Tendrán que esperar unos instantes porque la Directora está reunida con el Presidente del Patronato.

La secretaria les acompañó, haciendo clonc – clonc con sus brazaletes, hasta la sala de espera. Sonreía al Profesor y se mostraba rígida con el Maestro. En su mano llevaba la denuncia por agresión firmada por el Profesor de Laboratorio. Desapareció detrás de la puerta del despacho de la Directora haciendo ondear la hoja ostensiblemente.

El Maestro conocía a su antiguo rival en K&B, que ahora presidía el Patronato del CACTAS, y no le gustó la noticia de esa reunión. Mientras, el Profesor de Laboratorio se relamía el labio inferior por el que todavía asomaba una gota de sangre, pensando en que seguramente dentro del despacho se estaba gestando la expulsión del Maestro.

Después de unos instantes, que se hicieron interminables entre los silencios y miradas que ambos se dirigieron, la Directora les abrió la puerta, y les hizo entrar.

En el centro de la mesa de reuniones se encontraba sentado mi padre. No se levantó de su asiento ni hizo movimiento alguno. Ambos, Profesor y Maestro, se sentaron en lados opuestos de la mesa mientras la Directora dejaba unos formularios en la mesita situada delante de los viejos sofás de cortesía.

—Esto que hoy ha sucedido en el Campus —dijo la Directora sentándose delante de ellos—, es muy grave. Como usted puede suponer —dijo mirando fijamente al Maestro—, hemos de convocar al claustro de profesores para adoptar una solución que cierre este asunto.

La Directora miró luego al profesor de Laboratorio y dijo:

—¿Piensa usted mantener la denuncia por la acción del Maestro o prefiere retirarla y saldar el tema con un apretón de manos?

El Profesor se la miró sorprendido durante un breve instante, empezó a toser y dijo:

—Yo mantengo la denuncia y, es más, exijo que expulsen a este agresor.

—¿Puedo intervenir? —dijo mi padre—. Como presidente del Patronato.

—Sí, por supuesto —contestó la Directora.

—Pues bien, yo creo, como dice el Profesor de Laboratorio, que el tema es muy grave y se merece la expulsión de este Maestro. Pero... —en ese momento el Profesor de Laboratorio se quedó boquiabierto por la reacción del ejecutivo.

—Pero ¿qué? —dijo la Directora, ya que el otro no avanzaba en su idea.

—Pues que creo que puede existir una causa atenuante, ya que conozco al Maestro y sé que no es en absoluto una persona con carácter violento.

—Bien —continuó la Directora—, en cualquier caso el tema va a pasar a manos del claustro de profesores que convocaremos para el próximo viernes.

El Maestro pidió conocer si estaba retirado de su cargo o si podía regresar a las clases que impartía. La Directora miró al del Patronato. Ambos asintieron con la cabeza indicándole que podía volver a sus clases normales.

El Maestro salió dejando detrás el trío y pasó junto a la secretaria que le miró fijamente, y haciendo ver que no estaba al tanto de la situación empezó a teclear de una forma desesperada la máquina de escribir, emitiendo con sus brazaletes los conocidos clonc – clonc que tanto se fijarían en la memoria del Maestro durante toda su vida.

Más tarde

—¡Que viene, que viene! —Dije en susurros después de haber estado espionando por la mirilla.

La clase se silenció cuando el Maestro abrió la puerta del aula 202 y se dirigió a su mesa, situada sobre la tarima.

Ese día la clase se desarrolló sin ningún incidente significativo, salvo el examen sorpresa que este convocó.

El día del claustro extraordinario, la sala de juntas estaba absolutamente llena de profesores y alumnos. Especialmente los alumnos del aula 202. Incluso algunos profesores antiguos, ya jubilados, habían acudido para asistir al espectáculo.

Otra vez le preguntaron al Profesor de Laboratorio si mantenía los cargos. Este dijo que sí, y a continuación se procedió a escuchar la defensa del Maestro.

El Maestro explicó los hechos, tal como él creía que habían sucedido. Fueron llamados algunos alumnos que había observado la agresión. A mí no me llamaron porque el día de los hechos no estaba.

Después de esto, el claustro, obviamente consideró suficientemente probada la agresión y dictaminó la expulsión del Maestro.

Al conocerse la sentencia, unos alumnos silbaron y otros aplaudieron.

Ese día algo sucedió en el CATCAS porque en breves instantes un tumulto de alumnos apareció para generar dos campos totalmente opuestos. El campo dirigido por mí y que daba la razón al Profesor de Laboratorio, opinaba que era totalmente lógica y necesaria la expulsión del Maestro. Y al otro lado, presidido por la alumna aventajada, se unió mucho alumnado favorable a que el profesor permaneciera en el centro y se realizara un manifiesto contra la actitud negativa que tenía y estaba ejerciendo el Profesor de Laboratorio.

El Maestro, al salir al exterior se dirigió hacia los dos grupos y habló con ambos cabecillas haciéndonos señas para que hiciéramos un aparte. Los tres nos reunimos en el vestíbulo del Centro mientras los restantes estudiantes aguardaban en el exterior.

El Maestro dirigiéndose a la alumna aventajada dijo:

—Tengo lo que me merezco, la violencia no es la mejor arma para atacar a tu enemigo. Me he equivocado, y además no creo que una agresión conduzca a ninguna resolución del conflicto. Lo que debéis hacer vosotros, en vez de hacer dos grupos separados, es hacer un único grupo que es el de los alumnos que quieren aprender y con ello mejorar la acústica de nuestro entorno. Este es el único motivo que quería enseñaros. Siento haberos

defraudado con mi acción. Mi actitud es indigna de lo que os merecéis. Por lo tanto, la mejor opción es que me vaya y espero que esto me sirva para el futuro como lección de algo que no debería haber sucedido jamás.

La alumna aventajada estaba llorando. Yo, obviamente no podía cambiar de un día para otro y le dije:

—No debería haberse metido de esta forma con el Profesor de Laboratorio. Fíjese que bajo ha caído. Detesto su actitud y todo lo que ha representado. Nos ha estado tomando el pelo enseñando encubiertamente una serie de cuestiones morales que usted mismo no acaba de creerse.

La alumna me iba a dar un codazo, pero decidió no hacer las mismas acciones violentas que habían llevado a su ídolo a la situación en la que se encontraba.

El Relator informa que ahora cada lector debe terminar esta versión del relato.

## VERSIÓN 2

Le dijo en su voz normal, es decir alta, que oyeron hasta casi 30 metros de distancia.

—Eres un presuntuoso e impertinente, y te desafío a un concurso sobre problemas acústicos que se desarrollará en mi clase dentro de breves días.

—Acepto —contestó el Profesor de Laboratorio—. Pero seguro que voy a ir preparado, —dijo poniendo la mano derecha sobre un sonómetro VACES que llevaba en el bolsillo derecho de su bata blanca, y la izquierda sobre uno K&B que tenía en el bolsillo izquierdo. Su actitud de pistolero del Oeste a punto de desenfundar, no dejaba ninguna señal de duda.

La escena había sido observada por muchos alumnos que en aquel instante se encontraban tomando el sol en los bancos del Campus.

La noticia se extendió como la pólvora. En todo el Centro no se hablaba de otra cosa. Una apuesta y un desafío.

Al día siguiente, les llamó la Directora.

—Pasen y acomódense —dijo con los clonc – clonc de sus sonoros brazaletes la secretaria de la Directora. Le sonreía al Profesor y estaba tensa con el Maestro.

Ambos se sentaron en los sillones de la salita de espera.

El Maestro, harto de tanto silencio, intervino.

—No te creas que vas a ganarme, porque en tu ansia de protagonismo envidioso puedes quedar atrapado por una red sonora de ámbito superior.

—No sé a qué te refieres —contestó el Profesor de Laboratorio—, pero tú todavía no conoces todo mi potencial, ni mis contactos.

La puerta del despacho de la Directora se abrió con un quejido, y ésta los invitó a entrar. Para sorpresa de ambos, agradable para el Profesor de laboratorio y desagradable para el Maestro Roncador, sentado en el centro de la mesa de reuniones encontraron al Presidente del Patronato del CACTAS, mi padre, quién rápidamente se levantó a saludar al Profesor de Laboratorio, y nada procedió con el Maestro.

«Malo, malo», —pensó éste para sí, viendo que a él no le ofrecía el saludo. «Debo buscar una estrategia distinta», concluyó antes de sentarse en la butaca situada justo delante de la Directora.<sup>16</sup>

—Bien, dijo la Directora, al parecer se han desafiado ustedes.

—Es un desafío acústico y únicamente académico—. Dijo el Maestro.

El otro asintió con la cabeza y continuó con un arranque de tos.

—En este caso, debo advertirles que el proceso será seguido muy de cerca—.Y les despidió.

—¿Ya sabes cuál va a ser el desafío? —Dijo el Profesor de Laboratorio dirigiéndose al Maestro mientras salían del despacho y cruzaban delante de la secretaria.

—Si —le contestó MR—, te desafío a que hagas una clase de mi temario, y yo la haré del tuyo.

La secretaria movió sus brazaletes como despedida sonriéndole al Profesor de Laboratorio, quien le devolvió el saludo pero no muy contento, porque no sabía nada de la psicoacústica. Es más, pensaba que era una memez y que no servía para nada.

Como Relator informo que cada lector debe también terminar esta otra versión del relato.

---

<sup>16</sup> Nota del Relator: La relación entre el Presidente del Patronato y MR no era nada buena, debido a que cuando la Directora y MR formaban pareja, en el momento de separarse apareció mi padre como contrincante.

#### 4.8. El debate

Y el Maestro dijo:

—Hoy vamos a hacer un debate.

Al oír esta palabra inicié inmediatamente una serie de murmullos con mis compañeros.

—El debate va a consistir —continuó el Maestro sin hacerme caso— en preguntarnos el porqué los cines tienen todos ellos una acústica neutra y sin reverberación. De hecho, su sonoridad se parece a lo que hemos denominado como sala muerta.

Esta palabra no le gustaba nada a la alumna aventajada, que tenía malas sensaciones con los temas funerarios.

En este momento apareció un pájaro que se quedó posado en el alféizar de la ventana. El Maestro se percató de ello, pero continuó:

—Supongamos que sois los ingenieros de grabación sonora de una película y optáis al Oscar por vuestros efectos sonoros. ¿Queréis que vuestra obra suene distinta en cada cinematógrafo?

—Obviamente que no. —dije mofándome de mi hermanastra que había palidecido ante las palabras “sala muerta”.

El Maestro observó que se había roto el hielo y se iniciaba un debate, puesto que algunos compañeros tomaron la palabra e iniciaron sus intervenciones.

Otro pájaro se reunió en silencio con el anterior. Algunos alumnos se percataron. Finalmente la alumna intervino:

—En el caso de hacer una película, yo creo que mi banda sonora debería sonar igual en un cine que en otro, sea en París o en Nueva York.

Mientras, yo continuaba burlándome de este debate y levantando ostensiblemente la mano, le pedí la palabra al Maestro.

El Maestro me la dio y dije:

—Supongamos que alguien construya un cine sin ninguna reverberación, que sea absolutamente seco, y que suene como un cine al aire libre, pero que en realidad sea cerrado. Yo creo que este cine no tendrá alma, no tendrá personalidad.

El Maestro se quedó sorprendido por mi ingenio, porque estoy seguro de que esa idea era muy similar a la que él tenía.

Pero entonces la alumna aventajada contestó:

—Pero es importante que mi banda sonora suene igual tanto en el cine de tu ciudad como en el de la mía, porque yo he hecho precisamente esta banda sonora de la película para que la puedas oír exactamente igual en uno u otro cine, y no quiero que tu cine coloree mis sonidos, o provoque focalización o ecos. Incluso que la puedas escuchar con auriculares en tu casa.

El Maestro, que permanecía callado, observó que el debate empezaba a ir en serio. En la ventana ya había cuatro pájaros que permanecían allí, en silencio.

Yo me percaté de ello. Esta vez dejando a un lado la mofa al descubrir este asunto, continué:

—Quizás tengas razón, pero cuando entran los dobladores, y te das cuenta que con sus intervenciones han cambiado las características de tu banda sonora, todo eso que ahora dices deja de tener sentido.

Ella entendía que quizás él tenía razón, pero no conocía suficientemente el tema, y por ello se calló para escuchar lo siguiente:

—No pretenderás que en cualquier lugar siempre se instale exactamente el mismo equipo amplificador y con los mismos altavoces, puesto que incluso distribuidos por igual en las salas, estas no son iguales. Por lo tanto, aunque podamos hacer una acústica del recinto exactamente igual en todos los casos, las salas y los equipos son distintos, y tu banda sonora siempre va a sonar diferente. —Sentenció girando el rostro y palideciendo al descubrir que el número de pájaros aumentaba.

La alumna aventajada, desconocedora de lo que sucedía en la ventana abierta, no se daba por vencida y me contestó:

—¿Verdad que cuando alguien compone una partitura musical, escribe unas notas que van a ser interpretadas con unos instrumentos determinados y no por otros? Lo que está escrito para que lo interprete el violín, lo debe hacer el violín, no una armónica o un piano.

—¿A qué viene esto? —Dije muy distraído por la visión de la ventana.

Ella continuó:



—Si ya es difícil que los equipos de amplificación y megafonía reproduzcan fielmente el sonido, solo falta que ahora intervenga la sala. Si, como digo, le sumáramos una reverberación y unos colores distintos debidos al espacio, la escucha de la película sería totalmente distinta, y más si cada uno diseñara su sala como le diera la gana.

En este momento yo ya no tenía más argumentos. Al parecer, la clase tampoco decía nada al respecto. Pero el Maestro, habiendo escuchado esos comentarios, quiso intervenir con unas palabras:

—Ambos habéis expuesto muy bien vuestros razonamientos. Es cierto que al ingeniero de sonido de la banda sonora y los que buscan un sonido determinado para la voz, la música o los efectos especiales, no les satisface que en una sala los subgraves no suenen tan profundos y tan fuertes y ricos como en su estudio. Por lo tanto, se imaginan una sala tipo en la cual el sonido es de determinada forma, y se intenta adecuar la acústica de las nuevas salas realizándolas acorde con esta sala tipo. Esta es la idea que subyace en los parámetros acústicos de los cines para las películas actuales. Lo mismo que con la luz, se busca una luz patrón, y el resto se compara con ésta.

De todas formas, yo todavía estaba inquieto y poco satisfecho por los últimos acontecimientos y comentarios, por lo que continué:

—Pero entonces, si con el Home Cinema resulta que en mi casa tengo un tipo de acústica muy distinto al que estáis diciendo de las salas de cine, ¿porque nadie me dice cómo debe ser ese equipo o cómo debe ser mi sala?

El Maestro, francamente sorprendido por el giro del asunto, me contestó:

—Te equivocas, puesto que existen múltiples recomendaciones acústicas para estos equipos. Tus estanterías con libros y objetos, los cortinajes, alfombras, sillones, y otros enseres intervienen mucho. Lo más probable es que en tu estar-comedor tengas una reverberación de medio segundo, y eso es debido a la absorción, proporciones y acabados de su diseño de interiorismo.

El Maestro tomó un respiro y continuó.

—Generalmente las salas son de forma rectangular y sus proporciones variables. Difícilmente alguien busca adquirir una casa sólo por su

geometría y acabados de sus piezas. Nadie se preocupa exactamente por esas condiciones acústicas, ya que los requerimientos más importantes son de tipo social y económico, que influyen en mayor medida en la compra o alquiler de la vivienda, salvo el ruido exterior y del vecindario. Es decir, el barrio, el tipo socioeconómico y el precio. Pero sí que existen recomendaciones relativas a cómo disponer de forma orientativa el mobiliario y los acabados de una sala para colocar el grupo de audio y escucharlo correctamente. Es evidente que existen muchas marcas y modelos de estos sistemas, y que por lo tanto ninguno de ellos va a ofrecer exactamente la misma acústica en la reproducción.

—Pero entonces —continué insistiendo por la cantidad de pájaros que se iban posando—, esto me está dando la razón, puesto que... —me quedé sin habla y con el rostro estupefacto al mirar el alfeizar, desde donde nos miraban más de diez pájaros apretados y silenciosos.

La alumna aventajada había levantado también la mano.

Pero el Maestro nos cortó esta vez a ambos en un tono de voz un poco más alto de lo habitual.

—Está bien. Empiezo a estar cansado. Esto ya no es un debate. Empieza a ser una discusión a dúo, como tantas otras veces.

Casi siempre, los dos bandos de la clase acabábamos enzarzados en sendas disputas.

El Maestro cerró los ojos y se concentró en su método de relajación, pero no le dio resultado, porque en el aula, aunque se impuso el silencio en primer lugar, volvieron a elevarse los murmullos. Yo callaba.

Antes que estos se establecieran como el fondo sonoro cotidiano, el Maestro continuó:

—Creo que necesitamos más razones para continuar el debate. Mañana, si puede, vendrá una persona especializada en salas de cine, que justamente ahora me está esperando fuera para irnos a comer. Os lo voy a presentar antes que suene el timbre.

Salió fuera del aula 202 provocando el estrépito de la puerta al abrirse y cerrarse, y volvió a entrar al cabo de unos instantes, acompañado por un personaje vestido totalmente de negro y de edad algo menor a la suya. Sus zapatos crujían como cuero auténtico.

—Os voy a presentar a un arquitecto y experto en la proyectación y dirección de obra de salas de cine, que además es amigo mío. Se llama Riken Rim.

Miré la ventana. Todos los pájaros habían desaparecido. Me alegré mucho y quizás eso también influyó, porque Riken me gustó inmediatamente. No es que fuera un gótico, es que simplemente era un arquitecto. ¿Alguna vez os han contado porqué los arquitectos acostumbran a vestir de negro como los músicos y cantantes de coros? Bueno pues hoy no toca.

## 4.9. Los pájaros

Con la colaboración de Enric Mir, arquitecto. Es un homenaje a Hitchcock.

—El mundo del sonido es fascinante, desde su creación, su edición por grabación, manipulación, limpieza y recreación (recordad trabajar y limpiar el sonido, aportación dolby), hasta su reproducción. Y también quisiera insistir en la inmensa diferencia conceptual entre el sonido como espectáculo, el cine; y el sonido como imagen fiel al original; en la reproducción y/o amplificación del sonido de la música o el canto.

Riken era bastante alto, y tenía una voz muy sugestiva que hacía interesarse por todo lo que decía. Él lo sabía, y había aprovechado la ocasión presentándose con estas palabras. Pero ahora pasaba a lo que nos interesaba: el cine.

—Un cine no es un lugar cualquiera. Cuando os sentáis en la butaca y se cierran las luces de la sala, os introducís en un mundo mágico, donde todo ocurre gracias a unos efectos lumínicos y sonoros. Con la sala a oscuras perdéis el mundo real para sumergiros en el de la pantalla. No existen luces que os perturben, y si los pilotos de señalización de filas os deslumbran es que están mal diseñados. De la misma forma, no deben existir ruidos externos, y los sonidos interiores como las toses, palomitas, caramelos, etc. deben quedar totalmente ocultos por el sonido de la película. Pero no voy a hacer la descripción de cómo funciona su sonido porque creo que vuestro Maestro ya os ha hablado de ello. Yo quiero que me preguntéis directamente aquello que os preocupa.

Riken calló esperando nuestra intervención.

Pero en el aula se hizo un silencio que se cortaba con un cuchillo.

Finalmente, me decidí, sin casi acento sarcástico al ver que volvían los pájaros a posarse en la ventana le pregunté:

—¿Cómo describiría la acústica de un cine? ¿Debe ser anecoica, o qué?

El Maestro pensó en que yo desconfiaba de sus explicaciones del día anterior. Me miró fijamente, preguntándose el porqué de la reiteración.

Riken no sabía que esta cuestión había sido debatida anteriormente, tomó un sorbo del botellín de agua y obviando lo que MR le había comentado sobre mí, continuó:

—Antes que nada os quiero explicar cómo funciona a efectos del espectáculo. Aunque no puedo hablar desde la filmación del sonido en el cine, conviene entender que el sonido no es la razón exclusiva del espectáculo, sino que nació como complemento de la imagen, y como tal tiene como objetivo superar la proyección en 2D, generando una percepción sonora ambiental en 3D, tanto por el movimiento continuo del sonido como por sus elementos emisores.

Yo no estaba totalmente satisfecho, y continué con el interrogatorio.

—Pero no me ha contestado la pregunta.

Riken estaba tranquilo y me respondió:

—Principalmente definiría el sonido en el cine como direccional y envolvente. Direccional en cuanto que el espectador debe relacionar la emisión del sonido con lo que se proyecta y su movimiento en el espacio. Principalmente interesa el habla de los actores, que se distribuyen en diferentes posiciones en la pantalla por lo que la reproducción del mismo tiene que poder emitirse direccionalmente desde diferentes lugares de la pantalla, principalmente a izquierda y derecha de la misma. Envolvente en cuanto a que parte del sonido, además de generarse a derecha e izquierda de la proyección, lo hace hacia cada lado de la sala y a todo su largo, así como desde detrás; y en las salas más recientes incluso desde arriba.

Riken no había dado respuesta a la pregunta, pero a mí me era indiferente.

—Pero entonces, si la acústica ha de quedar igual que la luz, es decir “muerta”, ¿el arquitecto ya no manda en su obra? ¿Sólo manda el ingeniero de sonido? —Seguí preguntando.

A esta aseveración, más que pregunta, Riken, que vio al Maestro con una rara expresión en su rostro, al percatarse de los pájaros presentes, incluso sobre el cable telefónico, dijo:

—Te lo contestaré después.

Yo estaba disfrutando poniendo a prueba al arquitecto y olvidando el tema ornitológico.

—Si entonces todo se basa en el equipo electroacústico —pregunté—, ¿qué nos puede decir del mismo?

—A la pregunta de si todo se basa en el equipo electroacústico, he de responder que sí y no.

Riken tomó un pequeño respiro, observó los pájaros, y continuó:

—El arquitecto, cuando diseña un cine, se somete a las leyes del espectáculo del séptimo arte, que es en esencia el espectáculo en la imagen y espectáculo en el sonido. Es decir, sea de grandes exteriores o costumbre, el director y su equipo elaboran una secuencia de imágenes y sonidos para generar el ambiente y las percepciones que ese equipo creen que reproduce mejor aquel hecho. Por esa razón el lugar de proyección ha de ser neutro e independiente. La sala ha de ser oscura para permitir la mayor nitidez en la proyección e igual que es oscura para la proyección es neutra para el sonido, o lo que es lo mismo; sorda. El espectáculo en el sonido, justamente al reproducirse con un sistema electro-acústico, se basa en conseguir la máxima intensidad sonora posible según situación argumental para que la percepción del mismo no sea solo a través de los oídos sino del cuerpo entero. Se trata de que el sonido percibido por el sentido del oído sea equivalente al que genera la vista por lo que la técnica ayuda a que esa percepción del sonido sea háptica, que quiere decir de todos los sentidos... la amplificación del sonido y su direccionalidad genera esas percepciones. Lo percibes en la piel, en tus vísceras... Además como tenemos diferentes altavoces que responden a distintos canales de sonido, podemos crear el sonido envolvente de derecha a izquierda, de delante a detrás. Que el sonido se mueva y que te impacte...

—Eso no lo acabo de entender —dije mofándome del nuevo profesor.

—Déjale continuar. —Me espeté el Maestro Roncador con voz decidida.

—No, no me molesta que me interrumpen —dijo Riken sin darse cuenta de mis intenciones. Sus ojos observaron esos animales posados en el alfeizar y el cable telefónico. Cada vez eran más numerosos.

—A ver joven, ¿los sonidos de la naturaleza se realizan en mono o en estéreo? —Yo, esta vez, puse cara de asombro, y Riken continuó—, ni mono ni estéreo, sino que en 3D. Difícilmente el foco emisor es tan puntual y direccional que se expanda linealmente desde el origen, sino que el foco emisor, si está libre de obstáculos, emite en todas direcciones. Inclu-

so cuando los humanos hablamos, nuestros sonidos no se expanden en una dirección sino varias, pues tenemos diferentes cajas de resonancia, la boca, la caja torácica que implementan el sonido desde múltiples puntos e intensidades etc. Por tanto, los humanos lo percibimos por las orejas, una a cada lado como todos sabemos. El sonido reproducido electro – acústicamente, se genera por la vibración de una membrana elástica dentro de una caja de resonancia. Aunque existen altavoces que emiten en todas direcciones es muy difícil sincronizarlos para que se comporten como el sonido real original. De ahí la importancia del estéreo por muy lineal que se reproduzca el sonido, al emitirse desde dos altavoces equivalente a la situación de nuestras orejas, la percepción del mismo es mucho más real, incluso puede ir más allá.

Ryken ahora percibió más atención en la clase.

—Continuando con mi explicación, y basándome en mi experiencia, debo decir que al final la máxima tecnología se aplica en el sonido, y sobre todo por su capacidad en bajas frecuencias de generar percepciones entre lo inconsciente y lo consciente que te sumergen en otro mundo, el mundo de los sueños, en donde discurre la película... la recreación siempre se encuentra en este ámbito.

La alumna aventajada también quería intervenir, y le soltó:

—Perdone este tercer grado al que le sometemos, pero creo que es muy importante que nos hable del número de canales sonoros y en qué se especializan.

El Maestro vio que una gota de sudor empezaba a surcar la sien de su amigo mientras éste contestaba:

—Evidentemente la direccionalidad propia del estéreo, a diferencia de un concierto de música, lo que la hace especial y propia, es intercambiable en cualquier momento y situación y no es igual en un lado que en el otro. Además y lo más importante es que tiene movimiento; se mueve en función de la acción. Resumiendo, en una sala de cine el sonido se desarrolla tradicionalmente como mínimo en 6 canales, cada uno emite partes diferentes del sonido, que pueden ser iguales y coincidentes en varios canales en un momento dado o todos ellos diferentes.

Pero ahora, la alumna no quería dejar ir a este experto sin sacarle más información, y como le preocupaban los sistemas compresores, le

preguntó por ellos. Aparentemente tranquilo, Riken contestó refiriéndose al sistema Dolby.

—El sistema Dolby ha aportado dos grandes avances en la reproducción de sonido: por un lado la segregación del sonido en 4 canales iniciales (que posteriormente se universalizan en 5 aunque en versiones posteriores se amplía ese número) a derecha, a izquierda, delante y atrás. Y por otro lado la eliminación en la reproducción sonora de todos aquellos sonidos que no son audibles por el oído humano. El sonido no solo es reproducción de la realidad. El sonido es creación. El Dolby, no solamente consiguió la manipulación del sonido original, sino también la resolución del problema en la reproducción por compresión. Pero justamente lo que para una reproducción musical fidedigna puede ser sinónimo de baja calidad, en el cine, que busca ese espectáculo y esa creación del sonido, puede ser lo contrario. El Dolby aporta el sonido envolvente y la direccionalidad por los diferentes canales y la manipulación de la señal sonora para su recreación, codificación y compresión con niveles de calidad diferentes según el ámbito.

Al llegar a este punto, tanto yo como la alumna aventajada, como los restantes alumnos, dejamos de levantar las manos, y empezamos todos a intervenir sin orden. Incluso nuestras voces se superponían, creando una confusión muy notoria. Riken estaba realmente alegre de poder generar tantas preguntas, pero a su vez se sentía incapaz de imponer orden.

—¿Nos puede concretar más estos cinco canales? —Finalmente me impuse sobre el resto.

Riken miró al Maestro, que empezaba a estar harto de que yo demandara tanta precisión. «Parece que le va la vida», pensó.

—Sí, ciertamente. El canal 1 corresponde a la parte derecha de la pantalla, normalmente con dos altavoces; el canal 2 a la parte central con un altavoz y un subwoofer (20-80 Hz), el canal 3 a la parte izquierda de la pantalla con dos altavoces más; el canal 4 al lateral derecho y trasero de la sala con un mínimo de 4 altavoces y el canal 5 al lateral izquierdo y trasero de la sala con un mínimo de 4 altavoces. La suma de los 5 canales genera el sonido total de la película. Actualmente el número de canales de origen en la grabación de la película, es muy superior a 5 pero en cualquier caso, al ser digital, se pueden superponer en función de la instalación de la sala, y acabar en los canales que se disponga. Para entendernos, la grabación segrega los sonidos en capas, pudiendo en extremo generar una capa



diferente para cada sonido emitido, decidiendo cada capa en función del número de canales que se emita. Evidentemente hay un protocolo por el que cada sonido será emitido en una situación u otra. Por decir algo, si se graba una orquesta con 100 instrumentos diferentes, podemos segregar el sonido en 100 capas que pueden distribuirse por 20 canales o por 5. Emitidas a la vez nos generan la percepción de estar en la sala de la orquesta.

—¿Por qué? —pregunté nuevamente.

Con un gesto muy aparente, el Maestro le indicó a Riken que cortara, pero este, a pesar de las evidentes gotas de sudor, se lo estaba pasando en grande y continuó:

—Por el espectáculo, simplemente, para conseguir esa percepción espacial del sonido que implemente en el espectador las 3 dimensiones. Aquí se encuentra la respuesta a vuestras dudas sobre la geometría de la sala y su respuesta acústica. La sala ha de ser esencialmente sorda, cuanto más sorda mejor, y no tanto por reproducir una situación modélica y por tanto igual en todas las salas del mundo, cosa que sería imposible de conseguir, sino porque el mecanismo de segregar el sonido en canales independientes con grabación de sonidos diferentes en cada uno de ellos, consiga percepciones sonoras iguales en todas y cada una de las salas del planeta, independientemente de su geometría y medida. Para ser sorda, precisa tiempos de reverberación cercanos a cero, para poder asegurar que la sala no influya en ningún caso en la superposición de los diferentes canales de emisión y reproducción.

Los alumnos callaban.

—¿No puede poner un ejemplo real? —Yo persistía.

—¡¡Ya basta!! —dijo el Maestro en alta voz—. Estoy harto. —Pero en cambio, Riken disfrutaba.

—Imaginaros un diálogo entre un actor y una actriz, él a la derecha con voz grave y ella con voz muy aguda a la izquierda, hablando en los extremos de la pantalla pues en el centro se hallan dos actores que no hablan. Por tanto, el sonido se emite alternativamente en un lado y otro de la pantalla. Pero además hay un cambio de plano en el dialogo, porque entra un nuevo actor, por delante del grupo y se invierte el plano pasando a filmar desde las espaldas del grupo para ver al que entra. Al fondo a la derecha aparece también una fuente por la que sale agua y genera el

gorgoteo típico de las fuentes. Por tanto, en este nuevo plano el canal 1 derecho emite la voz grave del actor y la fuente, el sonido de la fuente que se emite juntamente con el canal 4 lateral y fondo sala derecho; el canal 2 la voz de la actriz. En ningún momento una posible reverberación de la sala debe originar que la voz del actor y la actriz se superpongan y menos en el cambio de plano que invierte la emisión de las voces y de la fuente de agua. Imaginaros además si, en lugar de este ejemplo sencillo, es una guerra. Es básica la identificación por parte del espectador del movimiento del sonido y eso solo es posible en una sala sorda, sea por geometría, sea por absorción, sea por ambas. En resumen el sonido es espectáculo en cuanto se percibe en movimiento acorde con la acción de la imagen, y ello se consigue segregándolo en canales diferentes y de contenido de grabación de sonido independiente; resultando el todo por la suma, por lo que la emisión del sonido es direccional, envolvente y en movimiento; implementando el espectador la percepción de 3D en una proyección en 2D. Para conseguir estos efectos es básico un tiempo de reverberación casi nulo a fin de evitar que se superpongan los canales de manera diferente y asincrónica con lo previsto en la grabación.

Volvieron los rumores que pasaron a casi gritos porque las preguntas ahora ya eran múltiples. Parecía una estampida y no un aula.

—De acuerdo —dijo gritando el Maestro. Cuando se calmaron los ánimos continuó —una última pregunta, y como no he intervenido, ahora me toca a mí.

En este momento vio la ventana y el exterior. Los pájaros ya superaban la treintena.

—¿Puedes decirnos si ahora con la técnica digital la voz y el sonido, música, etc. va en un solo canal? Y para acabar: ¿Cómo se resuelve la versión original subtitulada?

Riken, casi exhausto pero contento por ese debate que llegaba a su final, respondió:

—Los cinco canales funcionan independientemente y se configuran no por el tipo de sonidos que se reproduce sino por los efectos que han de reproducir. Por ejemplo las voces, si están hablando dos personajes, uno en cada extremo de la pantalla, la reproducción no es en estéreo sino que cada personaje habla en mono con el canal que corresponde al lado del que habla, detrás de la pantalla, pongamos el 1 y el 2 por decir;

si a estos se suma un tercero, se reproducirá en estéreo sobre los dos mismos canales de los otros dos personajes... (1 + 2) cualquier ruido de ambiente que venga de delante se reproducirá en estéreo sobre esos dos canales, a los que se puede añadir el tercer canal en pantalla con el añadido de los graves y el subwoofer; aunque puedes hacer combinaciones (1 + 2 + 3 + sw, o 1 + 3 + sw, o 1 + 2 + sw); si además suena una fuente, probablemente esta se reproducirá en estéreo y puedes escoger si es direccional o envolvente (1 + 2 + 3 + sw + 4 + 5, o 1 + 2 + 3 + sw + 4, o 1 + 2 + 3 + sw + 5, o 2 + 3 + sw + 4, o 2 + 3 + sw + 5, o 1 + 3 + sw + 4, o 1 + 3 + sw + 5, o 1 + 2 + 4 + 5, o 1 + 2 + 4, o 1 + 2 + 5, ...). Como veis las posibilidades son muchas. Imaginaros las combinaciones posibles, que además pueden cambiar segundo a segundo.

Después de estas explicaciones, el Maestro, cogiendo su maletín y su lápiz Staedler Noris, se acercó a la puerta del aula, y cogiendo a Riken por la manga de su chaqueta, casi lo arrastró hacia la salida. Sus zapatos crujieron como cuero nuevo.

—Vamos a comer, que mi estómago necesita ir al restaurante. He reservado mesa en uno muy bueno y próximo, que se llama “Los pájaros”.

En este momento todos los pájaros echaron a volar, ennegreciendo el cielo y con un gran estruendo debido al batir de sus alas. Fue la continuación del aplauso que le dedicó el aula a ese magnífico conferenciante.

#### 4.10. La voz

Y el Maestro dijo a voz en grito:

—Hay algo en este bar que provoca que todos chillen y eleven la voz.

Ciertamente, la alumna aventajada, que le acompañaba, observó que el volumen sonoro del bar del CACTAS era superior al usual. El Maestro, que llevaba un sonómetro para la clase siguiente, le hizo un gesto para que mantuviera silencio y comprobó que el nivel sonoro equivalente integrado en un minuto, era de ochenta y tres decibelios A.

Ella miró el local. La absorción acústica no era muy palpable. El techo era de yeso liso sin perforaciones, las paredes desnudas, el pavimento de terrazo, y el mobiliario minimalista sin tapicerías ni mantelerías, de metal y madera muy duros. Pero lo cierto es que a pesar de esta falta de absorción, por lo general el clima sonoro del bar era cotidianamente aceptable. En cambio ahora resultaba insoportable.

El Maestro escuchaba algo fuera de lo usual. Era una voz que sobresalía de entre todas las demás.

La localizó.

Provenía de una joven que se encontraba de cara a él, sentada a unas tres o cuatro filas de mesas, dialogando apasionadamente con un alumno situado a espaldas al Maestro.

Apasionada quizás era poco. Parecía que lo que decía era muy importante comunicarlo no sólo a ese joven, sino a todo el mundo porque lo hacía de forma ostentosa, con grandes ademanes y una especial gesticulación.

Esa forma particular de comunicarse con su compañero, atrajo la atención del Maestro casi en exclusiva. Curiosamente le resultaba familiar.

Intentaba dialogar con su alumna preferida. Todavía no sabía los nexos amistosos o familiares que los unían, pero no podía concentrarse. La atención iba a cada instante hacia esa voz.

La alumna aventajada se dio cuenta, porque el Maestro estaba con la boca abierta inmerso en aquella conversación ajena.

—Maestro, no me estás escuchando —le recriminó la alumna girándose para observar el origen de la distracción. Al verla, lo entendió.

Esa chica era la hija de un amigo del Maestro Roncador, pero este no la había reconocido.

El maestro se fijó en que los camareros también se habían percatado de esa voz. Es más, uno de ellos conocido como Benur, dio un golpe con su bandeja metálica al mueble recogedor de bandejas. Dian se calló ante la advertencia pero no lo miró. Se conocían.

Nyke, Louis y Giser, el encargado, percibieron el silencio que siguió al impacto.

Todo el bar calló. Pero al poco, volvieron las diferentes conversaciones. Incluso la monográfica de Dian, obviamente ese era el nombre de esa chica, que continuó con su excitante reclamación. Ese es el efecto Lombard, que se traduce en la tendencia, incluso involuntaria, que tenemos a hablar más alto para que nos oigan mejor en un lugar ruidoso. Cuando en un recinto con conversaciones aparece un clima sonoro muy elevado, todos los presentes se ponen a hablar en un nivel superior al habitual a fin de que se les entienda, pero ello repercute a su vez sobre el nivel ambiental que aumenta el volumen. Nuevamente los asistentes deben elevar su nivel sobre ese fondo más elevado, y así sucesivamente. Yo diría que a menudo la música ambiental en cierto modo también provoca este fenómeno en muchos restaurantes.

El Maestro y la alumna habían quedado en ese bar porque ella le insistió en que quería hablar con él.

«No sé cómo decirte que siento algo muy fuerte por ti» —pensó ella desesperada debido al despiste del Maestro.

Le miraba atentamente, estudiando cada gesto que producía, y analizando cada matiz de su voz.

Pero él estaba ausente. Era como si esa presencia del bar enturbiara el momento.

El público se iba marchando, porque empezaba otro turno de clases, pero ellos continuaban sentados.

«No me escuchas, casi no me miras». —Ella se desesperaba.

El Maestro estaba absolutamente centrado mirando y escuchando la autora de la voz.

Como Relator, debo decir que en el cuaderno de notas de Giser, el encargado del bar del CACTAS, encontré las siguientes anotaciones: *Hoy*

*ha venido el denominado Maestro Roncador con la hija de la directora de este Centro. Ella lo miraba embelesada, no parecía una hija mirando a su padre. Es curioso que no supiera lo que descubriríamos a finales del curso; que ella era su hija. Ha pasado una semana. El Maestro, asiste al bar con una grabadora, pero se encuentra con público normal, sin la "voz". Al poco se levanta de la mesa y se marcha. Pasan tres días, y el Maestro vuelve. Pregunta con la mirada y mis camareros le indican negativamente con la cabeza. Se queda para tomar una infusión. Pero a la tercera tiene suerte. En la mesa 21BIS formada por yuxtaposición de la 21 y 22 se encuentra sentado un grupo de ocho alumnos, casi igualitarios entre chicos y chicas, donde se encuentra situada la chica.*

«La Voz» —pensó el Maestro.

El Maestro se sentó de espaldas a ella, en la única mesa que quedaba libre. Sacó la grabadora, el sonómetro y la cámara fotográfica. Fue colocando cada instrumento en un lugar preciso, camuflándolos con su chaqueta, que dejó caer de forma desordenada encima de ellos, pero con una clara intención de ocultarlos.

Logró su objetivo. Grabar la voz. Medir otra vez el nivel sonoro, con mayor precisión. Fotografiarla, todo. Estuvo pacientemente esperando a que otros asistentes al bar dejaran de hablar, inclusive esperó que se fueran los más ruidosos. Y obtuvo su recompensa.

Al poco llegó también la alumna aventajada, continuaba pensando que finalmente no le explicó nada de lo que a ella le preocupaba. Se sentó de cara a la voz, y el Maestro le sonrió.

«¿Cómo es posible que esa chica domine por completo el ambiente sonoro de este local?» —se preguntaba el Maestro, que no le gustaría nada mantener una discusión con ella. En cambio, la alumna aventajada era un encanto. Intentó sin conseguirlo centrarse en la nueva conversación que ella pretendía mantener con él.

«No estoy por ti. Me sabe muy mal. Esa voz me monopoliza» —pensó dándose cuenta que le era imposible desprenderse de ella. Le atenazaba, dominándole y haciendo que toda su mente estuviera absorta, sin dejar ni un ápice ni resquicio por donde pudieran acceder otras voces.

La alumna aventaja le observó comprobando de nuevo que su Maestro sólo estaba pendiente de esa alumna.

—¿Sabes que el próximo año esta chica asistirá a tu curso y que es hija de un amigo tuyo? —le dijo enfadada, levantándose y saliendo del bar estrepitosamente.

Mientras abandonaba el bar, dirigió una helada mirada a su compañera. Esta ni se inmutó, concentrada en su conversación. Su voz continuó dominando el bar del CACTAS durante toda la tarde.

El Maestro, esta vez, no supo hacer ninguna conclusión. Las palabras de la alumna aventajada continuaban resonando en su mente enmascaradas esta vez por la voz de Giser, el cual de forma celosa parecía competir con la voz.

«¿Hija de un amigo mío?».

Ese pensamiento quedó interrumpido.

Si las atendía bien, las palabras de Giser, llegaban entrecortadas, mezcladas con la voz.

—Y cuando me compré el primer piso..., Y yo... no, no... yo dije estoy ganando 1.500... de 6.500.... Pues cuando pude pagar la hipoteca... Si tú te metes... yo no me voy a meter en una hipoteca de 5.500 si no puedes... Mi primo... Y no paga ni el alquiler y en cambio tus hermanos pagan... ¡Tus hermanos están pagando una plaza de parking y tú no!..

El Maestro no entendió casi nada, a pesar de poner todo su empeño por seguir esta otra conversación. Entre el ruido de fondo del bar y el volumen de la voz, decidió rendirse.

Finalmente la voz se levantó con su grupo de amigos. Tenía ensayo de teatro.

Y Giser continuaba:

—Te lo voy a descontar de tu sueldo.

Los del bar callaron. Casi todo el bar calló.

Benur, el otro camarero, sacó los dos cubitos de hielo de su vaso de café con hielo, y le contestó que le tocaba el sueldo entero.

El Maestro miró el reloj. Eran las 19 h, ese tema no le interesaba porque empezaba a tener prisa por irse.

Se levantó, y cuando iba a pagar su consumición, resultó que "la voz" había adelantado un billete al camarero.

—Es por las molestias que seguramente te he originado. Me han dicho que hace poco tu alumna preferida te ha dejado plantado por mi culpa. ¿Es cierto?

El Maestro no sabía que contestar.

—El próximo curso voy a tenerte de profesor. Sé que mi padre es amigo tuyo. Quiero que me enseñes a ser más discreta y a controlar mi voz. Alguien me ha dicho que la voz de una persona es como su alma, y yo no quiero que me consideren impositiva. ¿Me podrás ayudar?

El Maestro se lo pensó y antes de asentir con la cabeza, le pregunto su apellido. Ella se lo dijo. Desconcertado, el Maestro asintió.

«Era la hija de un compañero de Universidad, y curiosamente este nunca le dijo nada respecto a su asistencia al CACTAS».

“La voz” lo miró. El Maestro, ahora, la reconoció. Era igual de hermosa que su madre. Ella se llevó el dedo a los labios. Sonrió, y ambos salieron del bar en direcciones opuestas.

Algo dentro del Maestro le indicaba que esa obsesión por “la voz” iba a cesar. Porque ahora sabía su historia, y la recordaba de niña.

«El conocimiento de la fuente es la base del olvido de una obsesión. La obsesión sonora se introduce en nuestro cerebro llegando a hacernos perder el sentido, pero cuando tenemos la certeza del porqué, desaparece».



#### 4.11. La reflexión

Y el Maestro escribió:

—Hoy voy a hacer un examen sorpresa —continuó—. Coged papel y lápiz.

En el aula 202 se paralizó la respiración de los presentes.

En unos segundos se oyó un gran terremoto formado por pataleos, golpes de puño sobre los pupitres, voces, silbidos, etc.

El Maestro ni se inmutó, pero pensó:

«Realmente hoy no tengo el día» —Se había despertado reflexionando, y continuaba con ello, preguntándose qué era lo que estaba haciendo y el porqué.<sup>17</sup>

«Por eso, porque soy un impresentable, os hago este examen» —pensó.

El aula 202 se había dividido en dos bandos, el del alumno burlesco, y el de la alumna aventajada. Unos a la contra, y los otros a favor del examen. Pero obviamente, cuando unos callan domina el ruido insoportable de los que chillan.

Algunas caras de otros profesores aparecieron detrás del cristal de la puerta.

El Maestro continuaba de pie, en el centro del estrado, impasible, demostrando su poder.

Se sentía satisfecho de ese dominio, y a su vez, continuaba preguntándose respecto a qué hacía allí en ese momento, y si realmente se merecía ese lugar de privilegio.

---

<sup>17</sup> Nota del Relator: Como Relator debo deciros que he descubierto muchos aspectos de su etapa oscura. MR había terminado la carrera porque su padre lo quiso, puesto que él quería ser músico. Su madre era profesora de piano y antes fue concertista, pero su padre le quería ingeniero, como él. Su padre fue un excelente mecánico en mar y tierra. Ahora MR se lo reconocía. MR continuó estudiando para sacarse el doctorado, y ello fue gracias otra vez al esfuerzo de sus familiares, aunque la pelirroja no lo vio, y por desgracia él se perdió el nacimiento de su hija. Porque ella no le dijo nada. Habían roto hacía tiempo.

Pero MR creía que no tenía cualidades. Había llegado, sí, pero estaba convencido que eso fue gracias a su entorno y además, no porqué él lo persiguiera. Y hoy se preguntaba si se lo merecía.

—¡Basta! —se oyó mi grito, imponiendo con mi mirada a mis acólitos.

Se impuso el silencio total frente a esta actitud desafiante, y los que estaban tras los cristales, aprovecharon para descansar la otra pierna.

Mi voz aguda resonó ahora por todo el Centro.

—No nos puede hacer un examen sorpresa. Lo prohíbe el artículo 3.4 del Reglamento del CACTAS. —Continué.

Los que estaban tras los cristales habían entreabierto la puerta y en silencio me dieron la razón.

—Pero es que aquí mando yo —matizó el Maestro—, y os he dicho que saquéis papel y lápiz. —Continuó arrastrando lentamente sus palabras, pero con su volumen de voz elevado.

Esta vez los del pasillo negaban con la cabeza, susurrando entre ellos y suplicando que la discusión no fuera a mayores.

Lo extraño del caso, es que yo cambié mi actitud, y en vez de pelear, opté por seguirle la corriente al Maestro diciendo:

—De acuerdo. Pero con una condición, que con este examen va a quedarse satisfecho, y nos dejará descansar el resto del curso. Si promete no hacernos más exámenes sorpresa, no pongo ninguna objeción.

El Maestro me miró admirado por esa salida diplomática.

«No puede ser cierto que acepte mis exigencias, que además intentan a lo establecido en este centro. Pero que yo no pueda imponer ningún otro examen, no, eso no».

El Maestro desconocía si existían otros intereses ocultos por mi parte, por lo que me preguntó:

—No. ¿Qué es lo que debo hacer a cambio para convencerte?

La alumna aventajada, mi hermanastra, tomó la palabra y dijo:

—No debe transigir. Por favor Maestro, manténgase firme.

El Maestro no la miraba. Tendió la mano colocándola horizontal boca abajo sobre la mesa, abrazando su lápiz Staedler Noris HB nº 2, que normalmente descansaba en el bolsillo superior de su camisa. Solamente se fijaba en mi cara burlona, esperando mi reacción.

Sabiéndome el protagonista de ese momento, yo dije:

—La condición es que en lo que resta de curso:

- a) Nos permita hacer un descanso de diez minutos en medio de la clase, porque estos asientos son muy duros.
- b) Podemos utilizar nuestros móviles en clase
- c) Que la temática del examen la decida la alumna aventajada.

Mi hermanastra se quedó paralizada.

El Maestro se quedó pensándolo mientras casi todos los del aula asentían. Incluso mi hermanastra reconocía mis razones. La cara de reflexión de MR era evidente.

Mientras, el Maestro cogió su lápiz, y tamborileó con él sobre la mesa. Estuvo así casi un minuto.

—De acuerdo, me has convencido. Acepto el resultado.

Ahora todas las miradas convergían en ella. En el pasillo, se iban acumulando más profesores, absortos por lo que ocurría en el interior del aula 202. Finalmente ella se levantó de su asiento, que crujió con un lastimoso lamento, se acercó al Maestro y le susurró varias palabras al oído. Este asintió.

Ella se colocó sobre el entarimado, echó hacia atrás sus rojos cabellos y nos expuso el siguiente enunciado

—Si suponemos que el recinto es un cubo de 10 m. de lado, y la absorción es total como en una sala muerta, encontrar el tiempo de reverberación por la fórmula de Sabine, y compararlo con el de una esfera de radio 5 m. también con paramentos de absorción máxima. Por último, criticar los resultados.

Los alumnos no entendíamos esta última parte, y mi hermanastra estaba nuevamente horrorizada por decir sala muerta. Pero al final, habiendo aceptado mis condiciones no tuvimos más remedio que empezar a contestar el examen.

Los curiosos situados en la puerta del aula empezaron a dispersarse.

A mí me salió lo siguiente:

Para el cubo de 10 m. de lado:

$$TR = \frac{0,162 (10^3)}{6 (10^2)} = \frac{0,162 \cdot 10}{6} = 0,27 \text{ seg}$$

Y para la esfera de radio 5 m.

$$TR = \frac{0,162 \frac{4}{3} \pi r^3}{4\pi r^2} = \frac{0,162 r}{3} = \frac{0,162 \cdot 5}{3} = 0,27 \text{ seg}$$

O sea, que obtuve un tiempo de reverberación igual para ambos casos.

No entendía eso de criticar los resultados, pero pensé algo que había comentado el Maestro. Es más, dijo que seguramente entraría en un examen. Nos había dicho:

*Sabine no funciona en recintos muy absorbentes, ya que no debería existir ninguna reverberación en este caso en que todas, absolutamente todas las superficies, son tan absorbentes como la ventana abierta.*

Ese era el gazapo. Si todas las superficies son tan absorbentes como si se tratara de ventanas abiertas, todo el sonido se escaparía, y nada se quedaría dentro, por lo que la reverberación debería ser igual a cero.

Acabé el examen y lo entregué el primero. El Maestro, lo cogió, le hizo una ojeada y me hizo una seña para que me acercara.

—Yo cumpliré mis condiciones —me dijo—. Espero que tu sepas cumplir con las tuyas.

Esa vez salí del aula 202 sonriendo. Me sentía orgulloso de mi hermanastra.

## 4.12. Sonido eterno

Y el Maestro miró hacia el aula.

Las ventanas estaban oscurecidas pero la sala estaba llena de cierta luz azulada.

Las caras de casi todos los alumnos se hallaban iluminadas por la luz de las pantallas de los móviles que tenían entre manos. Ya ni siquiera los escondían. Ahora inclusive los dejaban casi todos encima de los pupitres.

El Maestro había ordenado cerrar todas las luces porque quería que se concentrasen en los sonidos que iba a reproducir, pero los alumnos no consideraban que sus móviles actuaran como fuentes de luz.

Lo que le demostraban esos rostros concentrados en sus móviles, era que no estaban pendientes de él. Muy pocos alumnos esperaban a obscuras.

«O bien no tiene móvil, o se le ha agotado la batería, o está concentrada en lo que digo». —Pensó el Maestro mirando la oscura figura de la alumna aventajada. A su lado la luz parpadeante de la pantalla de mi móvil hacía que mi rostro resultara incluso fantasmagórico.

El Maestro, de todas formas, estaba contento. Al menos no roncábamos. No le hacíamos la competencia. Cogió el objeto que le había dejado su exsocio, Quelmi el Profesor de Seguridad y Salud, y lo hizo sonar.

Todos los alumnos nos pegamos un susto enorme. Algunos incluso saltaron de sus asientos. Se trataba de una bocina de coche antigua, que impulsaba aire a presión al apretar la pera de goma, y hacía vibrar la lengüeta de su embocadura. El recorrido en caracol de la parte metálica, larga, plegada sobre sí misma, y acabada en una abertura exponencial, hacía que la nota musical producida fuera un Sol en una octava baja, y que el sonido se radiara de forma bastante omnidireccional.

Pero lo determinante del susto fue la sorpresa de pasar de unos 30 decibelios existentes como ruido de fondo a los 80 que emitió la bocina.

El Maestro estaba contento. Había variado la dinámica de la clase, provocando que todos, incluido yo, cesáramos nuestra actitud de meros observadores. Ahora estábamos expectantes, atentos a lo que sucedía.

—¿Sabéis lo que significa este sonido? —preguntó con ademán de repetirlo.

Yo estaba casi ensordecido por el bocinazo, y me encontraba muy enfadado. Ese día había intentado que la rubiales me dijera si saldría conmigo para el baile de fin de curso, pero recibí calabazas. Casi no entendí la pregunta del Maestro, pero levanté la mano y respondí:

—Para mí, ese sonido es eterno.

Y el maestro me dijo:

—Me estás tomando el pelo.

Los alumnos del aula 202 sonreían mientras me miraban.

—No. Es verdad —insistí en tono jactancioso—. El sonido no desaparece nunca. Según la teoría de los grandes filósofos de la antigüedad, sabemos que la energía va decreciendo, ciertamente, pero para su extinción ha de pasar todo el proceso matemático de llegar primero a la mitad, luego a la mitad de la mitad, luego a la mitad de la mitad de la mitad, y así sucesivamente. Y tomando en consideración que la celeridad del sonido es de 340 metros por segundo, resulta que en cualquier recinto (salvo los anecoicos) podemos escuchar esta extinción, a lo que llamaremos reverberación eterna. Es decir que para llegar a extinguirse totalmente precisa un tiempo infinito.

El Maestro estaba sorprendido de que yo enarbolara estos pensamientos tan arcaicos y obsoletos de algunos filósofos griegos.

«Si incluso actualmente ya es difícil medir con precisión sonidos inferiores a 10 decibelios, medir los infinitesimalmente más pequeños resulta actualmente imposible», pensó.

—Los seres humanos tenemos la suerte de no poder oír la conversación que hemos mantenido minutos antes —dijo el Maestro mostrando cara de enfado. Realmente conseguía exasperarle en muchos momentos—. Es más, el efecto Haas de precedencia o de prioridad, nos indica que si el rebote de un sonido nos alcanza con un retardo superior a 20 milisegundos respecto el sonido directo, ya lo percibimos separado de éste, y la sensación que nos produce es de un eco. Para que podamos reaccionar ante el ataque de depredadores que se encuentren fuera de nuestro campo visual, nuestro oído nos ha de informar lo que sucede a nuestro alrededor y advertirnos con una inmediatez muy elevada, Todo esto es para contrarrestar que el campo visual es muy nítido, pero a su vez muy limitado espacialmente. Levantad lentamente la mano mirando al

frente, veréis que los dedos desaparecen de vuestra visión al llegar a 45 grados aproximadamente.

La alumna aventajada había levantado la mano y el Maestro le dio la palabra. Se quedó desconcertada, pero supo improvisar:

—El ser humano debe poder percibir esos peligros que le acechan, y por ello, el sonido no puede estar siempre extinguiéndose —dijo mirándome a mí, que estaba sentado a su lado—. Ya ocurre esto bastante a menudo en las cuevas y lugares muy reverberantes, donde esta lenta extinción nos obliga a estar muy atentos.

El Maestro inspirado por la alumna continuó.

—En efecto, los sonidos de bajo nivel pueden quedar enmascarados por la cola reverberante de los anteriores. Es decir, que en esos instantes quizás no podamos oír el sonido de una hoja al ser pisada por ese depredador.

Al ver que nuevamente mi hermanastra se posicionaba del lado del Maestro, arremetí de nuevo con otras teorías. Hoy me encontraba filósofo, y por eso continué:

—Maestro, si tuviera que ir a una isla desierta, sabiendo que debería permanecer ahí eternamente, ¿qué tres sonidos querría llevarse?

El Maestro ahora se quedó sin habla. Yo siempre lo desconcertaba, pero hoy me había superado a mí mismo. Parecía una pregunta simple, pero si uno ha de dedicar el resto de su vida a permanecer en esa isla desierta, es muy importante decidir bien. Se lo pensó mucho antes de contestar.

—En primer lugar llevaría mi voz. Si estoy mudo y en un lugar solitario, creo que me volvería loco. —Seguramente esto lo dijo por lo que le iban insinuando sus médicos. Sabía que algo le pasaba en sus cuerdas vocales y esas eran sus mejores armas en el presente mundo.

—En segundo lugar, estoy seguro que la voz de mi directora, o mejor dicho; la directora con su voz, porque siempre es preciso tener a alguien querido para intercambiar nuestros puntos de vista. Sabe discutir, y con una octava más elevada, creo que sí, que es lo que complementa. Ahí creo que el Maestro se estaba rindiendo a que solo con su voz, aunque considero que estaba enamorado de ella, no era suficiente para soportar el resto de la vida en solitario.

—Y por último me llevaría una guitarra, para que pudiera hacer música, que es como la voz pero escribiendo sus notas sobre el pentagrama del tiempo.

—¿Sabe lo que me llevaría yo?

Obviamente no lo sabía.

—Pues me llevaría esta trompeta! La colocaría en un altar bajo los cocoteros de la isla, y esperaría que le cayera un coco para que emitiera su sonido.

—¿Me estás tomando el pelo? Me preguntó poniendo cara de desconcerto.

La alumna aventajada me dio un codazo y me susurró que estaba rompiendo todo el encanto de la clase de hoy.

—Pero es que me ha dejado casi sordo —le contesté.

El Maestro lo oyó, tomó la trompeta con la mano izquierda, y con la derecha hizo el ademán de darle a la pera de goma. Yo, instintivamente me puse los dedos en los oídos.

—Ese sonido es de aviso —dijo sin hacerla sonar—. Precede el sonido del paso del carruaje tirado por caballos, con las ruedas metálicas y las herraduras de los cascos de los caballos en las calles adoquinadas, al vehículo con motor a explosión pero con llantas de goma.

—Pues continuó pensando que me llevaría esta trompeta —concluí.



### 4.13. Sonidos de verano

Alguien le pidió al Maestro que le aclarara un momento del primer libro, en el que existen dudas de cómo se acercó nuevamente a la Directora del CACTAS. Quizás ahora encontréis la razón.

Y el Maestro dijo:

—Para mí, la mejor descripción del verano es la que he vivido este año, lleno de tantos nuevos sonidos que me han abierto los oídos. Pero antes que yo exponga mis experiencias acústicas, me gustaría que cada uno de vosotros nos muestre un ejemplo que le haya sucedido durante las vacaciones.

Los alumnos del aula 202 se miraron entre sí. Las largas vacaciones del verano habían interrumpido la actividad del CACTAS. La alumna aventajada quería ser la primera en participar y levantó la mano, pero fue sorprendida por mis palabras.

—No pretenderá que le explique lo que he oído de mis vecinos debido a que todos dormimos con las ventanas abiertas de par en par, ¿verdad?, porque esos son los continuos sonidos de mí verano.

El Maestro no quería prolongar más comentarios negativos, y le dio paso a la alumna aventajada que continuaba con la mano levantada.

—Para mí, es verano cuando escucho andar a la gente con chancletas por la calle. Ese desnudar los pies de los calcetines y sustituir los zapatos por otros que al andar van golpeando los talones, es escuchar la llegada del principal componente del paisaje sonoro del verano; el sonido del pie casi o totalmente descalzo, el aire refrescándonos, ...

Yo me mofaba con gestos grotescos de las palabras de mi hermanstra.

El Maestro me reprendió con estas palabras:

—Para muchos de nosotros, el verano comporta una poética y un lenguaje sonoro positivo. Ciertamente el convivir con vecinos puede ser difícil, puesto que los caminos de transmisión de la comunicación se amplían en verano, pero esas ventanas y balconeras abiertas también posibilitan algo tan maravilloso como despertarse oyendo una lluvia de piñones en la terraza o cubierta próxima, como me sucedió por primera vez en una

población del Mediterráneo. ¿Os podéis imaginar lo que significa romper el silencio de la mañana escuchando el “clic” “clic” agudo de los impactos de esos piñones?

Ahora yo permanecía callado. También recordaba un suceso sonoro veraniego que me impactó profundamente. Era el de la sirena de la ambulancia llevándome al hospital. Pero me lo callé.

En el aula, ahora sin mi intervención, reinaba un silencio especial, que fue roto por el Maestro:

—Creo que os expliqué mi experiencia al viajar de joven en un vehículo descapotable. Me permitió escuchar los sonidos cenitales, reflejados por arcos de puentes y bóvedas de túneles. Al viajar en vehículo con techo, como mucho, abrimos las ventanas, pero en el descapotable los sonidos llegan desde todo el hemisferio superior. Uno se olvida de ello porque la tecnología inventó el aire acondicionado, que por economía obliga a circular con las ventanillas cerradas. Ahora, queremos ir rápido, y ya no escuchamos nuestro exterior.

En ese instante toda el aula 202 estaba expectante.

—Pero este verano empecé a escuchar un ruido extraño en el compartimento del motor. Abrí el capó y no supe localizarlo. Realmente pensé, el mecánico era mi padre, pero falleció hace años. Fui al taller, y como es lógico, al llegar con mi coche ya no emitía el ruido. El mecánico me dijo que si no hacía continuamente era buena señal, pero a los pocos días me encontré sin aire acondicionado. Tuve que circular con las ventanillas bajadas, pasando calor por la radiación solar, pero recuperé otra vez el sonido que producen los vehículos de la carretera que circulan en dirección contraria, cuando se cruzan conmigo, y pensé que ese sonido solamente lo podía escuchar yo, ya que ellos iban con las ventanillas cerradas y yo no. Cuando fui al mecánico me dijo que la correa que conecta el motor con el compresor del refrigerante se había salido. Es curioso como la vuelta atrás, al mundo que existía antes del aire acondicionado, me permitió redescubrir cómo suenan los vehículos cuando pasan a tu alrededor, cómo suena mi vehículo al reflejarse su sonido en las paredes de los edificios, cómo resuena en las portaladas, cómo se absorbe en los márgenes ajardinados, etc. El fallo de la tecnología me permitió despertar otra vez a esos sonidos del verano que escuchaba en mi juventud.

Esas últimas palabras las pronunció muy suaves, en un tono muy distinto al que empleaba usualmente. La clase permanecía callada.

La alumna aventajada levantó la mano.

—Maestro, ¿se encuentra bien?

Al cabo de un instante un poco largo dijo:

—El tema de hoy —continuó el Maestro sin responder la pregunta—, consiste en hablar de los sonidos que por sí mismos definen el verano. ¿Alguien puede darme otro ejemplo que sea concluyente?

La clase estaba extrañada de la actitud del profesor.

La alumna aventajada levantó la mano, pero fue nuevamente interrumpida por mi voz:

—Maestro —dije en un acento en el que sobresalía la burla—, no es preciso que nos haga llorar de emoción.

La alumna aventajada no podía soportarlo más y explotó:

—¡Basta! —me dijo chillando—, no consiento que siempre te estés burlando de la sensibilidad del Maestro. —Tomó aire sofocada y enrojecida. Dejó pasar unos segundos y continuó— ¡No se lo merece!

En la clase todos esperaban mi reacción, pero en cambio se encontraron con la conclusión del Maestro Roncador.

—Algunos piensan que el paisaje sonoro del verano es tener que aguantar las voces y sonidos de sus vecinos. Yo he recibido denuncia por mis ronquidos a pesar de dormir con las ventanas cerradas. Para mí, el verano es siempre la peor época del año porque la gente tiene sus ventanas abiertas y sus oídos siempre están abiertos. Cuando descanso con la siesta o duermo por la noche, mis ronquidos son más oídos. Soy un verdadero contaminante sonoro, y esa certidumbre choca con mi actividad de *sounds-caper*. ¿Cómo puedo crear sonidos de día si los destruyo durante la noche?

La voz esta vez sonó rota.

El timbre de la señal horaria del final de clase sonó con insistencia. Todos abandonamos nuestros ruidosos asientos sin hablar, pensando que esos sonidos de fondo ocultaban sus emociones.

El Maestro permanecía sentado en la mesa del profesor. La alumna aventajada se quedó la última, y en silencio se acercó a la tarima.

—Mi madre me ha hablado de tus ronquidos. Quiero que sepas que esa fue la única razón de vuestra separación. No lo pudo soportar. Pero

se arrepiente de ello porque considera que si hubiera amado a Mr. Hyde, habría luchado por mejorar su lado oscuro —Tomó un respiro y mirándolo a los ojos concluyó—. Deberías intentar hablar con ella.

Totalmente sorprendido, el Maestro la miró. Tenía la belleza de su madre, la Directora. Al parecer la alumna le admiraba, pero era porque no había medido el nivel sonoro de sus ronquidos. Estaba harto de tener que vivir en un bunker, y atarse un arnés para no abrir la boca en sus siestas.

Sí, hoy estaba deprimido, pero esa inyección de esperanza por su antigua compañera era algo que no esperaba. Admiraba a la alumna por su osadía.

Eso lo despertó, y finalmente se levantó concluyendo con su voz normal, es decir muy potente:

—Vamos a tomar un helado de palomitas de arroz. Te invito yo. Hace un crec – crec maravilloso que resuena en el paladar. Seguro que es el sonido del verano que todos estábamos esperando.

La alumna se quedó helada.

#### 4.14. El hombre de la bata blanca

Y el Maestro dijo:

—No os fieis de los que llevan una bata de color blanco. La bata inmaculada puede ocultar las imperfecciones de su usuario.

En el aula, algunos se sintieron aludidos.

El Maestro, escuchó el silencio sepulcral de la clase, sinónimo de que algo malo estaba sucediendo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó dirigiéndose a los alumnos de la última fila, en la que una alumna había levantado la mano.

—Es que mi padre es el profesor de Física de este centro— se atrevió a decir.

—Y mi madre es enfermera del Hospital Central —dijo otro más cercano.

El Maestro reconoció que había metido la pata hasta el fondo y concretó:

—Me refería al profesor del Laboratorio de Acústica. —Y en ese instante se dio cuenta de que ahora sí que no tenía marcha atrás. Se había ganado un enemigo de forma descarada.

Yo no había dicho nada todavía. El Maestro se había metido solito en un buen lío, pero recordé cuando fui al Hospital Central con ese muchacho, y el médico que me atendió me prestó su fonendo. Al terminar la visita tenía el fonendo en mi bolsillo, o sea que me lo llevé para escucharme a mí mismo y escuchar mi casa. Fue algo sorprendente descubrir mis sonidos y vibraciones, pulmonares, sanguíneas, estomacales, sinoviales, etc. Escuchaba mis quejidos interiores y no los comprendía. Empecé a comprender que existía un mundo sonoro totalmente distinto al que estaba acostumbrado a escuchar. Entenderlo no era nada fácil. Fui experimentando muchas otras escuchas, como al colocar el fonendo en el marco de la puerta, en la pared con mi vecino, en la puerta del cuarto de máquinas del ascensor, etc.

Se lo comenté al Maestro.

—Un doctor de bata blanca me dejó su audífono.

Me miró un instante y continuó:

—No todos los que llevan bata blanca son malas personas. ¿Se lo devolviste? —preguntó mirándome directamente a los ojos. Creo que me puse rojo. Pero sin esperar respuesta a esta cuestión, continuó preguntando:

—¿Y cual fue tu experiencia?

Tardé poco en contestar pero lo hice de forma atolondrada.

—Creo que ahora entiendo mucho más lo que significa el mundo de la transmisión estructural de los sonidos y vibraciones. Ha sido una experiencia única, puesto que en un día he descubierto un mundo nuevo de sensaciones sonoras. Es casi indescriptible, yo ...

—Perdona, debes serenarte un poco porque te veo muy alterado, y empezar por el principio. Estoy seguro que al resto de la clase le interesará escucharte. —Me lo dijo bajado el volumen de su voz y también la velocidad de las palabras, frente a mi actitud atropellada. Esto me permitió tomar aire, relajarme y explicarlo con mayor orden. Todos me estaban observando.

—Empecé escuchando mi corazón. Debo decir que colocaba las dos partes del fonendo indistintamente sobre mi pecho, y así continué con todo lo que ausculté, y si encontraba matices en alguna de estas posiciones, me detenía más tiempo en ella. Lo primero que oí fueron mis latidos al auscultar mi corazón. Miré mi reloj con segundero, y comparé su variación tras realizar varias actividades físicas, es decir; primero en reposo y luego tras mis flexiones matinales. Mis compañeros saben que soy capaz de realizar más de ...

—Vuelve a la explicación y deja de hablarnos de ti, por favor.

Yo sabía que a muchas chicas de la clase les interesaba el número de flexiones que yo realizaba, pero la rubia que yo pretendía interesar, aparentemente no me correspondía.

—Pues bien, ausculté mis pulsaciones antes y después del ejercicio. Primero sonaban lentas y más bien débiles, a razón de un latido aproximadamente por segundo, pero luego eran bastante fuertes, y muy aceleradas. Aunque siempre sonaban como notas graves. Luego me lo puse en la frente y en el cráneo, a ver si podía escuchar mi actividad cerebral.

—Supongo que oíste un sonido continuo igual al ruido de fondo. —Dijo mi hermanastra.

—Por favor, no le interrumpas. —La cortó el Maestro.

—No, no me molesta, —dije—, la verdad es que no oí gran cosa. Me puse los dos terminales y ciertamente percibí un sonido continuo, pero lo atribuí a la enorme cantidad de pequeñas venas que tenemos. Luego me lo coloqué en el estómago, y escuché los lamentos y quejidos de mis intestinos. —Ahora casi toda la clase mostró signos de rechazo con esa explicación, por lo que decidí cambiar de tema—. Y finalmente exploré mi codo, que fui abriendo lentamente, y donde percibí el rechinar de un gozne oxidado. —Más de uno pensó en lo oxidado que yo estaba—. A mí me recordó la puerta de un castillo de Transilvania.

Algunos de la clase sintieron escalofríos.

—Luego pasé a las cosas que llevo conmigo. La mayor sorpresa la tuve con algo que siempre nos pasa desapercibido, como mi reloj analógico, del que usualmente no oigo su tic-tac. Al amplificarlo con el fonendo, percibí sus rápidos latidos, como si de un bebé se tratara.

Estaba seguro que con estas palabras conseguía impresionar a la chica del fondo.

—¿Lo llevas encima?, me preguntó el Maestro

—¿El bebé?, —contesté sorprendido.

—No hombre, el fonendo. —Matizó entre las risas de mis compañeros

—Si —respondí sin saber lo que seguiría.

—¿Puedes auscultar a algún compañero?

—Prefiero que sea una compañera. Dije rápidamente pensando en la rubia de la última fila. Rebusqué entre mis cosas y lo exhibí para que todos lo pudieran ver.

—¿Me lo dejas?

No tuve más remedio que proporcionárselo.

MR se lo guardó en el bolsillo izquierdo de su americana. Me miró y me dijo:

—Se lo devolveré al Dr. Morales. Hace poco me lo encontré y me dijo que le había desaparecido tras la visita de algunos alumnos de mi clase.

Palidecí. Al instante se derrumbaron mis aspiraciones con mi compañera preferida, y se incrementó mi odio por el Maestro.

#### 4.15. La oreja de Tutankamon

Y el Maestro dijo:

—Hoy he pasado cerca de una construcción y he cogido prestada esta varilla de acero corrugado que utilizan para armar el hormigón.

«El que se porte mal...» —Pensó levantándola y haciendo silbar el aire al bajarla veloz.

El gesto que hizo no nos gustó nada a nuestro sector del aula 202 del CACTAS. El Maestro no hizo caso del rumor que se iniciaba, y con su potente voz continuó.

—Si cojo la varilla por un extremo y percuto el que queda libre ¿Qué sonido se va a producir?

Ahora los alumnos callamos. Ninguno levantó la mano. Al parecer nadie había realizado este experimento. Todos suponíamos que sonaría, pero no sabíamos cómo. Con la mano izquierda el Maestro asió el extremo superior de la varilla, de 10 mm de diámetro, que debía medir una longitud de medio metro. La apretó firmemente con el dedo pulgar e índice, y con la derecha extrajo su lápiz Staedler Noris del bolsillo superior de su americana, con el que percutió en la parte inferior de la varilla. Se oyó el impacto seco, pero la varilla produjo un sonido totalmente muerto.

Le pasó la varilla y el lápiz al alumno fuertote, Joseph Louis Tocue, que estaba en la tercera fila, y le pidió que repitiera el experimento pero que lo mejorara. Éste no logró ningún sonido musical.

Después de otros intentos se la pasó a la alumna aventajada de la segunda fila, y le indicó:

—Coge la varilla por su riñón con los dedos pulgar e índice, sujetándola de forma que pueda balancearse suavemente, y luego golpea el extremo.

Así lo hizo mi hermanastra, cogiendo la varilla no por la punta sino aproximadamente a un cuarto de su longitud, obteniendo esta vez un sonido sumamente acampanado y tan lleno de bellos armónicos, que sorprendió a toda la clase.

El Maestro la observó. Ella estaba radiante, sonriendo después de producir ese perfecto sonido de campana de aquel pequeño, feo y oxidado pedazo de acero. Su parecido con la Directora era notorio.



De aquí su admiración por ella.

En este momento entró un policía en el aula, y otro se quedó en la puerta. El primero se dirigió al Maestro y dijo:

—¡Queda usted detenido!

El Maestro Roncador se lo quedó mirando sin saber que decir. El Policía le explicó las generales y lo esposó con las manos en la espalda. Mientras, el segundo policía permanecía en la puerta con la mano derecha sobre su arma. Le acompañaron hasta salir del CACTAS y abrieron la puerta trasera del vehículo policial que se encontraba delante de la puerta principal. Con una mano le bajaron la cabeza para que no se golpeará con el capó, al entrar al vehículo.

Los alumnos del aula 202 del CACTAS nos habíamos quedado estupefactos. Esta vez, cuando nos levantamos, lo hicimos en un silencio sobrecogedor, acompañando los respaldos para que no produjeran ruido. Poco a poco, el aula se quedó vacía. Solamente dos personas permanecimos en ella; la alumna aventajada y yo.

—¿Sabes algo de esto?

—No —dijo ella sin ninguna intención por irse. En sus manos se encontraba la varilla de acero y el lápiz del Maestro—, ¿y tú?

—Perdona, pero ya sabes que no soy un acusica, —aunque tampoco me fui.

Ella me miró sin saber si eso era cierto. Hacía algún tiempo que el Profesor de Laboratorio iba insistiéndome para que me quedara más tiempo con él, y ella lo sabía.

—No tiene sentido —dije con voz muy tenue.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Que el Maestro esté detenido y esposado. No le han dicho el porqué, sólo le han informado sobre sus derechos.

—Tampoco lo ha preguntado —respondió ella.

—¿Quizás ha callado porque estábamos presentes todos los alumnos en el aula?

Ambos se quedaron unos minutos. Más tarde ella se fue a explicarlo a su madre, la Directora del CACTAS, quien le comunicó que ya conocía el

hecho por otras fuentes. Estaba muy preocupada y muy nerviosa. Al cabo de unos instantes apareció una nota en el tablero de anuncios:

*NOTA: Por causas ajenas a su voluntad, el Profesor de Psicoacústica no podrá dar clases hasta nuevo aviso. Sus clases serán convenientemente sustituidas por profesorado suplente.*

El Maestro levantó la mirada. Se encontraba en la comisaría del distrito. No podía creer lo que veía. Delante de él, se encontraba Sarima, la antigua cantante del grupo musical de su juventud. Pero ella venía preparada. Al parecer haría la función de policía bueno. A su lado, estaba otro policía de aspecto muy terco. No había lugar a dudas sobre su papel de malo, y así fue.

—Se te acusa de participar en un complot internacional contra el Ministerio de un país aliado.

El Maestro no daba crédito a cuanto había escuchado. Sarima le mostró dos fotografías. De forma amable le dijo:

—Esta es la huella de tu oreja, y esta otra es la de la oreja que escuchó si el Ministro se encontraba en la habitación del hotel. Fue localizada en el marco de acero inoxidable de la puerta 417 del hotel. Como puedes ver son exactamente coincidentes.

—Sepa usted —añadió el policía brusco—, que la huella de las orejas está reconocida como prueba policial de la misma forma que las huellas digitales.

El Maestro estaba estupefacto. Desconocía ese hecho. El zapato izquierdo le dolía. Siempre que iba a comprar zapatos los escogía probándose primero el pie izquierdo. Al parecer en su caso ese pie era más largo que el derecho.

—Ciertamente corresponde a mi oreja —dijo aflojándose el zapato izquierdo—, pero yo no he participado en ningún complot.

Curiosamente, en este momento, le vino a la mente la oreja de Tutankamon que Rianu, la otra cantante del grupo, le regaló después de su viaje final de carrera de arquitectura a Egipto. El Maestro pensaba en los agujeros que presentaban las orejas. Si Tutankamon se hubiera pegado al marco de la puerta de la habitación 202 como él lo hizo, ahora los policías estarían buscando el pendiente que perdió la momia.

Bromas aparte, pensó que el asunto era muy serio.

Ciertamente él había colocado su oreja en ese marco, pero de ello hacía casi un mes. Siempre que iba a cualquier hotel, colocaba su oído en las distintas carpinterías, porque esto le permitía escuchar los sonidos sólidos y las vibraciones existentes en el edificio. Era como una manía. De esta forma sabía cuales eran los sonidos de las partes mecánicas del edificio, y si ello le permitiría o no descansar durante la noche. La gente se piensa que la cama está aislada de esas voces internas, pero no, el piso descansa sobre el forjado que forma parte de la estructura del inmueble, la cama descansa sobre el piso, el colchón sobre la cama, y la almohada sobre el colchón. Al colocar la cabeza sobre la almohada, MR descubrió que, muchas veces, escuchaba mejor el hotel que si solamente se sentaba en la cama. Por eso su manía de escuchar con vasos y fonendos.

Yo también lo hice una vez, me refiero a eso de los fonendos, y me sorprendió la cantidad de voces internas que pueden apreciarse. Es más, observé un ruido del vecino que me molestaba, hasta que descubrí con el aparato que provenía del momento final del llenado de la cisterna del WC. Le dije cómo podía solucionarlo y así pude descansar tranquilo. Pero no hablemos de mí, porque MR lo está pasando mal.

«¿Qué eso sea una prueba de que conspiro contra otro país?, eso es descabellado» —Pensó que alguien le estaba tendiendo una trampa para implicarle en algo turbio, porqué ¿quién se ha preocupado de tener los registros de sus apreciadas orejas? Ahora sabía que a los de inteligencia les importaba, lo que demostraba que otros también ponían sus orejas en los bastidores de puertas y en las paredes.

«No soy el único auscultador de edificios. ¿O quizás sí?, porque los otros seguramente no pretenden escuchar precisamente el edificio»

Sarima volvió al cabo de un instante. Llevaba dos huellas impresas en unas hojas de papel fotográfico.

—No sé como disculparnos. Ciertamente tu huella es idéntica a la existente en el marco de la puerta exterior, pero no coincide con la del vestíbulo interior, que hemos atribuido al autor del espionaje. Al parecer llevaba un pendiente, porque la huella presenta el hueco de esta pieza.

El Maestro estaba expectante. En su mente apareció la imagen del féretro de Tutankamon. Recordaba que las orejas del faraón estaban perforadas y que no llevaba pendientes.

—Quedas en libertad sin cargos. Me alegro mucho en ser yo quién te pueda comunicar estos hechos.

Ahora ambos enarbolaron sus sonrisas. Ella se abrazó a su antiguo bajista.

MR se alejó de la central de inteligencia paseando por la calle. Su pie chocó contra un objeto que salió despedido rodando por la acera, y emitiendo un conocido sonido a varilla corrugada de acero. Caminó hacia el lugar donde el objeto finalizó su recorrido, e instintivamente se agachó para recogerlo. Se trataba de un redondo de acero de unos 10 cm de largo por 6 mm de ancho. Lo dejó donde estaba y continuó su camino.

#### 4.16. Evaluación continuada. La ética.

Y el Maestro dijo:

—Hoy vamos a realizar la evaluación continuada. Todos los presentes deben hacerla.

Richard Nanherdez, con su fuerte acento holandés, de Zidac, exclamó:

—¿Yo también?

—He dicho todos los presentes.

Richard se sentó totalmente confuso, recordando que él había invitado al Maestro Roncador para una clase dentro del posgrado que él coordinaba, y también que este le debía un favor, ya que Richard le había enseñado los sonidos en la niebla navegando en alta mar. Ahora él estaba de asistente invitado.

—Esa prueba será un cachondeo, ¿verdad? —dije extrañado de que MR viniera nuevamente con esa impertinencia.

A mi lado, la alumna aventajada buscaba entre sus apuntes el tema de los espacios tranquilos del que había realizado unas fichas muy trabajadas.

Ante el silencio del Maestro y viendo que Richard tenía cara de compungido, exploté:

—¡No se atreverá!

—¿Qué no me atreveré? —exclamó con su potente voz el Maestro, continuando—. Es examen programado y se realizará. Sacad papel y lápiz, ¡Todos!, ¡Ahora!

Los alumnos se percataron de que el semblante y la voz del Maestro se habían endurecido. Sacaron papel y lápiz y retiraron cuantos objetos tenían encima de sus pupitres. Por suerte para todos, Richard también lo hizo. Yo estaba trastornado, pero mis manos obedecieron.

—Los de la derecha van a ser los ingenieros acústicos que pertenecen al ayuntamiento de una población. Los de la izquierda van a ser los ingenieros acústicos de una empresa particular de ingeniería. Ambos deben exponer sus razones delante del juez, que soy yo, en dos casos que afectan unas licencias.

—Pero no puede ser, no hemos estudiado el tema de licencias, y en este Centro no se permite examinar de un tema que no se ha explicado

antes. —Esta vez mi voz había sonado poco burlona. No tenía toda la seguridad y aplomo de otras ocasiones. Era cierto, el examen estaba programado, pero no se había indicado el día sino la semana. Ya me había dado cuenta que el Maestro no decía las cosas porque sí.

El Maestro me miró directamente a los ojos, y sin dejar de contemplarme añadió:

—Ya que te pones así, en vez de dos, lo voy a ampliar a tres casos, y el último me hará referencia de forma muy directa.

Enmudecí.

Joseph Louis Tocue, que era el nombre del alumno fuertote, me dio un codazo indicándome que me callara porque con mi actitud el Maestro estaba castigando cada vez más a toda la clase.

Louis era del norte, y su codazo obtuvo por respuesta una seca queja por mi parte. No protesté más.

El Maestro bebió un poco de agua, cogió entre sus dedos su lápiz Noris amarillo y negro, y continuó:

—En primer lugar, como caso A, existen unas oficinas situadas en un edificio que tiene fachada a un espacio tranquilo poco utilizado. Han denunciado al ayuntamiento por conceder la licencia a un colegio que ahora utiliza este espacio como patio de recreo. Se quejan de los ruidos e impactos que hacen los niños al jugar.

En el aula, el sector de mi hermanastra mostró signos de disconformidad con esas denuncias.

—El caso B —prosiguió el Maestro—, consiste en otra denuncia. La formula una entidad ecológica que considera inadecuada la instalación de una perrera municipal dentro del parque natural que rodea la población, justo en el límite de la misma, pero que afecta sonoramente a la población vecina, muy cercana a ese límite.

Nos miró a todos.

—El tercer caso, consiste en mi interés por ir a vivir a esa población, en la que mis amigos del ayuntamiento quieren que me instale en la plaza mayor, cerca de la catedral. No obstante, alguien me ha informado de que la campana mayor de su catedral es sumamente molesta, porque siempre marca todas las horas y los cuartos, incluso por las noches, y además repi-

te las horas un minuto más tarde. Para poder tomar mi decisión, he solicitado al ayuntamiento que me haga un informe de la situación sonora. Pero esto también se lo he pedido a un amigo que es directivo de la empresa liberal de ingeniería acústica.

Nos siguió mirando y dedicándome más atención.

En los tres casos, yo voy a ser el juez, y mis decisiones se basarán en los dictámenes que aporten las partes. Obviamente, en los dos primeros casos, la carga de prueba le corresponde siempre a la parte actora, que es la que ha iniciado el recurso contencioso. Los alumnos de la derecha del pasillo serán los técnicos municipales, y los de la izquierda serán los de la ingeniería. Disponéis de media hora en total.

En el aula 202 se impuso inicialmente un silencio roto solamente por el repiqueteo sobre la mesa, del lápiz Staedler Noris, que finalmente el Maestro devolvió al bolsillo superior de su chaqueta. Poco a poco empezamos a reaccionar. Nos dejó que nos agrupáramos en equipos de tres personas para que debatiéramos nuestros argumentos y luego escribiéramos las conclusiones.

La alumna aventajada recordó que en una ocasión el Maestro les habló de la ética necesaria para el ingeniero acústico.

Al cabo de treinta minutos casi exactos, MR se levantó para empezar a recoger los informes. El equipo de Richard, Joseph Louis y la alumna aventajada, le pidieron un minuto más.

El Maestro lo consideró, volvió a sentarse y continuó leyendo el libro que tenía en las manos. Era evidente que los tres casos no se resolvían con facilidad, porque nuestro equipo tampoco estaba listo.

—¿Habéis terminado ya?

Las conversaciones aumentaron de tono, pero observó que muchos grupos le entregaban el resumen final.

—Los últimos que me entreguen empezarán el debate

Nosotros también lo entregamos, pero llegamos los últimos.

—Os toca empezar, dijo mirándome.

Mis compañeros y yo pertenecíamos al equipo representante de la propiedad, lo que en un contencioso contra el ayuntamiento sería la parte

Actora, mientras que la alumna aventajada lo era del ayuntamiento, es decir, la Demandada

Empezamos a exponer nuestro proceso metodológico, que ahora no reproduciré, y finalmente pasamos a las conclusiones.

—Respecto el patio de recreo, hemos medido los niveles guía y podemos afirmar que los niveles registrados sobrepasan los máximos de la normativa para ambientes exteriores, incrementándose debido a sus chillidos con las penalizaciones de 3 decibelios por ser sonidos impulsivos, y otros tres más por ser sonidos tonales.

A nuestro lado, el equipo oponente mostró señales de disconformidad que fueron sofocadas por el Maestro.

—Para el caso de la perrera, nuestra denuncia se basa en que a pesar de ser una actividad recogida en el catálogo del ayuntamiento, produce inmisión sonora a nuestros clientes, y además el sonido de los perros es incontrolable, pues cuando empieza uno le siguen casi todos sus compañeros sin causa evidente. Debe atenderse a la normativa existente en la población afectada y no a la del municipio donde se encuentre el emisor.

Esta vez no hicieron ningún movimiento.

—Y por último, en lo relativo al campanario, nuestro informe se basa en las molestias que sufren otros ciudadanos de la misma población por el sonar indiscriminado de esa campana. Entendemos que debería enmudecerse por la noche o instalarse un sistema electrónico de accionamiento que fuera gobernado mediante un programa al que se limitarían los instantes no deseados.

—Vuestro turno. —Exclamó el Maestro. La alumna empezó adelantándose a sus compañeros.

—Para el patio de recreo, el Ayuntamiento ha concedido su licencia basándose en que es una actividad necesaria en toda población. Además, los niños juegan y lo hacen con sus voces. Sería lamentable un patio de juegos con niños moviéndose en silencio, reprimidos. La vida es sonora, y debemos aceptar esos sonidos. Además, si el directivo de la oficina oye a los niños, siempre puede colocar doble ventana y aire acondicionado en su despacho. Este coste lo amortiza muy rápido. Por otro lado, rechazamos que los chillidos de los niños puedan considerarse impulsos o sonidos tonales para que puedan aplicarse las penalizaciones durante la medición. Eso es tergiversar la ley.



Nuestro equipo se estaba poniendo nervioso. Queríamos intervenir pero el Maestro deseaba escuchar en primer lugar los argumentos de la Demandada en los tres casos.

—La entidad ecológica no tiene fundamento en que basar su demanda, —dijo ahora Richard—, puesto que la licencia se ha concedido acorde con las indicaciones de la agencia ambiental encargada de delimitar las distancias entre estas actividades y los núcleos urbanos. Están en su derecho y el Consistorio no ha tenido más solución que conceder la licencia o nos hubieran demandado al Ayuntamiento por no darla.

—Y por último —señaló ahora Joseph Louis—, el sonido de esa campana está recogido en el Catálogo del Patrimonio Inmaterial Sonoro de esta población, por lo que no puede tergiversarse la forma en la que el campanero realiza su arte de doblar la campana con artimañas como electrónica o sordinas. Ciertamente, algún vecino se ha quejado en los últimos cinco años, pero se pueden contar con los dedos de una mano, por lo que pueden entenderse como casos aislados. El sonido de esta campana se encuentra muy vinculado con la esencia histórica de esta población. Es un símbolo de las gestas de sus ocupantes durante diversas invasiones.

Ahora todos guardaban silencio, y el maestro concluyó:

—Todos habéis defendido muy bien a vuestros clientes —Cada uno de los miembros de los equipos nos miramos entre sí sonriendo—. En los tres casos he observado que los argumentos os pueden dar la razón, tanto a unos como a otros. No obstante, noto que vuestros informes siempre se decantan por vuestros clientes. Debo advertiros que la ética del acústico significa anteponer el método científico-técnico al sentimiento de vuestro corazón.

Se tomó un breve descanso para terminar:

—Estáis todos suspendidos.

## 4.17. Nadia

Con la colaboración de Diana Möller

—Y así obtenemos la fibras largas o cortas.

Nadia se expresaba gesticulando ostentosamente con las manos delante de los quince alumnos presentes. Era de mediana edad y vestía un chaleco aislante sin mangas, que le ocultaba parte de la camisa y de los pantalones. Se había acercado mucho a la primera fila y los alumnos de ésta se sentían algo intimidados. Lo hacía para no tener que chillar puesto que la sala de conferencias del Showroom de la empresa se encontraba en una antigua nave, bien acondicionada acústicamente, pero de grandes dimensiones.

El maestro, sentado detrás de los alumnos, la observaba pensando en años anteriores, cuando juntos estudiaban la rehabilitación y el diseño acústico de la sala de actos de la escuela de ingeniería, mediante un modelo a escala 1:20. Como no tenían un laser, se las ingeniaron con un proyector de diapositivas. La maqueta, toda de negro mate, era como un corte de cinco centímetros de espesor de la sección longitudinal de la sala. En ella, Nadia iba disponiendo sobre la base unos sólidos que representaban los planos curvos o inclinados, revestidos por una de sus caras con plástico espejeado. Estos planos emulaban los verdaderos recubrimientos reflejantes diseñados para el interior de la sala. Luego colocó un papel vegetal cerrando la sección por su parte superior, le dio al interruptor del proyector ubicado cerca de la réplica del escenario e inmediatamente el haz de luz se dirigió hacia uno de los sólidos, desde donde se reflejó hacia el vegetal. Ahora, en el vegetal aparecían los efectos luminosos de estos planos. Tomó la cámara fotográfica y empezó a hacer fotografías de lo que aparecía en la superficie del vegetal.

Fue girando la fuente luminosa y se quedó helada en cierto instante. MR vio la expresión en su cara y miró el modelo. El plano concentraba la luz en el propio foco, lo que en realidad luego podría suponer un eco sumamente incómodo para los conferenciantes. Ella se acercó, retiró el papel dejándolo a un lado, y levantando el sólido, extrajo de debajo unas agujas de fijación que se habían caído en alguna fase del montaje. Colocó correctamente el sólido, y al disponer el papel vegetal, la luz reflejada ya iba hacia donde debía.

«Cuanto ha madurado», pensó el Maestro dándose cuenta del tiempo transcurrido. «Pero sigue sin moverse», observó que su posición frente a los alumnos de la primera fila se mantenía sin cambios.

—De esta forma, al proyectarla o hacerla chocar, se produce la diferencia entre la dimensión de la lana de vidrio y la lana de roca. Y si entonces doblamos un panel flexible de ambos materiales, —continuó ella— ¿cuál es el que se rompe antes? —preguntó sin esperar respuesta.

Pero la alumna aventajada se había aprendido la diferencia previamente, y contestó:

—Si doblo un panel de lana de roca, se rompe antes que el de lana de vidrio, justamente por la menor longitud de la fibra.

Otra voz resaltó en ese instante:

—¿Entonces la gran diferencia entre la lana de roca y la lana de vidrio no es su color marrón para la primera y amarillo para la segunda, o que pica más esta última si uno se frota con ella?

Esta vez Nadia se quedó callada. No se esperaba estas preguntas. El Maestro la había advertido de lo desagradables que eran algunos de los alumnos de su clase, pero la realidad superaba cuanto había imaginado.

La alumna aventajada quiso intervenir al ver a Nadia silenciosa después de mis preguntas.

—Que rasque más o menos depende de la sensibilidad de la piel de cada sujeto, y en lo relativo al color, a menudo son diferentes, pero en ocasiones pueden confundirse.

Nadia desenroscó el tapón y tomó un sorbo directamente del botellín de agua. Eso la tranquilizó aparentemente. A continuación, sacó de una bolsa un objeto forrado de aluminio. Parecía una gran caja de zapatos de unos 40 x 20 x 20 cm, pero la tapa estaba en la cara cuadrada. La abrió y el sonido del velcro despertó a algún alumno somnoliento por los últimos exámenes. Mostró el interior. Era del todo oscuro, por lo que no se veía su contenido. La dejó para que los alumnos pudieran ver que no había nada dentro. Los alumnos comprobaron que era como un trozo de conducto de aire acondicionado y que estaba vacío.

—Se trata efectivamente de un pequeño trozo de conducto de impulsión de aire acondicionado con tapas, por lo que el interior es altamente absorbente al sonido, —contó ella comparando el objeto con unas

muestras de conductos fabricados con lana de roca y lana de vidrio que les mostró en esos instantes. Cuando el objeto volvió a sus manos, soltó:

—Maestro, ¿me puedes llamar al móvil?

El Maestro se sorprendió de la pregunta, y cuando pudo reaccionar, después de algunos comentarios jocosos como “los he visto más rápidos”, soltados por mí, hizo lo que se le pedía.

Nadia tenía el teléfono en la mano derecha. Cuando éste empezó a sonar, lo enseñó alzando la mano para que todos pudieran escucharlo, y luego lo colocó dentro de la caja sin cerrar la tapa. Parecía una prestidigitadora. Todos los asistentes, incluido el Maestro, nos abstuvimos de producir sonidos, y casi sin respirar, pudimos escuchar cómo solo se percibía un leve sonido. Cuando cerró la tapa, dejamos de oírlo por completo.

—Este es el poder de la absorción sonora, que interviene muy favorablemente en la disminución del nivel sonoro de la fuente emisora —continuó, añadiendo que, de todos modos, no debía confundirse la absorción con el aislamiento.

Los alumnos ahora ya estaban preparados para pasar a recibir las explicaciones en el showroom, donde Nadia les ofreció sus comentarios sobre un espacio triangular con cerramientos de unos dos metros de lado, abierto por uno de los vértices. Dentro se veía otro cerramiento de base triangular, y el pasillo que formaba con el anterior estaba todo él revestido en paredes y techo con un material similar al de la caja.

Nadia se había percatado de ciertas miradas y sonrisas entre los alumnos cercanos al que había intervenido antes. Por ello dijo:

—Necesito tres voluntarios para lo que voy a realizar ahora, y me gustaría que los dos alumnos que han intervenido se ofrezcan como estos voluntarios que busco.

Nos miró fijamente a ambos. Ella se presentó sin dudarle, y yo no tuve más remedio que hacerlo por la presión de mis compañeros. Otro alumno más se añadió al grupo.

—Ahora vais a ser vosotros mismos los que experimentaréis el fenómeno de la absorción —dijo Nadia—. ¿Me oís hablar, verdad? ¿Me entendéis bien, sí? —añadió articulando bien sus palabras y proyectando bien la voz.

A continuación nos invitó a los tres a entrar en ese singular triángulo, el triángulo anecoico. Nadia se situó cerca del vértice donde estaba la

abertura, y siguió hablando insistiendo en esas mismas preguntas, a medida que nosotros íbamos entrando en el interior de ese espacio.

Los tres entramos por el pasillo de la izquierda, y al llegar al pasillo interno del triángulo, dejamos de ver a Nadia y también la dejamos de oír.

Cuando ya estuvimos dentro, Nadia siguió exactamente igual con su discurso, sin cambiar su tono de voz lo más mínimo. Sin embargo, ahora apenas la podíamos oír ni entender, puesto que su voz estaba siendo absorbida por aquel revestimiento que existía en el interior.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntaba Nadia sin esperar respuesta.

Pasados algunos segundos, empezamos a salir. Los restantes alumnos nos explicaron lo sucedido.

—¡Qué pasada! —dijo la alumna aventajada. Los otros alumnos asentíamos, dándole la razón.

—¿Os ha quedado alguna duda? —preguntó Nadia, mirando a cada uno y sonriendo satisfecha.

Todos negamos con la cabeza.

A Nadia siempre le había gustado realizar esa demostración.

Los restantes alumnos repitieron la experiencia en grupos de tres, mientras ahora éramos nosotros los que hablábamos ante la boca del triángulo.

Al finalizar la visita, todos estaban encantados con las explicaciones recibidas, y también con el hecho de que una imagen vale más que mil palabras. Nadia nos había dejado no solo ver, sino tocar los materiales y, como arquitecta, nos razonó el porqué de cada solución constructiva y su adecuación al interior o exterior de los edificios, en el suelo, techo o paredes, interconectando sus explicaciones con los aspectos térmicos, lumínicos, de prevención de incendios y sostenibilidad necesarios para las construcciones.

Antes de salir al exterior, le dedicamos un caluroso aplauso.

Llegaba el momento de despedirse, y el Maestro no encontraba las palabras necesarias. Sabía que era su último curso, y esa razón los alejaría de nuevo.

Pero la alumna aventajada se acercó al lugar exterior donde se estaban concentrando y dijo:

—Recordad que Nadia nos ha dicho que no debemos situarnos en las zonas de maniobra de vehículos. Estoy segura que el próximo curso volverá a invitar a los alumnos del CACTAS, aunque el Maestro no los acompañe, siempre que hoy no se produzca ningún accidente, pero juraría que el Maestro encontrará alguna excusa para volver cada año, incluso si ahora se quedara sin voz.

El Maestro estaba sorprendido porque no había dicho nada a nadie sobre sus problemas con la voz, pero reconocía que efectivamente siempre buscaría una razón para volver a este lugar, y especialmente para reencontrarse con Nadia. Todos fueron despidiéndose y solamente quedaron ellos dos.

—Ya ves que no tienes que hablar nada. Como has comprobado, me defiende sola. Tú me enseñaste muchos secretos de la acústica, pero yo también observaba los argumentos y técnicas de comunicación que empleabas en tus clases y conferencias. Sabía que, para resolver conflictos, hoy tenía que meterme ese alumno en el bolsillo. —Creo que se refería a mí— De esta forma el resto de la clase se portaría bien. —Le miró un instante y continuó— Confiaste en mi y me introdujiste en este maravilloso mundo de la acústica. Muchas gracias. El éxito de hoy te lo debo a ti.

—Esto ... Nadia, yo ... me siento muy orgulloso de ti.

Y el Maestro se alejó mientras una sonrisa aparecía en su rostro. A pesar de los problemas con su voz, hoy había obtenido la razón para continuar.



## Capítulo 5. El último curso

El Maestro empezaba a perder su potente voz de forma acelerada, y en ese último curso de acústica activa y psicoacústica, en el CACTAS, conoció a una alumna pianista impresionante, que le ayudó en su universo sonoro, y a quién pudo asistir en su caos sentimental.

Yo ya no me encontré presente, puesto que mi vida siguió por otros destinos. Más tarde, como director del CACTAS, os podré volver a explicar mis versiones. Esta vez os dejo con lo que Sora me explicó después de emerger como pianista en el elenco internacional.

¿O sólo fueron unos sueños?

## 5.1. El aula del piano

El Maestro se encontraba sentado en el aula 202 meditando respecto a la programación de la siguiente clase. La Directora le había pedido que le comunicara por escrito cual sería el temario de este último curso antes de retirarse.

Al parecer, el Consejo Rector del CACTAS, a pesar de los méritos conseguidos por el verifca mundial, este curso se había pronunciado en contra de sus métodos autárquicos y sus lecciones descabelladas fuera del programa oficialmente aprobado.

Mientras pensaba en ello, le llegó un sonido procedente del aula vecina. Era el aula del piano, donde un Steinway & Sons auténtico de media cola, traído de Nueva York hacía muchos años, la presidía para que los virtuosos del teclado pudieran disfrutarlo.

Pero no sólo le llegaban las notas del piano. Alguien cantaba mientras lo interpretaba. Era una chica, de acuerdo con la tesitura percibida. Además, lo que cantaba se basaba en la quinta y la séptima de las notas que ejecutaba al piano.

Todo ello era muy extraño, y el Maestro no podía concentrarse en la redacción de su programa.

«Esta música es endemoniadamente buena, y esa voz es tan intrigante...»

Estaba perturbado, desconcentrado y a la vez maravillado por esas armonías. Su mente quería dar una orden a su cuerpo para conocer el origen de esos sonidos, pero sabía que si lo hacía no volvería a sentarse hasta muy tarde.

«Sólo será un instante» —se decía a sí mismo sabiendo que era una mentira.

Ya no podía soportarlo ni un segundo más.

Finalmente se levantó, y sin producir ningún sonido se acercó a la ventanilla existente en la puerta del aula 202 para mirar al exterior. Vio que en el pasillo no había nadie. Sigilosamente abrió la puerta lentamente y aun así ésta rechinó. Salió al pasillo acercándose de puntillas hasta el cristal de la puerta del aula 201.

Dentro, una chica de unos 26 años tocaba el piano sin mirarlo. Se encontraba con la cabeza echada hacia atrás y con los ojos cerrados.



Cantaba como si hablara, pero emitiendo unos extraños sonos en toda su gama cromática, que iban desde los agudos angelicales hasta los tonos más graves que la hacían parecer un muchacho.

Era muy hermosa, y en esa extraña postura destacaba su silueta. Con el negro pelo lacio que flotaba suelto y le llegaba a media espalda, llevaba unas gafas de concha oscura, y vestía un jersey beige claro de cuello de cisne, seguramente de cachemir, que resaltaba sus hermosas curvas, y unos pantalones negros acabados con unas deportivas blancas, que accionaban los pedales del piano.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sora —dijo sin mirarme ni mover la cabeza de esa extraña postura.

—Tocas muy bien el piano, y tu voz es increíble. —No sabía que más decirle.

—Ya lo sé —y continuó tocando sin perturbarse en absoluto.

El insistió acercándose más. En ese instante ella se irguió y le miró desafiante, marcando su territorio. MR se separó unos metros y asintió con la cabeza.

—Perdona, no quería asustarte, pero es que me has desconcentrado de mi trabajo y quería saber...

—¿Si soy real? —Se acercó a él y empezó a zarandearlo.

El Maestro se despertó dándose cuenta que estaba cabeceando en las orejas del sillón de su casa.

## 5.2. Sora

Y el Maestro escribió:

*Los alumnos me han trasladado de lugar con los ojos vendados. El sonido de una máquina, que nace agudo hasta llegar al grave del vapor dentro de un líquido, me orienta al conocido sonido del calentamiento de la leche.<sup>18</sup>*

«¡Estoy en un bar!»

*Ciertamente, los posteriores impactos de platillos y cucharillas, los típicos sonidos de la máquina de hacer cafés, la espátula raspando la plancha, los movimientos de sillas mientras el camarero limpia las mesas, los tacos de los soportes de las toallitas, todo me recuerda un bar, aunque desconozco cuál.*

«El olor no es el mismo del existente en el bar del CACTAS».

Alguien le estaba colocando insistentemente un papel delante de sus ojos. Intentó apartarlo pero fue en vano.

—Perdone, ¿puede traducirme esta dirección?

La joven le miraba con unos ojos japoneses en los que vislumbró pinceladas occidentales, puesto que eran azules. Parecía bastante joven, como de unos veintialgo años, y llevaba una cámara fotográfica Nikon colgando de su frágil cuello. La escena era singular, porque la gran cámara réflex oscilaba como si se tratara del péndulo de Foucault, realizando unas elongaciones muy evidentes seguramente debido a que la muchacha, al estar de pie, era más alta que él.

—Por descontado, veamos. —El ruido del vagón del metro era bastante alto, pero consiguió concentrarse en ese papel mientras guardaba su cuaderno de notas y el eterno lápiz amarillo y negro de la marca Staedler.

---

<sup>18</sup> Nota del Relator: en los bares y restaurantes del mediterráneo, existen unos modelos de cafetera para café express, con unos tubos por los que sale el vapor de agua que sirve para calentar agua, leche y batidos de chocolate. Su sonido es muy característico, porque al bajar el tazón suena como cuando soplamos aire por una cañita dentro de un líquido.

El Maestro, sentado en el asiento del extremo de los longitudinales, pensaba en los diseñadores del vagón que obligaba a ir a los pasajeros oscilando a derecha e izquierda. Todos los que como él se habían sentado en estos asientos que miraban al pasillo central iban pendulando. Recordaba un instante en que los “uy – uy” dominaron el vagón cuando varios pasajeros pisaron los pies de algunos sentados a su lado. Desde entonces el Maestro colocaba sus pies bajo el asiento.

«¿No saben diseñar asientos en el sentido de la marcha y su contraria?» —pensaba mientras la cámara Nikon oscilaba casi delante de su cabeza—. «¿Quizás nadie se sienta en el sentido contrario al de la marcha?»

En el papel figuraba una dirección que conocía muy bien, era la calle a la que él se dirigía.

—No hay problema, yo me bajo en esta estación —le contestó maravillado de esos ojos azules.

Ambos bajaron en el andén de la estación, y se separaron debido a las diferentes velocidades de su andar. Al salir al exterior el Maestro se encontró una sorpresa; el paisaje era totalmente distinto. Los edificios continuaban siendo los mismos, pero las calles ya no. Entre los edificios ahora había un bosque, cruzado por un sendero en el que, en ocasiones, circulaba lentamente algún vehículo totalmente silencioso.

El Maestro percibió además un gran cambio en el paisaje sonoro. Ya no se oía el *background* o ruido de fondo de la ciudad. En su sustitución se percibía la vida de los pájaros y los ciudadanos que lo recorrían a pie, y se oían muy tenues unas bicicletas y patinetes eléctricos casi silenciosos que circulaban por los senderos destinados a ellos. Para avisar de su llegada, emitían unos suaves ronroneos, parecidos a los que harían unos gatos complacientes.

Vio a la chica que salía de otra de las bocas del metro y la llamó.

En el metro ella le había dicho que se llamaba Sora y el Maestro, que no entendió el nombre, le preguntó si era sorda. Ella le insistió con su nombre, aclarándole que en japonés significaba cielo.

Sora, ¿te parece normal este paisaje? Te lo pregunto porque es muy distinto a la última vez que vine.

No sé qué es lo que te sorprende —le contestó tuteándolo—, puesto que en mi país existen muchos lugares donde los edificios conviven con la naturaleza.

El Maestro Roncador no sabía de urbanismo, pero consideraba que no debía ser sencillo resolver las instalaciones urbanas de suministro y saneamiento bajo un bosque, porque se trataba de eso, un verdadero bosque. Pero un bosque rodeando las islas de edificaciones de un ensanche con edificios de más de seis plantas de altura, era insólito. Ella no parecía extrañada, pero él recordaba que antes, esto eran calles normales, con sus aceras duras en los laterales y su asfalto en el centro, continuamente ocupado por vehículos.

El cambio era rotundo, pero parecía funcionar porque las plantas bajas estaban llenas de comercios, y la gente llenaba las ágoras diseñadas por paisajistas, y también había transeúntes en los senderos peatonales, separados de los de ciclistas y patinadores.

«Parece Ámsterdam», pensó el Maestro recordando el viaje que hizo cuando era más joven.

Tan sumido estaba en la admiración de este nuevo entorno de la ciudad, que no se dio cuenta que Sora le sacudía suavemente para despedirse.

En ese instante se despertó debido al traqueteo del tren. Estaba todavía en el vagón del metro, zarandeado por la barra metálica contigua a su asiento. Llegaba a su parada.

«Que sueño más extraño», pensó. No era lógico lo que había soñado, aunque como sabía, muchas veces los sueños se vuelven realidad. «Pero no, no puede ser cierto».

De todas formas, en su mano tenía su cuaderno de notas y el lápiz HB 2.

Al llegar a la estación, salió a la superficie, y para sorpresa suya, al subir las escaleras comprobó que no existía el ruido del tránsito rodado. Asomó lentamente la cabeza y volvió a escuchar esa vida inmersa en la naturaleza que había soñado. Nuevamente descubrió el paisaje que antes había visto. Incrédulo todavía por todo cuanto percibía en su oído, vio que esperándole y sonriéndole, a unos diez metros de distancia se encontraba aquella muchacha. Se dirigió a ella y le preguntó si se llamaba Soraya.

—No —le contesto mirándole con sus ojos azules—, me llamo Sora, que en japonés significa cielo.

El Maestro, miró al cielo entre los copas de los diferentes árboles que poblaban este bosque. Los edificios recibían las ardillas y los pájaros anidaban en todo el conjunto.

Y el Maestro concluyó:

—Nunca dejes de soñar con esos sueños sonoros que deseas porque alguna vez se cumplen, aunque sólo sea en nuestra imaginación.

Pero Sora le agitaba el brazo señalándole unos niños que daban algún alimento a unas ardillas. Éstas subían y bajaban de los árboles jugando. El espectáculo era maravilloso, y el Maestro pensó en el bar del Museo Antropológico de México, y en Central Park de Nueva York. Estos juegos de las ardillas se producían solamente en los lugares donde existía contacto de la civilización con la naturaleza.

Y el Maestro se pellizcó, y dándose cuenta de que ahora todo esto era real, concluyó:

—Al fin se cumplen mis sueños de que el ser humano vuelve a convivir con los sonidos de la naturaleza.

### 5.3. Su primera clase en el CACTAS con el Maestro Roncador

Y la alumna dijo:

—Perdone, pero ¿me está atendiendo?

El Maestro Roncador continuaba absorto mirando hacia el exterior, donde la única hoja del único árbol que podía divisar, se movía perpetuamente de derecha a izquierda, y viceversa intentando evadirse de su anual encierro.

—Esto... si... lo he captado.

La alumna estaba disgustada, pero al ver pasar al Profesor del Laboratorio por el campus del CACTAS, creyó entender lo que le sucedía.

Mientras, el Maestro estaba pensando en la conversación que mantuvo con este profesor. No había sido nada agradable.

—Eres el último en llegar y ya te crees que tienes derechos sobre la Directora.

—Te conozco muy poco, —le respondió MR—, pero tu actitud es sumamente desagradable en este aspecto. Quizás lo que ocurre es que eres tú quien cree que tiene derechos adquiridos. Es más, tu problema es pensar que esos derechos adquiridos son los de propiedad de mi antigua compañera.

Ambos se miraban con actitud desafiante. La situación cambió por mi llegada, y al verlos en esa posición quise darle la razón al Profesor de Laboratorio, pero mi intervención no me salió muy afortunada.

—Veo que están enfrascados discutiendo si es mejor ensayar la absorción ortogonal en tubo de Kund o la de campo difuso en cámara reverberante. —dije en tono sabiondo.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Nota del Relator: En laboratorio, la absorción se mide en dos situaciones distintas. La primera consiste en colocar un pedazo de la muestra en el denominado tubo de Kund, en el que existe un altavoz y un micrófono dentro de un tubo en el que se coloca una muestra de material, y permite obtener el coeficiente de absorción por incidencia ortogonal. El segundo, más próximo a la realidad, consiste en colocar 10 m<sup>2</sup> del material en el suelo de una cámara totalmente desnuda denominada reverberante, y observar cómo ha cambiado su reverberación al colocar el material, y de ello calcular la absorción del mismo. Ambos métodos son totalmente opuestos debido a que en el segundo caso se colocan difusores en la cámara, a fin de que las ondas sonoras lleguen a la muestra testada procedente de todas las direcciones (lo que se denomina incidencia aleatoria o campo difuso).

Ambos me miraron sorprendidos de esa intervención, y se separaron iniciando recorridos opuestos.

—Esto... si... lo he captado. —repitió

El silencio del aula se rompió por el sonido seco de la hebilla del maletín del Maestro, bajo la atenta mirada de toda el aula 202.

El Maestro extrajo un objeto de su maletín. Parecía una oreja de color verde. Efectivamente, era una gran oreja de color verde, con las siglas K&B grabadas en un extraño pendiente que colgaba de esa oreja y que era el cierre de cremallera del compartimento que albergaba la batería.

—¿Sabéis lo que es esto?

Los alumnos estaban extrañados de la pregunta. No entendían lo que estaba sucediendo. Sin dar mayor opción, el Maestro activó esa oreja que en realidad era un sonómetro, y dijo:

—Nuestra oreja es siempre mejor que el mejor sonómetro, pero el problema es que no podemos registrar los niveles sonoros que percibimos. ¿Me entendéis?

MR levantó la oreja para que la vieran todos.

Algunos alumnos asintieron, al ver que la oreja era en realidad un sonómetro, pero en la segunda fila existió división de opiniones.

En este instante, se abrió la puerta y entró una joven.

Todos se quedaron pendientes de ella. Su elevada estatura y porte majestuoso le abrieron las puertas de los corazones de esos jóvenes. Llevaba una camiseta estampada con el nombre japonés del cielo.

Pasa, pasa —dijo el Maestro Roncador sin mirarla—, y siéntate que llegas tarde.

Y entonces dijo

—Maestro, perdone la interrupción, pero me han informado que piensa publicar varios libros suyos y me gustaría ser la "Relatora". —Dijo esta última palabra muy enfatizada, para impresionarle. Observé que la chica me contemplaba con mucha atención.

—Y si nuestra oreja es más precisa que cualquier sonómetro, ¿por qué necesitamos esos aparatos?

¡Había pasado olímpicamente de ella! Es más, no le había dedicado ni un segundo de su atención, centrada en mostrar una extraña oreja verde con extrañas luces y botones.

Una alumna de la segunda fila levantó la mano. El Maestro asintió y ella, mirándola, dijo:

—Porque la Sociedad necesita tener unos valores sonoros fiables y medibles, que sean comparables con otros valores medidos de referencia. Necesitamos convencernos con algo acústicamente objetivo y no solo subjetivo.

Tomó aire, y continuó:

—En definitiva hemos de encontrar una base en la que todos podamos estar de acuerdo, tanto del silencio como del ruido. En caso contrario, sucedería como con la belleza, en la que algunos podemos no coincidir.

Esta vez, la miraba directamente a los ojos. Sentí que mi misión de Relator en el futuro debería limitarse exclusivamente a esto. Sencillamente relatar lo que sucedía, sin tomar excesivo protagonismo en la acción.

El Maestro no se había preocupado en absoluto por ella. Él continuaría impartiendo sus clases o redactando sus libros y memorias sin esperar nuestra presencia. Aparentemente, no nos necesitaba, o precisamente lo que necesitaba era nuestro silencio, o quizás forzar a quedarnos fuera del relato porque él era el verdadero protagonista.

Habíamos recibido nuestra primera lección con el Maestro.

¡La lección de su silencio!

Los alumnos se habían percatado de su intervención, pero esta alumna en particular había cuestionado la presencia de la joven. Seguramente esperaba la intervención de nuestra inteligencia.

Por todo ello, Sora, comprendiendo su papel para el futuro, sin decir ninguna otra palabra se dirigió a la puerta, la abrió silenciosamente, y se marchó. La puerta se cerró lentamente.

Y entonces el Maestro concluyó:

—La acústica personal se inicia por la actitud y presencia de uno mismo. Nuestra forma de pretender captar la atención sonora ha de encontrarse en consonancia con nuestro papel. Nadie puede ser el protagonista principal si no se ha escrito así en el guión de la vida. A veces es mejor no levantar la voz, porque no por ello uno es más admirado.



#### 5.4. La nieve silenciosa

Como Relator, debo indicar que este corto ha sido tergiversado. Al profesor de Laboratorio nunca le ha interesado Sora ni tampoco tiene las malas intenciones ni el mal carácter que aquí aparenta. Sencillamente MR escribió este sueño un día que estaba enfadado. Esta fue su venganza.

Y Sora dijo:

—Suéltame, me haces daño.

Él estaba exasperado. Solamente le faltaba que le dijeran lo que debía hacer. Estaba loco por ella, y convencido que era suya.

En el exterior, la nieve caía silenciosamente, sin reposo, como mágica, llenando el vacío sin pedir permiso, tanto en horizontal como en vertical. Todo quedaba blanco, y tan absorbente debido al temporal, que el paisaje quedaba mudo, sin voz.

Salieron al exterior a buscar la leña para el fuego, y él la arrastró descaradamente. Sabía que llegaría su momento y esperó su error. El instante le llegó cuando él perdió el equilibrio en un hueco del terreno, oculto por el espesor de la nieve.

El capricho del camino le permitió darle un empujón lateral, y el hombre cayó de costado sobre la nieve virgen, soltándola a fin de amortiguar su caída. Lo hizo por instinto, porque la nieve hubiera resistido esta y otra caída aún más importante.

Ella lo aprovechó para zafarse, huyendo hacia el bosque bajo el silencioso temporal de nieve. Zarandó algún árbol para que cayeran bolos de nieve en determinados lugares, pero se dirigió a un lugar en concreto, consiguiendo al poco enmascarar sus huellas aplanándolas en el último trecho bajo los árboles.

«No ver, no oír», pensó ocultándose.

Se quedó absolutamente quieta y al cabo percibió que él pasaba por su lado sin verla, absolutamente enmascarada por los copos de nieve. Oyó crujir la nieve a su paso, pero permaneció impasible.

«Debo estar quieta, en silencio, sin moverme en absoluto, porque un crujido de la nieve me puede delatar», pensó sin casi pestañear.

Su vida dependía de ello, y bajo ese árbol estaba a salvo. Su destino dependía de ese abeto y de la nieve acumulada.

Él estaba muy cerca. Lo percibía, pero estaba tranquila. Nada se movía, aunque sabía que estaba cerca, muy cerca.

Al cabo de un instante, se oyó un ruido, y algo parecido a una sombra pasó corriendo por su lado. La nieve crujía a su avance. El ruido desapareció. La borrasca menguaba. Se movió deprisa pensando que ella se escapaba.

Pero ella se quedó quieta. E hizo bien, puesto que al poco rato, con su sexto sentido, lo percibió nuevamente al regresar sigiloso. Esta vez no lo había oído, pero estaba segura de que estaba nuevamente cerca, al acecho de cualquier pequeño movimiento fuera de contexto.

Su tranquilidad era su éxito. Ya no nevaba. Sin apenas girarse, vio su anorak rojo esta vez pasando lentamente a escasos metros. A pesar de todo, el crujido de la nieve le delataba.

En silencio, se confundía con el árbol nevado.

La técnica ninja le permitió sobrevivir a esta aventura.

«Suerte tengo del Maestro», pensó, llevando a su mente las lecciones que le había impartido.

Al cabo de una media hora que le pareció infinita, Sora se despertó sobresaltada pensando que era el Profesor de Laboratorio.

—Roncas —le dijo la voz de una chica alta de pelo negro lacio y ojos azules.

El se quedó mirándola mientras ella se alejaba del banco del Central Park donde había estado sentada. Hacía frío.



## Capítulo 6. Conferenciante

La verdad es que la estructura de Joven, Universidad, Empresa, etc. que se seguía en el primer libro sobre el maestro Roncador, ha ido muy bien para seguir complementando esos momentos, pero seguramente también era interesante intercalar algún capítulo nuevo y exclusivo destinado a las conferencias y talleres que realizó el Maestro Roncador fuera o dentro del CACTAS.

Algunos relatos se los he robado al autor, quien a veces se cree que es el Maestro Roncador, y al revés, a MR que también juega a ser Catedrático y así poder hacer lo que le venga en gana como el autor.

Creo que el Maestro dejó varias conferencias que vale la pena reproducir. De acuerdo, las he vestido un poco con mi visión, pero también gracias a la existencia de varios vídeos y grabaciones. En ocasiones he cambiado los personajes para que no me denuncien, pero en esencia no era necesario porque estoy seguro que la denuncia ya está cursada.

## 6.1. La escucha de David

—Sin inmutarse tras escuchar el enorme y sísmico grito de furia de Goliat, David se centró en el sonido del giro de su onda que iba cortando el aire de forma aflautada. Cuando consideró que el tono era suficientemente agudo para sus sensibles oídos, lanzó la piedra, y el segmento liberado de la onda golpeó el suelo rebotando en el mismo mientras la piedra salía silbando hacia el gigante. La gran velocidad impidió a Goliat evitar el proyectil que se estampó en su frente con un seco crujido, quitándole la vida tras una muda exclamación de sorpresa. El temblor de la tierra al desplomarse el gigante hizo levantar el vuelo de muchas aves, que fueron alejándose del escenario de la tragedia con los sonos de sus aleteos cada vez más decrecientes, hasta sumirlo en un silencio casi absoluto, roto solamente por los impactos con el arenoso terreno de las piedras de reserva que había sostenido David en su mano izquierda.

Los alumnos del último curso del CACTAS, lo escuchaban con devoción, en un aula completamente restaurada, donde no existía ningún sonido negativo. Ni los pupitres crujían, ni la puerta gruñía, ni el fluorescente, ahora led, ubicado sobre la salida, parpadeaba debido a su balastro desatendido.

«Silencio negativo», pensó para sí el Maestro, añorando aquellos alumnos revoltosos que tuvo varios cursos antes en el aula 202. Ahora, en el restaurado edificio gracias a la acción del patrocinador K&B, nada sonaba mal. Todo era correcto. Y esa corrección le cansaba, le llenaba de monotonía. Ningún alumno revoltoso. Todo demasiado perfecto, ¿como el David de Miguel Ángel? Pero él sabía que el cuerpo del David no estaba bien proporcionado. Miguel Ángel lo esculpió para ser colocado sobre la catedral, y por ello ser observado en escorzo desde abajo. No obstante, lo colocaron sobre un pedestal en el acceso al palacio de la Signoria, en Florencia, mirando al este, al sol naciente en el día que debía vencer a Goliat. Desde la logia Signoria dei Lanzi le podías observar la mirada casi directamente.

Bebió un poco de agua y contempló la diapositiva otra vez. Cada vez se le reseca más la garganta. Los asistentes, en silencio, también la miraban. Serios. Ningún cuchicheo respecto a las partes nobles.

—Supongo que mirar al Este significa interrogarse por lo que va a suceder durante el día que nace —Tomó otro sorbo—. Siguiente imagen.

El alumno encargado del proyector de diapositivas, Cram, pulsó el mando de avance del carrusel. Después del sonido de extracción y cambio, en la pantalla apareció la mano del David, con las venas hinchadas. Tampoco ninguna exclamación procedente de los alumnos.

—Siguiente imagen, por favor —dijo al cabo de un largo instante.

La cara del David con sus ojos mirándonos. Alguno de los presentes se movió un poco para verlo mejor. Sólo ese gesto. Nada más. El ventilador del carrusel Kodak de diapositivas era el único sonido presente.

«Un día también suprimirán ese ventilador, porque las lámparas no desprenderán calor, sólo emitirán luz en el espectro visible, sin radiación térmica. Y seguramente el sonido del cambio de diapositivas también desaparecerá» —pensó.

La clase fue sorprendida por el suspiro del Maestro.

—¿Qué está escuchando David? —preguntó usando un volumen de voz tan suave que los sorprendió a todos.

Cram miró el carrusel. Esa era la última imagen. En el carro no había más diapositivas, y solamente llevaban unos pocos minutos de clase.

Todas las miradas de los alumnos estaban absortas en los ojos del David. Miguel Ángel los había esculpido utilizando la técnica de la trepanación del iris. Al vaciar esa parte, aparece una sombra permanente que simula el oscuro del iris del ojo humano. También había marcado la córnea. Todo ello conseguía un efecto de realismo tan elevado, que uno quedaba atrapado con esa mirada.

Esa técnica ya era conocida en tiempos de los romanos, quienes seguramente la copiaron de Fidias, el mejor escultor del helenismo griego.

Yo había presentado a ese conferenciante:

—Es el mejor profesor de psicoacústica que tuve. Claro que esa asignatura solamente existió el año en que la cursé.

Los asistentes rieron.

—No. Es cierto. Era el mejor, pero yo no estaba preparado para tenerlo. Me enfrentaba a él día si día también. Era como una obsesión para mí demostrarme que yo era mejor. O quizás lo que quería demostrarme era

que mi padre era mejor que él. No voy a continuar hablando de los asuntos familiares, porque cada uno de nosotros actúa motivado constantemente por ellos, pero quiero disculparme con mi Maestro Roncador, así le llamábamos entonces y creo que le ha quedado el nombre, por haberlo hecho sufrir en su curso de acceso al CACTAS. En su honor, debo decir que conseguimos echar a su antecesor, pero a él no lo logramos, pese a presentar en cierto instante un escrito de dimisión a la antigua directora.

—Hoy, para iniciar este taller del YAN, he pensado que os desnudéis.

El Maestro esperó la respuesta. Todos estaban estupefactos. La sorpresa era general. Habían acudido al Maestro para que iniciara una reunión de los Young Acousticians Network y al parecer los quería desnudos.

—¿No sois jóvenes? Pues a desnudarse, que ahora vuestros atributos son magníficos, como los del David de Miguel Ángel.

Ante la confusión que observó, matizó con estas palabras:

—Me estoy refiriendo a que os desnudéis de todo lo que os obstruye escuchar. El día que veáis el David de Miguel Ángel en directo, observaréis que su belleza no reside en el acierto de sus proporciones. Éstas no son perfectas porque la estatua debía observarse de escorzo ya que su ubicación inicial era en lo alto de los contrafuertes de la catedral Florentina y no a nivel de los observadores. Por esa razón hace más de cinco metros de altura. Su cabeza es descomunal. ¿Y verdad que nadie duda de su belleza? Porque la proporción no es el arte.

Bebió un poco de agua.

—Estudad los ojos del David. Miguel Ángel lo esculpe entre los años 1501 y 1504 aprovechando un bloque del mármol de Carrara ya trabajado, pero cuando llega a los ojos del David, los vacía con la técnica del trépano. Es decir, que utiliza instrumentos que dejan la huella de un agujero en los ojos, y marca el iris, las niñas, los párpados,... Pues bien, para evaluar la belleza del espacio sonoro, deben estudiarse no solamente la definición de los parámetros sino también la calidad de los aspectos estéticos de los sonidos que se producen en el espacio interior y exterior.

Los del YAN continuaban sorprendidos, y además no entendían esta línea argumental del Maestro.

—Os pensáis que desnudarse significa quitarse la ropa, ¿verdad? ¿Cómo el desnudo del David?

Los asistentes asintieron tímidamente.

—Pues no, fijaos que el David nos enseña las venas espectantes, sus músculos están en tensión, y su mirada es de preocupación. Todo eso refleja esa desnudez. Todavía ha de enfrentarse a Goliat. —miró a todos los presentes, que le observaban sin distracciones. —Desnudarse sonoramente, quiere decir quitarse aquello que estorba para poder escuchar correctamente. Significa llegar a la escucha activa, que permite conectar con cualquier manifestación sonora como el arte sonoro. Algunos espacios e instalaciones sonoras están diseñados, pero otros son casuales. Aun así, también pueden ser arte si alguien ha diseñado unos sonidos aleatorios concretos.

Buscó provocar un silencio premeditado.

—David está escuchando el nacimiento del día, y todos los sonidos que percibe se relacionan con lo que va a suceder. Si oye viento, su velocidad le indica si su visión será nítida o deberá luchar contra el polvo en suspensión, si la trayectoria de la piedra deberá corregirse o no, si las nubes se alternarán con claros deslumbrantes, etc.

Ahora los alumnos empezaban a entender.

—Quitaos la venda que cubre vuestros oídos, desnudaros en ese sentido y empezad a apreciar el mundo gracias a la escucha activa. Esto es lo que he querido decir. Escuchad el arte sonoro de todo lo que os rodea.

Los jóvenes finalmente lo entendieron, y en ese momento empezó el verdadero debate.

## 6.2. Ecoico<sup>20</sup>

Y el Maestro dijo:

—Por favor, los que lleváis agua, coged el botellín, sacad el tapón y soplad por la embocadura de forma que se genere un sonido musical bien nítido.

Alguno llevaba la botella por estrenar, la abrió y sopló, salpicándose de agua y sin producir sonido musical alguno.

Esa persona, desconocía que para que suene, el aire impulsado debe encontrar una cavidad donde resonar.

Ciertos asistentes muy próximos se mofaron.

Los que llevaban los botellines empezados o casi vacíos, conseguían mejores resultados. Algunos, como Toloba incluso emitió una nota musical.

Y el Maestro añadió:

—Ahora intentad afinaros con la misma nota que voy a producir.

Cogió su botellín de plástico lleno, sacó el tapón, bebió varios sorbos, sopló y produjo un sonido perfectamente afinado en la escala temperada.

El público le observaba sin saber qué hacer. El Maestro se impacientaba.

—A soplar, ya —ordenó el Maestro sin contemplaciones.

Los asistentes deseaban revelarse, pero sabían que sería en vano, porque otros llevaban haciendo cola para participar de estos talleres de Coyoacan.

El asistente que se había salpicado, emitía ahora una nota demasiado aguda. Vacío parte de su agua mojando el pavimento. Sus vecinos se mofaron de nuevo. Toloba sopló de nuevo, y todos se percataron que la nota continuaba siendo muy distinta a la producida por el Maestro.

Nuevamente Toloba vació el agua, pero se pasó. La nota ahora no se ajustaba por excesivamente grave.

Mientras, el suelo del aula se iba encharcado con estas pruebas.

---

<sup>20</sup> Nota del Relator: Dedicado a todos mis amigos de los congresos Palas y las Musas, y Ecoico.



Y el Maestro concluyó:

—No es nada fácil obtener una nota determinada soplando un botellín. Como podéis comprobar, el sonido emitido depende de la sección y longitud del cuello, así como del volumen de aire encerrado en el interior. El cuello hace de masa que quiere vibrar en la frecuencia de vibración de un resorte masa – muelle, donde el muelle es el volumen de aire del agua que he bebido. Sin espacio no hay sonido. El cuello es constante, pero para afinar la nota implica llenar o vaciar el espacio combinando con el agua. Aumentar el volumen de aire es posible vaciando el agua, pero al revés no es sencillo y afinar las botellas en esta aula comporta beberlas o llenarla con sonidos de chapoteos.

En el siguiente taller, una vez enjuagado el suelo, el Maestro dijo:

—Coged por favor un lápiz de madera. Colocadlo en el borde de la mesa o del brazo de la silla y apretad su extremo fuertemente con los dedos, dejando libre la punta. Luego pinzad de forma dinámica el extremo libre y escuchad la nota que produce.

Todos los asistentes al congreso ECOICO que llevaban un lápiz de madera (escasamente el 5% del total) hicieron lo que se les indicaba. Colocaron el lápiz apretando la parte posterior con los dedos de una mano, mientras con los de la otra pulsaban la punta libre. Solamente el 10% supo presionar y pulsar correctamente, lo que al final representó dos personas que generaron el sonido de forma correcta. El resto fueron sonidos de falsos intentos.

Aparecieron dos notas musicales bastante afinadas pero obviamente en dos tonos distintos, Evidentemente obedecían a unos lápices distintos con unas longitudes libres distintas.

El Maestro le indicó a uno de ellos, llamado Toloba que intentara afinarse con el otro. Esto requirió bastante tiempo, hasta que se dio por satisfecho.

Finalmente el Maestro cogió tres palitos de helado que llevaba en su bolsillo, se colocó dos a ambos lados de la boca y el otro en el centro, y los apretó con los dientes. Pulsó con los dedos emitiendo unos sonidos obviamente desafinados. Repitió la acción pero variando las longitudes libres, y fue afinándolos uno a uno. Cuando pensó que ya lo había resuelto,

los punzó de nuevo los tres al unísono, y esta vez emitieron algo parecido a un acorde bastante afinado, que alcanzó la resonancia de su boca como una caja de resonancia fabricada por un lutier.

Y el Maestro concluyó:

—Cuando creas que afinar con la voz es fácil, comprobarás que los demás igual no logran tu afinación. Y como has comprobado, lo más difícil es realizarlo con un instrumento tan sofisticado como un lápiz o estos palitos trabajando en ménsula o caterpilan.

Y finalmente, para el tercer taller, el Maestro dijo:

—Por favor, abrid la boca como para emitir la vocal “a” y en vez de hacer vibrar las cuerdas vocales, os dais unos golpecitos en las mejillas con los dedos.

Los asistentes se negaron. Nadie hizo el menor gesto.

El Maestro abrió mucho la boca, se dio un pequeño golpe en la mejilla propulsando los dedos índice y corazón al unísono. Esos dedos, al soltarlos de la presión ejercida por el pulgar, impactaron en la mejilla y se produjo el sonido característico de la “a”.

Sin pensarlo dos veces, el alumno James Toloba hizo lo mismo para producir la “o”.

—Ao, Ao Aao, Oa, Oaa.

En seguida empezó un pequeño dueto de estas dos vocales.

Los restantes alumnos se animaron, y al poco tiempo todos estaban generando sonidos en su boca sin soltar aire por las cuerdas vocales. Al final todos iban emitiendo las cinco vocales, obviamente, sin ningún orden ni concierto.

Pero justo en este instante entraron los directores del Congreso ECOICO. Todos los alumnos se percataron de ello y cesaron su interpretación, pero el Maestro no se dio cuenta y continuó produciendo su concierto bajo la atenta y atónita mirada de Gaol y Blopa.

Hasta que el Maestro descubrió que era el centro de toda la atención.

Esta vez, de alguna forma avergonzado, el Maestro se retiró del aula sin efectuar ninguna conclusión.

### 6.3. El diapasón del neceser sonoro<sup>21</sup>

Y el Maestro dijo:

—Cuando viajo, siempre llevo conmigo mi neceser sonoro, formado por un fonendo o estetoscopio, un diapasón, un lápiz, una pelota de golf y un trozo de neopreno.

Los asistentes estaban sorprendidos porque según el temario, la conferencia debía versar sobre la transmisión del sonido.

—Hoy hablaremos del diapasón y el neopreno.

Ahora en la sala se empezó a iniciar un murmullo que quedó abortado por las palabras que dijo el Maestro.

—Os voy a prestar el diapasón. Estoy seguro que algunos tenéis conocimientos de música y sabréis hacerlo sonar. Todos los asistentes ya conocían el diapasón, pero algunos no lo habían hecho sonar jamás.

—Vamos a coger el diapasón y lo haremos vibrar —dijo olvidando el sonido de fondo y tomando el diapasón por las dos varillas. Percutió en su mesa por la parte común terminada en el abultamiento, y colocó las dos varillas sobre la mesa. Obviamente no sonó nada.

—¿Me podéis decir por qué no suena? —preguntó.

Los asistentes, acostumbrados a que los conferenciantes les impartieran charlas, pero no a tomar parte activa en las mismas, callaban.

Cram, que se hallaba presente, levantó la mano. Nadie más le acompañó.

«Debo cambiar mi método para conseguir que interactuemos», pensó el Maestro motivado por esa reacción.

Ahora el público estaba extrañado, puesto que el Maestro bajó del estrado y le pasó un diapasón al señor sentado en la primera fila, haciendo caso omiso del alumno.

Lo que sucedió a continuación le corroboró que iba por buen camino, ya que esa persona no logró nada, pero sí, su compañera.

—En efecto —dijo el Maestro moviéndose entre ellos, y haciendo circular el diapasón entre el público—, al cogerlo por el tronco y percutir en

---

<sup>21</sup> Nota del Relator: Dedicado a Joseph Louis Tocue.

una de las varillas el diapasón se pone a vibrar correctamente. Pero esa vibración necesita pasar a algún medio, puesto que el aire casi no la capta. Por eso, al apretar el abultamiento final del diapasón con vuestra mesa, o con un elemento que recoja y amplifique esa vibración, ya se puede escuchar.

—A mí no me suena —protestó un joven fuertote de la segunda fila mofándose.

El Maestro se acercó y reconoció a Louis Joseph Tocue. Le dijo que debía coger el diapasón firmemente por el mango, dejando que las varillas y la bola del extremo pudieran vibrar libremente.

—Ahora golpea uno de los extremos de las varillas con algo rígido. Si no tienes nada al alcance, siempre puedes percutirlo en tu cabeza. —El alumno le miró extrañado, pensándolo que se estaba mofando de él.

—Luego aprieta firmemente la bola contra una base, como el pupitre o la pala de la silla, para que ésta pueda recoger la vibración y resonar con ella.

Tocue así lo hizo, y esta vez logró que sonara al aplicarlo a su mesa. Como apretó tanto, y lo de fuertote no era ficticio, en la mesa de madera apareció un hueco donde otros asistentes posteriores tropezaron siempre.

Pero el Maestro no estaba satisfecho con la explicación, y le dijo que se aplicara el diapasón al oído. Esta vez se produjo un gran estrépito en la clase.

Resultó que Tocue, colocó el diapasón en el lóbulo de su oreja, y la vibración le produjo muchos cosquilleos. Cuando se lo aplicó a la parte rígida existente antes del trago, en la apófisis mastoides, lo percibió tan nítido y amplificado, que del sobresalto pegó un salto haciendo casi volar su asiento.

Cuando se calmaron los ánimos, el alumno ya no se burlaba, y le pasó el diapasón a su compañera de pupitre, que tenía una preciosa cabellera negra azabache. Lo cogió con gran maestría, lo golpeó con los nudillos de la mano izquierda, y lo aplicó apretando la base firmemente con el pupitre.

Esta vez el diapasón sonó perfectamente amplificado.

—¿Puedes hacerlo interponiendo este neopreno? —Le dijo el Maestro.

Ella colocó el neopreno sobre la mesa, y al aplicar el diapasón, casi no se percibió sonido alguno.

—¿Y ahora, puedes aplicarlo a las paredes, pilares y ventanas de esta sala? —Continuó el Maestro.

Sin mostrar ningún signo de desgana, la joven se levantó y acercó a una pared lateral, donde se percibió su sonido sólido, aunque menos amplificado que antes, al aplicar el diapasón después de excitarlo. Hizo lo propio en un pilar de hormigón armado, y ante la sorpresa de toda la clase, este no amplificó ningún sonido en absoluto.

—Como podéis observar, el pilar no resuena, y por lo tanto transmite toda la energía sonora y a gran velocidad hacia el resto del edificio. Pero, ¿qué ha pasado con el neopreno? —Mientras tanto, ella colocaba los dedos en las superficies que excitaba con el diapasón como si fuera invidente. Cuando llegó al acristalamiento, el Maestro le susurró al oído unas palabras.

Con gran ceremonia, ella percutió el diapasón y lo aplicó en el ventanal, y sin que los restantes lo advirtieran, lo hizo contactar sin apretarlo casi en absoluto. El sonido que se produjo fue realmente lastimoso y desagradable. Era como un quejido.

—¿El cristal suena así? —preguntó el Maestro a nadie en particular.

La clase estaba silenciosa. Parecía que ninguno se atrevía a romper ese instante, pero en la segunda fila el Sr. Tocue se levantó para ir hacia la ventana y coger el diapasón de manos de la alumna. Lo golpeó, aplicó fuertemente el diapasón contra el cristal, y el sonido que se produjo fue nítido, aunque no tan fuerte como en el caso del revestimiento de yeso, o el tablero de madera del pupitre. El cristal estuvo a punto de romperse por la fuerza puntual aplicada.

El alumno sonrió, y en plan pavoro dijo:

—Es que hay que saber colocar el diapasón.

La clase se rio, pero el Maestro intervino diciendo:

—No debes nunca menospreciar las artes sonoras de tus compañeros —e indicándole a la alumna de cabello azabache que interviniera nuevamente, ésta cogió el diapasón, lo excitó y aplicó de forma perfecta esta vez en el centro del acristalamiento, que ahora mostró su perfecta unión casi hiperestática, emitiendo un sonido muy puro y continuo.

—Entonces, ¿qué es lo que sucedió antes? —preguntó Cram.

—Simplemente que yo le indiqué a la alumna que aplicara muy poca presión al apretar el diapasón contra el cristal. Quería que os pensarais que ella no sabía interpretar sonidos con el diapasón. Pero no es así. ¿Recordáis el día del concierto de cuerda? Fue ella quién para afinar sacó un diapasón de su bolsillo. Sabe más de música y de diapasones que muchos de nosotros juntos.

Y entonces J.L.Tocue hizo su primera conclusión:

—Si apretando un diapasón suena mejor que cuando lo aflojas, significa que el sonido prefiere una mano firme que no una tímida.

Toda la clase se quedó pensando esta sentencia. Casi nadie la entendía. Solo los del norte.

Finalmente, el Maestro recogió el diapasón, y en silencio hizo mutis por el foro.

Toda la clase se fue retirando en silencio, sorprendidos por esta sentencia.

#### 6.4. El fonendo del neceser sonoro<sup>22</sup>

Y el Maestro dijo:

—Como os he informado, en mi neceser sonoro llevo un fonendo. También se le llama estetoscopio.

El Maestro sacó el instrumento y se lo colocó en el cuello, colgándolo como si fuera un médico.

Alguno del público se rió, imaginándolo vestido con una bata blanca.

—Lo que no os he dicho es que, cuando me asignan una habitación en un hotel, lo primero que hago es auscultarla.

Este comentario provocó la hilaridad de casi todos los asistentes.

—La ausculto y reconozco si podré dormir por los ruidos de las instalaciones. Aunque yo ronque también oigo al vecino. Pero lo primero consiste en colocarse bien el estetoscopio. Como veis, dispone de un elemento cilíndrico con dos membranas y es el que se acopla a lo que queremos auscultar. De este sale un conducto de goma que luego se divide en otros dos, uno para cada oído. Estos conductos terminan en unas boquillas que deben colocarse en los oídos de forma bien orientada, hacia delante. Os lo dejaré inmediatamente.

Los asistentes se movieron nerviosos.

—Pero solamente se lo dejaré a uno de vosotros, porque no he traído boquillas de repuesto, y deben estar esterilizadas a fin de que nadie coja una infección.

Los asistentes se movieron más nerviosos, esta vez por si resultaban ser los afortunados.

—Así que permitidme que vayamos a la demostración.

El Maestro, con gran parsimonia, bajó del escenario, se acercó a un señor de la primera fila, cuyo nombre era Ed Leskar, y le colocó el fonendo.

—Por favor, aplícatelo al pulso radial que tienes en la parte inferior de tu muñeca, debajo del dedo pulgar.

Así lo hizo Ed y comprobó las pulsaciones de su corazón.

---

<sup>22</sup> Nota del Relator: Dedicado a Ed Leskar. No quería implicarme, pero es preciso aclarar que el fonendoscopio se conoce desde 1819 gracias a Hyacinthe.

—Noto mis latidos, —dijo.

—Perfecto, ahora aplícalo al brazo del asiento.

El Maestro rascó la parte alta del respaldo del asiento, que era de madera ocultando la mano de la visión de Ed. Éste se sobresaltó, puesto que oyó perfecta y potentemente un extraño ruido ronroneante.

Pero el Maestro rascó luego también la superficie inferior, más áspera, y Ed se sobresaltó al percibir esta vez un gemido muy intenso.

—Alto, parece como si yo mismo estuviera dentro de la madera —exclamó Ed ante el asombro del Maestro por esta expresión.

El Maestro todavía quería que percibiera nuevos matices, y le indicó que colocara el fonendo acoplando esta vez la trompetilla pequeña sobre la superficie.

Nuevamente el Maestro realizó múltiples experimentos con la madera, haciendo resbalar, rozar, percutir, etc. sus dedos y uñas por la superficie superior e inferior del brazo de madera, y permitiendo que Ed también actuara sobre el mismo.

Ed estaba muy contento. Había logrado hacer venir al Maestro para que realizara un taller de Acústica Activa, y se había llevado una de las lecciones particulares más íntimas. Todos esos sonidos suaves, rasguños y gruñidos los había percibido “in situ”, recordándole algunos experimentos de sus años mozos. En esa juventud en la que se comunicaba con su mejor amigo y compañero de juegos, mediante dos latas vacías unidas por un cordel tensado.

Y el Maestro concluyó:

—Cuando el médico aplica su fonendo o estetoscopio a un paciente, le ausculta y oye exactamente los sonidos de su corazón, los bronquios, la respiración, las sinovias, etc. De la misma forma, cuando nosotros aplicamos el fonendo a todo cuanto nos rodea, podemos oír el sonido en su verdadera magnitud. Muchas veces nos perdemos esta magnífica dimensión sonora porque los acústicos estamos más acostumbrados a utilizar sonómetros que fonendos. Debemos volver a escuchar el mundo atendiendo lo que realmente nos puede comunicar.



## 6.5. Anticonferencia

Y el Maestro escribió:

*No podré hacer la conferencia porque me he quedado mudo.*

La nota le llegó al Sr. Vana desde recepción, cuando fue a recogerlo al hotel para acompañarlo al lugar donde se realizaba el acto. Leyó y releyó la nota en el ascensor, pensando si era broma, antes de llamar a la puerta de la habitación. El Maestro lo recibió en pijama.

—¿Pero qué es esta nota? No me digas nada. Tengo unas pastillas fantásticas de clorato de potasa que usan los oradores profesionales y comentaristas de la radio cuando están afónicos, y que te dejarán de maravilla.

—Vehamum —dijo el Maestro con una voz ronca y tan débil que más parecía un soplo. Recordaba que MR tenía normalmente una voz tan potente que siempre se quejaban los comensales en los restaurantes donde comían.

El Sr. Vana se asustó. Lo que había oído, ya que no entendido, no presagiaba nada bueno. Pero cogió de su bolsillo una cajita y le ofreció al Maestro una pastilla para que la fuera diluyendo debajo de la lengua.

—Aumamha —pronunció este empezando a vestirse.

Cogió un lápiz Staedler Noris HB del bolsillo superior de su chaqueta colgada del armario, y escribió en una hoja de las que el hotel dejaba en la habitación.

*Querien, no creo que pueda recuperar la voz, pero me voy a arreglar y vengo contigo.*

Querien, que era el nombre del Sr. Vana, no tuvo que esperar mucho.

En el Centro de Convenciones les esperaba un gran público. A los veinte minutos el Maestro reconoció que no podría impartir el programa previsto, ni siquiera cambiando el orden de la intervención. Esperó otros minutos, y antes de llegarle el momento, le escribió una nota a su presentador:

*No voy a hablar por afonía, pero una vez hice una clase muda. Voy a intentar repetirla.*

El presentador, que era James Dorvasal y conocía a MR de la Sociedad de Acústica, le miró extrañado, pero se encogió de hombros. MR siempre hacía cosas raras.

Al subir al estrado el Maestro observó sorprendido que no había ni pizarra, ni tiza, ni papel, ni tabla para Vileda, nada. Solamente el power point preparado, en el que constaba el título de su intervención. Desenchufó el equipo mientras le presentaban, haciendo que éste desapareciera de la pantalla del Centro. El público se interrogaba el significado.

Se quedó de pie, mirando fijamente al público. Sabía que el mimo era un gran arte. De joven se enamoró de un grupo denominado Pigeon Drop Comedy Company. Hoy les dedicaría su intervención.

Hizo como si dijera ah con la boca, y miró el sector de la derecha. Volvió a repetir el gesto fijando la mirada esta vez en una mujer en concreto de ese sector. Al cabo de varias repeticiones, la mujer, que no era otra que Na Dogadel dijo:

—Ah.

A lo que el Maestro le mostró el dedo pulgar hacia arriba y asintió sonriendo. Alguno del público se rió.

Volvió a hacer el gesto, pero esta vez mirando a todo el sector de la derecha. Muchos asistentes, ahora risueños, hicieron la vocal. El Maestro lo repitió varias veces, señalando a la gente que no hacía nada, y animándoles a participar. Con la mano derecha empezó a modular el volumen de la vocal que emitía el público y los silencios. Finalmente, logró que casi todos los asistentes de la derecha siguieran sus modulaciones, pero también se añadió alguno de la izquierda.

El Maestro trazó una línea imaginaria con su mano para dibujar el eje longitudinal de la sala, formado por el pasillo central, y dividir así en dos al auditorio. Ésta vez arremetió con otra vocal, mostrando su boca pequeña abierta como para hacer la “uh”.

El sector de la izquierda lo entendió casi enseguida y a la primera vocalizaron muy bien.

—Uh —dijeron casi al unísono a su señal. El Maestro los animó y consiguió alguna repetición. Todos los asistentes sonreían, pero también susurraban entre sí. El Maestro les hizo el signo internacional de silencio colocándose el dedo índice en vertical delante de la boca. Ahora todos callaron expectantes, aunque se oía alguna risa puntual.

Les mostró luego los cuatro dedos juntos de la mano, y el pulgar formando como una boca que permitía, al abrir el pulgar, obtener un gran ángulo o muy cerrado, como si fuera una boca ficticia que hablara fuerte o floja, y empezó a jugar con el público de la ah, imprimiéndoles dinámica y ritmo, enseñándoles a llevar las negras de un compás musical de cuatro por cuatro. Este sector estaba radiando de satisfacción.

Mientras, los de la uh estaban moscas, pero al poco el Maestro les hizo hacer sincopados y acelerando y disminuyendo, hasta llegar a ritmos de samba. El Maestro les aplaudió en silencio.

El público no entendía esta conferencia, pero se lo estaba pasando en grande.

El Maestro les hizo ahora callar a todos con un único ademán, apagando los nuevos murmullos.

Se pellizó ostensiblemente la mano, indicando con varios movimientos al público que le dolía.

A indicación de la mano del Maestro, que empezó señalando a los de la derecha para pasar a los de la izquierda del público, este le siguió e interpretó:

—¡Ah...uh!

Volvió a repetirlo hasta que el empalme funcionó.

—¡Auh!

Todo el público había entendido la “lieson”.

El Maestro levantó nuevamente el pulgar. Esperó unos instantes y cambió la expresión de su rostro. De tristeza pasó a la alegría. Hizo unos movimientos ondulantes con ambas manos emulando las curvas de una deliciosa mujer, y con la boca, en silencio, el pase de vocales, desde la más grave a la más aguda y otra vez a la grave. Los asistentes lo entendieron y a sus señales, a izquierda, derecha e izquierda, emitieron:

—¡Uau!

Lo habían captado y realizado casi perfectamente. Y todos se rieron. El Maestro aplaudió en silencio, e invitó a ambos grupos a que se aplaudieran unos a otros en silencio.

El espectáculo era impresionante, y unos cuantos del público se levantaron y empezaron a grabar con sus móviles. También es cierto que alguno abandonó la sala para no volver.

A todo esto habían pasado más de cuarenta minutos.

El Maestro miró el reloj y escribió otra nota que hizo entregar al presentador. Éste subió al escenario y con su perfecta voz, dijo:

—¿Alguna pregunta? Nos quedan cinco minutos.

El público se sorprendió al escuchar una voz procedente del escenario y tan potentemente amplificada por el perfecto equipo de megafonía. La mujer que había emitido el primer ah, levantó la mano. Con el micrófono muy bien posicionado en su mano derecha preguntó:

—Maestro, ¿cuál es el título de la conferencia?

El Maestro conectó nuevamente el equipo, buscó su primera diapositiva del power point, y en la pantalla apareció el título:

¿Todos somos fuentes de ruido? Algunas apreciaciones sobre los sonidos vocálicos en lo relativo a su contribución dentro de las comunicaciones humanas.

El público reconoció que el conferenciante se había mantenido dentro del enunciado.

La mujer de la primera fila, quería preguntarle más cosas, pero se dio cuenta que él no podía contestarle.

El Maestro, cuando abandonó el recinto elogiado y palmeado por los asistentes, pensó:

«A veces, más vale una conferencia en silencio, y especialmente un conferenciante silencioso como yo, haciendo mutis por el foro».

## 6.6. MR en Málaga

Y el Maestro dijo:

—No entiendo que me contraten para esta intervención relativa a la rehabilitación. —Su rostro, enfocado por más de 1.000 luxes del Centro de Convenciones del Ayuntamiento de aquella ciudad, no reflejaba ninguna emoción. Al revés, parecía intrigado, y recordaba haber pensado en ello cuando escuchaba una conversación entre estudiantes de arquitectura en un trayecto de autobús. Hablaban de rociadores y despertadores. Realmente la mezcla de ambas ideas era sugerente, y de ella salió la idea del megáfono para el próximo congreso de acústica. Medio autobús estaba pendiente de lo que hablaban.

El Maestro pensó en que la imaginación era lo único que distinguía a los humanos de los restantes animales.

Esta mañana le había llegado el consumo del oxígeno que produciría su viaje a esta ciudad.

«¿Y si lo hago por videoconferencia?», pensó, desechando la idea al conocer que luego debía intervenir en una mesa redonda. No es lo mismo hablar en directo que desde lejos, lo he comprobado al escuchar los paisajes sonoros de diferentes lugares. En vivo suenan impresionantes e inteligentes, porque mi cerebro cierra la llegada de lo que no me interesa. Pero en diferido, o al reproducir la grabación especialmente con auriculares aislantes del exterior, no puedo anular los mismos ladridos del perro.

«¿Debo ir?» —concluyó— «Además, me lo ha pedido expresamente el Presidente. Y a él no puedo negárselo. Me han editado mi primer libro del Maestro Roncador. Desconozco si alguno de los presentes lo ha leído».

APL lo presentó al público con las siguientes palabras:

—Es para mi un honor presentar al siguiente conferenciante, que ha sido secretario de la sociedad de acústica que presido, y que explica unos cuentos maravillosos.

MR subió al estrado y vio que el alcalde de Málaga se encontraba presente en la fila de las autoridades.

—Precisamente mi nieta me pidió un cuento hace poco. —Empezó mirando a APL que se había sentado en la primera fila—. Resultaba que tenía miedo de los nuevos sonidos de su nueva casa. Se había trasladado

recientemente, y todavía no estaba acostumbrada al ruido del tránsito, los sonidos de los bares cercanos, las voces internas del edificio, las puertas de los vecinos, los golpes de ariete, etc.

—Había una vez un pajarito que estaba en el nido...

—Abuelo este cuento ya me lo has contado muchas veces—, le dijo su nieta.

Yala miraba los pajaritos que colgaban del móvil sonoro y que iban cesando su movimiento de rotación y vaivén.

—De acuerdo, perdona —dijo su abuelo—. ¿Y te he contado alguna vez el cuento del túnel de Málaga?

La niña negó con la cabeza, y se arropó sonriendo.

El Maestro continuó esta vez dirigiéndose al alcalde de Málaga:

Había una vez un túnel que estaba solo y lleno de ruido. Por eso estaba muy triste.

Cerca, pasó una nube, que lo vio llorando y se interesó por él. La nube se acercó al túnel y le preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿puedo ayudarte?

El túnel la miró con su único ojo, y le explicó que dentro de él existía un gran ruido.

—*Yo soy un túnel de ciudad, como una calle de dos sentidos, con mediana, con aceras y calzadas a cubierto, pero cuando pasan los vehículos, los peatones no pueden hablar porque no logran entenderse. ¿Puedes ayudarme?*

—*Déjame entrar y lo comprobaré.* —Cuando la nube iba a entrar, un agente de la guardia urbana le pidió el permiso de circulación.

La nube tenía permiso de vuelo, pero no el de superficie. El agente lo consultó con su jefe y finalmente este le dijo que podía circular porque los aviones también aterrizan, pero que no molestara.

La nube entró y vio que con su poder absorbente no había suficiente para reducir el ruido, por lo que fue a buscar a otra nube.

Cuando la encontró entraron las dos en el túnel y vieron que su poder tampoco era suficiente, por lo que fueron a buscar a otra nube, pero tampoco lograron el éxito. Al final consiguieron reunir una procesión de nubes, y esta vez, a medida que avanzaban en el túnel hacían disminuir el ruido.

Cuando finalmente salieron por el otro extremo, el túnel ya estaba silencioso a pesar de que lo cruzaban muchos coches.

Esta vez el túnel estaba contento y les preguntó:

—¿Cómo lo habéis conseguido? Ya no soy ruidoso.

Y la nube que había dirigido a las restantes, concluyó:

—Yo sola, con mi pequeño poder absorbente, no lo hubiera logrado. Pero he convencido a mis compañeras para que me ayudaran, y juntas lo hemos conseguido.

—¿Y qué haré cuando os vayáis? ¡Volveré a tener ruido! —exclamó el túnel, preocupado.

La nube lo pensó varias veces, y finalmente le contestó:

—No te preocupes, en la entrada he encontrado un agente de la autoridad. Se lo diremos y seguro que sabrá solucionarlo.

El agente de la guardia urbana hizo un parte y lo presentó al Ayuntamiento. Como muchos papeles de la administración, acabó en un cajón de un escritorio antiguo de nogal americano.

—Hasta que un día, una niña parecida a ti, que era la hija del alcalde, lo encontró y se lo enseñó a sus padres, que le encargaron a un acústico una procesión de nubes absorbentes.

—Y colorín colorado....

El Maestro miró a su nieta y vio que se había dormido antes de terminar el cuento.

Se fue a su cama y entonces pensó:

«Cuando alguien se duerma con tu explicación, alégrate si esa era tu intención, y preocúpate si lo que pretendías era que escuchara hasta el final»

Y en el silencio de la noche, también se durmió sin terminar su pensamiento.

Los restantes conferenciantes, el Alcalde, APL y el público que llenaba la sala, asistieron asombrados a ese extraño final en el cual el Maestro permanecía con la cabeza reposada entre los brazos. Dormido sobre la mesa.

¡Y roncando desesperadamente!

## 6.7. La entrevista

El Maestro ya estaba acostumbrado a ser abucheado. Sobre todo en el CACTAS, donde sus extrañas clases a menudo encontraban más detractores que seguidores. Pero esta vez los gritos y pataleos del estudio 13 resonaron por todos los platós de la cadena NBC.

De forma sarcástica, el presentador le preguntó delante de todos:

—Maestro, ¿qué significan los Métodos MR?

Algunos asistentes conocían esos métodos. Quizás los más amigos o enemigos. El Maestro permaneció callado, con el lápiz Staedtler modelo Noris HB tamborileando su pierna. Se encontraban sentados en un sofá chester de color blanco, y el traje rojo del presentador destacaba de forma ostentosa

—Es que lo he leído en una revista de la Sociedad de Acústica, y al parecer criticaban bastante algunos de ellos.

El Maestro hurgó en su chaqueta, y sacó otro lápiz Stadler Noris totalmente nuevo, y con ambos se puso a emitir un redoble en sus piernas sin decir palabra.

Ahora todo el plató estaba absorto con el espectáculo. Al parecer, como siempre, el presentador había encontrado la línea de flotación de su invitado.

La otra presentadora percibió un cambio de actitud del Maestro. Cuando entró en los estudios, se había dirigido hacia ella para preguntarle por su familia, y su rostro rebosaba alegría. Ahora en cambio, estaba de un pálido que aterrorizaba. Ella lo percibía, a pesar del maquillaje que le impedía mostrar esa palidez.

—Los métodos MR se discutieron en múltiples congresos de acústica y muchos ponentes me dieron la razón. —Dijo el Maestro con voz muy suave.

—Al parecer un 80 % no estaba a favor, —continuó el entrevistador— porque creyeron que podían invertir la afinidad del ser humano respecto el sonido y la música.

—Eso es mentira —contestó más enérgico—, y lo demostró el profesor James Dorvasal en el Congreso de Madrid, donde expuso que los métodos eran aplicables al 95 % de todos los supuestos.

Los de sonido estaban desesperados con los constantes cambios de volumen del entrevistado. Jamás se habían encontrado con una dinámica



tan amplia. Era capaz de pasar de un susurro de 20 decibelios a algo parecido a un grito de 120 sin inmutarse.

Los que no sabían absolutamente nada de los métodos ni de sus campos de aplicación murmuraban entre sí. Se iba elevando un rumor consecuente con este desconocimiento. La presentadora lo percibió y aprovechó para insistir.

—Por favor, deje hablar al Maestro. Por lo que yo sé, el primer Método MR fue un sistema de investigación que patentó después de su doctorado, ¿no es así?

El Maestro estaba sorprendido del conocimiento sobre sus investigaciones que tenían ambos presentadores.

«Claro, deben tener sus Fuentes de información» —pensó, y pasó al contraataque.

—Sí, efectivamente. —Esta vez lo dijo normal, es decir con voz muy fuerte. Los de sonido, desesperados, colocaron el volumen de su micrófono en automático.

El plató fue dominado por esa voz autoamplificada, y se impuso el silencio.

—En cierto momento —continuó el Maestro—, descubrí que los métodos de investigación que se aplicaban en acústica no me resultaban eficientes, por lo que patenté uno que creí servía mejor.

Ahora todos estaban expectantes. Él continuó:

—En resumen, se trataba de variar el sistema de objetivos, hipótesis, estado del arte, metodología, conclusiones y fuentes bibliográficas, a uno de contrastes basado en verdad y mentira. Desaparecía así la hipótesis como tal, y solamente quedaba la pareja “si la hipótesis fuera cierta”, o “si la hipótesis fuera falsa”, si el estado del arte es suficiente”, o “si se debe aportar algo más al estado del arte”, “si la metodología es correcta” o “si la metodología no es correcta”, “si las conclusiones son ciertas”, o “si las conclusiones son falsas”. Mediante este sistema con doce preguntas consideré que se soluciona en esencia cualquier investigación como las usuales en el ámbito de la acústica.

El Maestro dibujó una tabla en una pequeña pizarra que había traído, y lanzó la primera situación o proceso.

PROCESO 1	SI	NO
OBJETIVOS		X
HIPÓTESIS	X	
ESTADO DEL ARTE		X
METODOLOGÍA		X
CONCLUSIONES	X	
BIBLIOGRAFIA	X	

—Supongamos que no son ciertos los objetivos, La hipótesis es cierta, el estado del arte es incompleto, la metodología equivocada, pero en cambio la bibliografía está muy estudiada y puesta al día, y en especial las hipótesis y conclusiones son ciertas y originales. Esto ha sucedido algunas veces en las investigaciones científicas. ¿Qué me podéis decir?

Ahora nadie se aventuró a decir algo al respecto. El presentador iba a decir algo, pero le confundía el que las conclusiones fueran ciertas.

La entrevistadora quería desviar la atención de este tema y centrarlo en otro método, más próximo a los asistentes.

—Maestro, el método de los invidentes, ¿nos puedes hablar de ello?

—Por supuesto. —El maestro se alegró de cambiar de tema—. El método MR consiste en realizar un paseo sonoro con los ojos cerrados, a modo de deriva aleatoria y en equipos de tres personas, por un lugar a ser posible desconocido. Cada uno asume un papel de ciego, lazarillo y auditor sucesivamente. El que simula ser ciego va en todo instante acompañado por una persona que hace las veces de lazarillo, y al que debe tener confianza puesto que luego se invertirán los papeles. Completa el equipo el que realiza las funciones de auditor, encargándose de escribir lo que comenta el ciego, verifica si es cierto o no, y describe el lugar por donde circulan o se paran, las inclemencias meteorológicas, etc. También puede hacer dibujos, grabaciones, fotografías y videos, aunque alguna de estas actividades, como las grabaciones, es mejor delegarlas al lazarillo.

La presentadora quería interrumpirlo, pero en el plató se produjeron nuevos rumores.

—Os explicaré la anécdota de la pasarela. Se trata de un par de pasarelas que se soportan exclusivamente por sus extremos en rellanos de hormigón. Están formadas por sendas estructuras metálicas a modo de

vigas Vierendel colocadas en los costados. La base la constituye una chapa metálica. Ambas pasarelas van una a continuación de la otra, siendo la primera de unos 17 metros de largo, y la segunda de 28 metros.

Explicó que el ejercicio consistió en recorrer este Hall desde un extremo al otro de forma dinámica y con estaciones (estáticas). Cuando se recorrió caminando sobre ella, los ciegos y sus acompañantes observaron el timbre particular de los elementos que conformaban la pasarela, como los pasamanos de tubo metálico, y los sonidos de la chapa metálica rugosa del pavimento, así como la rigidez de los mármoles en los descansillos. En cambio, cuando se detuvieron en el acceso, en medio de las pasarelas, en los rellanos y al final del recinto, escucharon la reverberación general de éste, y notaron la vibración de la pasarela y los sonidos del recinto. Incluso uno de los alumnos dijo que la elongación de una de ellas era escasa y que la otra era de medio centímetro, por lo que concluyó (sin verla) que debía de ser más larga.

—Lo importante del método es que como ciego puedes adjetivar el espacio y ambiente acústico en el que te encuentras, tanto por las propias fuentes, y porque tu propia voz también interviene en ello, como por la forma en que ese espacio actúa respecto a los sonidos que produce, reproduce, amplifica, filtra, obstruye, difunde, etc. El espacio interactúa sonoramente con nosotros.

El maestro concluyó que el éxito del método MR consiste en que los integrantes del equipo se intercambian los papeles de ciego, lazarillo y auditor, y eso les obliga a estar muy atentos en todos los roles que protagonizan, llegando finalmente a saber actuar como un verdadero equipo.

—Y a usted se lo han hecho alguna vez? —le preguntó el presentador sacándose un pañuelo del bolsillo y preparándose para hacerle una jugarreta.

—Si, me hicieron entrar con los ojos vendados en un vehículo, y al bajar me así a mi acompañante. Recorrimos un buen tramo de la ciudad experimentando el distinto resonar de los portales de las casas. Lo sorprendente es que uno de ellos me recordaba la casa donde residí cuando estudiaba en la universidad. Y era cierto. Cuando luego me indicaron la dirección exacta, no daba crédito a lo que había experimentado. Eso es la memoria sonora, pero seguramente no tuve una certeza porque no soy invidente.

Pensó en su ahijado que sí lo era y que le enseñó tantas cosas de la percepción sonora del mundo. Se dio cuenta que se estaba poniendo nostálgico, y quiso cerrar el tema. Tanto hablar de él, por hoy ya era suficiente.

Y el Maestro concluyó:

—Nuestra memoria auditiva es limitada, puesto que en general confiamos mucho en las relaciones visuales. Pero si solamente nos hemos de basar en la audición, podemos comprobar que nuestros recuerdos se enriquecen mucho más.

El presentador cortó, indicando la entrada de anuncios publicitarios.

## 6.8. El paseo acústico

En ocasiones, MR escribía sus recorridos sonoros por diferentes ciudades y entornos. Obviamente no los pondré todos. En este caso, está escrito en primera persona. Cuando yo haga algún comentario lo dejaré bien claro para no confundiros

*Todo empieza en el hotel porqué me han fastidiado la noche. Resulta que la habitación tiene una puerta que comunica con la vecina, y además de ser débil no ajusta correctamente, puesto que con la puerta cerrada he visto luz filtrándose por el marco.*

*Pero lo peor han sido los estornudos y otras manifestaciones guturales que su ocupante ha ido practicando durante toda la noche. Espero que al menos mis ronquidos le hayan dejado trastocado.*

*Me he quejado antes de dejar el hotel para ir a la Universidad y me han perdonado de pagar los cacahuetes del minibar. Vaya consuelo. Mejor que arreglen la puerta, la verdad, porque ni yo ni otros clientes nos merecemos eso.*

Nota del Relator: lo contrasté con el libro de actas del hotel, y realmente sucedió de otra forma. Al parecer el vecino en toda la noche no pudo conciliar el sueño debido a los elevados niveles sonoros de los ronquidos del Maestro. Pero según aparece en una nota marginal, las quejas llegaron también procedentes de los restantes huéspedes.

*Como es temprano aprovecharé para andar hasta la Universidad. Debo asistir como miembro de un tribunal de Tesis Doctoral, pero me apetece caminar.*

*En la calle sorprende la cantidad de personas que oigo con sus maletines de ruedecillas. No hay ningún pavimento que esté preparado para esas esporádicas apariciones.*

*Siempre el choque o el rodar es entre dos. Si uno es elástico o resiliente, el sonido se amortigua. Cuando ambos son duros, el sonido es fuerte, como en el caso de estas ruedecitas y los pavimentos de baldosas y losetas de la calle. Incluso esto ocurre con el asfalto normal. Debo pensar*

*en encontrar unas ruedecitas de patines skater de silicona para cambiar los de mis maletas (roller).<sup>23</sup>*

*Tengo la gran suerte de descubrir una hermosa y alta chimenea muy antigua situada en un callejón lateral. Se ubica en un espacio peatonal lleno de árboles que medio la ocultan de la visión desde la calle principal. No tiene desperdicio; de ladrillo, alta y esbelta, troncocónica con giro dextrógiro (tipo salomónica) para el viento, aunque rematada con un fuerte espigado. Quizás suena para altas velocidades del aire. Debería preguntarlo a los vecinos, pero no se me ocurrió en este instante.*

*Cruzo una calle transversal y, al otro lado, en el suelo, me encuentro un tambor. Parece abandonado. El pobre no está tan mal, incluso tiene la correa de cuero para soportarlo del hombro de quién lo adopte. La correa sí que está muy vieja. Pienso en la persona que lo aprovechará. En esta región Valenciana proliferan las bandas de música y las de tambores. Le saco una fotografía que me sirva para que el artista Duc levante un dibujo, y prosigo mi camino.*

*Nota del Relator: Meses más tarde, este tambor apareció colgando de la pared en un bar de copas próximo al hotel donde MR residió.*

*Ya en la Universidad, me sorprende el sonido a hueco que provocan los estudiantes que van en bicicleta o patines, al pasar sobre una banda central del pavimento que supongo alberga una galería de instalaciones.*

*Y otra sorpresa más, esta vez en el interior de la facultad, debido a que las paredes laterales del pasillo están revestidas con paneles de madera, y se percibe netamente el tono aflautado de mis pasos. Me paro a fotografiarlo y en ese instante logro escuchar el mismo tono cuando pasan otros profesores.*

*Que suerte he tenido por decidir venir andando. Cuando anoto todo lo que en este recorrido he podido ver y escuchar, me doy cuenta de lo afortunado que soy. Quizás simplemente soy un "orejas" que únicamente sabe apreciar lo sonoro y se olvida de todo lo que nos hace más humanos.*

*De todos modos gracias Valencia por invitarme!!!*

---

<sup>23</sup> Nota del Relator: Tengo entendido que MR llegó a patentar una maleta Sonitesan con ruedecillas de silicona y otra con amortiguadores.

## 6.9. Conferencia inaugural

El Maestro apareció con el carro de diapositivas removido. Había tropezado al salir del avión y se le habían caído en la escalerilla. Las rescató antes de que fueran pisoteadas por los demás viajeros, y como pudo las metió en sus bolsillos.

Yo creo que el Maestro hizo mal en no tomarse más tiempo colocándolas en su sitio, ordenándolas como había previsto para su intervención. En vez de eso, en el trayecto en taxi miró que la marca lateral, que siempre hacía en todas sus diapositivas, quedara boca arriba a la derecha. Pero no las tenía ordenadas.

Aunque llegaba tarde a la sala de conferencias del CACTAS, se entretuvo saludando a los recepcionistas, lo que provocó la ira de la Directora. Pero como conferenciante con experiencia, salió al escenario.

Y el Maestro dijo:

—Apreciados amigos. Debéis abrir caminos hacia la creatividad de la acústica en el ámbito del diseño, y para ello es preciso repescar las bases de la acústica y de la comunicación sonora.

Hizo un silencio intencional. En la pantalla apareció la primera diapositiva referente a una campana tubular. El Maestro estaba de espaldas accionando el mando. Si no se giraba, no veía lo que aparecía proyectado

—A su vez, nos detendremos en el necesario proceso de mantenimiento, rehabilitación y sostenibilidad sonora de nuestros escenarios, que deben ser respetuosos con aquellas intenciones y permitir cerrar armónicamente este ciclo básico. Y esto debe plantearse desde la pequeña escala personal, hasta la gran escala del territorio pasando por la ciudad, el edificio, el local, y los objetos que nos rodean.

Los asistentes no entendían nada.

—Todo cuanto se encuentra dentro del radio de acción de mi mano, constituye mi escenario personal, que se extiende desde mi cabeza hasta el límite del alcance de mis dedos.

Ahora se llevó las manos a su vestimenta, sacándole sonos muy variados en función de donde frotaba o percutía. El público permanecía expectante, pero en pantalla apareció un picaporte con forma de león.

—De la misma forma que con los vestidos, lleno mi cuerpo de objetos que me permiten definir una imagen sonora acorde con lo que la sociedad espera de mí. Si soy rebelde me lleno de cadenas que voy tintineando como si llevara espuelas, y si soy tímido intento inclusive escoger el calzado más silencioso a fin que no provoque ningún “nyc” parecido al del contacto con el parquet de baloncesto, o los tacones de las Clak-Clak girls.

La diapositiva que salió en pantalla era de un huevo vaciado que flotaba sobre un pequeño surtidor de agua que estaba rodeado de una cestita engalanada con flores.

—Hoy quisiera mostrarles la poética y el diseño que he elegido para mi escenario personal. Me he vestido especialmente para la ocasión y en lo relativo a los complementos he escogido algunos muy sonoros. A su vez, como objetos transportados me he rodeado de un encendedor, una fusta, una pelota de golf, un bolígrafo, un móvil, etc. Les voy a mostrar como suenan, y de ello Vds. sacarán unas falsas conclusiones sobre mí. En efecto, falsas puesto que no fumo, ni tengo ni monto a caballo, ni tampoco juego a golf, aunque sí escribo y también hablo por teléfono. Obviamente les he mostrado un escenario sonoro falso respecto a mi verdadera personalidad. No se preocupen que no les mostraré como soy en realidad.

Creo que hizo bien en no hacerlo, porque la siguiente diapositiva era la de un bebé dentro del seno materno. Algunos asistentes empezaron a cuchichear entre sí.

He ampliado mis escenarios más íntimos y personales con aquellos en los que convivo con otras personas.

Al menos ahora, la imagen de una bota con espuela, no parecía fuera del contexto de su disertación.

Mis padres me enseñaron en un ámbito doméstico donde empecé por descubrir la acústica de mi propia habitación. Alguien se preocupó para que siendo prismática y de planta rectangular tuviera unas proporciones áureas. Bolt se cumple en lo relativo al equidistanciamiento de las veinticinco primeras frecuencias propias de este recinto. Incluso puedo afinar las tres proporciones de acuerdo con las tres notas de un acorde musical, observando la perfección del acorde aumentada.

Pero ahora la imagen mostrada era la de una pantalla acústica dispuesta en medio de una ciudad. El público empezaba a impacientarse.



Los sonidos de mis objetos personales, juguetes, despertadores y móviles, se van ampliando con los de mi cama, sillas y mesas, introduciendo ahora transmisiones sólidas e impactos que son captados por mis familiares y vecinos. Recíprocamente, los sonidos de mis padres llegan a mis oídos informándome de sus discusiones y/o amoríos. En ocasiones oigo las zapatillas de la abuela, que arrastra los pies de tal forma que más parece que éstas la arrastren a ella.

El Maestro pasaba las imágenes y éstas para el público ya aparecían descaradamente sin orden ni concierto.

El escenario comporta conocer y amar los sonidos de nuestros muebles Tatinianos que resoplan cuando nos sentamos en ellos, o esas persianas que ululan con el viento, o ese desagüe de nuestro lavabo o bañera, que entona ciertas canciones en consonancia con el de la lavadora. ¿Y qué podemos decir de tantos avisos que nos dan nuestros electrodomésticos línea blanca, marrón, etc., como las campanillas del microondas, o el reloj del horno o el avisador de la cocina?

La imagen ahora era de un coche de carreras.

Por otra parte, en este escenario privado me separan unas paredes (que deben cumplir la norma acústica) de padres, hermanos y abuelos, pero la construcción con rozas acaba debilitando tanto su aislamiento, que pienso en sellar las rejillas bajo las puertas so pena de reducir los retornos del aire acondicionado.

Esta vez tuvo la suerte de coincidir con una imagen de un Split. No era un todo aire, pero se acercaba. Algunos del público empezaron a hacer apuestas para ver cuando coincidiría la imagen con la explicación.

—Necesito utilizar la palabra absorbente desde que el racionalismo ha impactado en las mentes del arte imponiendo la desnudez de los paramentos y los espacios gracias a su eslogan “Less is more”. Ahora debo pagar tributo al exceso de reverberación mediante el descubrimiento del denominador de Sabine.

Pero ahora apareció un campo de trigo bañado por el sol.

—Parte del escenario comunitario se produce en el propio edificio o en sus inmediaciones.

MR tomó un sorbo de su vaso de agua, aprovechando ese instante para mirar la diapositiva. Ni se inmutó al ver que no coincidía con su explicación.

Los problemas de mis escenarios privados se agravan cuando descubro que lo que me molesta a continuación son los sonidos comunitarios. Los compresores de la unidad climatizadora parecen emitir sin control, y sus voces compiten con la radio del vecino a duras penas amortiguada por los 50 dB de aislamiento exigido por normativa a la pared separadora. Puedo trasdosar para mejorar este aislamiento, pero el rendimiento expresado en dB/Euros no es directamente proporcional cuando la pared donde se aplica ya es importante.

Ahora la diapositiva era del área de Bolt. Muchos del público iban murmurando.

—Para la próxima reunión de mi comunidad de propietarios, pondré sobre la mesa la elevada reverberación del vestíbulo y caja de escalera, los golpes de la verja y de las puertas de acceso y los ruidos del ascensor. ¡No creo que obtenga grandes éxitos con ello!

En la imagen aparecía un avión.

—No sé controlar los ambientes compartidos, quizás porque todavía no he aprendido que nuestros sonidos comunitarios también me pertenecen de la misma forma que los individuales.

Volvió a tomar agua. Se le reseca la garganta.

—Voy dejando las escalas pequeñas pero tan exageradamente ricas de los escenarios anteriores, para entrar a la escala 1:500 del barrio.

La imagen que apareció en pantalla era la de una alumna del CAC-TAS con los ojos vendados. Al reconocerse esta persona exclamó un *Uau!* que sobresaltó al resto.

—Me toca, —el Maestro paró un segundo— seguramente compartir la vida con otros usos distintos al mío, donde pueden existir sentimientos comunes que nos unan, como la información de las campanas de la parroquia que me corresponde, de las que puedo estar informado del significado de todos sus repiques.

Tuvo la suerte de que la imagen era la de una campanilla de hotel. Los de las apuestas no sabían si debían pagar o no.

—Los barrios de mi ciudad se han transformado al cambiar los niveles de circulación, cubrir algunas vías importantes de tránsito rodado, o por la decisión de peatonalizar un sector, y generar zonas de bajas emisiones, y también la ciudad inteligente. De esta forma, los vecinos hemos descubierto infinidad de sonidos que permanecían camuflados y enmascarados detrás de aquellos focos anteriores.

El público no entendía ese desorden de las imágenes. Ya hablaban entre sí, porque el león de la Metro les desconcertaba.

—Pero a su vez aparecen otros nuevos, porque parece que la ausencia de aquella información deba ser rápidamente suplida por las músicas de las nuevas tiendas y comercios, reclamos infantiles que sirvan de excusa para atraer hacia los escaparates. O los músicos callejeros, que demuestran en ocasiones que esos rincones donde se instalan suenan mejor que sus propios instrumentos.

El Maestro había tomado un sorbo de su vaso de agua, y estaba vertiendo más cantidad procedente de su botella. Al ver el auditorio revuelto y girarse observando la diapositiva, decidió no desvelar el secreto. ¡Sencillamente les ordenó cerrar los ojos! Muchos le hicieron caso, y continuó con su explicación.

—La poética en la necesaria zonificación de la ciudad debe permitir que las distintas actividades convivan entre sí. Las ordenanzas son instrumentos aptos para regular los equilibrios de fuerzas que se establecen entre distintos sectores de una sociedad, pero para su elaboración deben intervenir los propios ciudadanos, puesto que la jurisprudencia puede ser un arma de doble filo en casos como el de la escuela, si no protege la educación de los futuros ciudadanos.

Y continuó:

—A diferencia del barrio, la ciudad se encuentra fuertemente zonificada en barrios residenciales, comerciales, centros de negocios, industrias, etc., y las contaminaciones sonoras no provienen de los roces entre sus fronteras, sino de la distinta expectativa de aprovechamiento del suelo que llevan implícitos.

Al ver el desastre que había provocado, dejó de pasar diapositivas.

—La diferenciación de funciones puede llevar a la existencia de una "City" sólo activa en el período diurno, donde su desierto nocturno me llena

el alma de mil temores, o barrios enteros dedicados al ocio nocturno, que durante el día deben suplir la falta de programa con interés paisajístico – arquitectónico y actividades de restauración. Pero también me interesa aprender los sonidos de sus pavimentos, mobiliario urbano, etc, donde los diseñadores se afanan para ofrecerme nuevas melodías.

Paró un instante para hablar de su familia.

—Cuando caminaba con mi padre por las calles, descubrí cuan poco corteses somos con nosotros mismos. En algunas vías nos fue imposible mantener la conversación.

Los asistentes tenían miedo a abrir los ojos.

—Callo al recordar que ya empieza la rehabilitación sonora de algunos asfaltos. Pienso en la gran superficie de los muros de contención en las calles, tratados actualmente con elementos duros, y me sorprende al observar que también toda la piel de los edificios actúa como un gran espejo sonoro.

—Para mi, la verdadera rehabilitación sonora de mi ciudad debe consistir en recuperar la propagación de la esfera pulsante, es decir, de radiación igual en todas direcciones, por lo que no debo nunca olvidarme de los cerramientos verticales, formados tanto por los muros como por los acristalamientos, ni los vuelos de cubierta. Todos ellos hacen que estas calles se asemejen a grandes habitaciones semicubiertas donde retumban los gritos de nuestros vehículos.

Algunos miraban con los ojos entreabiertos, camuflándose como invisibles.

—El escenario público va adquiriendo mayor protagonismo territorial a partir de dejar el centro para adentrarme en sus límites exteriores. Solamente la ciudad amurallada tiene esta frontera claramente definida, y por ello su acústica se enmarca dentro de este límite, lo cual, al igual que sucede en muchos edificios, permite diferenciar los sonidos del “dentro y fuera” de la ciudad. Pero en general la ciudad es difusa, sus límites pueden pasar por espacios vagos y esta indefinición es arrastrada hacia los diferentes caracteres acústicos que en ellos encuentro.

Cambió y la diapositiva actual era de un mercado. Pasó otra, apareció un televisor.

—Una de las características más importantes de la vida comunitaria y ciudadana, es la proliferación de caracteres acústicos que me ofrece. De entre ellos, destacaría los caracteres naturales, que se encuentran sin ningún esfuerzo y sin la intervención humana, y los caracteres diseñados. Cuando observo el territorio me siento impresionado por el dominio de las voces de nuestra era tecnológica. Seguramente, en el siglo pasado el verdadero protagonista ha sido el ruido de nuestras máquinas, porque incluso en el lugar más alejado de la civilización, inmerso en grandes extensiones de protección de flora y fauna, nos llega el sonido de un avión.

El avión ya había aparecido antes. Ahora eran unas deportivas.

—He invadido la gran escala de múltiples voces, que me permiten abrir caminos, trabajar los campos, extraer rocas y minerales. No soy consciente que por cada paso que doy varia el skyline de las montañas y que dejo una estela de ruidos que quizás perturban sus ecosistemas. Pero claro, yo no formo parte de ellos. A mí sólo me interesa aprovechar sus flujos de energía en mi beneficio.

El Maestro dio finalmente permiso para abrir los ojos a los asistentes. Estos estaban muy satisfechos de ello y de escuchar sus palabras sin contradicción con las imágenes. En pantalla aparecía el nombre de la editorial que publicaba sus libros.

—Me gustaría destacar el flujo constante de comunicaciones sonoras que mantenemos los seres humanos. Para aprender la génesis, el proceso de transmisión, la captación e interpretación de estos mensajes, debemos atender las opiniones de los antropólogos, los arquitectos, los biólogos, los ecólogos, los ambientalistas, los filósofos, los físicos, los fisiólogos, los otorinos, los historiadores, los ingenieros, los luthiers, los músicos, los paisajistas, los psicólogos, los psiquiatras, los sociólogos, y los urbanistas. Seguramente me olvido otros profesionales que con sus conocimientos nos permiten ampliar aún más si cabe esta visión pluridisciplinar de lo que para mí es el diploma de Altos Conocimientos Técnico – Acústicos y Artísticos sobre el Sonido que imparte el CACTAS

—Este profesional que aquí se forma, deberá dominar gran parte de estas materias, hasta poder hacer una “mise en scene” donde intervenga la poética, el diseño y la rehabilitación de cualquier escenario donde viva el ser humano.

—Para finalizar, deseo me disculpen si consciente o inconscientemente he hablado de aspectos excesivamente conocidos, porque lo sonoro es materia usual en cualquier ámbito, pero mis objetivos eran reunirlos bajo una óptica que me permitiera a la vez enseñar las virtudes de esos escenarios y advertir sobre el desconocimiento o abuso de muchos de los existentes.

Y el maestro concluyó

—Muevo mis orejas, como otros animales, para no perderme el más mínimo detalle de todos estos escenarios.

Y ciertamente el Maestro empezó a mover sus orejas con el rostro serio. En pantalla fueron pasando las diferentes diapositivas sin orden ni concierto. A pesar de ello el público aplaudió a rabiar.

Yo todavía no lo entiendo.

## 6.10. Cacustitécnia

«Hoy he madrugado para que me realicen una analítica. Entre todos los hambrientos sentados en la sala de espera del laboratorio ubicado en la parte alta de la ciudad, diviso muchas mujeres de edad avanzada provistas de su abrigo de visión o de astracán. Me recuerda la famosa frase de John Lennon dirigiéndose a la platea para que aplaudiera y a los de los palcos para que solo movieran las joyas. Este es un mundo sonoro, donde siempre estamos atentos a las señales que estos nos producen, y cuando finalmente oigo el sonido al liberar la goma que me apretaba el bíceps, respiro y me tranquilizo porque esta vez el pinchazo ha sido eterno. Creo que más que una analítica me han sometido a una extracción, porque al contar las cinco probetas, no me gusta mirar cuando me pinchan, he comprobado el porqué de tanto tiempo sometido a ese tormento».

—Despierta, por favor!!!

El zarandeo era excesivo y MR se despertó sobresaltado en el asiento del auditorio del Cacustitecnia.

—Mira que venir a dormirte en la conferencia inaugural. —Le dijo el Presidente de la Sociedad de Acústica dejando de pellizcarlo el antebrazo.

«Menos mal» —pensó él—, «que entre Sarce y APL me han interrumpido el sueño, porque al parecer Derlanvor estaba a punto de abandonar su presentación en video por el nivel de mis ronquidos».

MR miró hacia atrás y observó que una gran parte del público le miraba con cara de pocos amigos.

Sonriendo, pensó en otro momento del día anterior en el que vivió una situación bastante anómala en el bar de Bellas Artes.

Derlanvor estaba terminando, y APL miró a MR y a Sarce indicándoles que se prepararan para la siguiente intervención. MR separó el brazo izquierdo de su proximidad, no fuera nuevamente a pellizcarlo. Tenía ganas de ir al servicio, y así se lo dijo en voz baja, pero Sarce se levantó de su lado para acompañarle al atril.

MR llevaba el maletín de sonidos en el que la azafata del congreso había atado la etiqueta con sus credenciales colgando del asa. Al empezar a andar, la etiqueta empezó a flamear como una bandera, produciendo el mismo sonido que había escuchado en la película *Play Time* de Jacques

Tatí. Todo el público había hecho un silencio casi absoluto, pendientes de esa banderita que entrechocaba con la parte posterior del maletín.

«Es bueno que estén pendientes de ese sonido y no de mí» —pensó MR al ver esta reacción del público.

Sarce no le quitaba el ojo, y con el brazo, suave pero persistentemente, le empujaba hacia las escaleras del escenario. Subieron lentamente. Los zapatos de ambos producían muchos crujidos en la madera, sugiriendo unos quejidos incontrolados.

Ambos se sentaron en la mesa presidencial. Sarce presentó al Maestro sin faltar elogios, pero también expresando múltiples reproches por su actitud sonora anterior.

MR hizo caso omiso. No contestó nada a su presentador, que permanecía sentado en la mesa, pero bebió un poco de agua, cogió el botellín y el maletín, y se levantó.

Con una gran sensación fisiológica, el Maestro llegó al atril y con un golpe fuertemente amplificado por el sistema electroacústico, que sobresaltó a un gran sector del público, dejó el maletín sobre la madera del atril.

«Empiezo mal si además de roncar antes, ahora ensordezco al público».

Bebió otro poco de agua y empezó su intervención.

—*Mierda, otra vez cerrada*, exclamó la joven delante de la puerta del servicio de mujeres del bar de Bellas Artes, y acto seguido sin pensarlo dos veces, entró en el lavabo de hombres situado al lado. Esta escena la observé junto a una joven, seguramente estudiante, también sentada en el Bar de Bellas Artes. Ambos nos miramos y ella me sonrió. Pienso ahora en lo que hubiera supuesto la situación inversa; un joven entrando en los servicios de las chicas.

El público no daba crédito a cuanto estaba escuchando. Algunos ojearon el programa para descubrir que el título de la intervención de MR era “el Diseño del Residuo Sonoro”.

«No puede ser» —pensó APL mirando a Derlanvor pero este último le tranquilizó haciendo un gesto con la palma de la mano, que significaba Espera. Al parecer tenía más confianza en MR que él, o conocía algo que le habían ocultado.

Arriba, en el escenario, el Maestro se había vuelto de espaldas al público. Tenía las manos hacia delante y la cabeza mirando abajo. Se es-



cuchaba perfectamente la caída de algún líquido que impactaba con el entarimado.

Algunos del público, interpretando mal el sonido, se pusieron a reír. Otros, totalmente desconcertados, esperaban ver la reacción de APL, pero este estaba postrado en su asiento sin dar crédito a cuanto escuchaba. A su lado, Derlanvor se tronchaba de risa.

No obstante, MR, todavía sin volverse hacia el público, se colocó el silbato en los labios y empezó a soplar reproduciendo el canto de un pajarito. Aliviado por lo que oía, APL se sentó correctamente y su cara se iluminó con su característica sonrisa.

—¿Os pensabais que hacía otra cosa? —Les preguntó MR en un tono convencido—. Y no es que no tuviera ganas, porque mi amigo Sarce me ha obligado a aguantar mi fisiología. Pero casi todos estabais convencidos de que un hombre de espaldas produciendo este chapoteo después de mi explicación inicial, solo podía significar algo concreto.

En la primera fila, APL y Derlanvor se miraban entre sí de reojo, asintiendo interiormente.

—Y no. Solamente estaba intentando llenar con un poco de agua el depósito de este silbato de juguete. Os prometo que la próxima vez traeré uno relleno de origen.

MR miró fijamente la primera fila.

—Pero la anécdota me sirve para que reflexionéis sobre el engaño con los sonidos cuando no vemos su procedencia. Eso mismo me pregunté al ver aquella alumna entrando en el lavabo masculino. En cambio, cuando los servicios son mixtos, nadie se sorprende de nada. Los ámbitos sonoros de los de a pie se confunden con los de los sentados. El diseño del residuo sonoro trata precisamente de eso, de cómo al sonido que queremos diseñar no le es indiferente el sonido residual del lugar que le acoge.

Tomó un sorbo de agua mientras observaba que el público todavía estaba pendiente de sus móviles. Muchos tenían la cara iluminada por su luz azulada.

—Hablamos de significados y adjetivos, puesto que el sonido del agua que se me escapaba por esos difíciles agujeritos del depósito de este silbato, os ha recordado otros sonidos, y rápidamente lo habéis adjetivado.

Estaba haciendo pis. Imaginad que vuestros móviles tuvieran ganas de hacer pis.

Tomó otro sorbo de agua, viendo que ahora la totalidad de la audiencia había cerrado sus móviles tras estas últimas palabras. Absolutamente todos estaban pendientes de él.

Pero notó que le venía la afonía, y sin pensarlo dos veces, desapareció.

El Maestro era capaz de tener a su auditorio completamente pendiente de lo que hacía o decía. Esas cualidades siempre se las he envidiado, ya desde el primer instante en que lo conocí cuando yo era su alumno burlesco del CACTAS, y no le perdono que no terminara esta conferencia. Yo también lo siento.



## Capítulo 7. Final

Ya sabéis que como Relator, me dieron permiso para publicar todo lo que pudiera encontrar sobre él, pero a pesar de ello me obligaron a firmar el contrato incluyendo una cláusula que me exigía enseñar una maqueta de este libro. No les gustó nada, puesto que según dijeron “voy de protagonista”. Lo he sentido por vosotros porque en vez de mostraros de forma dinámica mis participaciones, he tenido que organizar los capítulos como ellos quisieron.

Lo siento especialmente por mis lectoras, porque esto me hizo renunciar a mis comentarios irónicos y dejarlas con el aburrido del MR.

Este capítulo final, abraza muchos relatos que han aparecido de forma dispersa en los archivos de MR. Pero yo le conocía bastante a fondo, y me imaginé que habría escondido otros escritos.

Por eso busqué en todos los archivos y carpetas, y creí que ya había obtenido la totalidad, pero en una caja fuerte bancaria aparecieron otros apuntes y memorias, así como detrás del piano de su casa, y, no os lo perdáis; debajo del parquet de su despacho del CACTAS.

Yo creo que no tienen desperdicio.

También en una maleta de cuero marrón, con refuerzos metálicos en las esquinas, aparecieron varias grabadoras en cassette, minidisc y DAT.

De todos los registros, he podido extraer algunas singularidades que creo pueden enriquecer este capítulo final de la presente edición.

Y evidentemente, todo libro debe acabarse, o sea que...

## 7.1. El cuento

Dedicado al Pere, gran dibujante del cuento original, y a su hermano Martí, novel literato.

Y el Maestro dijo:

—Había una vez...

Yala le miraba con la boca abierta, sonriendo, al saber que su abuelo le volvería a explicar su cuento preferido. Ciertamente, nunca lo explicaba de la misma forma, pero los efectos sonoros que utilizaba siempre eran los mismos.

Hacía mucho tiempo que él no venía a México D.F., donde ella vivía desde que sus padres fundaron la Fonoteca Nacional. Aunque solamente tenía 7 años, se daba cuenta que el mundo sonoro que la rodeaba se debía en gran medida a su abuelo, al que todos, incluidos amigos y conocidos, llamaban el Maestro.

—Había una vez —volvió a pronunciar su abuelo—, un pajarito que se encontraba en el nido. El nido, estaba muy lleno, con sus dos hermanitos y sus padres. Como los polluelos ya estaban suficientemente crecidos, sus padres les insinuaron que intentaran aprender a volar.

La niña callaba esperando la continuación.

—Vuestra madre y yo creemos que ya tenéis fuerzas suficientes para que hoy hagáis vuestro primer vuelo —les dijo el padre.

Los tres pajarillos se asomaron al borde del nido y miraron hacia abajo. Realmente, la altura era considerable, pero estaban ilusionados. Entre ellos comentaban la jugada aunque uno de ellos no lo tenía muy claro.

El más atrevido de todos, se colocó en el otro extremo del nido, y dijo

—Dejadme sitio. —Cogió carrerilla y saltó por el otro lado. Los cuatro se quedaron en el nido viéndolo descender y agitar las alas hasta que se puso a volar, primero torpemente, y luego su instinto le hizo girar la cola como un timón dominando los giros. Cansado, se posó sobre una rama cercana, pero lo había logrado y animó a sus hermanos.

—Ha sido fantástico —comentó—, no os lo penséis, que vale la pena.

El más valiente de los que quedaban, se sentó en el extremo y se tiró de espaldas, como si de un buceador se tratara. Dando una voltereta

y moviendo las alas, remontó el vuelo, y después de varios ejercicios, se reunió con su hermano.

—Vamos, atrévete, porque es increíble —le animó al tercero.

Le había llegado la hora. Mesuró la altura comprobando que era de unos 20 metros, la velocidad y dirección del viento, concretándolas en 8 m/s procedente del noroeste, y observando que toda la caída desde el lado norte del nido estaba despejada de ramas y otros nidos. Miró a sus padres, quienes le animaron, así como a sus hermanos. Se despidió de ellos, se colocó en el extremo norte del nido, y cerrando los ojos, se tiró.

La expresión verdaderamente cierta es que se tiró, y aunque movió las alas de forma incluso desesperada, los demás vieron que se iba acercado al final del recorrido sin ningún éxito.

Así fue, porque en todo el bosque, de forma muy amplificada, a pesar del alto movimiento de las alas, se oyó un único sonido:

BADABUMBA!!!

A ese sonido le siguió un silencio impresionante. Todos los animales del bosque hablaron de ello.

Días más tarde, lo volvió a intentar. Comprobó otra vez los parámetros del viento, altura y obstáculos, y se lanzó nuevamente.

En el bosque, ahora con todos los animales observándole, se oyó:

BADABUMBA!!!

Todos le recomendaron que no lo volviera a intentar.

El pajarillo se alejó andando.

Al cabo de unos días regresó con los pies escaldados, y sus padres le regalaron unas botas.

A partir de aquél día era conocido por todos como el pajarito de las botas.

Andaba mucho y se aprendió todos los rincones del bosque.

Los hermanos del pajarito de las botas, lo iban a ver volando y le comunicaban cómo estaba el bosque.

Un día vieron humo y se lo dijeron.

El pajarito fue a buscar voluntarios entre los animalitos del bosque, y los organizó en grupos con cubos de agua y de arena, con los que consiguieron apagar el fuego.

Desde entonces el pajarito de las botas es el bombero del bosque.

Y colorín colorado, este cuento ...

El Maestro miró a Yala. Estaba dormida como un tronco.

«Seguro que no ha escuchado lo del bombero» —pensó.

Y su hija dijo:

—Papá, tengo algo muy importante que decirte.

«Ahora no puedo ocuparme de ti». Desgraciadamente ese día se cumplían años del fallecimiento de Vierxa, su mejor amigo. Sus ojos se enturbiaron con una humedad lacrimal que intentó ocultar en medio de la reunión que mantenía con APL.

—¡Papá, estoy esperando un bebé!

Esta vez dejó de pensar en su amigo, músico y abogado, y se concentró en que su hija iba a ser madre, «y yo abuelo», pensó.

Dejó como pudo la reunión con los apuntes para la edición del libro “Yo, Maestro Roncador” y se fue corriendo a comprarse un nuevo fonendo para poder escuchar los latidos del corazón de su nieta.

«Recuerdo como escuchaba los latidos de mi ciudad, y cómo se los expuse a Na, mi editora, que se enamoró de la idea. Pero ahora son los latidos de mi nieta, y no tengo a mi lado nadie con quien compartirlos. Eso sí que me entristece. Ella se va a perder esos sonidos nuevos, llenos de vida, que hacen que volvamos a ser humanos, a llorar de alegría, a entristecernos con sus silencios, a... Si, ¿pero qué es este ruido?»

Poco se imaginaba su nieta que al cabo de unos años le encargaría al alumno más burlesco del CACTAS ordenar estos escritos para hacerlos aparecer a la luz.

Y poco me imaginaba yo, que sería la persona de confianza para esta misión.

De haberlo sabido, me habría inventado el cuento de hacerme bombero para pasar desapercibido.

## 7.2. Memorias 007

En este escrito se relatan algunas ideas rápidas que la editora le insinuó a MR separar para otro ejemplar. Algunas se remontan a más de quince años antes de hoy, por lo que he debido actualizarlas, pero creo que todavía son vigentes ya que se trata de elementos pertenecientes al paisaje sonoro de cualquier lugar. En concreto se tratarán los siguientes temas: el mar, la nieve, el viento, la lluvia y el césped.

### *El mar*

*El mar es como una hélice. Normalmente el sonido del mar te rodea, te da vueltas, te va envolviendo cuando te encuentras estirado sobre la toalla en la playa, justo donde rompen las olas, e intentas escuchar su significado.*

*Me recuerda una aspiración, algo que quiere el sonido para sí, para quedárselo, sobre todo cuando uno se encuentra en una playa de arena de tamaño ojo de perdiz, garbancillo o gravilla pequeña, y oyes como ruedan y frotan entre ellas las piedrecitas cuando la ola llega y se retira. Es como un suave murmullo.*

*A veces es necesario que en la orilla exista una fuerte pendiente hacia el mar. Por eso, el mar quiere quedarse esos sonidos. Porque se acuerda del esfuerzo que ha tenido que realizar para levantar las piedrecitas hacia arriba una y otra vez. Sentado cerca del mar, se pueden escuchar estos sonidos de las olas que rompen pasando de un canal estéreo al otro, a la derecha, centro y a la izquierda, o al revés, según el viento y mar de fondo. Esto es lo que me recuerda a la hélice. Pero si estás lejos, o muy arriba, oyes su estruendo como un continuo, perdiendo el efecto estereofónico, y presentándose como una línea o como un plano. Te sorprende tanto, que si no estás acostumbrado es capaz de despertarte por la noche, como me pasó una vez a las dos de la madrugada en la planta 14 de un hotel. Oír un zumbido continuo, sin interrupción, en medio de los sueños, provoca que uno se despierte y se pregunte ¿qué es este ruido tan fuerte y especialmente constante?*

*Acabo estas líneas con el pensamiento de dejar una playa donde los sonidos humanos se añaden a la partitura de los sonidos del agua. Me refiero a los sonidos de los niños que, dentro y fuera del agua, corean la llegada de las fuertes olas, o tiran piedras de la playa.*

*¡Esos son sonidos de vida!*

### ***El abrigo blanco***

*Nieva. Parece que el tiempo se para porque nada suena. No hay viento. La nieve cae tan lentamente que casi lo hace estáticamente. Es algo arquitectónico, sin aceleraciones bruscas. No hay impacto como con el agua o el granizo, no, de tanta fricción que tiene con el aire, más que nevar parece que caigan plumas. Y siento su silencio. Nos quiere comunicar algo: que el mundo calla.*

*Quizás estas son las imágenes mejor fijadas que tengo de la nieve, los copos que caen tan lentamente como si fueran plumas de aves, y consecuentemente, su silencio. Porque la nieve es muda.*

*Pero hay un efecto resultante que se añade a este silencio; el de la elevada absorción sonora que produce ese nuevo manto de material al revestir la vegetación, el mobiliario urbano, los pavimentos, las cubiertas inclinadas, e incluso parte de las fachadas. Yo creo que muchos materiales absorbentes actuales como la lana de vidrio en borra, o las hiladas de lana de roca, son las réplicas que el ser humano hace de este modelo.*

*La nieve tiene un coeficiente de absorción casi constante de 0,95 desde 250 hasta 4.000 Hz. para espesores de unos 6 cm. Es decir, absorbe casi el 100 % del sonido en todo el campo de la palabra y deja casi mudos todos los paisajes. La arquitectura y el paisaje ya no actúan como cajas de resonancia. Eco se ha perdido, ya no devuelve mis voces.*

*Yo he presenciado nevadas de más de setenta centímetros de nieve.*

*Incluso el bosque, de por sí bastante absorbente, después de haber nevado se percibe como si se hubiera vestido con un manto anecoico.*

*Lo mismo me ocurre en la ciudad, porque incluso las fachadas de los edificios dejan de resonar. En efecto, la ciudad se ha vestido con un "abrigo blanco". Un abrigo de oso polar blanco, totalmente hambriento de sonidos.*

### ***El aire y el viento***

*¿Qué puedo decir del aire que no haya escuchado durante algún trayecto? Porque se trata de eso, de un compañero de viaje que a menudo me habla desde muy lejos. Quizás por esa razón, todavía no lo entiendo, porque sus sonidos siempre encuentran resonancias selectivas y amplificadoras en los agujeros de las rocas, y a su vez también me permiten observar las voces propias de los árboles, de las ramas, de las hojas...*



*Especialmente me atraen los murmullos del viento en los árboles de ribera como los chopos y las albas. Son sonidos frescos que indican la presencia de los riachuelos. A menudo, si me siento o mejor me tiendo en un bosque, noto como el aire excita las copas de los árboles como una ola más lenta de lo que sería de prever. Parece como si un gigante indivisible pasara la mano acariciando las copas. Y yo, estirado en medio del bosque, percibo como se mueven las hojas y crujen las ramas, cruzando sus sonidos de derecha a izquierda, o en otras direcciones.*

*Si pudiera estirarme en el suelo a escuchar cada uno de los bosques de las diferentes especies de vegetación existente, sería increíble. El de bambús guerreando mientras el de los eucaliptus me acaricia oídos y nariz, o el de chopos y albas murmurando como cristalinas gotas con sus hojas de largos peciolos.*

*Y cuando el viento quiere hacer ulular las catenarias de las líneas eléctricas o telefónicas. ¿Qué pretende comunicarnos? Quizás solo quiere llamar la atención e indicarme que puede emitir tanto los sonidos agudos como los graves.*

*¿Os habéis fijado que cuanto más fuerte sopla, más agudo es su tono? Y si uno se coloca de frente, consigue hacer chillar los oídos. Si hablamos con alguien situado a barlovento y no nos oye, no podemos enfadarnos.*

*No todos los problemas son debidos al viento. Muchos de sus sonidos y de sus voces son debidas a nuestras acciones. Construimos ciudades, edificios, paredes, chimeneas, catenarias, que no respetan la libertad de su camino, y no nos damos cuenta, pero él existía antes que nosotros llegáramos, y reclama la libertad de su paso. El viento genera sendas, como los elefantes sus caminos y la cavitación es su testamento.*

*Mi problema de pequeño era lograr dormir al oír sus voces. Toda la nueva casa de la playa sonaba, y hasta que no me acostumbré a ella fue muy desagradable.*

*El aire nos habla gimiendo, o con fuertes bramidos porque encuentra resonancia o hace vibrar los obstáculos que le ponemos delante. Incluso puede hacerlo azotando y deshaciendo la bandera más querida.*

*Solamente un sonido eólico me ha dejado enamorado, los remolinos que hacen las hojas secas de un bosque de hayas, donde esta persecución helicoidal inútil, señala un momento mágico de colores y sonidos, tanto arriba como en la verdadera alfombra que el viento deja a nuestros pies.*

*Llueven hojas en otoño. Y cuando entra el sol en el bosque, esta rojiza lluvia es mágica.*

### ***La lluvia***

*Llueve intensamente. Lo noto porque percibo la vibración del tejado y un fuerte ruido que parece entrar por todas las rendija de las casas.*

*—El cielo tiembla —dice una niña de cinco años, refiriéndose a los truenos que la han despertado de su sueño.*

*En cambio, me encanta el suave murmullo de la llovizna sobre el paraguas y la información de su pequeña presencia. El mundo se transforma bajo el paraguas. La tensión superficial mantiene una pequeña capa de agua que realiza la función de barrera a ciertas frecuencias. Ya no oigo la ciudad ni el paisaje de la misma forma. Ahora solamente me llegan sonidos frontales y laterales, pero no los cenitales, impedidos por el paraguas que refleja las consonantes de mis palabras.*

*Por otro lado, el zumbido de los truenos y los chasquidos de los rayos nos informan de la cantidad y lejanía de las tormentas. Cuanto más grave suena el trueno, más lejos está la tormenta, y cuanto más agudo, más cerca de nosotros ha caído del rayo.*

*El sonido es más agudo, y acostumbra a informarnos de la mayor proximidad.*

*Los neumáticos de los vehículos me avisan cuando llueve...*

### ***El césped***

*El césped es como la moqueta exterior. Nuestros pasos quedan tan amortiguados que realmente parece que nadie camine encima de nada.*

*Como actúa con tan baja rigidez dinámica, este fenómeno hace que no podamos percibir si se acerca alguien. Por eso es fantástico para que los niños jueguen al escondite. Cuando paras, no puedes saber hacia dónde se dirigen los otros jugadores. No es como la arenilla, que siempre cruje cuando la pisas, o se levanta con nuestro talón debido a la tensión superficial, sobre todo cuando está húmeda.*

*Lo verdaderamente maravilloso es caminar descalzo encima del césped natural, porque el sonido que produce es muy íntimo, y su humedad un*

*encanto para nuestros pies en los calurosos días de verano. Lo recomiendo después de haber llovido o regado. Caminad descalzos por él en verano.*

*Pero cuidado con los “crecs” que hacen los caracoles transeuntes cuando no los ves y te los encuentras con el pie. Si colocas el oído en el suelo, puedes oír cómo avanzan, abriéndose camino con su fuerza. Y si existe un recorrido o camino hecho por las hormigas, también hace falta pararse, pegar el oído, y comprobar cómo suena el paso de su regimiento.<sup>24</sup>*

---

<sup>24</sup> Supongo que MR se refería a utilizar micrófonos piezoeléctricos para escuchar las hormigas. No creo que tuviera un oído tan sensible como para escuchar su paso.

### 7.3. Notas breves del maestro roncador

El relator advierte que estas citas, frases y notas breves, provienen de diversos escritos del MR, y también de otras fuentes que han citado al MR como su autor. Yo también he añadido alguna que le escuché en el CACTAS.

Un sonido más un ruido es igual a un disgusto.

El ser humano está preparado para el susurro en el oído en aquellos instantes íntimos, o la suave voz de nuestra madre al arrullarnos de pequeños en la cama, o la conversación a un metro de nuestro mejor amigo, o el canto con la coral. Todo esto representa una dinámica que va desde los 20 a los 80 dBA. Para lo que no estamos preparados es para soportar ruidos, impactos o vibraciones no deseados, por flojos que estos sean.

Un grito de Munch, más un puñetazo en la mesa, más un terremoto, no son solamente sonidos aéreos, impactos y vibraciones. Son impertinencias a nuestros oídos.

Si te invitan a entrar en un local donde se generan 100 decibelios para que los sumes con otros 100 decibelios, no entres. Quédate fuera y diles que ya sabes que siempre que se suman dos niveles sonoros iguales, el resultado son tres decibelios más que uno de ellos.

“LA EXTRAÑA PAREJA”. Si a tu lado en la cama oyes roncar, alégrate. No estás solo/sola.

“EL REFUGIO”. Cuando oigas el estruendo de los truenos, busca un refugio. Cuando oigas rugir el león, busca un refugio. Cuando oigas un cañón busca refugio. Cuando oigas la voz de tu suegra, sal del refugio y corre a buscar con el trueno, el león y el cañón un nuevo refugio.

“RECUERDO”. Es más fácil medir un ruido que anularlo, en especial si es el latido de tu corazón.

“OXITOCINA”. Dejad que los niños lloren porque establecen las sinapsis nerviosas, pero si lo hacen en exceso, no los alejes de tu mano y acércalos a tu pecho para que se calmen con el latido de tu corazón. Cuando le chillas a un ser querido, significa que vuestros corazones se encuentran excesivamente alejados. La solución consiste en acercarlos con un fuerte abrazo. ¡A pasarnos oxitocina!

“DORMIDA”. Tuve la suerte de oírte y tu voz era el anhelo de mi alma, más no regresaste para contestar mi pregunta: ¿Me permites escuchar tus más silenciosos sueños el resto de mi vida?

“EL BAÑO”. Me miro en el espejo y no me veo, el vaho del baño todo lo invade. Canto, y mi voz resuena amplificadas y filarmónicas. Esta es mi particular y brumosa sala de conciertos.

“MÚSICO DESAFINADO”. Mi puerta cruje con tu paso y la alfombra amortigua tu huida. Dime que es lo que de mí te amedrenta si solamente el clarinete he tocado!

“LA R”. En la calle Carretas había un perrito. Pasó un carrito y le cortó el rabito. Pobre perrito, cómo corría, Carretas arriba, sin su rabito.

“GRANADA”. Dale limosna mujer, que nada hay peor que ser sordo en la Alhambra!

“CHISTE MACABRO” —Hijo mío, idime algo! —Le chillaba emocionado el músico a la gran oreja de su hijo recién nacido—. Perdona, —le dice el médico—, no hace falta que le grite. Es sordo.

“EL MOVIL”. Nunca pases por mi lado sin contestar a mi voz. Cuando te llame debes atenderme. Y aunque no sea tu amante, me necesitas siempre, porque incluso cuando pretendas ignorarme, soy tu teléfono móvil.

Cuida tu voz, porque es el mejor y único sonido que tienes para comunicarte con los demás.

No te preocupes si no afinas. Cántame de nuevo esa canción con la que lograste que me enamorara de ti.

Tu y yo sonamos distintos pero iguales; tus cuerdas vocales son cortas, como las del violín y las mías largas como las del contrabajo, pero cuando cogemos el arco para hacerlos sonar en “continuum” ambos instrumentos resuenan juntos.

Quizás un día pueda perdonar los ruidos. Fueron los culpables de interrumpir nuestra mejor conversación, obligándonos a hablar tan cerca, que llegamos hasta a oler nuestros cuerpos, y cuando olí tu fragancia, me acerqué más, hasta encontrar tus labios.

De acuerdo, esos versos no son lo mejor que he escrito. Pero cuando te los recité con mi voz te enamoraste de las emociones que encerraban, y estas las hemos compartido para siempre en nuestra vida.

Escúchalo todo. Siente el susurro de la vida que palpita cerca de tu oído cuando lentamente me acerco a ti, intentando a cada paso que la arena cruja de forma similar a los latidos de mi corazón.

Nadie más que tú sabe lo que significan para mí los *crec – crecs* de tus vestidos de seda, ni los *clack – clacks* de tus zapatos de medio tacón. No se lo digo a nadie, pero me enamoré de todos los sonidos que produces, incluso tus silenciosas despedidas.

La frecuencia de mi voz es baja, pero su pulso es fuerte. No temas, no puedo hacer el grito de Munch, pero en mi bolsillo llevo el silbato de salvamento por si volvemos al Titanic.

Cuando oigas tocar a “retreta”, cierra el dossier que estés trabajando en tu ordenador y sal de tu despacho. Ahora toca retirada a tus seres queridos.

Si Miguel Ángel pudiera dar voz a sus esculturas, ¿cómo sería el murmullo del “David”, los lloros de la “Pietà”, o los gruñidos de su “Moises”?

Pocos son capaces de emocionarse con mis ronquidos. De acuerdo, puedo entenderlo. Los que me aman tampoco lo han soportado, y eso no puedo comprenderlo. ¿Debo buscar la protagonista de “hijos de un dios menor”?

Un día entendí que era preciso limitar el ruido de los vehículos en las calles de mi ciudad. Paseaba con mi padre a mi lado y no lograba entenderle. Ciertamente, él era mayor y su voz ya no podía competir con el estruendo de nuestras máquinas urbanas.

PUM, – CHI – PUM, – CHI – PUM – CHI – PUM – CHI – PUM. El Maestro, con el pie y la mano, se imaginaba como el único intérprete. Miró a su entorno, y viendo que nadie más aparecía, volvió a insistir con esos sonidos. Al cabo de un instante ya eran dos. Ambos insistieron para que fueran tres.

Sus pasos se alejaban lentamente, resonando con los seis segundos en la cúpula del Panteón. El acústico, ahora solo, pensó si debería corregir ese defecto. Es el Panteón, le había indicado su mentor. Tosió fuerte para escuchar otra vez el retumbo mientras con paso firme abandonaba el mo-

numento dejando que otros oídos lo percibieran. «Es la voz del Panteón, y si tiene nódulos, es su personalidad», pensó saliendo. Nadie debería corregirla.

Sonido Internacional. El proceso de globalización que sufrimos en nuestras ciudades nos conduce seguramente a una pérdida irreversible de nuestros paisajes sonoros específicos. Ahora todos van sonando igual, y el alma sonora de cada población, que la hacía tan particular y reconocible, se va confundiendo en el anonimato.

A menudo nos creemos que la frase “niño, cállate” es la mejor solución para obtener el silencio en colegios y hogares. Pero en vez de ello, lo que debemos hacer es enseñarles a amar los sonidos, como la música y la oratoria. Entonces serán ellos los que reclamarán el silencio de los mayores.

Nuestros hijos no deberían heredar nuestros ruidos. Si no queremos obligarlos a soportar nuestras deudas, debemos actuar rápido encontrando las soluciones sonoras necesarias.

Amo... El otoño porque me permite cambiar mis hábitos y hacer crujir con mis pasos las hojas caídas de los árboles.

Amo... La nieve porque aunque ande muy lentamente, siempre delata mi llegada a los oídos más atentos.

OTOÑO: ¿Por qué en otoño he cruzado a la otra acera, donde estaban acumuladas las hojas caídas de los árboles, para poder pisarlas?

Mientras ronques, no conduzcas.

Lo que no puedas medir inténtalo escuchar.

El día más importante de mi vida fue cuando descubrí que roncar no significaba dejar de amar. El problema era si la que amaba podía soportarlo.

Lo que es necesario preservar del sonido son dos aspectos: la cultura que proporciona y el servicio social que presta.

Cada día tengo las orejas más grandes, me dicen que como la nariz siempre crecen, pero cada día oigo menos y creo que huelo más olores.

El escultor de gárgolas ¿sabe cómo sonarán cuando escupan el agua de la lluvia? ¿Sabía cómo sonarían el protagonista de *Los pilares de la tierra*?

“Antes de entrar, dejen salir el ruido”.

## 7.4. Carta a Semont

Nota del Relator: Esta carta es incompleta. La encontré bajo el entarimado del despacho de MR en el CACTAS. Sin querer pisé donde nadie lo había hecho hasta entonces, y sonó a hueco. Como creo que no tiene desperdicio, la incluyo en esta edición, porque muestra un lado humano y lleno de amor de su juventud.

¿Por qué?

*Hoy iba andando por la acera, tranquilamente por mi derecha, escuchando mis pasos, cuando he visto que en la acera de la izquierda existía un remolino de hojas caídas de los árboles. He sentido una atracción irresistible. Algo me ha obligado a desplazarme hacia ellas para poder pisarlas. Es más, he andado muchos pasos arrastrando los pies sobre estas hojas a pesar de estar húmedas debido a la lluvia de los días pasados, para volver a encontrar el placer sonoro y táctil de esas sensaciones nuevas que nos deparan los cambios de las estaciones.*

¿Alguien puede explicarme por qué he sucumbido a esa necesidad?

—Hola.

Semont se vuelve hacia la voz masculina que, al parecer, la ha saludado, y descubre a MR enfundado en una cazadora tejana que le va dos tallas más grandes.

—Perdona pero no te había visto, —le contesta mientras trata de agarrarse a algo sólido debido al zarandeo lateral del vagón al dejar la estación de Central Park y descender bajo la curva de 96 St.

MR, con su huesuda mano, coge el codo de Semont, que intenta desesperadamente encontrar algo sólido que no sean los restantes viajeros del vagón del metro de la línea 2.

—Uf, casi te aplasto —comenta ella mientras por la megafonía del vagón se anuncia:

—*Próxima estación 96 St.*

Semont percibe que él no la ha soltado todavía, y ese contacto le confiere una sensación de seguridad que le recuerda la que su padre



le proporcionaba, al darle la mano en los juegos de equilibrio sobre las piedras del riachuelo cercano al pueblo de veraneo. Han pasado más de diez años, pero siempre se acuerda de esos instantes, y de estas palabras:

—Cuando temas por tu equilibrio o tengas vértigo, búscate un punto de apoyo donde agarrarte.

Mirándole fijamente a los ojos, percibe en los de MR una chispa de interrogación o de pregunta reprimida durante mucho tiempo. Finalmente, ella se sienta, mientras él permanece de pie, a su lado. Semont le mira mientras él habla. Se coloca bien en el asiento mientras sus manos mesan los cabellos hacia atrás, colocándose bien su flequillo. Con gran habilidad se pone una pequeña goma elástica formando una cola que le dejaba el cuello al aire, visto en toda su extensión. Ella sabe que él no será impasible a esta escena. Así es, porque esgrime ostentadamente su juventud, y al arquearse hacia atrás, resalta todavía más la feminidad de su cuerpo.

—Perdona, pero ...

Semont se levanta, se acerca a MR, y colocándose de puntillas le besa en el cuello.

El muchacho se derrite, mientras, ella se mantiene así unos instantes.

“Ringggggggg”

El timbre sonó durante casi un minuto, tiempo en el que MR se despertó, colocó las zapatillas y acudió a la puerta de entrada de su hotel.

—¿Qué ocurre? —preguntó pasándose los dedos por los ojos todavía obstruidos por el sueño. Eran las dos de la madrugada.

Que no puedo dormir —dijo la silueta.

Esa frase la había escuchado innumerables veces. No era nueva, siempre se repetía. Aunque huyera a una ciudad desconocida, aunque intentase alejarse de sus conocidos, siempre la volvía a escuchar.

—No me conoces? —le devolvió la voz de la silueta en penumbras a ojos de MR, y prosiguió— Claro, eres el Maestro Roncador.

No era una pregunta sino una aseveración, y parecía que no llevaba reproche. Al contrario, quizás admiración.

—MR volvió a frotarse los ojos. La tarde anterior había expuesto en el Auditorio de las Palmas una teoría fantasiosa relativa a los adjetivos sonoros de los paisajes, no recogidos por la ISO 12913.

—Y ahora, recortada en el fondo de la luz del pasillo, aparecía ella, con un camisón blanco satinado parecido al de Kim Basinger.

—Por dios, eres Tsemon —le dijo al fin con la voz más dulce que pudo encontrar a esa hora, lo que le pareció un recurso muy falso, pero esperaba que efectivo—. ¿Quieres pasar?

Tsemon había acudido enfadada hasta su puerta, pero ahora todo era distinto. Era MR, y la invitaba a entrar. Estaba contenta por volver a encontrarlo. La última vez que estuvieron juntos fue durante su juventud. Desde entonces solo había sabido de él a través de la prensa.

«Venía irritada, pensando otro que ronca desesperadamente, enfadada por cómo terminó nuestra relación».

Ella no se atrevía a entrar. Era fiel a su promesa de no volver a confundirse otra vez. No salió bien. Fue imposible vivir con MR porque o les denunciaban o les insultaban por los conciertos a altos niveles de sus ronquidos.

«Otra vez no», pensó.

Ahora era selectiva. Ya no tenía esa juventud e inocencia como cuando trabajaba en K&B. Ella se marchó con él, pero solo pudo soportarlo un año. Su vida había sido un verdadero calvario. Recordaba aquél turista que derribó la puerta de su habitación del hotel donde pernoctaban, y le pegó un puñetazo a MR. Perdieron el juicio porque el juez también sufría los ronquidos de su vecino.

—No, gracias —le dijo con voz muy dulce—, será mejor que lo dejemos tal como estaba.

—El Maestro cerró la puerta y volvió a la cama.

Al otro lado de la pared, ella volvía de nuevo a hacer la maleta.

## 7.5. La UCI

«Ahora, en las noches silenciosas escucho los latidos de mi corazón casi dentro de mi cabeza, mientras un dolor continuo me acompaña en la faringe».

—Está usted muy nervioso —le dice Mage, la enfermera, comprobando que su tensión está disparada.

«Lo que estoy es intranquilo. Es la primera vez que me han operado mi voz».

Mage, así se llama la enfermera, le pone una música budista mientras le indica que puede cambiarse la pinza que tiene en el sudoroso índice izquierdo, para pasarla al dedo corazón. Con sus ocre y rizados cabellos, se mueve rápida y diligente por la UCI, preparando medicinas, revisando sus constantes, apuntando en el teclado del ordenador todos los parámetros. Dice que esta música le calmará. Que está muy excitado y que su tensión está por las nubes.

Le deja solo, desapareciendo los blancos reflejos de su bata por los metálicos cierres y acristalamientos.

«Quiero relajarme con la música. Mi cuerpo se resiente de esta intervención que me ha desposeído de mi arma más importante. Mi potente voz».

Los doctores no le aseguran que recupere el habla. Es más, consideran que ha tenido mucha suerte, porque el cáncer todavía no se había extendido a otras zonas. MR descansa intentando encontrar una postura donde no le duela tanto. Le acompañan infinitos sonidos que se encuentran vinculados con todas estas sondas, drenajes y vías con las que está enchufado a esas máquinas que se encuentran detrás, a derecha e izquierda, bastante ocultas de su visión. Las de la derecha conectan con su yugular y el drenaje. Cuando se acaba algún líquido o se alcanza cierto nivel de llenado, se ponen a vociferarlo a gritos mediante unos pitidos que le despiertan de día y de noche.

«¿Porqué alguien no se da cuenta que ningún paciente consigue dormir más de una hora seguida? Vaya tormento lo de la UCI».

La vista trabaja descubriendo el paisaje exterior entre las laminillas de la ventana, y las UCI restantes mediante las cortinillas existentes en los acristalamientos que los separan. Descubre que está en una jaula de

crystal con tres lados que pueden ser transparentes u opacos, a voluntad siempre de las enfermeras.

«Este es el mundo de las enfermeras» piensa. Los médicos vienen en ocasiones, casi de visita, pero las enfermeras están constantemente, pasan de una UCI a otra. Mage es la que conoció en primer lugar. Hace turno de mañanas. Por la tarde hay otra más engreída, de la que no tiene buenos recuerdos desde una dolorosa cura a que le sometió el segundo día. Qué dolor. Quería chillar, pero a su edad no tenía suficiente aire, y ahora tampoco voz.

Mage vuelve y comprueba que su pulso está perfecto. Le pregunta si le molesta la música budista. MR hace que no con la cabeza, lentamente, para paliar el dolor.

En realidad MR esta convencido que la música le ha calmado. Además, esa mujer se mueve con profesionalidad. Tiene experiencia y lo demuestra, porque ha dejado atónitas a sus compañeras transformando su cama en un sillón.

Uno de los aparatos situados a su derecha empieza a sonar. Aparece Mage, mira el aparato y se retira para volver en breve con una bolsa de algún líquido que deja un gota a gota en la vía de la yugular. Le vuelve a poner la mascarilla de oxígeno. A MR le recuerda la máquina CEPAP. El sonido del aire le llena también los oídos y le reseca las fosas nasales. No lo soporta pero se aguanta, porque al parecer tiene una inflamación que le obstruye la faringe. Ahora, con el ruido del flujo de oxígeno, casi no oye la UCI, y los sonidos del pasillo desaparecen a pesar de la puerta abierta.

«Aprovecharé para cerrar los ojos unos instantes antes de las visitas permitidas a las 8, 12 y 20 h. Hoy espero vengan mis nietos a verme, pero no sé cómo me comunicaré con ellos. Debería inventar un nuevo lenguaje que supere el simple movimiento de la cabeza (si/no) y hombros (quizás). Yo sé mover una ceja (la izquierda) o las dos, pero no consigo desplazar la derecha. También sé mover ambas orejas, pero ha de ser al mismo tiempo. En cambio sé cerrar ambos ojos o guiñar cada uno por separado, sacar la lengua normal y en canalillo, hacer morritos, ladear los labios a ambos lados, ... Tendré que buscar un lenguaje gestual o ampararme en el de los sordomudos. Tan buena voz que tenía».

MR se dio cuenta que los ruidos desaparecían al concentrarse en sus pensamientos

«Si pudiera inventar una voz artificial que leyera mi mente, sería fantástico, y además me haría rico y famoso».

El Maestro se durmió soñando con que había recuperado la voz, y se encontraba en una conferencia donde le recriminaban por roncar. Le despertó Mage zarandeándole fuertemente y gritándole que dejara de roncar puesto que las UCIs vecinas no podían descansar. Qué curioso, le operaron las cuerdas vocales pero no consiguieron hacerle desaparecer los ronquidos.

Por la tarde unos operarios del hospital instalaron una puerta para reforzar el aislamiento con el pasillo, e instalaron la cama dentro de una cabina parecida a las que utilizan las baterías en los estudios de grabación. El traslado de conductos y cableado de sondas fue insoportablemente dilatado.

Tampoco sirvió de nada. Varios pacientes sanaron milagrosamente, y en tres días de permanecer el Maestro en la UCI, se quedó solo con su enfermera.

Ahora, la música budista se podía escuchar por las noches desde la calle. A pesar de ello, Mage pidió una excedencia.

## 7.6. Frases de MR para efemérides varias

En una libretita Moleskine, el maestro iba apuntando varias notas, y entre ellas estas frases para el día internacional sin ruido.

*Si me ves y no puedes escucharme, apaga tu ruido.*

*Háblame, no me chilles.*

*Aprende a susurrarme.*

*Si me chillas es que no me aprecias.*

*Nunca mi madre me despertó chillándome.*

*El grito de Munch no es de alegría.*

*El ruido es tristeza.*

*Tu ruido me entristece.*

*El mejor ruido existe cuando me susurras tu amor y te entiendo.*

*Yo chilló, tú chillas, él chilla, nosotros nos estresamos.*

*No hables fuerte, respeta mi silencio.*

*Haz amigos hablando, no chillando.*

*Día de oídos limpios (sin suciedad sonora).*

*Piensa en sonido (no ruido), y acertarás.*

*Nuestros hijos y nietos no se merecen este mundo ruidoso.*

*Qué lástima, no puede oír sus últimas palabras debido al ruido ambiente.*

*El ruido ya forma parte de nuestras vidas, pero seguro que viviríamos mejor sin él.*

*Si un bebé no llora, no vive, pero si una ciudad no es ruidosa, vive mejor.*

*Tu gran volumen sonoro no me demuestra tu valía.*

*Quién más chilla, menos comunica su alegría.*

Incluso escribió algún epitafio para su tumba:

*Mi legado sonoro no es el ruido, aunque mis ronquidos lo parezcan.*

*Aquí yace quién alcanzó el premio Guinness por sus ruidos.*

*El sordo, como mis actuales vecinos, tienen una gran ventaja, ino les molestan mis ronquidos!*

## 7.7. El abuelo

En la pista 3, el abuelo cogió la gamuza, la pasó por la bola de 5 Kg iridiscente y de centro más pesado, puso sus dedos pulgar, corazón y anular en los tres huecos, la sostuvo alta con las dos muñecas a la altura del corazón y el codo derecho pegado al costado, se plantó en la marca inicial de la zona de aproximación, bajó ambos brazos, avanzó lentamente y al llegar a la línea de falta se inclinó descansando sobre la flexionada pierna izquierda, con la derecha totalmente extendida hacia atrás, mientras la mano derecha dejaba caer la bola.

Le dolía la garganta y el boliche le distraía la atención, pero no podía hablar. Salvo ese detalle, se encontraba jovial con su exhibición.

El seco sonido de la percusión sobre el parquet del Bowling se mezcló con el de los bolos y con las voces del grupo que se encontraba en la pista 1. La bola avanzó lentamente la casi veintena de metros hasta alcanzar los 10 palos, de los que cayeron solamente ocho, mientras era observada por ese personaje que, de pie e inmóvil, se giró para ir a sentarse lentamente en su banquillo esperando la retirada de los bolos caídos y la devolución de su reactiva

Estaba solo. Se sentía observado por los cuatro componentes de la primera pista. No, no estaba solo, pensó, observando los clásicos sonidos del reverberante boliche formados por las bolas rascando o golpeando parquets, circulando por las canales, chocando con los bolos y estos entre sí, las exclamaciones jocosas o enfadadas del grupo vecino, incluso las lejanas voces del restaurante. Eran las dos y media de la tarde de un día entre semana, y por estas razones había poca gente.

«Perfecto para entrenar» pensó, sabiendo que hoy estaba consiguiendo un palmarés muy bueno. Miró de frente a los chicos vecinos, que le devolvieron el saludo con la mano.

Cogió su otra bola de remate, y esta vez la lanzó sin efecto, consiguiendo el semipleno.

«Los tengo impresionados»

De repente, en la pista 5, una mano de 23 cm de extensión del palmo, cogió una bola de su bolsa de transporte especial, se concentró en silencio y deslizó, más que avanzó por el parquet, casi sin producir ningún sonido, hasta que su mano izquierda dejó sigilosamente la bola. Esta se



impulsó con una velocidad extraordinaria, sobre la formación triangular. El característico sonido del *stryke* o pleno, hizo girar las cabezas de todos los ocupantes de las pistas 1 y 3.

Primero observaron el resultado y luego al autor, mientras este último se sentaba de espaldas al resto.

También estaba solo, y por la bolsa depositada en el suelo, parecía un profesional.

Ahora en el local solamente se escuchaban las lejanas voces procedentes del restaurante localizado tras la barra intermedia del bar que hacía de pantalla. Las conversaciones animadas del grupo habían cesado. Parecía que el silencio lo envolviera todo porque no había gente sentada en las mesas del anfiteatro situado detrás de las pistas, ni tampoco en la barra del bar que ocultaba el restaurante. Solo llegaba el apagado sonido de este último amortiguado por el techo absorbente de aquella zona.

La bola le llegó al *ball rack* o recogedor. Era una *Columbia 300* punto blanco reactiva compensada dinámicamente. Todos la reconocieron. La miraban como hipnotizados. Valía más de 7.500 \$. Antes de golpear con la última, fue frenada por una gamuza de ante marrón claro que había depositado en ella. La limpió toda con esa gamuza, y volvió a repetir el lanzamiento con el mismo silencio y precisión.

Esta vez el *stryke* fue vitoreado por los muchachos, quienes se acercaron para conocer la identidad del profesional. Al cruzar la zona de aproximación de la pista 3, alguno comentó:

—Has visto eso, abuelo?

El abuelo pensó que todavía era el referente. Intentó concentrarse y no escuchar las conversaciones de la pista 5, y lanzó otra vez su reactiva, pero tampoco logró el *stryke*. Había dejado los palos 7 y 10 sin caer. Eso significaba Banderillas, casi imposible de derribar.

Desde la calle 5 se oyeron risas. Aunque no iban dirigidas a este nuevo chasco, le preocuparon.

Pero entonces el profesional se acercó y le dijo:

—Tu dabas clase en el CACTAS. De Psicoacústica, verdad?

MR se giró y reconoció al alumno fuertote ya mayor. Joseph Louis Toccue seguramente tendría ahora unos cuarenta y tantos años. Su complexión

seguía siendo la misma, pero su cara demostraba una madurez consecuencia de una vida llena de fracasos superados y éxitos recientes.

Le señaló la garganta e hizo ademán de no poder hablar.

—Perdona, algo me habían comentado sobre tu voz.

Se tomó un tiempo observando a MR, y enarbolando una sonrisa de oreja a oreja, les dijo a los muchachos de la pista 1:

—No sabéis quién es? Pues es uno de mis maestros preferidos antes de pasar al mundo profesional —los miró uno a uno y continuó—. Era capaz de hacerte razonar aunque tuvieras la mente en otra cosa —Intentó refrescar la memoria—. Yo era el más fuerrote de la clase y con los ojos vendados, me hizo golpear algo con el puño. A partir del sonido del golpe junto a una vibración que percibí, le dije que era un panel unido a la pared por una subestructura metálica. Me felicitó porque la fuerza había desvelado el modo de unión del panel con la pared.

Ahora se dirigió a mí.

—De todos modos, perdona que te diga una cosa. Tu me enseñaste que el ruido es una manifestación energética. Decías: Si algo hace ruido significa que está perdiendo energía. Lo comento porque te he visto cómo lanzas, y haces mucho ruido, tanto al andar como al dejar la bola.

Hizo un ademán para que los muchachos se separaran de la zona de aproximación y continuó:

—Fíjate, andas así...

Y se puso a andar imitando lo que hacía el maestro, produciendo con ello bastante ruido sobre la pista.

—Y deberías hacerlo así...

Y se puso a andar casi como si flotara sobre la pista.

—Como si tus pies susurraran al caminar.

El maestro no daba crédito a lo que estaba sucediendo. El alumno fuerrote le estaba dando lecciones de andar.

Vamos abuelo, pruébalo —le dijo uno de los muchachos.

El maestro cogió la bola e intentó hacerlo como le decían. Observó que producía mucho menos sonido.

—Muy bien, es cuestión de practicarlo —dijo Tocue—, y otra cosa. Cuando lanzas la bola, parece como si quisieras romper el parquet. Ahí dejas mucha energía que es vital para el impacto con los bolos. He visto que todavía estás ágil y puedes flexionarte muy bien. Mira si puedes soltarla cuando se encuentre a escasos milímetros del parquet, e intenta, aunque le des efecto, que no suene nada, hazlo sin levantar el polvo.

El maestro lo volvió a intentar, pero no tenía la agilidad de la juventud. Aún así, descubrió que tanto Tocue como los muchachos le vitorearon los esfuerzos. Incluso consiguió un pleno en uno de ellos.

Meses después, regresó al mismo local para entrenar y se encontró a estos alumnos junto a otro grupo. Los primeros les comentaban el encuentro con el profesional, y señalando a MR dijeron:

—Y ese abuelo de la pista 6 resulta que fue su maestro. Ya se ve por como susurra por la pista y hace los plenos sin levantar el polvo.

MR no podía hablar, pero sonrió para sí.

## 7.8. El tanatorio

Los asistentes se sobresaltaron con el elevado volumen de la música de rock que emitieron los músicos.

MR había cumplido su último deseo.

Ahora descansaba sin voz y sin su precioso sentido de la audición. Había pretendido escuchar el latir de todas las culturas del planeta, y se lamentó de no poder auscultar las del universo.

Cuando entraba en un lugar nuevo, se colocaba el fonendo y empezaba a auscultarlo. Era su obsesión, entender los latidos de todos los corazones.

Quizás socialmente no había estado a la altura, porque muchos amigos y conocidos pensaban, con razón, que les dejaba de lado en numerosas ocasiones.

Los epitafios que yo estaba escribiendo, pretendían resumirlo de forma sintética:

*Escuchaba siempre, aunque nunca se despertó con sus descomunales ronquidos.*

*Espero que no os vuelva a despertar con mis ronquidos.*

*Descansad en paz, vecinos míos, hoy no voy a roncar. Supongo.*

Vinieron los guardias de seguridad e interrumpieron la actuación. En silencio, y sintiéndose vigilados, los músicos empezaron a recoger sus instrumentos.

Ahora, el sonido de las cuatro ruedas de goma de la plataforma, en su contacto con el encerado pavimento de mármol, le despidió de cuantos nos encontrábamos en el tanatorio.



## Contraportada

Por si no lo sabéis, el Maestro Roncador es el personaje central del libro del mismo nombre editado en 2014 por la Sociedad Española de Acústica.

Lo leí y me ofrecí a Yala, la nieta del Maestro, a redactar los relatos que faltaban, ya que el libro apareció con un gran vacío desde que MR dejó la empresa K&B en la que trabajaba, hasta que veinte años después llegó al CACTAS (Centro de Altos Conocimientos Técnico – Acústicos del Sonido). Por suerte apareció un escrito del Maestro donde me daba su permiso. Seguramente pensó que yo me atrevería.

Cuando firmé el contrato para hacer de Relator de estas experiencias, acordamos que todo, absolutamente todo el material que me relataran o que yo pudiera encontrar, podía salir a la luz sin ninguna reserva. No siempre he tenido el permiso de la familia para realizarlo, y por respeto, en ocasiones he debido cambiar los nombres de las personas o las situaciones y escenarios en que se desarrollaron.

El Maestro escondió muchos de sus escritos relativos a su vida. He podido localizarlos en lugares ocultos de su casa, cajas fuertes bancarias, e incluso bajo el piso de su despacho del CACTAS.

Debo advertiros que lo incluido en este ejemplar es solamente la punta de un iceberg, ya que he localizado incluso conferencias completas sin explicar. Ya lo sabéis, si alguno las quiere, me las puede encargar a mí. Os prometo que las impartiré igual a como él lo haría.

Y para terminar esta intervención mía, os dedico una conclusión que escuché del Maestro después de una conferencia rota por su inminente pérdida de su voz.

Y el Maestro concluyó:

—Los grandes filósofos griegos también se equivocaban al relegar el espacio sonoro por detrás del visual. Ciertamente mirar, significa dirigir la atención de forma despierta, pero escuchar significa compartir el espacio y el tiempo en todas sus cuatro dimensiones, incluso cuando dormimos. Porque siempre debemos estar alerta y especialmente desconfiar de nuestros depredadores.

FIRMADO:  
El Relator  
(también llamado anteriormente el alumno burlesco)





**SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ACÚSTICA**

[secretaria@sea-acustica.es](mailto:secretaria@sea-acustica.es)

[www.sea-acustica.es](http://www.sea-acustica.es)

